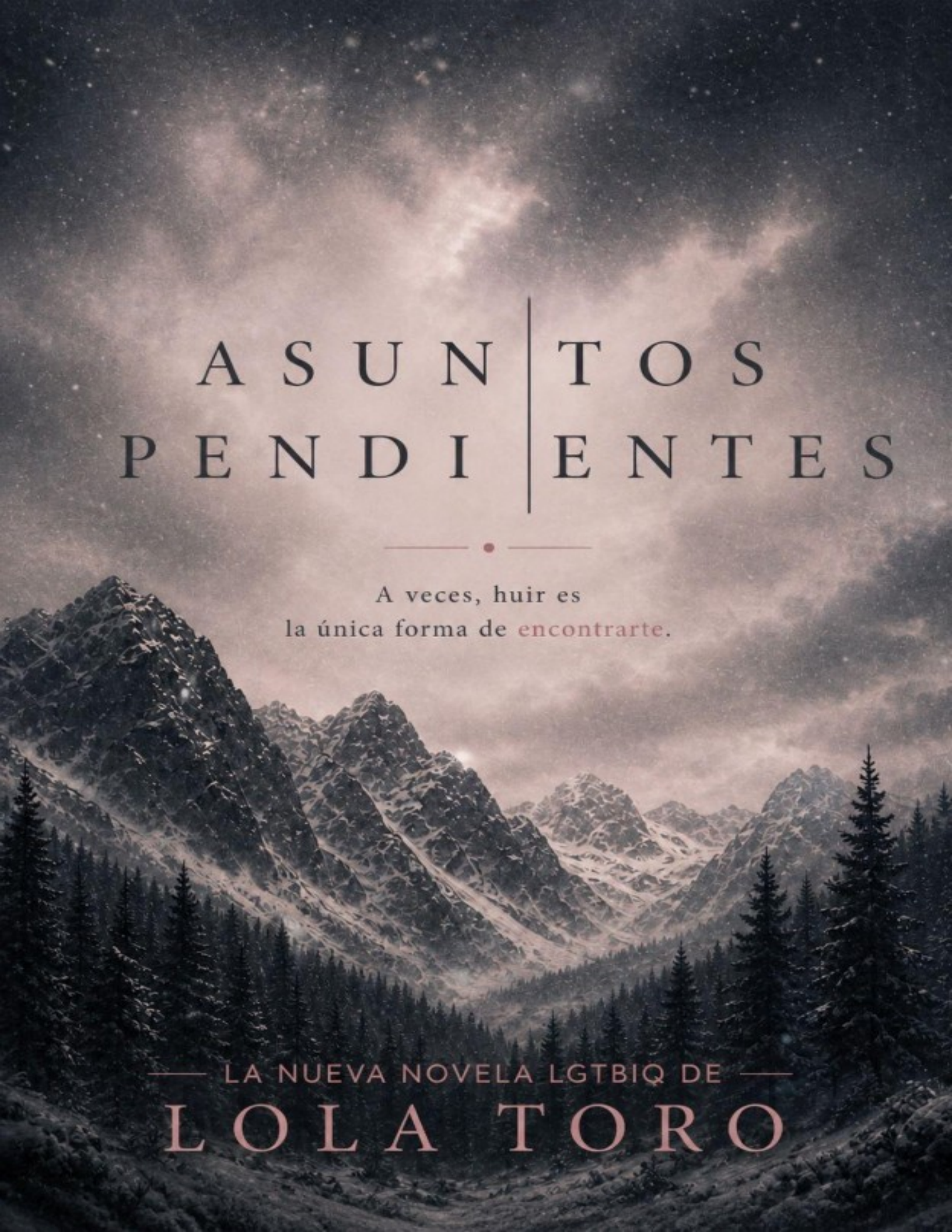

ASUNTOS
PENDIENTES
A veces, huir es
la única forma de encontrarte.
LA NUEVA NOVELA LGTBIQ DE
LOLA TORO

Derechos de autor © 2026 Lola Toro

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Diseño de la portada de: Tamara Riesco Casado
Maquetación: Culmen Editorial

# ASUNTOS PENDIENTES

— LOLA TORO —

*Para todas aquellas personas*
*a las que escuchar música les*
*ayudó a sanar el corazón.*

# RAY

—Estaré bien —le dije a Avery, mi representante, por… ¿quincuagésima vez? Tal vez más. Pero no parecía creerse que era capaz de sobrevivir un tiempo solo, sin que ella ni nadie más estuviese pendiente de mí como si fuese un crío pequeño.

—Tienes que revisarte las heridas… —me recordó otra vez. Suspiré intentando tener paciencia con ella. Si fuese cualquier otra persona ya la habría mandado a la mierda. O le habría colgado que suele ser más elegante, pero era ella. Avery llevaba trabajando conmigo casi diez años y me había cuidado como si fuese mi madre. Si no me gustasen los rabos, me habría enamorado de ella. Era una joya de mujer, muy cansina, pero lo de preocuparse por los demás lo llevaba en la sangre— …y tomarte la medicación —siguió enumerando la enorme lista de cosas, como si no lo supiera ya.

No iba a saltarme la medicación. Si con ella apenas podía soportar el dolor que llevaba arrastrando desde el accidente, no quería pensar en lo que sentiría si dejaba de tomarla. Me daban escalofríos solo de pensarlo. Ya me gustaría poder quitarlas, pero sabía que por el momento iba a ser imposible.

—Avery… —¿cómo se lo decía para que dejara de agobiarse por mí? Si por un instante pensaba que no iba a hacer todo lo que me llevaba casi una hora enumerando por teléfono, se subiría a un avión y vendría a buscarme. Me arrastraría de vuelta al hospital, de donde, no se cansaba de repetir, no debería haber salido para venirme aquí, al culo del mundo, a encontrarme a mí mismo— …necesito hacer esto.

Ella me entendía, así que no necesité decir nada más. Suspiró, dándose por vencida.

No iba a echarme atrás. Cuando tomaba una decisión, era terco como una mula, y nada me haría cambiar de idea. Había huido de la prensa. Se habían colado hasta la habitación del hospital privado donde había estado ingresado, y yo necesitaba curarme las heridas… y la culpa que arrastraba desde el accidente, esa que no me dejaba respirar.

—¿Tenías que irte a Los Cárpatos? ¿En serio? —oí su taconeo al otro lado del teléfono y me la imaginé dando vueltas por su despacho, desesperada porque no podía hacerme cambiar de idea— podrías haberte ido, no sé, a alguna playa de Las Bahamas, las Maldivas o un lugar así. No a una zona aislada, sin nada a tu alrededor y… ¿sabes que va a haber una tormenta en los próximos días? No puedo quedarme tranquila, aquí sentada.

Ni allí ni en ningún otro sitio. Ella no sabía lo que era estar tranquila y mucho menos, sentada. Es como esos muñequitos a los que les das cuerda y no paran.

—No puedo irme a un lugar así por miedo a que me reconozcan, ya lo sabes. Estoy intentando encontrarme a mí mismo —me sinceré con ella. Conocía mis peores secretos y siempre me sacaba de los líos en los que me metía. Los paparazzi no me dejaban ni respirar, pero ella los mantenía a raya— no puedo seguir así, Avery. Necesito…—la culpa me apretó la garganta, impidiéndome seguir hablando. Intenté coger aire para calmarme, pero las costillas protestaron, y acabé gimiendo, sin saber si llorar aliviaría en algo el dolor que me desgarraba por dentro.

—No fue culpa tuya, Ray.

Eso decían todos. Desde ella, hasta mi terapeuta, pero el dolor por haber perdido a casi todo mi grupo en el accidente, no se me quitaba del corazón. Era mucho más intenso que el de mis heridas físicas, y de esas tenía unas cuantas.

—Ya, bueno… eso no consigue hacerme sentir mejor —miré a mi alrededor y me quedé tan sorprendido por las vistas que me olvidé de que estaba hablando por teléfono.

La cabaña, aunque tosca, era más grande que la mayoría de las que había visto por el camino. Estaba sin pintar, pero me gustó cómo su tono oscuro se integraba por completo en el bosque que la rodeaba. Tenía una puerta y dos ventanas orientadas al norte, a la carretera por donde acababa de llegar. Di la vuelta para verla por detrás y me encontré con otra enorme ventana que daba a la montaña de los Cárpatos Occidentales.

Había una especie de cobertizo a un lado de la cabaña que supuse que era para guardar la leña y algunas herramientas, o vete a saber. Le echaría un ojo cuando dejara de estar a punto de desmayarme del dolor.

La cabaña, junto con el pueblo cercano, estaban en la parte alta de los Cárpatos. Un bosque de pinos comenzaba justo detrás de la cabaña y se perdía de vista según bajaba la ladera de la montaña.

Hacía un frío tan intenso que me dolían los ojos, y pensé que se me estaban congelando las pestañas. Inspiré, todo lo hondo que me permitían mis costillas, que era muy poco, y llené mis pulmones con el olor a pino y a naturaleza. Si la nieve tuviera olor, juraría que estaba en el aire y en el gris oscuro del cielo que amenazaba descargar en cualquier momento.

—La hostia puta... qué sitio más bonito.

Respiré de nuevo y me sentí como el único habitante del mundo.

Allí no se oía nada. Ni sirenas, ni tráfico, ni gritos. Solo el viento que jugaba con mis mechones largos de pelo y algunos pájaros piando.

—¿Qué pasa?... ¿Ray?

Me acordé de que ella seguía al teléfono y decidí que por hoy ya había hablado suficiente.

—Estoy bien. Esta casa es una pasada —reconocí, sonriendo, como si pudiese verme.

—¿Te gusta? —oí el alivio en su voz— Me dijeron que tenía un sitio privilegiado en la montaña, y más lujos que la mayoría. Espero que estés a gusto.

—Me encanta, Avery. Gracias —y para que no empezara otra vez a decirme lo preocupada que estaba, decidí terminar la conversación — estaré bien.

—Te llevarán comida todas las semanas, por si no quieres acercarte al pueblo.

Era una joya organizándolo todo.

—Gracias. Tengo que colgar.

Empezaba a hacerse de noche y hacía tanto frío que apenas sentía la mano con la que sujetaba el teléfono.

—Si cambias de idea o si necesitas algo…

—Te avisaré, ya lo sabes. Estaré bien.

—Cuídate, Ray, y recuerda que no fue culpa tuya.

—Adiós, Avery, un beso. — Colgué y metí el teléfono en el bolsillo de los vaqueros.

Saqué del bolsillo trasero el llavero que me habían dado de la casa. Tenía dos llaves y la puerta de la cabaña se abría con la más grande. La otra debía ser del cobertizo. Me prometí ir a echarle un vistazo mañana, después de haber descansado.

Empujé la maleta porque ya no podía cargar con más peso sin que mis costillas me atormentaran.Apenas me mantenía en pie. El dolor de las heridas recorría mi cuerpo como un mapa de cicatrices. Tras cerrar la puerta de madera de una patada, me dejé caer en el enorme sillón que había frente a una chimenea apagada para tratar de recuperar el aliento. Haber estado tanto tiempo fuera, me había dejado helado y había hecho que mis dolores fueran insoportables.

—Ay, joder… —me obligué a respirar con cortas bocanadas de aire para intentar aliviar el conjunto de mis molestias. No lo

soportaba más— deja de autocompadecerte y enciende la chimenea antes de que se haga de noche —me dije en voz alta para intentar darme fuerzas y no quedarme allí tumbado, esperando que mis dolores mejoraran por arte de magia.

La cabaña estaba limpia y olía a… ¿naranja y… canela? Muy agradable.

La noche cayó mientras me obligaba a levantarme del sillón para encender la chimenea antes de quedarme allí congelado.

—¿Por qué hace tantísimo frío?

Agradecí que en el borde de la chimenea hubiese cerillas y pastillas para encender el fuego. Supuse que Avery les había dicho a los dueños de la casa que era un negado para cuidar de mí mismo, incluso encender fuego sin facilidades podía ser toda una odisea.

Me obligué a poner la leña, que estaba apilada junto a la chimenea por tamaño, dejando los troncos más grandes para poner encima. Incluso así necesité un buen rato para conseguir que el fuego se encendiera. Aproveché que estaba de pie para encender la luz y poder ver bien la cabaña.

Era lo primero que debía haber hecho, pero el cansancio y el dolor empezaban a nublarme el juicio.

Tenía una cocina abierta al salón con todo tipo de lujos. Microondas incluido y la nevera estaba llena de carne, pescados y verduras. Muy propio de Avery, intentando que comiera carne cuando yo intentaba dejarla. Miré las latas de cerveza y me estremecí solo de pensar en tocarlas.

—Gracias, Avery.

En el congelador también había pizzas, lasañas congeladas y helados. Había un frutero lleno sobre la isla que separaba la cocina del salón. Sí… bueno… la fruta era otra asignatura pendiente.

Me asomé a la puerta del fondo y vi una enorme cama de matrimonio y otra puerta que conducía al baño con una bañera con patas en forma de garra de león. Miré la bañera con ansias, yo

adoraba bañarme, pero en el estado en el que estaba me costaba la vida sentarme y levantarme, así que nada de bañarse por el momento.

Tenía que comer algo para tomarme los calmantes, pero ya no aguantaba más. Así que fui a la maleta para tomarme dos de las pastillas en vez de una como me había indicado el médico y me tumbé en el sillón, esperando a que me hicieran efecto para poder cenar algo.

Me quedé frito con el calor de la chimenea y las pastillas.

# RAY

El frío de la cabaña fue lo que me despertó.

Fuera, aún era de noche y las llamas de la chimenea se habían apagado. Solo quedaban algunas ascuas que ya no daban calor.

No me lo pensé dos veces. Me metí en la cama apagando todas las luces que antes había dejado encendidas, y me acurruqué bajo el edredón sin quitarme la ropa que llevaba puesta, esperando entrar en calor.

Fuera se oía la furia del viento que parecía querer colarse dentro. Oí un trueno lejano y la lluvia empezó a golpear el techo.

—Espero que no haya goteras —dije en voz alta— solo me falta tener que ponerme a achicar agua del suelo.

Tenía la costumbre de hablar solo desde que era pequeño. Me ayudaba a centrarme. También me ayudaba a componer la letra de mis canciones. Pero no quería pensar en eso para que la pena por la muerte de los integrantes de mi grupo no me arrastrara de nuevo a la depresión de la que estaba intentando salir.

Por eso me había venido al culo del mundo. Aunque no fuera yo el que conducía la furgoneta cuando se produjo el accidente, sí era el culpable de haber querido estar de fiesta hasta las tantas. Por eso nuestro batería, Connor, se salió de la carretera.

—Qué mierda de vida, joder.

Sentí el escozor de las lágrimas y el nudo de mi garganta se apretó hasta casi no dejarme respirar. La culpa se sumó al dolor que

tenía en mi cuerpo y me removí, inquieto, buscando una postura en la que no me doliera todo. ¡Qué ingenuo! Como si el dolor del alma pudiera aliviarse buscando una postura en la cama.

Me sentía solo, enfermo y cansado y tan dolorido que apenas podía respirar sin morirme de dolor. ¿Por qué coño había decidido venirme a la otra punta del mundo?

Pensé en mi ático de Nueva York, en mi fisioterapeuta, en mi cocinera y en Avery, que me cuidaba como si fuese su hijo, aunque tenía edad de ser más mi mujer que mi madre, pero ella era así de protectora.

—No empieces por ahí o no pararás nunca.

Me obligué a respirar con calma e intentar dejar la mente en blanco.

—Inspira… espira… inspira… espira.

Me concentré en el sonido de la lluvia. En el aire que llenaba mi diafragma mientras el cielo lloraba de pena.

No podía aguantar mis lágrimas y las dejé caer. ¡Ojalá mis lágrimas pudieran llevarse esta culpa! ¡Ojalá!

Con esos pensamientos me quedé dormido.

***

Me despertó el hambre, ya por la mañana. Miré desconcertado la habitación donde estaba y recordé la idea de venir a los Cárpatos para intentar encontrarme a mí mismo.

Hacía tanto frío que mientras me levantaba con cuidado por el dolor de mis costillas y las operaciones en la tripa, empecé a tiritar de camino al baño y abrí el grifo del agua caliente para darme una ducha y ponerme tres o cuatro capas de ropa e intentar entrar en calor.

Fui a por la maleta que dejé en la entrada de la cabaña mientras el agua se calentaba y cogí unos calcetines largos, una camiseta

térmica y mi chándal más calentito de Armani. Aunque no me fuera a ver nadie aquí, en el culo del mundo, había que ir elegante siempre, por si las moscas. Además, era el que más me gustaba.

Arrastré la maleta hasta la habitación y cogí el gel de baño y el champú que siempre llevaba conmigo a todas partes. No me imaginaba usando otra cosa, ¡qué le voy a hacer! He nacido presumido.

Me metí en la ducha y pensé en tumbarme en el agua caliente un rato, pero al intentar agacharme mis costillas me recordaron que no era buena idea, así que me duché con agua casi hirviendo pensando en el desayuno… ¡estaba famélico!

También pensaba poner música mientras desayunaba y encendía esa chimenea a la que le estaba cogiendo el truco. Incluso daría una vuelta por los alrededores para disfrutar del paisaje y del aire fresco.

¿No decían que era bueno respirar el aire puro? Pues eso.

Recordé que no tenía botas de montaña, pero mis zapatillas seguro que me valían. No tenía que escalar montañas ni nada parecido, ¿verdad?

Con esa idea en la cabeza, me eché acondicionador en mi largo pelo rubio para cuidarlo con el esmero que se merecía y me propuse llevar a cabo todo lo que había pensado.

—Antes de que empiece a llover otra vez y no pueda salir.

Era un alma inquieta y necesitaba mucha actividad para quemar mis nervios, y mis médicos me habían aconsejado que caminara e hiciera algo de ejercicio suave para que mis pulmones se recuperaran después del traumatismo torácico y abdominal.

# RAY

Aunque había dormido mucho, el mero hecho de agacharme para colocar la leña y encender la chimenea ya me dejó hecho polvo. Preparar el desayuno mientras la casa se calentaba acabó con mis reservas de energía.

Deseaba sentarme, o mejor echarme y quedarme allí, sin nada que hacer excepto ver la tele o escuchar música, hasta que mis costillas se curaran.

Pero había sido idea mía venirme al culo del mundo nada más salir del hospital. Así que decidí que, cuando terminara de comer, me tomaría las pastillas que traía y me prepararía para explorar los alrededores. Aunque tardara dos horas en ir al cobertizo. Tenía que andar cada día para recuperar mis pulmones, y aunque no debía hacer esfuerzos, sí que tenía que caminar un poco. Y quizás buscar algún vecino. Nunca se sabe la falta que te pueden hacer. Me negaba a pensar que estaba solo en esa gigantesca e impresionante montaña.

También quería visitar el castillo de Drácula y los sitios más pintorescos de este país. Aunque pensaba comenzar por los alrededores. El bosque de pinos que tenía a tan solo unos metros detrás de la cabaña me llamaba como el canto de una sirena.

Desayuné una enorme taza de capuchino que era mi especialidad. Lo hacía con tanto cuidado y mimo que terminaba haciendo una exquisitez, aunque Avery se quejaba de que tardaba media mañana en prepararlo. Me hice unas tostadas francesas con el pan de molde que encontré y exprimí unas naranjas para un zumo

natural. Como estaba hambriento, también me hice unos huevos con *bacon*, aunque cuando me senté en la isla de la cocina, estaba tan dolorido que se me había quitado el hambre.

Cogí las pastillas que anoche dejé en la isla y me tomé una, como me había indicado el médico y me la tragué con un trago de zumo. Me obligué a comer porque tampoco había cenado y ya había perdido demasiado peso desde el accidente. Además, las pastillas me sentaban mal si me las tomaba con el estómago vacío.

Busqué una *playlist* en mi móvil y la puse a todo volumen mientras me obligaba a comer algo.

Como no tenía vecinos cerca, disfruté de la música alta, como me gustaba oírla.

Miré la leña que me quedaba junto a la chimenea y calculé que podía tener para el día de hoy y poco más. Así que supuse que habría más en el cobertizo.

—No me queda otra que salir a por ella— me dije para darme ánimos.

Empezó a sonar una de mis canciones y se me hizo un nudo en la garganta pensando que nunca más volvería a cantar con ellos.

Dos habían muerto en el accidente y Connor, el que conducía y con el que tenía una relación más estrecha, ya me entendéis, estaba en coma y no se esperaba que despertara. Traumatismo craneoencefálico o una mierda de esas.

Aunque Avery estaba cansada de decirme que no pensara en mi futuro laboral ahora mismo, que me dedicara a recuperarme y que ya tendría tiempo de pensar en la música, no conseguía quitarme la idea de la cabeza.

Me había centrado tanto en mi música que apenas tenía amigos fuera de ese ámbito, y estaba seguro de que muchos de los que decían ser mis amigos, era porque era famoso y conocido en el mundo entero.

—Es muy ruin decir eso —me regañé a mí mismo— dice muy poco a tu favor si piensas eso de tus amigos.

Era cierto, pero ya no sabía lo que creer.

Mi vida había saltado por los aires y aún estaba intentando recuperar los pedazos.

—Ay, joder. No te pongas a llorar —me dije— ni se te ocurra. Deja de autocompadecerte y mueve el culo para buscar leña antes de que se agote y venga esa famosa tormenta que dicen todos que viene y te quedes aquí dentro congelado como un helado en un congelador.

Me reí de mi propio chiste.

Eché un vistazo al paisaje que había tras la ventana y no podía ser más triste. El cielo anunciaba tormenta y el viento susurraba por las rendijas de la cabaña.

Hice un esfuerzo y me levanté sin haberme comido la mitad del desayuno, pero si no aprovechaba ese momento, sabía que luego no lo haría.

Cogí las llaves que había dejado en la encimera y abrí la puerta de la cabaña con cuidado. De repente me sentí solo e indefenso. Aunque siempre había llevado guardaespaldas y nunca me había preocupado por mi seguridad, consideraba que estaba en forma. Mi entrenador físico me machacaba todos los días. Me negaba a que me viese nadie estando tan vulnerable. Yo mismo me encargaría de los ejercicios que mi fisio me había mandado hacer para recuperar mi capacidad pulmonar.

—Allá vamos —me animé otra vez—, no va a haber ningún animal que me ataque ahí fuera— entré y le di más voz a la música que ya era atronadora, para que, si había algo acechándome en ese momento, se asustara y se marchara.

Si Avery me viese ahora mismo se estaría riendo una semana entera.

Miré el suelo para no marcharme las zapatillas de marca de barro, así que fui dando pequeños saltitos entre charco y charco para no mojarme los pies. Al tercer salto mis costillas se resintieron y pisé el barro del suelo con la mala suerte que al intentar esquivarlo me resbalé y caí de culo en el charco más grande de todos.

—Mierda, mierda, mierda. Mi chándal nuevo, joder. No me lo puedo creer.

Me levanté todo lo digno que pude y miré a todos lados por si alguien había visto mi vergonzosa caída. Casi imaginé a los paparazzi que siempre me seguían, sacando un montón de fotos que saldrían en todas las revistas del corazón.

—Menos mal que no hay nadie.

Tenía el culo congelado del agua del charco. Mis pelotas se habían encogido quedándose del tamaño de unas canicas.

—Menuda mierda.

Volví a la cabaña, ya sin importarme nada.

Necesitaba una ducha caliente y larga y poner a lavar mi chándal favorito y mis deportivas nuevas también.

Entonces miré el cobertizo que estaba a unos metros de mí. Luego la cabaña. Y otra vez el cobertizo. Cuando di un paso hacia el cobertizo, mis pies hicieron chof, chof por el agua que tenían dentro, así que me di la vuelta y me metí en la cabaña de nuevo.

A la mierda la leña.

Ya iría otro día a por ella.

# LIAM

Después de una noche inquieta, despertándome continuamente por las pesadillas, cuando por fin caí en un sueño profundo, me despertó un sonido atronador.

¿Qué estaba pasando? ¿Eran truenos? ¿Había otra tormenta? Me quedé escuchando con atención.

Estaba tan acostumbrado al silencio de la montaña, que escuchar aquel ruido era infernal.

¿Era… música?

¿Quién coño tenía música puesta tan alta como para despertar a toda la montaña?

Cogí el móvil para mirar el reloj y maldije en tres idiomas al maldito o maldita inconsciente que tenía la mierda de música a ese volumen.

Pensé en de dónde podía venir el sonido y excepto en la cabaña más cercana, que hasta el día anterior estaba vacía (ya me encargaba yo de controlarlo), no había ningún otro sitio de donde pudiera venir la música.

Me tapé la cabeza para intentar seguir durmiendo. Solo eran las ocho de la mañana, por Dios bendito, y apenas hacía unas horas que había conseguido dormirme… y había un desconsiderado que pensaba que la montaña era suya para poner la mierda de música a ese puto volumen.

Quise levantarme e ir a decirle algunas verdades a quien coño fuera, pero si no calmaba mi mal genio, seguramente le haría ver a ese energúmeno que no podía ir por el mundo como si fuera suyo.

Mi husky siberiano, Apolo, vino a saludarme cuando se dio cuenta de que estaba despierto. Se subió a la cama para animarme a que le abriera la puerta.

—Sí, sí, ya lo he pillado —me levanté y me obligué a llegar hasta la puerta para que pudiera salir a hacer sus necesidades— que te meas y no aguantas más. Cuando seas viejo sabrás lo que es la próstata.

Como siempre, no me hizo puñetero caso y salió disparado a los pinos que estaban junto a la casa.

—Trae conejos o algo para comer —como si no lo conociera. Lo máximo que me traería sería un palo para que jugara con él o alguna pelota que tuviera por ahí perdida.

—Joder, ¿cómo puede la gente oír música a ese volumen sin quedarse sordo?

Miré donde sabía que estaba la cabaña de donde salía la música teniendo claro que, si se repetía este escándalo y no me dejaba dormir, iría a explicárselo bien clarito.

Me había venido a esta parte del mundo para estar solo y disfrutar de un merecido descanso en la naturaleza, desintoxicándome de la tecnología y del estrés.

¿Ahora venía un niñato, o lo que fuera, a molestarme? ¿No había más lugares en el mundo o qué?

Me fui a la ducha dejando la puerta abierta para Apolo y ni siquiera me había dado cuenta de que iba desnudo.

Miré mis cicatrices en las piernas, hombros y abdomen y, una vez más, tuve que dar gracias de haber salido con vida de la explosión.

Echaba de menos el ejército. Su disciplina. Y poder curar a los hombres, aunque siguiera teniendo pesadillas de lo que había vivido en los años que estuve destinado en Irak.

Me di una larga ducha de agua caliente y me vestí con un pantalón cargo y una sudadera abrigada porque pensaba cortar leña esa tarde antes de que me pillara la tormenta. Seguía sin tener demasiado apetito, pero me obligué a desayunar. Al abrir la nevera me di cuenta de que necesitaba hacer la compra urgentemente. Muy urgentemente.

Tenía que mandarle un mensaje a Anka, la mujer que me traía las provisiones.

Me pregunté si a mi nuevo vecino también le traían las provisiones o iba él al pueblo a por ellas.

No tenía ni una pizca de curiosidad. Ni una pizca.

No iba a ir a visitar a quien fuera, bueno, lo haría si seguía poniendo esa mierda de música a horas tan intempestivas.

Por mí podía irse al infierno y no volver nunca.

Me pregunté cuánto tiempo se quedaría. Esperaba que no mucho.

No me gustaban los vecinos chismosos. Ni las sorpresas.

Había venido buscando tranquilidad y no llevaba bien que me molestaran.

Si esperaba que fuéramos a hacernos amigos o algo por el estilo, lo tenía crudo.

Apenas me soportaba a mí mismo, así que menos iba a soportar a extraños haciendo ruido y molestándome a todas horas.

Se lo dejaría bien clarito.

# RAY

—¿Me estás diciendo que la mujer que trae las provisiones no va a venir hasta que pase esta supuesta tormenta que va a llegar en cualquier momento? ¿Es eso?

—Tiene a su marido enfermo con gripe que es el que la acerca con el todoterreno, así que organízate la comida que no va a haber más hasta nuevo aviso.

Avery me había sacado de la cama a las nueve de la mañana para decirme eso, como si fuese una emergencia nacional o algo así.

—Yo también puedo ir al pueblo, ¿sabes? —me sentía herido en mi orgullo— te recuerdo que mi coche tiene GPS y tan inútil no soy.

Era posible que sí lo fuera porque siempre había gente que me solucionaba la vida. Pero era capaz de ir al pueblo, donde quiera que estuviera, a comprarme una docena de huevos o lo que se me antojara.

—Por el bien de mi salud mental, no cojas el coche cuando llueva o nieve, no quiero morirme de preocupación.

—Oye…—¿Veis lo que os decía? Piensa que soy un inútil integral —Voy a hacer como si no hubieses dicho nada sobre mi manera de conducir.

Me gustaban mucho las carreras de coches y tenía un par de ellos con los que me gustaba competir de manera extraoficial. Pero por motivos lógicos no me los había podido traer hasta aquí.

—Vale —suspiró al otro lado de teléfono— ¿Cómo estás?

Siempre me enternecía que se preocupara por mí, aunque llevase al extremo su instinto de mamá gallina.

—Estoy bien —mentira— las costillas me duelen menos —mentira también— y empiezo a dormir algo mejor —eso sí era verdad.

Culpaba al viaje tan largo que había hecho, que todavía no había conseguido aclararme la cabeza y no sucumbir al cansancio y al sueño que me embargaba. Esta noche no había tenido pesadillas y habría dormido más si ella no me hubiese despertado tan temprano.

—Qué alegría me da oírte decir eso —aunque no parecía demasiado contenta por el teléfono, parecía más preocupada que otra cosa— ¿Has salido a pasear por los alrededores como te aconsejó el médico?

Ahí me había pillado. Pensé en mentirle también, pero ya estaba cansado de contarle tantas mentiras.

—Eh… no. Ha estado lloviendo y el terreno es una mierda para pasear— todavía recordaba mi vergonzosa caída en el charco días atrás— pero en cuanto desayune de hoy, salgo a pasear sin falta.

—Vale, ten cuidado por si ves animales salvajes. No te alejes mucho.

Era lo único que me faltaba que me dijera. Como yo no era cagón ni nada…

—¿Animales salvajes? ¿Cómo de salvajes?

Dudó antes de contestarme.

—Eh, no sé. Lobos quizás, o zorros o incluso puede haber algún oso. ¿No sabes si hay osos por esa zona?

—¡Oh, Avery, venga ya! ¿Osos en Rumanía? ¿En serio?

—No lo sé. Tú solo ten cuidado —la oía andar de un lado a otro por los tacones que siempre llevaba— escucha, Ray, estás en medio de los Cárpatos, es una cadena montañosa y posiblemente haya animales salvajes, ¿Cuáles? Ni idea – siguió ella sin saber lo mucho que me estaba preocupando— pero por si acaso no te alejes mucho,

y recuerda que si te encontraras con un oso tienes que hacer mucho ruido para espantarlo y evitar que te ataque.

Esto empezaba a ser surrealista.

—¿Desde cuándo sabes tú lo que hay que hacer cuando ves a un oso? —me tuve que reír ante la idea de ella con sus tacones de diez centímetros y su escaso metro sesenta, haciendo ruido en un bosque o corriendo para huir de un oso.

—Es de primero de montañismo —me soltó tan fresca— todo el mundo sabe lo que hay que hacer si se encuentra con un oso.

¿En serio?

¿Y yo por qué me estaba enterando en este mismo momento?

Miré por la ventana viendo el bosque de pinos que tenía a escasos metros como un paraje lleno de animales salvajes y osos. Sobre todo, de osos a los que tenía que asustar para que no atacaran.

—Vale. No me alejaré de la cabaña. Te lo prometo. Ahora voy a darme una ducha y a desayunar, que estoy famélico.

—Y no te olvides de tener la leña preparada dentro de la cabaña para cuando llegue la tormenta.

Miré el montoncito de troncos que apenas daría para encender la chimenea en cuanto acabara de hablar por teléfono. No podía alargar más el momento de ir al cobertizo a por leña. Esperando que no me encontrase ningún animal salvaje por el camino.

—Vale, vale, lo pillo. Te dejo, Avery, vamos hablando. Un beso.

Ya tenía planes para toda la mañana.

Primero ducharme, desayunar, ir a por la leña y después pasear por los alrededores, aunque si aparecía un oso me comería seguro. Con todas mis heridas lo último que podía hacer era salir corriendo. Ya me gustaría.

En fin.

¿Y si veía un lobo? ¿También había que hacer mucho ruido?

# RAY

Aunque me había propuesto un montón de cosas que hacer esa mañana, cuando me estiré para coger una taza para el café, mis costillas me dieron tal latigazo de dolor que me entraron náuseas y se me quitó el poco apetito que tenía.

—Me cago en todo lo movible, en los Cárpatos y en el Conde Drácula, joder. Y en los lobos, los osos y todos los animales salvajes del mundo mundial.

Sí, lo sé, soy un poco pintoresco con los insultos, pero es que el dolor de mis costillas me quitaba las ganas de vivir.

Me tomé una pastilla mientras seguía con el desayuno, pero ahora moviéndome con mucho más cuidado que antes. De golpe se me habían quitado las ganas de salir a por la leña, pasear y hasta de respirar.

Me puse música de nuevo, tan alta que abrí la puerta para que no retumbaran los cristales, pero es que a mí me gustaba la música así, estridente. Me recordaba a mis conciertos y ayudaba a aliviar un poco el pesar de mi alma rota desde el accidente.

En ese momento me di cuenta de que echaba de menos tener un perro o incluso un gato.

—Bueno, un gato no, porque se lo pueden comer los osos y los lobos. Pobrecito. Pero un perro sí.

Me encantaban los animales. Con el tipo de vida que llevaba nunca me había animado a tener una mascota. Me pasaba fuera de casa la mayor parte del año, de concierto en concierto por todo el

mundo y no era viable tener un animal de compañía. A menos que me lo llevara conmigo de viaje, cosa por la que Avery me habría matado si lo dejaba a cargo de ella que seguramente es lo que haría.

—Me gustaría ver la cara de Avery cada vez que tuviera que sacar al perro del hotel para que hiciera sus necesidades.

Me reí con la idea. Era tan absurdo todo, que me hizo más gracia todavía y se me escaparon carcajadas hasta que se me saltaron las lágrimas.

—Joder, Avery. Tenías que haberte visto la cara —me dije a mí mismo.

Era una completa tontería, pero consiguió animarme la mañana.

Terminé de desayunar y cogí las llaves de la encimera de la cocina para ir a por la leña al cobertizo. Esta vez tuve mucho cuidado de no pisar ningún charco. Fuera soplaba un viento furioso que me hizo estremecer de frío en cuanto salí de la cabaña. El cielo estaba encapotado y prometía lluvia o incluso nieve en cualquier momento. Me metí las manos en los bolsillos de mi chándal blanco, mi segundo favorito, y fui con cuidado hasta el cobertizo.

Era una choza más tosca y grande que la casa principal, pero también parecía bien cuidada. Recé para no encontrarme a ningún mapache, ni rata, ni, por supuesto serpientes ni murciélagos en su interior.

—Como un animalejo me dé un susto, juro que le prendo fuego a este sitio.

Dándome ánimos a mí mismo abrí la puerta con la llave más pequeña del llavero y me aparté de la puerta para dejar pasar al animal que estuviese dentro y quisiese salir.

—¿Hola? —asomé la cabeza por la puerta, dejando el resto fuera por si acaso.

Luego me recriminé a mí mismo el ser tan patético.

—¿Qué animal va a estar ahí metido que te pueda contestar?, idiota que eres idiota.

Junté todo mi valor, que era bien poco, y me animé a adentrarme un poco más. Tenía ventanas muy altas que daban claridad al interior. Pero como estaba muy nublado y no se veía demasiado, encendí también la luz, rezando para que no estuviese fundida. No lo estaba.

Miré por los cuatro rincones esperando ver a algún animal agazapado esperando a que me relajara para atacarme, pero solo vi un trineo de nieve, del que Avery no me había hablado, por supuesto, temiendo que me matara si decidía probarlo. Algunas herramientas, que no sabía para lo que se podían utilizar, colgadas por las paredes y un banco de trabajo lleno de polvo y de más herramientas extrañas que parecían instrumentos de tortura. Bueno, la motosierra sí la reconocí y había algo muy grande tapado bajo una manta raída. Ni me molesté en destaparlo para ver lo que era.

—¿Para qué se utilizan estas cosas? —me acerqué un poco más para verlas de cerca.

Un revoloteo por encima de mi cabeza me dio un susto de muerte.

—Que no sea un murciélago, que no sea un murciélago, por favor.

Eché a correr y llegué a la puerta a tiempo de ver un par de palomas salir volando asustadas por mi interrupción.

—Cabronas, me habéis acojonado, joder.

Volví a entrar y en el segundo vistazo vi un depósito gigante de lo que supuse debía ser gasoil o gasolina ya que aún tenía el interior del cobertizo ese leve olor a carburante, muy débil, por lo que supuse que hacía tiempo que nadie lo usaba.

Para mi consternación, vi un impresionante montón de troncos apilados sobre unos palés de madera, sin cortar, enormes troncos de

más de un metro que no cabían en la chimenea, ni podría acarrear en mis condiciones físicas.

Se me vinieron a la cabeza imágenes de toscos leñadores con las camisas de cuadro y barbas a juego cortando leña con sus hachas gigantescas.

—No puede ser verdad. ¿Quién coño va a cortar estos troncos?

Cogí mi móvil para llamar a Avery.

—¿Algún problema? Dime que no estás herido de muerte.

Bufé porque ya no podía seguir ofendiéndome con ella, ¿para qué?

—No seas ridícula. Oye, ¿tú sabes algo de la leña que no está cortada en mi cobertizo? —fui directo al grano, para que no se me dispersara que era muy propensa a hacerlo.

—¿Eh? ¿No está cortada? —me preguntó sorprendida.

—Si estuviese cortada, no te estaría llamando, ¿no crees?

—A ver —parecía realmente confusa por la noticia— habían contratado a alguien de los alrededores para que dejara la leña cortada, según tengo entendido.

—¿A alguien de los alrededores? —no había nadie cerca. ¿A quién coño habían pagado? —Avery, no hay nadie más por aquí.

—Sí, sí hay —era la primera noticia que tenía— hay una cabaña muy cerca de la tuya. ¿De verdad pensabas que te iba a dejar ir a un lugar como ese completamente solo?

Me ofendí con ella porque al parecer todavía podía hacerlo.

—Oye, que no se me está dando tan mal.

—Ray, estás acostumbrado a que haya gente a tu alrededor que te lo hace absolutamente todo y por si no fuese suficiente para saber lo poco que te sabes valer por ti mismo, estás herido.

—Estoy bien —le repetí.

—Has estado gravemente herido. Tuviste un traumatismo torácico y abdominal. Tienes tres costillas rotas y te tuvieron que

extirpar el bazo y la vesícula. Has estado casi dos meses en el hospital…

—Vale, vale, lo pillo – no quería que enumerara todas las cosas que me dolían o me deprimiría todavía más.

—Llamaré a la mujer que se encarga de tu cabaña para ver qué ha pasado y te vuelvo a llamar con lo que sea.

—Diles que no me queda leña para encender la chimenea, que es urgente si no quieren que me muera de frío.

No era cierto. Todavía quedaban unos troncos para encenderla hoy, pero así se darían más prisa ¿verdad?

—Vale, vale, tú abrígate bien por si acaso —me reí de sus palabras— ¿de verdad estás bien?

—Que sí, pesada. Haz tu trabajo que para eso te pago. Tía vaga.

Era una broma entre nosotros. Nos conocíamos de tantos años que teníamos una relación fraternal. La quería con locura y sabía que ella a mí también. Yo no era nadie sin ella y los dos lo sabíamos.

—Vale, vale. Iré a hacer la magia que mejor se me da. Ayudarte a ti a sobrevivir en cualquier sitio. Luego te llamo.

Salí del cobertizo, y tras cerrar la puerta para que no entraran más animales, decidí dar una vuelta a buscar la casa del leñador que vivía por los alrededores. A ver a quién me encontraba.

Si no me perdía por el camino, claro.

# LIAM

No me había despertado de buen humor. Había vuelto a tener pesadillas, tan vívidas, que cuando abrí los ojos aún pensaba que estaba en el campo de batalla. El sonido de las bombas cayendo a mi alrededor. Los gritos de los soldados y los enfermos de la tienda de campaña donde pasaba horas intentando curar o ayudar a los soldados aterrorizados, que no querían morir solos. El olor a sangre, a cuerpos sudados y a miedo me llegó tan vívido que me entraron náuseas.

¿Había algo más absurdo que una guerra en la que luchaban personas que no querían estar allí, mandadas por gente a las que no les importaba una mierda nada más que su escalada hasta el poder?

Estuve sentado en la cama, con el corazón a mil por hora, viendo las montañas y los pinos por la ventana. Se me había olvidado cerrar la persiana cuando me acosté anoche y ahora veía la niebla que se retorcía entre los árboles como si quisiera exprimirles la vida.

Apolo lloriqueó inquieto al notar mi estado de ánimo.

—Estoy bien —le acaricié el pelo abundante y lo besé entre los ojos de un azul tan vívido como una mañana de verano— venga que te abro la puerta para que vayas a cazar ardillas o lo que sea que hagas cuando te vas.  Pero cuidado con dejar a ninguna loba preñada que no tenemos dinero para guarderías ni colegios, ¿eh?

Estaba acostumbrado a hablar con él, como si me contestase. Llevaba casi dos años escondido aquí, en el culo del mundo,

huyendo de unos recuerdos que sabía que jamás podría olvidar, pero intentando aprender a vivir con ellos.

El alma tiene una capacidad limitada de soportar el horror, y cuando se sobrepasa ese límite, ya nunca vuelves a ser el de antes. Eso me pasaba a mí desde que volví de la guerra.

Me sonó el teléfono después de abrirle la puerta al perro para que saliera, segundos antes de meterme en la ducha. Era Anka. Se había encargado del alquiler de la casa en la que vivía y me abastecía la nevera de las compras de la semana, así evitaba yo tener que salir de aquí. Me estaba convirtiendo en un ermitaño, pero prefería la tranquilidad de aquí a las prisas y los nervios de las ciudades.

—Buenos días —no tenía claro el motivo por el que me estaba llamando, cuando siempre que necesitaba algo la llamaba yo.

—Hola Liam. ¿Te pillo bien? —siempre me sorprendía lo bien que hablaba el inglés, cuando yo no hablaba ni pizca de rumano. Menos mal. Era una asignatura pendiente que siempre dejaba para el día siguiente y así llevaba ya varios años.

—Sí. ¿Ha pasado algo? ¿va todo bien? —no me gustaban las sorpresas de ningún tipo.

—Sí tranquilo. Quería proponerte un trabajo.

Parpadeé sorprendido y la dejé hablar para ver lo que quería.

Estaba acostumbrada a mis silencios así que continuó cuando no le dije nada. Parco en palabras que soy, qué le voy a hacer.

—Me había encargado de la manutención de tu nuevo vecino, ya sabes —¿Al final era un hombre el de la música? Qué mal gusto, por dios— el caso es que Blake iba a encargarse de cortarle la leña, pero sigue enfermo y no ha podido ir, y con la tormenta de nieve que se está acercando no queremos que el hombre se vea sin leña y se muera de frío, ya sabes cómo de feo puede ser el invierno aquí.

—¿No mejora? —ya salió mi lado doctor. No podía evitarlo. Le había recetado algunas medicinas y me gustaba llevar el control de

su enfermedad. Les había cogido cariño a ambos. Eran las dos únicas personas que conocía en la ciudad.

—Sí, parece que está mejor, pero prefiero que descanse más tiempo. Así que la leña del inquilino está sin cortar y quería saber si tú podrías cortársela. Te garantizo que lo pagan muy bien.

¿Y por qué coño no se corta él su propia leña?

—¿Y no sabe cortarse la leña él  solo? —no me entraba en la cabeza. No era física cuántica ni nada de eso. Solo había que coger el hacha o incluso la motosierra, si era un poco manitas.

—¿Él? ¿Cortarse leña? —se echó a reír divertida por mis palabras. No entendí dónde estaba el chiste— ¿Lo has conocido ya?

—Eh…no —tuve que reconocer— he oído la música estridente que le gusta poner por la mañana temprano, pero no tengo el gusto de conocerle todavía.

—¿Puedes hacernos este favor? —parecía demasiado preocupada para negarme. No me hacía ni pizca de gracia hacerle favores a nadie, pero no podía decirle que no a ella.

—Claro, no te preocupes. Iré a lo largo de esta mañana.

—Puedes cobrarle lo que quieras que no se va a quejar. Su asistente personal parece una buena chica.

¿Asistente personal?

¿Quién coño tenía un asistente personal?

—¿Ha venido a las montañas con una asistente personal? —eso sí que era raro de narices.

—No, no. Ella le lleva sus asuntos desde Miami, creo. El tío ha venido solo. A una especie de retiro espiritual o vete tú a saber —hizo un pequeño chillido cuando se rio, como solía hacer siempre y eso me sacó una sonrisa. Qué risa tan rara tenía— es… alguien muy famoso —bajó la voz como si pudiese oírnos el susodicho hablando de él— no sé si i*nfluencer* o algo así. Ha querido mantener su anonimato.

Odiaba a los famosillos de medio pelo que ganaban dinero fácil sin hacer nada más que sonreírle a una cámara y decirle a la gente lo que debía ponerse, o leer o comer, como si las personas no tuvieran su propio criterio al respecto.

Había que ser idiota.

—Vale, no te preocupes, dalo por hecho. Me pongo a ello.

# RAY

Pasear por el bosque requería mucha más energía de la que yo tenía. Me recordaba un poco el tiempo que había pasado en Central Park. La ciudad que nunca duerme nos había tratado siempre muy bien. Nuestros conciertos habían sido siempre un lleno absoluto y los fans nos perseguían a donde quiera que fuéramos. Por eso, porque me hacía inmensamente feliz, me compré un ático allí y era donde vivía cuando me cansaba de Miami o no tenía que grabar.

Era. En pasado.

Estaba seguro de que todo el mundo ya se había hecho eco de nuestro accidente y me preguntaba, no por primera vez, cuánto tardarían en olvidarse de mí.

¡Qué efímera es la fama! Hoy estabas en la cima de la ola y dos meses después…

El bosque de pinos tenía mucha más vida de la que a simple vista parecía. Los animales no parecían asustarse de mí, ya que vi a varios conejos, gordos y grandes como perros pequeños, correr de un lugar a otro. Los pájaros ponían la banda sonora desde las ramas e incluso el viento se había unido para acompañar silbando el trino de los pájaros.

Aun así, tenía que reconocer que estaba asustado. Acojonado para ser más exacto. Las ardillas se habían aliado para darme más de un susto saliendo disparadas saltando de un árbol a otro y provocando demasiado ruido en la cacofonía del silencio del bosque.

Un búho ululó en un árbol. Me volví esperando encontrarme una manada de… algo detrás de mí.

Salieron a mi paso varios ratones de campo y las cigarras me acompañaban con su incesante canto. Mi temor era encontrarme con lobos, u osos de esos que había que asustar cuando los vieras.

No supe cuánto tiempo había andado, pero decidí volver a la cabaña. Ya buscaría a mi supuesto vecino en otra ocasión.

Estaba demasiado hecho polvo para socializar. No supe cómo llegué sin querer a otro claro del bosque con otra cabaña, más rústica y pequeña que la mía, que atrapaba los pocos rayos de sol que habían aparecido tímidamente entre las nubes oscuras que entristecían la mañana.

Pero no fue la cabaña lo que me sorprendió, sino el hombre gigantesco que estaba cortando leña con una enorme hacha con el mango rojo.

Me lo quedé mirando sorprendido. ¿Así eran los leñadores?

Este en particular llevaba unos pantalones negros cargo, una camiseta interior de color negro y una blusa de cuadros, de tela suave y cálida, de color rojo y negro. Calzaba unas botas de montaña viejas y desgastadas. Sus antebrazos morenos tenían venas marcadas como un mapa de carretera.

Era enorme. Tenía el pelo corto y de un negro profundo que reflejaba el sol con vetas rojizas y parecía enfadado, ajeno a mi presencia.

No podía verle los ojos desde aquí, pero me los imaginé oscuros, intensos y llenos de secretos.

—¿Llenos de secretos? ¿Por qué? —me dije a mí mismo en voz alta.

—No sé, vive aquí en el bosque alejado de todo —no quise darme cuenta de que yo también lo hacía, también tenía oscuros secretos y huía de la gente— seguro que tiene varios cadáveres en el congelador.

Era una manera de hablar, claro. No pensaba que fuera ningún asesino en serie ni nada de eso.

Debió oírme hablar conmigo mismo, porque cuando me volví a centrar en él, había dejado de cortar leña y me miraba a mí, con cara de mala leche y una ceja levantada.

Yo nunca había podido levantar una ceja de esa manera, oye. Y hacer eso era muy expresivo sin necesidad de decir nada más.

Me miraba tan intensamente con ojos oscuros y penetrantes, que se me olvidó por un momento qué decirle. Supuse que tenía los ojos oscuros y había acertado.

—¿Hola?

No me contestó. ¡Qué maleducado! ¿Y si era un asesino en serie o algo? Me di cuenta de que quizás esa leña que estaba cortando era la mía.

¡Avery, eres la mejor!

Cogí confianza en mí mismo para seguir hablando.

—Soy tu vecino de al lado —señalé hacia atrás con el dedo y me di cuenta de que no tenía ni idea de en qué dirección quedaba mi cabaña. Así que miré en varias direcciones por si podía orientarme, pero nada.

Seguía sin contestarme, así que como era muy malo con los silencios incómodos, seguí hablando, como hacía siempre.

—Estoy seguro de que me has reconocido, sí soy yo —amplié la sonrisa por la que era mundialmente conocido pero el tío no pareció impresionado ¿Iba a quedarse ahí sin decir nada?— ¿Esa es mi leña? —di varios pasos más para acercarme a él— luego puedes llevármela a mi cabaña. Te pagaré por el trabajo, claro.

Mi sonrisa se fue marchitando al ver que seguía sin decir nada. Pero su rostro se congeló al oírme hablar de dinero.

—¿Vas a decir algo? —le pedí perdiendo ya la paciencia— ¿Hablas mi idioma? Lo siento, pero no sé nada de rumano. *Nothing.* Ni una palabra. Puedo poner el traductor…

No necesité que dijera nada. Me callé en el acto cuando lo vi detrás de él, acercándose con cuidado.

—¿Eso es…?

Me quedé congelado, mi imaginación se disparó y me llenó de imágenes sangrientas y de cadáveres a medio comer.

"*Grita fuerte y haz movimientos exagerados para ahuyentarlo*" recordé que me había dicho Avery.

No me lo pensé. Quizás podía evitar que el lobo ese se comiera a este hombre tan extraño.

—¡Fuera! ¡Largo! ¡Vete a comerte a otro! —el lobo no se inmutó, pero se quedó parado en el sitio mirándome con esos ojos azules tan fríos. Empecé a hacer aspavientos con las manos, como si fuese un molino de viento— ¡¡¡*aaaaaaaaaahhhhhhh*!!! —grité con todas mis fuerzas y no me dio tiempo a sentirme ridículo por la mirada que me estaba echando el tipo, ya que decidí que mi momento de hacerme el héroe había pasado, di media vuelta y eché a correr no sin antes gritarle a mi vecino un *ccccoooorrrreeee*!

Y eso hice, con las pocas fuerzas que me quedaban.

El lobo podía comérselo a él, que era más grande, yo no iba a ser un héroe hoy. Y seguí corriendo.

# LIAM

Si lo piensas, a lo largo de tu vida conoces a un sinfín de personas. Y cuando has tenido una profesión como la mía, la de cirujano militar, conoces a muchísima gente de lo más variopinta.

Pero en todos mis años de servicio y anteriores a él, nunca había conocido a alguien tan excéntrico como el que se suponía que era mi nuevo vecino.

Saber que tenía que cortarle leña a un niño rico incapaz de valerse por sí mismo, me había puesto de peor humor del habitual. Así que antes de ir a conocer al susodicho, decidí dejar partida la leña para mí antes de que se me empezara a acabar.

No lo vi venir, así que no sabía qué iba a encontrarme cuando fuera a conocerlo, pero nada me preparó para lo que vi cuando alcé la vista y lo encontré allí, parado, mirándome como si nunca hubiera visto a otra persona.

Lo primero que me llamó la atención fue su ropa.

¿Era un chándal blanco? ¿Había ido por el bosque vestido con un chándal que parecía valer más que toda mi ropa?

Luego me fijé en que era bastante alto y delgado, con el pelo rubio, largo y suelto hasta los hombros.

Luego recordé que… ¿había hablado solo? Yo lo hacía con mi perro por costumbre y sabía que no era raro que el dueño de un perro le hable como si le fuera a entender.

No entendí nada cuando dijo algo de que lo había reconocido. ¿Quién se suponía que era? Ese pelo rubio y esa sonrisa que puso a continuación me sonó de algo, pero llevaba demasiado tiempo alejado de todos así que no supe quién era, ni me importó. Sí me molestó, y mucho, que supusiera que la leña que estaba cortando era la suya. Si no fuera porque se lo había prometido a Anka, dejaría que el puñetero niño pijo con chándal blanco se las arreglase solo, y me habría encantado verlo manejarse con un hacha. Estaba seguro de que ni siquiera podía con ella.

Maldije mi mala suerte.

—¿Has visto lo mismo que yo? —le pregunté a Apolo cuando pude dejar de reírme.

No se me olvidaría nunca los gritos y los aspavientos que hacía, ¿para qué? ¿Para espantar al perro? ¿Lo había confundido con un lobo? ¿Desde cuándo se espantaban los lobos de esa manera? ¿Y qué persona no distinguía a un husky de un lobo?

—¡Madre mía, colega! La próxima vez que lo veas tienes que ir a saludarlo —dije al perro que se sentó a mi lado viéndome partirme el culo de risa. Hacía mucho que no me reía tanto— Menudo elemento está hecho ese pijo. ¿Y lo vamos a tener que aguantar por aquí mucho tiempo? Quizás si le das un susto de muerte conseguimos que se vaya con su horroroso gusto musical por donde ha venido, ¿eh? ¿crees que lo asustaremos lo suficiente como para que se marche?

Apolo correteó a mi alrededor al notar mi estado de ánimo. Normalmente estaba de mal humor. Las heridas de metralla me dolían tanto algunas veces que me despertaban, y si encima le sumaba las pesadillas, mis noches y mis días se convertían en un completo suplicio.

—No, no vamos a jugar ahora. Vamos a ver si el idiota ha conseguido llegar a su casa o si se ha perdido por el camino.

Guardé el hacha con el resto de las herramientas, así que tras cerrar mi cabaña me dirigí a donde sabía que estaba situada su casa

y terminar con esto cuanto antes.

No me había gustado el tipo desde el primer segundo en que lo vi. Iba pregonando lo rico e inútil que era a los cuatro vientos, desde su ropa de marca, hasta lo perdido y fuera de lugar que parecía en esta montaña. No le daba mucho tiempo aquí. Suponía, que cuando la tormenta de nieve que se esperaba cayera sobre la montaña dejándonos aislados, cogería su coche y se largaría buscando un clima más apacible.

No sabía qué había venido a buscar a los Cárpatos, ya que era un terreno agreste y desagradecido para vivir. No veía que ese rubiales con pinta de surfero tuviera los cojones suficientes para aguantar aquí un invierno entero.

No intenté llegar sin hacer ruido, pero estaba acostumbrado a moverme con sigilo, era una costumbre. Cuanto menos ruido fueras capaz de hacer, menos llamarías la atención.

Al llegar al claro donde estaba su cabaña, a escasos trescientos metros en línea recta, vi el enorme todo terreno, aparentemente nuevo, aparcado frente a la cabaña.

Me habría oído llegar si no volviese a tener la música a todo volumen. Estaba sentado en una mecedora en el porche, donde le daba el sol directo y parecía dormido.

¿Cómo podía alguien dormirse con esa música estridente? Era algo que no podía entender. No me miró cuando me acerqué a él y estaba tan ofuscado por tener que ayudarlo, que no pude evitar gastarle una broma. No quería volver a tratar con él después de cortarle la leña, así que no me importaba que se enfadara.

—Apolo —el perro me miró y se paró a mi lado— ve a saludarlo, ¿vale? Saluda.

Lo señalé a él con la mano y el perro echó a correr hacia el rubio que seguía sin haberse enterado de nuestra presencia. Por un segundo me dio pena el susto que se iba a llevar y estuve a punto de llamar al perro para que no lo despertara.

Pero fue demasiado tarde.

# RAY

Estaba soñando con lobos que me acechaban desde el bosque. Ojos rojos en la oscuridad mientras un animal mucho más grande me estudiaba impasible ante el inminente ataque.

Yo estaba petrificado. Por más que intentaba salir corriendo no podía hacerlo. Parecía que estuviese clavado al suelo.

Sentí unas uñas arañándome las piernas y me desperté sobresaltado.

No había estado soñando.

El lobo que había visto esta mañana tenía sus patas sobre mi regazo y la boca llena de dientes puntiagudos frente a mi cara.

De la impresión, me impulsé hacia atrás con tanta fuerza, que la mecedora donde había estado durmiendo se volcó conmigo sentado encima. Menudo golpe.

Mis costillas protestaron con un latigazo de dolor y yo grité al compás, no tanto por el dolor sino también por el miedo de saber que el lobo me había seguido y estaba en mi casa listo para zamparme de un par de bocados.

Tampoco tenía demasiada carne, no era más que un manojo de huesos.

Me arrastré por el suelo, intentando alejarme de la bestia que había dado la vuelta para poder hincarme el diente. Grité más alto y por instinto levanté las piernas para intentar alejarlo de mí. El animal

chilló cuando le di la primera patada y se alejó un poco. Ya no parecía tener tanta hambre.

Yo seguí retrocediendo, arrastrándome por el suelo como podía. El dolor de mis costillas era infernal y me hacía ver borroso, pero no pensaba dejarme vencer por el dolor.

—No vuelvas a acercarte o te daré más fuerte todavía, lobo asqueroso.

En la neblina que tenía en la cabeza, al despertar sobresaltado, se unía el intenso dolor que apenas me permitía moverme, oí a alguien riéndose.

Me arrastré un poco más para ver detrás del sillón volcado y pude ver al que era mi vecino partiéndose el culo de risa. Estaba apoyado en uno de los pinos de final del bosque y se inclinaba sobre sí mismo mientras no dejaba de reírse.

Y entonces lo supe.

Mi agresor salvaje no era un lobo, solo lo parecía.

El ¿husky? perro de las nieves, si es que eso existía, o lo que fuera, me miraba confundido por mi reacción.

Supe que el animal debía ser suyo y no había tenido el detalle de advertirme y no hacerme pasar la vergüenza de verme huir como una damisela en apuros y arrastrarme por el suelo muerto de miedo.

Sentí la ira burbujear en mi interior subiéndome hasta la cabeza. Hasta las orejas se me calentaron y dentro de esa tormenta incendiaria que bullía en mi interior ganó la batalla la vergüenza.

Ese hombre era mi nuevo vecino, la única persona de los alrededores y se había dedicado a burlarse de mí, como si fuera divertido estar a punto de morir de un puto infarto.

—¿Te has divertido? —apenas podía moverme. Mis costillas me hacían ver el firmamento entero cuando me movía, pero no iba a dejar que se siguiera riendo de mí. Me sujeté al poste de la esquina de la terraza para poder ponerme de pie y puse una mano en las costillas mientras lo fulminaba con la mirada.

—Tendrías que haberte visto la cara —el idiota seguía riéndose como si nada— es lo más divertido que he visto en los últimos dos años. Ese "*lobo*" es Apolo y es mi husky siberiano.

—Bien, me alegro de que te hayas divertido tanto a mi costa —estaba pasando tanta vergüenza que solo quería enterrar la cabeza en el suelo y desaparecer hasta que el mundo se acabara. Pero como no podía hacerlo decidí quitarme de en medio— no sé qué quieres viniendo aquí, pero sea lo que sea, te digo de antemano que no. Lárgate con tus risas y tu chucho donde no pueda volver a verte.

Estaba jadeando de dolor. Apenas podía hilar dos frases seguidas, pero no iba a quedarme allí fuera ni un segundo más. Me dirigí a la puerta de la cabaña para poder ocultarme sin volver a mirar al idiota que todavía se estaba riendo.

—Espera, ha sido una broma sin importancia, no te lo tomes así —Se acercó a mí y cuando se dio cuenta de que me sujetaba las costillas su semblante se transformó— ¿Estás bien? ¿Te has hecho daño?

No le contesté. Me dirigí a la puerta y se la cerré en las narices. Podía irse a la mierda.

—Espera, oye…

—Lárgate —le grité a la puerta cerrada. Fui a la cocina a tomarme una pastilla y jadeé por el esfuerzo. Estaba bañado en un sudor frío y me estremecí al notar una gota helada bajarme por la columna hasta perderse en la cintura de los pantalones.

Llamó a la puerta.

¿No pensaba dejarme morirme de vergüenza en paz?

—Que te largues, joder.

—No seas crío. Solo era una broma.

Oí ruido al otro lado de la puerta y supuse que estaba levantando la mecedora que había tirado al despertarme tan bruscamente.

—Pues me alegro de que te hayas reído de mí.

—¿Te has hecho daño? He visto que te sujetabas las costillas.

—Estoy bien— no iba a contarle nada de mis heridas a este idiota. Por mí podía desaparecer él y el chucho apestoso que lo acompañaba. ¿Se había reído de mí en todos nuestros encuentros? Recordé mi intento de protegerlo intentando espantar a "*su lobo*". Ahora entendía su mirada desconcertada. Normal que me mirara como si estuviese loco.

—Escucha…he venido a cortarte la leña. Me ha enviado Anka.

¿Y esa quién coño era?

Supuse que la intermediaria de Avery en el pueblo. ¿no había nadie más a quien encargarle que me cortase la leña? Solo me faltaba que el tipo pensara que era un inútil que no podía hacer algo tan simple como cortarme un poco de leña. Pero es que me habían dejado enormes troncos que veía imposible poder cortar con un hacha, o al menos para mí, que jamás había hecho nada parecido.

—No hace falta que te molestes. Ya me apañaré. —no era cierto, pero haría lo que fuera por no tener que agradecerle nada a ese… Gilipollas con "g mayúscula"

El tío bufó al otro lado. Al parecer no tenía demasiada paciencia. Bien, que se largue de una vez.

—Mira, se lo he prometido a ella, así que como tengo llave del cobertizo cortaré la leña y la dejaré allí para que la metas dentro cuando la necesites.

¿Qué tenía llave de mi cabaña? Hablaría con Avery al respecto para solucionar ese detalle. ¿Quería que yo acarreara leña desde el cobertizo? ¿Cómo pretendía que cargara leña con las costillas así? Era una puta broma, pero no pensaba pedirle ayuda a este… neandertal.

No le contesté. Si iba a cortar la leña porque era su trabajo que lo hiciera. No podía negar la falta que me hacía la ayuda en eso y en todo lo demás, pero ni muerto pensaba decírselo.

Me tumbé en el sillón cuando oí el ruido de un motor y supuse que sabía usar la motosierra para cortar la leña.

—Tú no sabes ni cómo se enciende —me dije a mí mismo— que corte la puta leña y se marche de aquí cuanto antes.

# LIAM

No esperaba que el resultado de la inocente broma con Apolo saliera tan mal.

No podía dejar de reírme cada vez que me acordaba, pero es que no me esperaba que terminara tirado por el suelo, y su cara de terror de después no tenía precio.

Y luego se sonrojó de la manera más adorable que un hombre se podía sonrojar por la vergüenza. Ahí fue cuando me empecé a sentir culpable.

No se me quitaba de la cabeza que él esperaba que yo lo reconociese en el primer momento que nos encontramos. Su cara delgada con los ojos grises, del mismo color tormentoso que el cielo sobre nuestras cabezas, me sonó de repente como una estrella fugaz. Así me sentí yo al verlo levantarse del suelo, abochornado y con ese pelo tan rubio y suelto sobre sus hombros, pero no conseguía recordar de qué me sonaba.

Debía ser lo bastante famoso si esperaba que lo reconociese, incluso en este rincón inhóspito del planeta.

Mira que era guapo el puñetero. Fue lo primero que pensé.

Mi lado médico despertó de repente al verlo sujetarse las costillas con gesto de dolor. Había visto demasiado sufrimiento en mi vida como para no reconocer cuando alguien tenía un dolor intenso y me apostaría lo que fuera a que ese rubio tenía una herida que apenas lo dejaba moverse. ¿Algún hueso roto? Aunque no llevaba escayola ni ningún miembro inmovilizado, había algo que le dolía mucho, y

me sentí mal si por mi culpa su dolencia, fuera la que fuese, había empeorado con su caída.

El idiota se encerró en la cabaña y se negó en redondo a abrir la puerta. Así que mi mal humor, ese con el que vivía siempre, volvió a la superficie para recordarme que ese idiota se podía ir al infierno con su pelo rubio y su ropa de marca, joder.

Le avisé de que tenía llave de su casa y que cortaría su puta leña para que no se le congelara ese culito canijo que tenía bajo el chándal.

Sí, se lo había mirado cuando se dio la vuelta todo digno para encerrarse en la cabaña. Me gustaban también los hombres y llevaba una buena temporada sin follar.

Había ido al bar del pueblo un par de veces, sobre todo en verano que era la temporada alta para el turismo, pero solo había conseguido un par de polvos bastante insuficientes para mi apetito sexual. Pero era lo que había.

Me sorprendí de lo ordenado y limpio que estaba el cobertizo. Aunque me habían dado la llave por si había alguna emergencia, como la de ahora, nunca había venido, así que ver el montón de herramientas ordenadas y la moto de nieve que había en un rincón tapada con un viejo toldo me hizo desear que nevara para poder probarla. Era una puta pasada. Seguro que el niño rico era lo que estaba acostumbrado a tener, coches de lujo, ropa de marca y motos de nieve de última generación.

—¡Perra vida, joder!

Vi la motosierra sobre el banco de trabajo y el impresionante montón de leña que había que cortar.

Ni de coña iba a cortar todo eso hoy. Así que le eché gasolina del gigantesco tanque que había para el generador, necesario por si se iba la luz en una ventisca, cosa más que probable, o para echar combustible a la moto, incluso a su automóvil. La verdad es que estaban cuidando del pijo de la cabaña como si fuese un puto príncipe. ¿Quién coño sería?

Me dije que tenía que organizarme mejor y comprarme también un tanque de combustible para emergencias.

Con este tendríamos para sobrevivir varios inviernos las dos cabañas juntas, pero algo me decía que era persona *non grata* ahora mismo para mi nuevo vecino.

—Apolo, vigila la puerta por si sale el rubito —aunque no creía que lo hiciese mientras yo estuviese aquí.

Con la motosierra encendida me puse a cortar los troncos más grandes del montón con la música estridente, que volvía a tronar desde la casa, de fondo y me concentré en el trabajo.

Le dejé los troncos más pequeños para que los cortara él con el hacha, igual que tenía que hacer yo. No le iba a dejar toda la leña cortada porque me llevaría varios días. Así que cuando consideré que tenía suficiente, apagué la motosierra y la dejé en su lugar.

Esperaba que a mi vecino se le hubiese pasado ya el mal humor y estuviese dispuesto a aceptar mis disculpas. Me sentía mal por el mal rato que había pasado y esperaba que me dejase presentarme en condiciones.

—¿Hola? —Era increíble que no se hubiese quedado sordo con esa música tronando. Como no me contestó, toqué la puerta un par de veces.

Estaba a punto de marcharme, cuando bajó el volumen de la música. No me dijo nada así que lo volví a intentar.

—Te he dejado leña cortada para una temporada. Solo tienes que cortar con el hacha la más pequeña— suspiré intentando tener paciencia que se me iba con la misma rapidez que el agua entre las manos—Mira, ¿vas a abrir la puerta o qué? —no me contestó— pensaba disculparme por la broma de antes —casi me atraganto con la disculpa. No me gustaba pedir perdón por algo que ni siquiera había sido culpa mía. Bueno, la broma de la silla sí, pero que él no fuese capaz de diferenciar un lobo de un simple husky no era culpa mía ¿verdad?

—Dime cuánto te debo por cortar la leña.

¿Eso era lo único que le preocupaba?

—No hace falta que me lo pagues ahora. Somos vecinos y…

—No quiero tener más trato contigo. Te pago la puta leña y se acabó. No necesito que vuelvas por aquí nunca más.

Eso me molestó… mucho. Yo tampoco quería tener trato con él, pero las circunstancias eran las que eran y no hacía falta que fuera tan grosero.

—Vale, el trabajo son mil euros —le solté de malos modos. Estaba seguro de que ahora abriría la puerta para quejarse de ese robo a mano armada y por ese motivo se lo había dicho.

Me extrañó que no dijese nada. Durante unos minutos no se oyó nada más que la música de fondo a un volumen bastante más agradable.

El cerrojo sonó y mi vecino con cara impasible, alargó el brazo y me tendió dos billetes de quinientos euros.

Espera, ¿qué? ¿de verdad tenía este tío esa cantidad de dinero en efectivo?

—Aquí tienes tu dinero —lo miré sorprendido. ¿No se había dado cuenta de que era broma? Nadie le cobraría nunca eso por dos horas escasas de trabajo— ahora te pido que nunca más te acerques a mi casa.

—Espera. Era una broma. El trabajo no vale este dinero.

—Pues quédatelo y así no tendrás que trabajar más cortándole leña a los vecinos. Seguro que con eso tienes para vivir unas semanas.

¿Qué coño estaba diciendo?

—¿Perdona? —no sabía si reírme u ofenderme por ese comentario.

—¿No eres leñador? Pues este dinero te vendrá muy bien.

—¿Leñador? —pregunté, desconcertado. ¿Por qué coño pensaba que me dedicaba a cortarle leña a los demás?

—El que corta leña es leñador, no hay por qué ofenderse. Ya no necesitaré más tus servicios, así que puedes marcharte con tu perro y tus bromas de mal gusto.

No me dejó contestarle nada más.

Me cerró de nuevo la puta puerta en las narices. ¿Quién coño se creía que era este puto pijo en chándal? Se podía ir a la mierda él, su leña y su moto de nieve.

Le iba a devolver el dinero, por principios, pero después de lo que me había dicho solo sentía no haberle querido cobrar tres veces más por ser tan gilipollas.

Mi mal humor volvió multiplicado por cinco.

# RAY

—¿Vas a dejar de reírte en algún momento? ¡No tiene gracia, joder! Me caí de la mecedora y me hice daño en las costillas. Más todavía —Empezaba a mosquearme que Avery no dejara de reírse cuando le conté lo que me había pasado con el gilipollas de mi vecino.

—Ay, Ray, deberías tomártelo como lo que fue, una broma inofensiva. Estoy segura de que ni él ni el perro esperaban que te cayeras de la mecedora y seguro que no sabían que estás convaleciente. No ha sido un ataque personal.

Yo no lo tenía tan claro.

—¿No lo ha sido? Por dos veces me ha hecho creer que el perro era un maldito lobo —ella comenzó a reírse otra vez, más fuerte todavía. Si no estuviese tan ofendido y avergonzado, quizás la anécdota me resultaría tan divertida como a ella.

—¿Cómo has podido confundir un husky con un lobo? —me dijo cuando paró de reírse— y lo de intentar asustarlo era por si te encontrabas con un oso, no con un perro.

—No tiene ni puta gracia —le solté ya cansado de ser el hazmerreír de todo el mundo— estoy pensando en despedirte, así que tú sigue riéndote de mí.

—Vale, lo siento. Estoy segura de que no ha sido divertido para ti. ¿Cómo llevas las costillas? ¿Están muy mal? ¿Necesitas que te vea un médico? Puedo hablar con…

—Estoy bien —no era verdad, pero no necesitaba un médico. Solo seguir descansando para que mejoraran— no necesito ayuda.

—¿Es cierto que te cobró mil pavos por cortar la leña? —parecía genuinamente interesada por ese tema. Al parecer que tuviese a un leñador como vecino le parecía a ella perfecto. Seguro que había salido a la luz su vena casamentera.

—Bueno, no fui excesivamente amable con él, así que supuse que quiso vengarse. No sabe que no me importa lo que me cobrase, solo quería perderlo de vista de una vez.

—¿Y qué tal tu vecino?

—¿El leñador?

—¿Por qué piensas que es leñador?

—Porque siempre que lo he visto estaba cortando leña. ¿Por qué iba a ser si no? ¿Tú lo has visto? —recordé el cuerpo de mi vecino. Sus brazos musculosos y sus piernas fuertes. Hasta la cara tenía de leñador rudo y primitivo.

—Yo no, pero creo que no es leñador.

—¿Y eso por qué? —¿acaso tenía noticias sobre su vecino que él no sabía?

—Ray, que hayas visto a una persona haciendo una determinada tarea, no significa que sea a eso a lo que se dedica profesionalmente. Lo sabes, ¿verdad?

—No seas condescendiente conmigo y dime si sabías que había una cabaña cerca y tenías conocimientos previos sobre el puto vecino y no me habías dicho nada.

—A ver…

—¿Qué has hecho, Avery?

¿En qué puto lío me había metido ahora?

—Nada, no he hecho nada. Es solo que no iba a dejar que te fueras al culo del mundo sin tener a alguien cerca por si necesitabas ayuda. Es todo. Además, creo que hay un juguetito que te gustará

cuando tus costillas mejoren claro. Espero no arrepentirme de haberte comprado la puta moto.

—¿Tan inútil me consideras? —estaba dolido, pero dolido en mi orgullo como no lo había estado antes con ella y con el mundo en particular.

—No es eso…

—Mira, mejor no me contestes.

—Ray…

—No quiero hablar contigo ahora mismo, ¿vale?

—Ray, por favor…

—Déjame en paz tú también, joder.

Colgué el teléfono y lo tiré contra la pared. Se rompió en mil pedazos. No me importaba el móvil. De hecho, agradecía poder lamerme mis heridas en soledad.

No hice caso a la vocecita que me recordaba que quizás no era buena idea estar en este lugar totalmente incomunicado con el mundo. Avery se volvería loca si no podía contactar conmigo durante unos días.

—A la mierda todo, joder.

Di una patada a las piezas del móvil que habían rebotado hasta mis pies y me dije a mí mismo que les demostraría a todos que era capaz de sobrevivir en esta montaña sin ayuda de ningún tipo.

No era un puto inútil. Joder. ¿Por quién coño me habían tomado?

Había sobrevivido toda mi vida solo y sin ayuda hasta que una discográfica me descubrió cantando en un bar de mala muerte hacía ya más de diez años. A mis treinta años quizás mi carrera musical estuviese acabada, pero este retiro me ayudaría a reencontrarme a mí mismo.

—Ya verás, Avery. Cuando vuelvas a verme no reconocerás al hombre que soy. Ya va siendo hora de volver a mis orígenes y dejar

atrás al Ray Orson que todo el mundo adora y que casi nadie conoce.

Lo primero que pensaba hacer era acarrear la leña que tanta falta me hacía. Ya me había gastado hasta el último tronco y no podía encender la chimenea si no iba a por más.

Ni siquiera me había molestado en ir a ver lo que "*el leñador*" había cortado, pero no podía alargarlo más.

Cogí con cuidado la caja donde metía la madera cortada y salí al frío a por leña.

Ignoraría el dolor de mis costillas y traería toda la leña que pudiera antes de que comenzase a nevar.

# LIAM

No pensaba tener remordimientos por un idiota que no sabía diferenciar un perro de un lobo salvaje. No señor. No era culpa mía que se asustase ni que se cayese del sillón.

Mira que era torpe, joder.

Tras cortarle la leña había intentado seguir con mi vida y olvidarme de mi vecino. De su pelo rubio. De sus ojos grises. De su cuerpo desgarbado. De lo patoso que era. Pero no podía evitar que cada vez que lo recordaba me echara a reír. Seguro que, si Apolo pudiese reírse, también lo haría.

Lo único que odiaba era que no podía quitarme de la cabeza el dolor de su expresión mientras intentaba levantarse apoyándose en el poste de la esquina de la terraza. Uno no puede simular dolor, ni siquiera evitar mostrarlo si es lo suficientemente intenso. Maldito fuera mi lado de doctor que no me permitía borrarlo de la memoria.

Cada vez que lo veía, mi mente intentaba recordar de qué me sonaba su cara, pero era inútil y como ni siquiera me había querido decir su nombre… no tenía ni idea de quién coño era.

Todavía me chirriaba que le hubiese cobrado mil euros por cortarle la leña, pero el muy… snob, había dado por sentado que ese era mi trabajo, el de cortarle la leña cada vez que le saliera de los cojones y se iba a llevar una gran sorpresa.

Que Anka me llamase a los dos días me preocupó más.

¿Había empeorado su marido?

No lo había visto grave, por eso no lo quise mandar al hospital, pero sabía que a determinadas edades cualquier simple resfriado podía complicarse en algo mucho más grave.

—Hola, ¿va todo bien? ¿Blake está bien?

—Sí, sí. No te llamo por eso.

Suspiré aliviado. Como soy un egoísta, no quería tener que conducir hasta su casa con el tiempo que hacía fuera. Llovía con tanta fuerza que parecía que se habían abierto los cielos y descargaban su furia contra nosotros.

—¿Entonces?

—Mira, no te molestaría en un día como hoy si no fuera una emergencia. —eso me preocupó. Si no estaban enfermos ¿qué tipo de emergencia podían tener con el tiempo tan desagradable que hacía? Dejé que se explicara— recuerdas a tu vecino, el de la leña.

Ya no me gustaba la dirección que estaba tomando la conversación.

—Ajá, ¿qué le pasa? ¿Ya ha gastado toda la leña? porque no pienso ir más a ayudarlo. Es muy desagradecido —y lo decía yo que era el peor vecino del mundo.

—No es por la leña —me aclaró— es que por lo visto su representante no puede localizarlo desde hace un par de días y está muy preocupada por él.

¿Representante? ¿En serio?

—Puede que se haya cogido una cogorza o que se le haya olvidado cargar el móvil.

No me extrañaría nada con lo torpe que parecía.

—Ya, pero ellos tenían un acuerdo en el que él tenía que dar señales de vida todos los días y ya lleva dos sin poder hablar con él, así que está muy preocupada.

—Vale. ¿Y qué tengo yo que ver con todo eso?

—Que con lo que está cayendo no podemos subir hasta allí con el todoterreno y me preguntaba si no te importaría acercarte a ver si sigue vivo.

—¿Yo? ¿en serio?

No me lo podía creer.

¿Me estaba pidiendo que saliera de casa con lo que estaba lloviendo para comprobar si el puto pijo de los cojones no se había congelado por las noches?

—Será solo un momento, Liam. Sabes que no te lo pediría si no fuese importante. De hecho, no tienes que ir ahora mismo con lo que llueve. Nos basta con que te acerques a cualquier hora y veas por ti mismo si se encuentra bien y le digas que Avery está muy preocupada por él.

—Anka, no voy a estar pendiente de este tipo por cada cosa nueva con la que su mujer se preocupe.  No estoy…

—Lo sé, lo sé, y lo siento de corazón. Sabes que no me gusta molestarte por ningún motivo que no sea importante.

No podía negarle nada. Era tan buena conmigo que no era justo no hacerle un favor que a mí no me llevaría más que unos minutos. No iba a dejar que condujesen media hora, ninguno de los dos, por un camino embarrado, solo porque el tipo no me cayese bien.

Además, así podía comprobar dónde tenía ese dolor que no podía disimular. Odiaría que se hubiera hecho daño por mi culpa cuando se cayó del sillón.

—Está bien. Iré cuando pare de llover, no pienso mojarme por culpa de un inútil que no se preocupa en mandar un puto mensaje a su mujer.

—Gracias, Liam. Cuando hables con él avísame para que yo me quede tranquila.

—Vale. Eso haré, no te preocupes.

Ya podía estar muriéndose, o tendría que escucharme por ser tan irresponsable.

# RAY

No valoramos nuestra salud hasta que no la perdemos, y eso me estaba pasando a mí desde el accidente.

Era un hombre activo. Tenía un entrenador para mantenerme en forma y aguantar el ritmo cuando nos íbamos de gira. La gente puede pensar que no tienes que hacer nada excepto salir al escenario y cantar, pero no pueden estar más equivocados.

Son entrevistas a los medios casi todos los días, horas de viaje interminables, comer a deshoras y llevar un ritmo frenético durante todo el tiempo, así que hacía deporte siempre que podía y trataba de cuidar mi alimentación. Todo se había ido a la mierda desde ese fatídico día.

Tenía que llamar para ver cómo estaba Connor, pero me remordía tanto la conciencia que no tenía corazón para hablar con él. No soportaría que me echase en cara el accidente. Y, aunque sabía que había sido culpa mía por querer trasnochar y arrastrarlos a todos conmigo esa noche, no soportaba la culpa que me comía por dentro como un cáncer terminal.

Llovía a mares cuando me levanté esa mañana y miré el móvil roto que estaba sobre la isla de la cocina.

—Avery me va a matar cuando consiga ponerme en contacto con ella.

Pensaba ir al pueblo a comprarme un teléfono nuevo, pero es que no había dejado de llover desde hacía varios días, así que no había tenido ánimo de conducir con este maldito tiempo. Seguro que

me perdía o me quedaba atascado o algo peor, me despeñaba por un barranco.

¿Os había dicho ya que soy un poco aprensivo?

Es lo que pasa cuando llevas mucho tiempo con un montón de gente a tu alrededor que te lo organizan todo sin que tengas que mover un dedo.

Así que había decidido acarrear toda la leña que pudiera para estar abastecido cuando llegaran las temidas nieves.

Miré de nuevo la lluvia caer desde el marco de la puerta y seguía pensando en las pocas ganas que tenía de mojarme.

—Es solo agua, deja de ser tan gallina.

Me molestaron mis propias palabras, así que cogí la caja que tenía destinada para acarrear la leña y salí a la intensa lluvia asegurándome de llevar la llave en el bolsillo.

Por más prisa que intenté darme, cuando llegué al cobertizo estaba completamente empapado.

—Hostia puta qué frío está —abrí la puerta con rapidez y entré al cobertizo que empezaba a odiar con todas mis fuerza.

Era mi sala de tortura particular.

Entrar allí era para mí sinónimo de dolor ya que agacharme para llenar la caja con leña y luego acarrearla me dejaba dolorido por el resto del día. Pero no podía hacer otra cosa. Necesitaba la puñetera leña con urgencia. Ahora empezaba a cogerle gusto a estar delante de la chimenea, calentito, tapado en el sillón con una manta viendo la tele todo el día. Ponía películas en el ordenador y las reproducía en la tele. Nunca había tenido tiempo de ver la caja tonta desde que era cantante, así que era como si acabara de descubrir un nuevo mundo lleno de posibilidades. Ya que no podía mirar mis redes sociales con el móvil…

No encontraba una postura adecuada para no tener que agacharme al pasar la leña del enorme montón que mi vecino había cortado tan amablemente, nótese la ironía, a la caja donde la

transportaba, así que buscaba una manera menos dolorosa. No la había, así que empezaba a mover troncos con muchísimo cuidado, lo que me dejaba sudando y agotado al cabo de pocos minutos.

—Odio mis putas costillas —grité en voz alta intentando sacar parte de mi frustración— joder, joder.

Me tumbé en el suelo esperando que el dolor intenso que sentía disminuyera un poco y respiré lentamente intentando olvidarme de las náuseas que el intenso dolor me provocaba cada vez que me agachaba.

Oí unos pasos suaves que no podían ser de una persona y me volví hacia la puerta como estaba, tendido en el suelo. No podría moverme ni, aunque me fuera la vida en ello, así que me quedé allí tumbado viendo acercarse a… ¿otra vez el lobo—husky del vecino o lo que coño fuera?

—¿Tú otra vez? —lo odiaba, ya no le temía, pero había sido el culpable de mis momentos más vergonzosos— fuera, lárgate.

El chucho se paró en la puerta y me miró inclinando la cabeza hacia un lado, como si así pudiese entender por qué estaba tirado en el suelo de mi cobertizo.

Esperaba que su dueño no viniera con él porque ya había pasado suficiente vergüenza por un par de años o por el resto de mi vida. No tuve tanta suerte.

—Hola, vecino. ¿Echándote una siesta?

Cerré los ojos, consternado. ¿Por qué me pasaba esto a mí? ¿Este hombre no tenía leña que cortar o algo así? ¿Por qué coño tenía que venir y encontrarme siempre en las posiciones más ridículas?

—¿Qué haces aquí otra vez? Te dije que no eres bienvenido —quizás si era grosero con él se marchaba, ¿no?

—Créeme que si no fuera por el cariño que le tengo a Anka no vendría a oírte a ti y a tus groserías.

—¿No vas a marcharte? —pregunté esperanzado.

—Nop —y entró en el cobertizo con el perro siguiéndole de cerca — ¿Vas a decirme qué haces tirado en el suelo mojado con el frío que hace? Puedes coger una pulmonía por si no lo sabes.

Ese tonito me repateaba y me mordí la lengua para no mandarlo a la mierda.

—¿En serio? No tenía ni idea, Einstein —no sé estar callado, ya está.

Me sentía tan mal que no me importaba pedirle ayuda. Total. La vergüenza de verme ya la había pasado y si no pensaba marcharse…

# LIAM

Ver a mi vecino tirado en el suelo con la ropa empapada, me provocó escalofríos. Tenía que estar helado, pero, por lo menos, ya no parecía tenerle miedo a mi perro. Algo es algo.

Iba tan enfadado por tener que venir a comprobar que al niñato este no le había pasado nada que ni siquiera me había dado cuenta de que también me había mojado, pese al chubasquero y las botas de agua que traía puestas.

No sabía por qué estaba en el suelo. Aunque estaba muy pálido, no parecía que se hubiese desmayado ni nada por el estilo.

No hice caso a sus palabras tan groseras. Ya estaba acostumbrado. Además, había ido con un propósito muy concreto y no iba a dejarme provocar por su sarcasmo.

—¿Necesitas ayuda para levantarte? —algo me decía que ese era el motivo por el que estaba allí tumbado.

Cerró los ojos con pesar, pero para mi sorpresa, asintió. No parecía gustarle tener que pedir ayuda.

—¿Son las costillas? —me miró sorprendido mirando mi mano extendida para ayudarlo. No sabía que era médico ni que reconocía bastante los signos de dolor que la gente mostraba. Y los que intentaban ocultar, también.

—Sí.

Se calló y no quise indagar más. Se notaba a la legua que no le agradaba nada reconocer lo vulnerable que era en esos momentos,

y aunque a mí no me gustaban los extraños, él y yo parecía que íbamos a estar condenados a entendernos.

Le tendí la otra mano y cogí la suya. Era más pequeña y mucho más pálida que la mía.

—¿Listo?

Asintió y soltó un grito cuando tiré de su cuerpo y se puso de pie. Vale, esas costillas estaban peor de lo que en principio me temía.

—Vamos a la cabaña. Vas a darte una ducha caliente y me vas a dejar que te reconozca para ver esas costillas.

Estaba sudando y se había puesto más pálido todavía. Debía de estar muy mal para que no se negara en redondo.

—He venido a por leña. Sin ella la cabaña se convierte en el polo norte como no encienda la chimenea.

—Vale. Haremos una cosa. Tú vete a duchar y yo te llevaré la leña.

—¿Va a costarme otros mil pavos tu ayuda?

Este tipo era tonto, pero tonto de remate. No sabía si era una broma, pero decidí no entrarle al trapo.

—Hoy no. Me has pillado en mi día bueno. Vete, anda.

Preferí que se fuera para poder cargar la leña sin tenerlo delante, mirándome con esos ojos grises que me desconcertaban. Aunque era bisexual y me gustaban los hombres, no había tenido demasiadas experiencias con ellos. Llevaba demasiado tiempo sin sexo, eso era lo que me pasaba. Porque con este idiota me entraban las mismas ganas de saltarle los dientes de un puñetazo que de empotrarlo contra la pared.

Llené la caja hasta arriba de troncos y di un primer viaje bajo la lluvia maldiciendo a todos los ancestros de este inútil. Y de Anka también, por obligarme a tratar a este hombre que no se alegraba nunca de verme.

—Perra vida, joder.

Comprobé que era cierto, no había ni un miserable tronco en la cabaña para encender la chimenea y me maldije por ser tan idiota de volver a salir y dar dos viajes más, asegurándome de que tendría suficiente para que no tener que salir él a buscarla.

Cuando volví por tercera vez a la cabaña, se oía el agua de la ducha y decidí entretenerme encendiendo la puñetera chimenea. Era cierto, parecía que estábamos en el polo norte. Tenía que decirle que la mantuviera siempre encendida para que no se enfriara tanto.

Me moría por saber qué era lo que le pasaba, y ya puestos… su nombre. Después de tres encuentros me había dado cuenta de que ni siquiera nos habíamos presentado.

Me quedaba claro que este tipo necesitaba ayuda y que no pensaba pedirla. Por lo menos a mí.

Cerré la puerta, asegurándome de que Apolo se quedaba fuera, en la terraza. No quería que el tipo se enfadara por meter a un perro en su casa sin permiso, y me puse a pasear por la cabaña esperando a que terminara. Estaba limpia, tenía unas vistas impresionantes desde el gran ventanal del salón y en la isla que separaba la cocina del salón encontré lo que había ido a preguntarle esa mañana.

Un teléfono. O lo que quedaba de él, porque estaba completamente destrozado.

La pantalla estaba rajada y la carcasa estaba rota en varios trozos. Le di a encender, sabiendo de antemano que no lo haría.

¿Qué le había pasado? ¿Lo había pisado sin querer?

Descarté esa idea ya que nadie podía destrozar un móvil de esa manera por pisarlo, a no ser que pesaras quinientos kilos, y ni así.

—¿Estás cotilleando mis cosas?

¿Por qué no me extrañaba que me atacara nada más verme? Seguí sin hacerle caso y se lo enseñé.

—¿Una mala caída?

Sabía que era mentira y que no me iba a decir la verdad.

—Algo así. ¿A qué has venido exactamente?

Buena pregunta. ¿A qué había ido exactamente?

Le enseñé lo que quedaba del móvil.

—Al parecer tu mujer está muy preocupada porque no puede ponerse en contacto contigo.

Bajó la vista, avergonzado.

—Ya me supongo —me miró unos segundos con seriedad— ¿Me dejarías tu móvil para hacer una llamada?

—Vale —accedí— pero luego me dejas que echarle un vistazo a tus costillas— lo corté cuando se iba a quejar— soy médico— y sonreí como un idiota cuando se quedó sorprendido— ¿Qué pensabas, que era leñador? No deberías juzgar a nadie tan alegremente —no pude evitar echarle en cara sus propios prejuicios.

—Déjame hacer esa llamada para que puedas marcharte de una vez, ya que tienes tantas ganas como yo de estar aquí.

Mira que era estúpido el tío, pero de todas maneras era verdad. Ninguno de los dos quería que yo estuviese allí.

# RAY

Mi madre siempre decía *que era de bien nacido el ser agradecido* o algo por el estilo, y aunque no me gustaba nada tenerlo en mi cabaña revisando mis cosas, tenía que agradecer que me hubiese llenado el leñero hasta arriba de troncos, y que me dejase hacer una llamada para que Avery se quedase tranquila.

Lo de esta mujer no era normal. Llamar a quien quiera que fuese para que mandase a mi vecino a comprobar que me encontraba bien solo porque no había podido hablar conmigo en dos días, solo se le podía ocurrir a ella.

Y aunque me frustraba su control, también me enternecía saber que estaba pendiente de mí.

—Toma —el vecino me entregó su móvil desbloqueado y agradecí saberme su número de cabeza.

—¿Dígame? —me soltó ella. Al parecer no la pillaba de buen humor. De hecho, parecía estar estresada, aunque eso no era nuevo en ella. Esta mujer era capaz de llevar tres o cuatro temas a la vez. No sabía cómo no le había dado ya un ataque de nervios o un infarto por la cantidad de estrés que manejaba a diario.

—Avery, soy yo.

—¿Tú? ¿Y quién eres tú? —puse los ojos en blanco. ¿En serio no me reconocía? —¿Ray, eres tú?

—Sí, soy yo.

Me preparé para la bronca que sabía que me iba a echar. Miré de reojo a mi vecino que estaba a mi lado oyéndolo todo sin cortarse

un pelo. Me di la vuelta y me alejé un poco buscando algo más de privacidad.

—Madre mía, ¿qué le pasa a tu teléfono? ¿sabes lo preocupada que estaba? Pensaba que te había pasado algo.

—Estoy bien —decidí cortarla antes de que siguiera con su diatriba verbal— el teléfono… se me ha estropeado —decidí decirle eso mientras miraba el aparato roto encima de la isla. Ahora estaría un montón de tiempo sin móvil y no sabía cómo me iba a poder apañar aquí solo, desconectado del mundo.

—Vale, no te preocupes que hoy mismo te mando otro y te llegará lo antes posible. No puedes estar incomunicado ahí arriba.

Lo que yo decía. Menos mal que esta mujer tenía soluciones para todo. No sabría qué hacer sin ella.

—Gracias, Avery. Te dejo, que estoy hablando desde el teléfono del vecino y tiene que marcharse ya.

Esperaba que captase la indirecta. No me gustaba tener que estar agradecido con él por más favores de los que ya me había hecho. Que fuese testigo de esta conversación tampoco me gustaba especialmente.

—Vale, llámame en cuanto recibas el teléfono. Si en un par de días no sé nada de ti dile a tu vecino que te deje hablar conmigo de nuevo. ¿vale?

Si podía evitarlo no volvería a pedirle ningún favor. Ya me apañaría yo solo.

—Avery, no pasa nada porque no hablemos unos días hasta que no llegue el teléfono.

—Tonterías. No voy a quedarme tranquila sin saber que estás bien. ¿Ya ha llegado la tormenta esa que se esperaba?

—No, aún no. Te llamaré en cuanto reciba el teléfono. Ahora tengo que dejarte.

—Ray… —me quedé expectante esperando que terminase de hablar— ¿De veras estás bien? ¿Y tus costillas y el resto de las

heridas? —sabía que él escuchaba la conversación ya que con el silencio de la cabaña se oía todo con claridad, así que intenté acabar la conversación ya.

—Estoy bien, de verdad. Hablamos en unos días.

Y colgué.

Respiré hondo antes de volverme para devolverle el teléfono.

—Gracias —apenas levanté la vista para mirarlo cuando se lo entregué.

Este hombre y yo nos teníamos declarada una especie de guerra, sobre todo yo, por haberse burlado de mí. Y aunque ninguno quería estar cerca del otro, aquí estaba, Dispuesto a ayudarme, pero yo no quería que estuviese aquí y comprobase de primera mano lo inútil que podía llegar a ser.

—Tu mujer parecía realmente preocupada.

¿Mi mujer?

¿Este hombre pensaba que Avery era mi mujer?

No supe por qué, pero preferí contarle la verdad.

—No es mi mujer, sino mi representante y ayudante personal.

—¿Representante? —me miró como si tuviera dos cabezas de repente.

—Así es —me dolía en mi orgullo que no me hubiese reconocido todavía. Llevaba años llenando las portadas de muchas revistas y programas de televisión, y para mi desgracia, la noticia de nuestro accidente había dado la vuelta al mundo. No quise decirle quién era. No podría soportar que él también me mirara con reproche por creerme culpable del accidente, ni con lástima por saber que mi carrera musical estuviese acabada.

—¿Vas a decirme quién eres? Lo cierto es que me suena tu cara, pero no consigo ubicarte.

—Solo te diré que me llamo Ray —decidí ser educado y tenderle la mano para presentarme— es lo único que merece la pena que

sepas.

Si no le gustaron mis palabras no dijo nada, cosa que le agradecí. Me estrechó la mano en un apretón fuerte y decidido.

—Yo soy Liam.

—Encantado —y como no puedo estarme callado le dije— es lo que se dice en estos casos, y sé que ninguno de los dos estamos encantados de conocernos. Aunque creo que nos vamos a ver más veces de las que queremos.

No me contestó. Solo se quedó estudiándome como si fuera un puzzle que necesitara solucionar.

—Bueno. Túmbate en el sillón y déjame verte esas costillas.

Eso sí que no me lo esperaba. Pensaba que lo había comentado de coña.

—¿Qué? ¿Para qué?

Mi idea era tener que verlo lo menos posible, pero dejarlo que me tratase las costillas era casi intimar en la relación y eso era lo último que necesitaba.

—Te lo dije antes. Te ayudo con la leña y tú me dejabas verte las costillas.

Bufé en respuesta y aunque era cierto que habíamos quedado en eso, no quería tener que deberle más favores. Avery estará encantada cuando sepa que vivo cerca de un médico. Con lo patoso que siempre me decía que era.

Mierda puta.

—Vale. Pero rapidito.

Me senté en el sillón. Ni de coña me tendería para luego no poder levantarme y me levanté la camiseta.

# LIAM

Había tratado con todo tipo de personas, pero mi vecino parecía un ser sacado de otro planeta.

Me sonaba su cara de algo, así que debía de ser famoso. A todas luces era un urbanita que no había estado de acampada en su vida y, aún así, aquí estaba, solo y sin querer ayuda de nadie, aunque estaba más que claro que la necesitaba urgentemente.

Me pregunté qué traería a alguien como él a un paraje tan inhóspito como este. Además, estaba enfermo o herido, lo que lo hacía todo más extraño todavía. Veía desolación en sus ojos cuando me miraba. Un dolor que no podía ocultar.

—¡Hostia puta! —No pude ocultar la sorpresa cuando vi la mancha que aún le quedaba en las costillas, resto de un hematoma intenso. Este hombre tenía que estar en un hospital, no aquí en medio de la nada— ¿Cuántas costillas rotas? — no me quería aquí y seguramente no me agradecería que me inmiscuyera en su vida privada, pero estaba herido y viendo sus costillas, su dolor debía de ser atroz.

—Tres.

No lo toqué, porque empeoraría su dolor, y era lo último que quería.

—¿Hace cuánto que ocurrió el accidente? ¿Traumatismo torácico?

—Algo más de mes y medio y fue torácico abdominal.

Se giró para enseñarme la cicatriz de su barriga. Que se veía bastante reciente.

—¿Te quitaron el bazo?

—Y la vesícula.

Silbé, haciéndome una idea mental de cómo tuvo que ser el accidente para que le extirparan dos órganos y tuviera así la zona de las costillas.

—¿Por qué no te quedaste en el hospital? —debía haber pedido el alta voluntaria. Ningún médico le mandaría a casa con estas heridas.

—Ya no podían hacer nada más por mí. Si tenía que mantener reposo, lo haría en mi casa, no en un puto hospital.

—¿Y con esas heridas te vienes aquí en invierno? ¿Solo? —este tipo no se preocupaba nada por su rehabilitación, qué coño rehabilitación, no se preocupaba ni por su vida.

—No es asunto tuyo donde decido recuperarme. Por si no te has dado cuenta no te he pedido ayuda, y no quiero tu puta lástima.

Ahí tenía el agradecimiento que iba a tener de él. Era bueno saber a lo que me enfrentaba.

—¿Lástima? —eso sí que no se lo iba a consentir— lo que me dan son ganas de darte un puñetazo y devolverte al hospital de donde nunca debiste salir —pensaba decirle un par de cositas más, pero había vuelto a taparse la tripa y me miraba con mala leche, así que me guardé mis palabras para no empeorar más las cosas. No tenía ningún sentido decirle nada. Era un puto irresponsable, pero tenía razón, no era problema mío lo que quisiera hacer con su vida.

—Bueno —me dijo muy digno— pues no puedes —miró por el ventanal donde la lluvia parecía haber dado un pequeño respiro, pero el cielo encapotado se oscurecía por momentos lo que me indicó que se iba a poner a nevar de un momento a otro.

—¿Qué estás tomando para el dolor? —Me miró mal, pero no le hice ningún caso. Si no se cuidaba las costillas rotas podían perforarle un pulmón y entonces, sí que iba a tener un gran problema, porque, para mi desgracia, no podía hacerme a un lado y

dejar a un enfermo a su bola cuando no tenía ni idea de lo que hacer para recuperarse— va a empezar a nevar —indiqué al ventanal para que se diera cuenta— así que cuanto antes me lo enseñes para poder darte el visto bueno, antes me marcharé. Soy médico —le recordé ante su mala cara— y te guste o no voy a intentar que no te mueras en la montaña.

—¿Aunque no quiera tu ayuda?

Mira que era desagradecido.

—Aún así.

Me indicó las pastillas con la cabeza. Estaban sobre la isla de la cocina y no iban a ser suficientes para calmarle el dolor.

—Necesitas más medicación. Tengo en mi casa varias cajas que te vendrán bien para alternar con esas que tomas.

—Estaré bien.

—No, no lo estarás —me dirigí a la puerta donde Apolo me esperaba pacientemente. Miré su ropa seca y vi que, aunque no llovía con la intensidad de antes, continuaba lloviznando lo suficiente para empaparse si lo hacía venir de su casa a la mía y volver— ponte un impermeable y acompáñame para dártelas. Ahora llueve menos y podemos aprovechar.

—No tengo impermeable.

Se encogió de hombros con indiferencia.

—¿Cómo no vas a tener algo tan básico para vivir aquí arriba? —bufé, perdiendo la paciencia. Estaba mojado y tenía frío. Ayudar alguien que no quería ayuda y que no te lo iba a agradecer era lo peor de este trabajo, pero estaba claro que la medicina era vocacional y no por esperar el agradecimiento de nadie— iré a casa y volveré antes de que empiece a nevar.

—No hace falta que vuelvas.

¡Ya lo sabía! Pero no iba a dejarlo sufriendo como sabía que sufría. El dolor debía ser tan intenso que pensé que apenas lo dejaría dormir por la noche.

¿Por eso tenía siempre tan mala leche? Yo sabía lo que era despertar de mal humor por no haber podido dormir casi nada.

—Pero volveré. Lo menos que podrías hacer es cocinar para los dos. Ya sabes, por ser amable y eso.

No iba a hacerlo, pero me gustaba chincharlo de todas formas.

—No sé cocinar nada —se volvió a encoger de hombros como si no le diera importancia. Lo pensó durante unos segundos antes de añadir— si te vale un plato de pasta…

—Es coña —no lo era— no necesito que hagas nada por mí. Intentaré tardar lo menos posible.

—La próxima vez deja entrar al perro.

Ese detalle me gustó. Algo es algo. A lo mejor no estaba todo perdido con él. Me marché rezando que no empezase a nevar antes de haber vuelto o se quedaría aquí tirado.

Eso debería hacer. Pasar de su puto culo canijo, pero en el fondo sabía que no podía dejarlo a su suerte.

# RAY

Odiaba a este cretino con aires de buen samaritano. Pero solo de pensar que tenía algo para mitigar mi dolor, haría lo que fuera para conseguirlo. Hasta invitarlo a comer. Quizás buscaba otros mil euros… por lo que anoté pedirle a Avery que me mandase dinero la próxima vez que hablara con ella.

No había gastado nada desde que estaba aquí, en Rumanía. Bueno, solo los mil euros que le pagué a… ¿cómo había dicho que se llamaba? ¿Liam? ¿Leo? ...bueno algo así. También me di el capricho de comprar algunas botellas de whisky del *bueno* en el aeropuerto para aligerar mis penas.

Que fuera médico y, encima, supiese cortar leña era tener mucha suerte. Mis tripas rugieron y me avisaron que apenas había desayunado mucho esa mañana, así que me obligué a levantarme y ponerme a hacer la pasta para dos. Me sabía mal no hacerle de comer después de las molestias que se estaba tomando conmigo.

Ninguno queríamos compañía y yo estaba dispuesto a demostrar que sabía cuidar de mí mismo sin ayuda de nadie, menuda mentira, parecía que el vecino no estaba de acuerdo.

Mientras se cocía la pasta puse música para relajarme. Y me di cuenta de que el vecino me ponía nervioso, pero no sabía bien por qué. Era un idiota prepotente, y, aunque nunca me había gustado que se rieran de mí, no tenía demasiado claro que fuera solo eso lo que me ponía de los nervios. ¿Quizás su manera de mirarme con esos ojos oscuros y misteriosos? ¿Esa manera de caminar tan arrogante? ¿O sería ese cuerpo fuerte y musculoso que se adivinaba bajo la ropa?

Su voz grave me resultaba extremadamente erótica, y eso me molestaba por encima de todo lo demás. ¡Conseguía erizarme el vello del cuerpo sin ni siquiera proponérselo! ¿De verdad tenía ese poder sobre mi cuerpo? Bueno, por lo que fuera, lo quería bien lejos de mí.

—Después de que me dé los calmantes —me dije en voz alta.

Puse la mesa en la isla de la cocina donde desayunaba todos los días. Como era lo suficientemente grande para poder comer los dos sin problemas, saqué aceitunas y preparé una ensalada. Era un hombre delgado, y desde el accidente, más todavía, pero tenía esa costumbre de comer una ensalada antes del primer plato desde pequeño.

—Está empezando a nevar.

Me sobresalté porque no lo había oído llegar. Miré por la ventana para comprobar que efectivamente estaban cayendo unos suaves copos de nieve, pero se deshacían al caer al suelo.

El perro entró tras él y se acercó a saludarme con la lengua fuera, como si hubiera venido corriendo y estuviese cansado.

—¿Querrá agua? —le pregunté al vecino mientras me inclinaba lo que mis costillas me permitían para acariciar su pelo frondoso y suave.

—Ha estado bebiendo en los charcos que nos hemos encontrado. No te preocupes.

—Eres un perro muy guapo —le dije a Apolo. Tenía un nombre fácil de recordar— ¿Quieres agua? ¿Sí? ¿Estás cansado? ¿Has corrido mucho? ¿Has visto ardillas? ¿Y conejos? ¡Qué guay!, ¿no?

El perro me chupó una mano y parecía entusiasmado por mis preguntas, así que no me lo pensé demasiado. Cogí un bol de un estante de la cocina y se lo llené de agua. Lo puse en un rincón y el animal se acercó a curiosear antes de ponerse a beber.

—No tenías que molestarte.

Ninguno de los dos apartamos los ojos del perro mientras bebía.

—No es molestia, ese bol es en el que te voy a servir la ensalada.

Rompió a reír a carcajadas y ese sonido me hizo sonreír a mí también.

—Veo que tienes sentido del humor —se acercó adonde estaba retirando la pasta del fuego— ¿te ayudo en algo?

No lo quería cerca de mí. Olía levemente a sudor bajo su plumas y otro olor más intenso que supuse era su olor corporal. ¿No se echaba perfume? Yo no salía de casa sin echarme mi perfume favorito. Nunca se sabía a quién te podías cruzar por la ciudad, aunque aquí, como no te cruzaras con un conejo o con ratones de campo, poco más podías ver. Bueno, ¡genio y figura hasta la sepultura! ¿Podría oler mi vecino el perfume que me había echado cuando me duché antes? ¿Le gustaría?

Lo miré de reojo por si podía verlo olisquearme con delicadeza. No parecía que lo hiciese. Me desinflé un poco, decepcionado.

—Aliña la ensalada —le mostré donde estaban el aceite y la sal— ¿quieres vino, cerveza, agua?

—¿Tú que vas a beber? Con las pastillas no deberías beber alcohol.

—En ese caso, saca un par cervezas de la nevera para que me las beba antes de tomar la medicación.

Sonreí mientras él negaba con la cabeza.

Estuvimos trabajando juntos en la cocina. Él sacando las cervezas y aliñando la ensalada, y yo echándole las gambas a la pasta antes de servirlas en los platos.

—Espero que no seas alérgico a las gambas —avisé cuando puse los platos en la isla antes de sentarme con cuidado frente a él— ni siquiera se me había ocurrido preguntártelo.

—No, descuida. Huele muy bien.

No contesté. Miré al perro que estaba roncando tumbado justo ante la chimenea.

—¿Lleva mucho contigo? — prefería hablar de un tema neutral. No quería saber nada de su vida, ni contar nada de la mía así que decidí hablar del perro.

—Sí. Tiene tres años y me vine con él cuando aún era un cachorro.

Miré la nieve que empezaba a caer fuera. No llegaba a ser una ventisca propiamente dicha, pero no sabía si se convertiría en la tormenta que decían que iba a llegar de un momento a otro.

—¿Crees que va a nevar mucho?

No tenía idea de cómo era el tiempo allí. Había llovido la mitad de los días y hacía muchísimo frío, pero no era capaz de predecir si el tiempo empeoraría o no con tan solo ver el color del cielo.

—Por lo pronto parece que no. Pero por estas fechas, estos años atrás ya había nevado bastante.

—No nevará tanto como para que no puedas volver, ¿no?

No pretendía que sonara tan grosero. Liam me miró unos segundos antes de seguir comiendo. Yo empecé a liar espaguetis con el tenedor para no tener que mirarlo.

¡Mierda! ¿Se podía ser más grosero?

—No te preocupes que me marcharé en cuanto coma. No me quedaré aquí contigo ni un minuto más del necesario.

Se levantó para marcharse en cuanto se metió el último tenedor en la boca y me sentí el ser más ruin del mundo.

—Espera—le cogí una mano para sujetarlo— lo siento, no quería decirlo de esa manera. No te vayas y termina de comer —miró mi mano en su brazo antes de mirarme a mí— por favor… no te vayas. Quería decir que…

—Sé lo que querías decir y te entiendo. Ninguno quiere pasar con el otro más tiempo del necesario.

—Lo siento —me oí repetir de nuevo— es solo que no sé muy bien cómo tratar a los extraños. He venido aquí para estar solo y

curar mis heridas, y tú... —no haces más que entrometerte en mi vida y no me gusta. Evité confesarle.

Dio un largo trago para acabarse la cerveza.

—Los dos estamos aquí para huir de nuestras vidas— me dijo antes de dirigirse a la puerta. El perro se despertó de inmediato y se fue con su dueño después de estirarse cuan largo era— pero te diré que por mucho que quieras huir, tus fantasmas siempre estarán contigo. Me voy antes de que nieve más. Tómate una pastilla por la noche para que puedas dormir mejor. Hoy voy a pasar del café. Intenta no hacer demasiadas tonterías.

Y se fue sin decirme nada más. Y me quedé mirando la puerta cerrada tras él sintiéndome extrañamente culpable.

# RAY

No dejó de nevar en todo el fin de semana, y aunque echaba de menos a mi vecino, nunca lo reconoceré en voz alta.

Nop. Ni de coña. Los dos sabíamos que no queríamos pasar más tiempo del necesario con el otro y sus últimas palabras no se me quitaban de la cabeza.

¿Qué fantasmas tenía él para venirse a este rincón apartado del mundo? ¿Cuánto tiempo llevaba viviendo aquí solo? ¿Los tres años con el perro o más?

Vivir solo tanto tiempo en estas montañas inhóspitas, se me hacía toda una proeza. Yo no sabía el tiempo que tardaría en cansarme de no tener a Avery rondándome todo el día, o a mi guardaespaldas, Jonás. Dejarlos a todos mientras intentaba curar mis heridas estaba siendo mucho más duro de lo que esperaba. No sabía estar solo.

El silencio de la cabaña me agobiaba, por lo que cuando no estaba tirado en el salón viendo la tele, estaba escuchando música de Spotify. Lo que fuera con tal de que el tiempo pasara sin agobiarme tanto.

Ya dormía de un tirón gracias a las pastillas que me dio mi vecino. Era cierto que, si me las tomaba durante el día, cuando el dolor me apretaba tanto que era una agonía el simple hecho de respirar, me dejaba totalmente "colocado", y no me gustaba nada esa sensación.

Había tenido mis años de tontear con las drogas, pero antes de que se nos fuera de las manos, pusimos una regla en el grupo para

respetarla a muerte y era la de no tomar drogas duras. Así que a veces nos fumábamos un porro entre viaje y viaje, pero nada más duro que eso.

Los echaba de menos a todos y a cada uno de ellos, joder. Cuánto los extrañaba. Tony era el que tocaba el bajo, y murió en el acto en el accidente. Era el más loco del grupo y siempre nos hacía reír con sus ocurrencias y sus chistes malos.

"*Si Jesucristo tuviese un hermano gemelo, ¿serían clavados?*

*¿Cómo dice una vaca checoslovaca? Checoslomu*"

Y así se podía pasar los días enteros. Estaba soltero y se acostaba con todo lo que se dejara, fuera hombre o mujer.

La guitarra eléctrica la tocaba Adrien. Un francés que adoptamos en el grupo cuando lo oímos tocar en un tugurio de Las Vegas. También murió en el accidente.

Connor, el batería, era el que estaba en el hospital, en coma, sin saber si algún día despertaría.

Esos días en los que me ponía a recordar los buenos años con ellos, eran los que más me atormentaban. Entonces cogía una de las botellas de whisky y no la soltaba hasta caer desmayado en el sillón.

No me había llegado el teléfono, pero como seguía nevando de manera intermitente, aunque no fuera demasiado intensa, supuse que nadie con dos dedos de frente se atrevería a venir aquí arriba para traerme un puñetero teléfono.

Recé con todo mi ser para que Avery no estuviese llamando a mi vecino y agobiándolo como solo ella sabía hacerlo. No conocía a nadie que no se diera por vencido después de que mi representante se empeñase en que hiciesen lo que ella esperaba. Pero Liam no parecía de ese tipo de personas que se dejase presionar por una desconocida, por pesada que esta pudiera ser.

No quería volver a verlo. No quería tener que deberle más favores. "*Avery, déjalo en paz y no lo molestes*" Agradecía que la

nieve no dejase de caer, aunque fuese de manera tímida, porque así me aseguraba de no recibir visitas inesperadas.

Ya hacía tres días que no lo veía, y estar encerrado en la cabaña me estaba volviendo loco. Miré fuera para ver si la nevada había parado ya, y al ver que al parecer nos iba a dar un respiro, decidí salir para tomar un poco de aire.

No pensaba alejarme demasiado, y por supuesto, no me acercaría a la casa de mi vecino, entre otras cosas, porque no tenía ni idea de dónde se encontraba exactamente. La única vez que estuve allí, la encontré por casualidad, así que como mi sentido de la orientación era completamente nulo, me puse mis zapatillas blancas y mi plumas más abrigado, y me obligué a salir sin pensármelo más. No me iba a alejar demasiado. Lo último que me faltaba era perderme, así que cogí las llaves de la cabaña, le eché troncos a la chimenea para asegurarme de que seguiría encendida y salí a pasear, intentando levantarme el ánimo.

El médico me había recomendado que diera un paseo todos los días para rehabilitar mis pulmones, y eso era lo que pensaba hacer. Tomé una profunda bocanada de aire cuando cerré la puerta tras de mí, y me metí en el bosque que estaba a unos metros de mi cabaña, asegurándome de no alejarme demasiado y de reconocer el camino por el que me metía para saber volver después.

Lo dicho. Perderme no era una opción.

# LIAM

—¿Cómo que no está en su cabaña? —miré a Anka que había venido hasta mi casa muy preocupada porque, al parecer, mi vecino no estaba en su cabaña cuando había ido expresamente a entregarle su teléfono nuevo.

Tenía que reconocer que Avery era insistente. Muy insistente. Por no decir pesadísima. Era capaz de conseguir que un muerto se levantara de la tumba con tal de dejar de escuchar lo pesada que podía ponerse.  Yo lo sabía de primera mano ya que me había llamado un par de veces para que le llevara el teléfono a Ray para hablar con él y asegurarse de que estuviese bien.

***

*—Está nevando ahora mismo —le había dicho las veces que me había llamado— seguro que está en su cabaña calentito viendo la tele tranquilamente —había intentado tranquilizarla porque no pensaba salir ahí fuera con el tiempo que hacía— además, no es por nada, pero ¿a dónde iba a ir con el tiempo que hace?*

*—Uy, no te imaginas lo que es capaz de liar en unos segundos. Puede provocar un accidente épico en tan solo unos minutos. Ray no sabe hacer absolutamente nada solo. Por eso estoy tan preocupada por él"*

Lo cierto es que Avery parecía realmente desesperada. Me pudo la curiosidad.

*—Si no sabe valerse por sí mismo, ¿por qué ha venido a este rincón apartado del mundo? — no entendía qué había traído a una*

*estrella… de lo que fuera, porque todavía no me había enterado de quién era en realidad, a este sitio— aquí no hay nada que hacer excepto contemplar la naturaleza y pensar —de eso sabía yo un poco. Sobre todo, de lo de pensar en tu pasado y en tu vida actual.*

*—Ray está pasando una crisis existencial —me explicó ella— por llamarla de alguna manera. No sé si sabes algo de sus heridas…*

*—Algo he visto.*

*—Pues desde el accidente está inmerso en una depresión y quiso alejarse de todo hasta estar preparado —ella suspiró al otro lado del teléfono— no tengo claro que haya sido una buena decisión, pero no pude convencerlo de que se quedara aquí y se tratara en una clínica especializada. Por eso soy tan pesada. No te molestaría si no me pudiera la ansiedad de no saber cómo está. Mi cabeza no hace más que verlo provocando un incendio mientras intenta cocinar o cayéndose en la bañera y rompiéndose una pierna y quedarse allí solo, tendido en el suelo, hasta morirse de frío.*

*Me reí para intentar que se tranquilizase.*

*—No te preocupes que seguro que está bien.*

*—¿Puedo hacerte una pregunta?*

*La conocía lo suficiente como para saber que me la iba a hacer de todas formas.*

*—Claro —aunque no me gustaba nada la idea. Esperaba que no me preguntara nada de mi vida personal.*

*—¿Por casualidad viste lo que le ha pasado a su teléfono? Es muy maniático con sus cosas y no entiendo que le ha podido pasar, lo compró pocos días antes de marcharse.*

*Yo había visto el teléfono que tuvo haber sido estrellado contra el suelo varias veces para estar tan destrozado, pero si le contaba eso, se preocuparía todavía más.*

*—Pues debía venir mal de fábrica porque por lo visto había dejado de encenderse de buenas a primeras.*

*No me gustaba decir mentiras, y menos de cosas que no me afectaban a mí directamente, pero decidí echarle una mano al descerebrado de mi vecino. Ya me lo cobraría en otro momento.*

*—Vale. Avísame cuando puedas ir a verlo para que lo llamé por teléfono. ¿vale?*

*—Claro —no pensaba hacerlo, por supuesto, pero no era tan mala persona por dejarlo allí solo sin saber cómo estaba después de contarme Avery lo desastre que podía llegar a ser.*

***

—Hemos ido a llevarle el teléfono que le ha mandado su representante, pero en la cabaña no parecía haber nadie. Y tampoco se veía a nadie por los alrededores —Anka miró detrás de mí por si podía verlo allí en mi casa por arte de magia— ¿tú no lo has visto hoy por casualidad?

No entendía cómo un solo hombre podía tener a tanta gente preocupada por él sin hacer nada. ¿Quién coño se creía que era? Anka tenía ya más de sesenta años y lo último que necesitaba era tener que venir a la montaña en un día como hoy tan solo para traerle un puto teléfono al señorito. ¡Uf, me estaba poniendo de una mala hostia!

—Habrá ido a dar un paseo —supuse. No podía hacer otra cosa aquí arriba— ¿su todoterreno estaba aparcado allí?

—Sí, sí. El coche no parece haberse movido desde el primer día en que llegó. Pero está convaleciente —me recordó ella— y mira el tiempo que está haciendo. Empieza a nevar otra vez— miré tras ella para ver la nieve caer de manera tímida. —No sé dónde se ha podido meter ese hombre.

Una vocecita me decía que yo le había dado una caja de calmantes con los que dormir a un elefante con tan solo un par de pastillas. No habrá sido tan tonto de cometer una locura si estaba tan deprimido como Avery me había dicho, ¿verdad?

—Gilipollas, gilipollas y gilipollas —dije en voz baja, sin saber muy bien si se lo decía a él o a mí mismo por preocuparme por mi maldito vecino.

—¿Perdón? —ella dio un paso atrás al oír mis palabras, como si de repente se sintiera amenazada por mí.

—Nada, son cosas mías —le tendí la mano— dame el teléfono, yo me encargo de llevárselo.

—Pero por favor, mira a ver si lo encuentras lo antes posible ¿vale? —me tendió la caja con el móvil— Dile que llame a Avery cuanto antes —me recordó— esa chica tiene el cielo ganado por trabajar para gente así.

Con esas palabras, Anka, había resumido muy bien el tipo de persona que era mi vecino. Y yo estaba totalmente de acuerdo.

# RAY

Por supuesto que me había perdido. No sería yo si fuera capaz de ir a dar una vuelta alrededor de mi casa y no terminara perdiéndome.

—Anda que ya me vale.

Mi voz me sonó rara en el silencio del bosque. Ya iba lo suficientemente acojonado por pensar que podría encontrarme con un oso, un lobo o algo así y me comería de una sola sentada. No me veía capaz de correr por este bosque con el suelo lleno de barro, hierbas altas, trozos de tronco y raíces retorcidas sin caerme y romperme algo.

Y para colmo de males había empezado a nevar … otra vez. Me metí las manos, con los guantes gruesos de lana, en los bolsillos del chaquetón y me encorvé todo lo que mis costillas me permitieron para refugiarme del viento que empezaba a rugir entre los árboles, tirándome nieve directamente sobre mi cara. Como si quisiese vengarse de mí por ser tan negado en esto de la orientación.

De repente, caí en la cuenta de que estaba caminando cuesta abajo cuando mi cabaña estaba en el llano que había justo antes de empezar el bosque de pinos.

—Así que, Sherlock, eso significa que tienes que darte la vuelta y empezar a subir, que tu casa estará allí arriba…o la de mi vecino — dios quiera que no, porque no me apetecía oírlo echándome la bronca por salir y perderme con la ventisca que se estaba levantando.

Me di la vuelta y miré hacia arriba odiando mi mal estado físico. Antes del accidente podía haber subido la pendiente corriendo.

—Venga, ánimo que son solo unos metros —me dije para animarme.

Según iba subiendo, sorteando los árboles que me encontraba de frente, me fui alejando del camino que tenía, pero estaba tan sumido en el ánimos que me estaba dando a mí mismo para no desesperarme por el dolor de mis gemelos, y del trabajo que me estaba costando no resbalar por los tramos llenos de fango por donde había corrido el agua de tantos días lloviendo, que no lo oí hasta que no lo tuve justo delante.

—¿Qué coño?

Había un lobo muerto en una vieja trampa de esas grandes que se ponían para cazar osos. El animal debió pisarla y quedó casi cortado por la mitad, así que debió morir al instante. Lo curioso es que aún no había empezado a descomponerse, por lo que debía haber muerto hacía poco tiempo.

Pensé, en un principio, que podía ser Apolo, pero observé que este animal tenía el pelo encrespado y sucio, y sus ojos eran del color de la miel y Apolo los tenía azules.

—¿Eres un lobo de verdad? —estaba alucinando de ver un animal salvaje tan de cerca. Incluso sabiendo que estaba muerto, me acerqué a él con cuidado y lo toqué con un palo para asegurarme de que no saltaría sobre mí y me mataría de un mordisco en la garganta.

Decidí seguir subiendo y olvidarme del lobo, pensando que el cadáver podía atraer a más animales salvajes.

—Lo siento amigo —me despedí del muerto y seguí subiendo con cuidado. Apenas me alejé unos metros cuando me encontré con una cría de lobo, supuse por su apariencia. No supe quién se quedó más sorprendido de los dos, sí ella o yo.

—Hola, perrito —era muy pequeño y parecía más un cachorrito de perro que otra cosa, pero algo me decía que quién estaba en el

cepo era un familiar suyo. ¿su madre quizás?

—No vas a comerme ¿verdad?

No sabía nada de lobos, solo que vivían en manadas y que eran extremadamente inteligentes, pero al encontrarme al pequeño aquí solo, me aseguré de que no hubiese más por los alrededores. ¿Se habría perdido buscando a su madre? ¿dónde estaba el resto de su manada?

Mi mente hiperactiva se emperró en mostrarme escenas mías siendo atacado por una manada de lobos que me iban comiendo mientras todavía estaba vivo.

—Qué muerte más mala, joder.

Sacudí la cabeza intentando alejar esos pensamientos y empecé a alejarme del cachorrito con pasos muy lentos, por si se sentía amenazado o algo. Para mi sorpresa empezó a seguirme moviendo el pequeño rabito como si se alegrase de verme. Miré de nuevo a mi alrededor esperando encontrarme a los lobos entre los árboles, pero, no había nada.

El cachorrito soltó unos pequeños ladridos que me hicieron sonreír. Parecía un perrito, y me observaba fijamente con curiosidad, con sus ojitos amarillos.

—¿Y ahora qué hago contigo? —no podía dejarlo allí solo, bajo la ventisca. No sabía si tenía familia, hermanos, tíos o algo, pero en ese momento estaba allí solito, tiritando bajo la nieve. Tomé una decisión y posiblemente me arrepentiría de inmediato, pero no podía dejar al animal allí solo.

—¿Te vienes? —le dije al pequeñín que me miraba inclinando la cabeza como si entendiera lo que le estaba diciendo— vamos a mi casa y te daré leche calentita. ¿Te gusta la leche?

Intenté acercarme a él con cuidado, pero se alejó unos pasos y se volvió para mirarme de nuevo.

—No podemos quedarnos aquí parados o los dos moriremos de frío —dije al renacuajo, que no apartaba sus ojitos de mí— si no

quieres que te coja vas a tener que seguirme.

Y eché a andar volviéndome para asegurarme de lo que hacía el lobito. Para mi sorpresa me siguió. Asegurándose de dejar siempre una buena distancia entre los dos.

—Eso es. Pronto llegaremos a casa, ya verás.

Y continué subiendo, rezando con encontrar mi casa arriba de la maldita cuesta que no parecía acabar nunca. El animal me siguió durante todo el camino.

# LIAM

La paciencia no era mi mejor virtud. Nunca lo ha sido.

Tengo que reconocer que soy un hombre impaciente y muy proactivo. De esos que siempre están haciendo algo práctico. Soy de las personas que piensan que, si hay algo que hacer, mejor hacerlo cuanto antes. ¿Qué sentido tiene esperar? ¿Esperar a qué? ¿a que te entren ganas de hacer algo que no te apetece? Si no lo haces en el momento, esa tarea se quedará toda la vida sin hacer, porque nunca tendrás ganas de realizarla.

Así que, aunque no tenía ni pizca de ganas de salir de mi cabaña para comprobar qué estaba haciendo el loco de mi vecino, cogí mi abrigo y la caja con el teléfono que me había dejado Anka y salí con Apolo correteando feliz delante de mí.

Lo de este perro era increíble. Podía pasarse el día entero durmiendo, pero en cuanto oía abrirse la puerta de mi casa, salía como una exhalación y correteaba por todas partes sin cansarse ni una pizca.

Debía reconocer que estaba preocupado por Ray. Que no estuviese en la cabaña con el tiempo que hacía era bastante preocupante. ¿A dónde podía haber ido esta mañana? Hacía un frío de mil demonios, y por lo que había visto en él las veces que nos habíamos encontrado, no estaba equipado en condiciones para salir con el tiempo que hacía.

Un sinfín de imágenes en las que estaba herido y se quedaba congelado en medio del bosque se me cruzaron por la mente, haciéndome andar algo más rápido. Maldito fuera.

Nuestras cabañas estaban a poco menos de quinientos metros de distancia en línea recta. Apolo echó a correr mientras ladraba y se perdía entre los árboles. ¿Y ahora qué coño le pasaba al perro? ¿Había visto a algún animal? Esto era un puto bosque en una puta montaña, por supuesto que había animales de todo tipo por aquí. Tanto terrestres como aves. De hecho, en la cima de la montaña había una colonia de buitres leonados, a los que podías ver alguna vez sobrevolando los árboles buscando comida.

Iba a silbarle al perro para llamarlo cuando lo vi entrar en la casa de Ray que tenía…¿la puerta abierta? ¿en serio? ¿es que este hombre no se enteraba de que debía tener la puerta cerrada para mantener la cabaña caliente? Me pudo la curiosidad al oír a Apolo ladrar desesperado. ¿Qué coño estaba pasando allí dentro?

Patiné en la puerta de las prisas que me entraron para llegar hasta allí y me quedé patidifuso al ver ante la chimenea un cachorrito comiendo del cuenco en el que le dio agua a mi perro el último día que estuve aquí.

—¿Qué coño? —no pude apartar los ojos del pequeño perrito que comía con tantas ganas que parecía estar famélico. ¿De dónde había sacado un cachorro tan pequeño?

—Hola —lo vi mirando como comía el animal. Había migado algo con la leche, supuse que era pan— ¿de dónde has sacado al cachorro?

—Lo encontré en el bosque. Habían matado a su… creo que su madre en un cepo y estaba solo allí llorando. Me ha seguido hasta aquí.

Me acerqué al animal y chisté a Apolo para que se callara. No entendía a qué venía tanto jaleo para que no dejara de ladrarle al animal que lo ignoraba por completo. Entonces pensé en lo que Ray me estaba contando y miré al animalito con otros ojos.

—Ray… ¿dime que su madre no era un lobo? —Él se encogió de hombros sin darle mayor importancia— ¿te has traído a un lobezno a tu casa?

—Shhhhh, no grites, que lo asustas y me ha costado mucho que se pusiera a comer.

Y el tío siguió sin darle mayor importancia a lo que acababa de hacer.

—¿Me estás diciendo que no te has puesto a pensar en lo que puede acarrearte robarle un puto lobezno a su manada?

—¿El pequeñín? —preguntó desconcertado— ya te he dicho que su madre había muerto presa de un cepo de oso o vete a saber. Cuánto desalmado hay suelto por el mundo, de verdad. No iba a dejarlo que se muriese de frío allí solo. Estaba llorando y me ha se…

—Ray —intenté gritarle sin alzar la voz, cosa difícil, para que dejase de divagar. Era increíble lo mucho que podía hablar en un momento. Pero es que seguía sin entender el riesgo que estaba corriendo— tendrá más familiares que lo estarán echando de menos ¿su padre quizás? Los lobos viven en manadas. Quizás haya perdido a su madre, pero posiblemente tenga más familia ahí fuera que vendrán hasta aquí cuando sigan su rastro ¿Cómo coño eres tan estúpido?

Me miró completamente ofendido e intentó justificarse ante mí.

—Perdona por no ser tan desalmado de dejarlo allí solo. Además —se acercó hasta estar justo ante mí. Dispuesto a defender al animal a toda costa— ha sido él el que me ha seguido hasta aquí. Yo no lo he tocado todavía, porque no se ha dejado, principalmente —reconoció como si hablara para sí mismo.

—No es un lobito —aclaré con otro tono de voz para que no se enfadara más de lo que ya estaba— las crías de lobo se llaman lobeznos.

—Te equivocas— me dijo con tono serio— ese es el de Marvel, él es un lobito, un lobo pequeño —incluso juntó las manos para dar más énfasis al gesto de lo pequeño que era.

Estuve a punto de reírme por sus palabras, pero me miró mal e intenté ponerme serio de nuevo.

—Como sea, no puedes traer aquí al animal, posiblemente tenga familia que lo esté buscando.

Nada más terminar de decir eso, oímos el aullido de un lobo en la lejanía. Otro le contestó mucho más cerca de la casa.

—¿Ves lo que te estaba diciendo? —señalé al bosque con la mano— ya han venido a por él.

# RAY

Para mi sorpresa, el lobito entró conmigo en mi casa mientras lo olía todo, investigando a su aire sin cortarse un pelo. Y para mi desgracia se meó en la entrada, justo ante la puerta.

—No, no, no seas marrano —había limpiado un poco antes de salir por la mañana y ahora tendría que volver a limpiar— eso, tú marca mi casa como si fuera la tuya, tío guarro.

Mientras él soltaba una larga meada, como si no lo hubiese hecho nunca el muy capullo, yo cogí y me puse a calentar leche en la cocina sin quitarle el ojo de encima.

Traer un cachorro de lobo a mi casa no era la idea más inteligente que había tenido nunca, pero se me rompía el corazón al dejarlo allí solo, bajo la nieve. Era muy pequeño.

—Además yo no lo he tocado todavía, me ha seguido él solo —dije a la cabaña vacía— porque eres muy listo ¿verdad, pequeñín?

Algo dentro de mí se derritió al pensar que tendría a alguien a mi cargo mientras estuviera aquí en la montaña. Nunca me había gustado estar solo, y, de hecho, nunca estaba solo. Siempre estaba rodeado del personal que vivía en mi casa, limpiadora, cocinera e incluso guardaespaldas cuando empezaron a llegar los mensajes amenazantes. Luego, cuando salía de casa, estaba siempre con Avery, como si fuese mi sombra, bendita fuera, y con el resto de los chicos del grupo. Éramos como una gran familia y siempre estábamos juntos.

Intenté no seguir recordando el pasado y me centré en el lobito que se había echado frente a la chimenea y me miraba con sus

minúsculas orejitas levantadas, como intentando descifrar lo que este humano estaba haciendo.

Con la leche, eché algo de pan de molde y le puse el cuenco ante sus narices. Debí acercarme demasiado porque me enseñó los dientes para que no me acercara tanto.

—Serás desagradecido —pero di un paso atrás mientras él olfateaba la leche y se acercaba para luego meter el hocico entero y ponerse a comer, llenándose casi toda la cara de leche.

—Madre mía, ¿desde cuándo no comes? —me ignoró, por supuesto, mientras comía sin apartar sus ojitos pequeños de mí, como si fuese una amenaza.

No me había dado cuenta de que había dejado la puerta abierta hasta que entró Apolo, ladrando desesperado al cachorrito que había dejado de comer, y le enseñaba los dientes como un digno adversario.

—Anda, pero si eres valiente y todo —me reí de su postura. Apenas levantaba una cuarta del suelo y era muchísimo más pequeño que Apolo, pero eso no parecía achantarlo— Apolo, déjalo. ¿No ves que es muy pequeño? No va a hacerte nada.

Me di cuenta de que el cachorrito no le temía a Apolo en sí, sino que parecía que estaba defendiendo su comida, ya que en cuanto el husky se apartó de él, el lobo volvió a ponerse a comer sin apartar sus ojitos amarillos del perro.

Como no, mi vecino entró en la cabaña derrapando en la puerta. ¿A qué venían esas prisas?

—Hola —le dije, mientras él le chistaba al perro para que se callase de una vez, ya que no había dejado de gruñirle al lobo.

—Hola, ¿de dónde has sacado al animal? —me preguntó con los ojos entrecerrados, como si quisiera adivinar lo que había hecho con tan solo mirarme.

—Lo encontré en el bosque —me puse a explicarle cómo lo encontré mientras él no apartaba sus ojos negros del lobo.

—Ray… dime que su madre no era un lobo —me preguntó preocupado. Me encogí de hombros porque no me gustaba su manera de mirarme— ¿Te has traído a un lobezno a tu casa?

El lobo alzó la cabeza ante sus gritos y lo miró enseñando sus colmillitos que parecían alfileres pequeñísimos. Le chisté.

—No grites que lo asustas, y me ha costado mucho que se ponga a comer.

—¿Me estás diciendo, que no te has parado a pensar en lo que puede pasar por robarle un puto lobezno a su familia?

No entendía dónde estaba el fuego. ¿Por qué estaba tan preocupado? Al fin y al cabo, era él el que me había seguido hasta aquí, y así se lo expliqué, pero él me seguía mirando como si fuese idiota.

—Tendrá más familiares —yo lo dudaba, o no estaría solo cuando lo encontré. ¿verdad? — los lobos viven en manadas — y me explicó todo sobre los lobos como si yo fuese idiota.

—Ha sido él el que me ha seguido y no iba a dejar al lobito allí solo.

—Las crías de lobo se llaman lobeznos —me aclaró como si yo no lo supiese.

Ya lo sabía, pero quería burlarme un poco de él por ser tan sabiondo.

—Qué va, ese es el de Marvel. Él es un lobito, un lobo pequeño, ya sabes —no pude evitarlo. Era muy divertido ver cómo me miraba intentando averiguar si me estaba quedando con él. Me miró entrecerrando los ojos cuando oímos unos aullidos en el bosque. Al parecer sí que tenía familia y parecía que venían todos a buscarlo.

—¿Ves lo que te estaba diciendo? —me dijo el idiota. ¡Oh, cómo lo odiaba cuando ponía esa cara de sabiondo!

Oír a los lobos aullar llenó mi cabeza de imágenes de una manada atacando mi casa para recuperar al pequeño, que había alzado la cabeza al oírlos. No necesitamos hacer nada más, ya que el

lobezno hizo un intento de aullido que le salió como el graznido de un pato pisado, y salió de la casa a la carrera. Los dos nos quedamos sin saber bien qué hacer.

—¿Quieres cerrar la puerta? —Esos aullidos se habían oído bastante más cerca de lo que me gustaría, y se me habían quitado las ganas de visitas inesperadas por esta mañana.

Apolo olió el pis del pequeño que no había tenido tiempo de limpiar todavía, y para mi sorpresa se meó justo encima.

—¿Pero qué educación le das a tu perro? —Estaba consternado porque todos pensasen que era buena idea marcar mi casa como su territorio— eso lo limpias tú, que lo sepas.

Me ignoró por completo y pidió al perro que entrara.

—Eres increíble, de verdad —cerró la puerta y se volvió hacia mí con una media sonrisa en los labios que no supe interpretar.

—¿Has venido a mi casa por…?

Dudaba de que hubiese venido a verme con la que estaba cayendo al otro lado de la puerta. Pero de todos modos me emocioné al pensar que podía echarme de menos tanto como para salir con este tiempo y hacerme una visita. Recordé que llevaba mi mejor chándal y mis deportivas favoritas, llenas de fango del paseo anterior, pero bueno.

Y llevaba puesto mi perfume favorito. ¿Le gustará como huelo? Estuve a punto de levantar la axila para olerme, pero me contuve a tiempo.

—Anka me ha traído tu teléfono nuevo. Ha venido aquí y se ha preocupado porque no estabas. Le he prometido que vendría a comprobar que no te había comido un lobo o que no te habías caído dentro de la bañera o algo.

Me desinflé como un globo pinchado. No había venido por gusto sino por obligación y eso me dolió. ¿Nadie creía que podía cuidar de mí mismo? De repente no me apetecía nada su visita. Quería estar solo. Cogí el teléfono que me tendió mientras intentaba leerme la

expresión de la cara y me volví para que no viera lo que me había dolido que hubiese vuelto por obligación y no por gusto.

—Bueno, ya me lo has dado y has comprobado que estoy bien. Ya te puedes marchar por donde has venido— le solté intentando recomponer mi ego herido.

—De nada ¿eh?

Liam llamó al perro y se marchó tras oír mis palabras.

Luego me sentí culpable por ser tan desagradecido, pero no estaba de humor para aguantar a nadie.

# RAY

Tener mi teléfono conmigo le dio un nuevo entretenimiento a mis días. Tenía Netflix y Amazon en la tele, así que no pregunté cómo lo había hecho Avery, pero con tantas series que ver y el móvil para comunicarme, los días tenían otro atractivo.

Había llegado esa tormenta que todos anunciaban y yo me dedicaba a ver la nieve caer tras la ventana, mientras dejaba los días pasar uno tras otro.

No veía ningún canal de noticias, aunque nos habían hecho un documental sobre nuestra meteórica carrera musical, que ni siquiera quise ver. Se estrenó días después de nuestro accidente de coche y me negué a verlo sabiendo todo lo que podía despertar en mí.

Avery había intentado que hablara con un psicólogo, aunque fuera por teléfono, pero me negué, necesitaba vivir el duelo a mi manera, vivir mi sentimiento de culpa como una herida abierta, era el mínimo castigo que me merecía por lo que les había hecho a mis amigos, qué digo amigos, eran mi familia, desde que empezamos juntos hacía ya tantos años. ¿Cómo debía sentirse una persona tras ser el culpable de la muerte de todos ellos?

Yo me atosigaba cada día y me recreaba en el dolor de mi corazón, aceptaba la pena y la culpa como justo pago por mi decisión. Era un puto irresponsable, y vivir toda la vida atormentado por ello, era lo mínimo que me merecía. Era una persona odiosa y no merecía que nadie me quisiera ni se preocupara por mí.

—¿Estás comiendo bien? —me preguntó Avery, que había vuelto a la rutina de llamarme todos los días.

—Sí, no seas pesada— era mentira. Comía el día que tenía hambre, que eran los menos, pero si se lo contaba, vendría en el primer vuelo disponible y no la quería tener aquí. Quería llevar mi duelo en soledad.

—Sabes que sé cuándo me estás mintiendo ¿verdad?

Maldita fuera por conocerme tan bien.

—Avery, lo estoy llevando como puedo, no me agobies ¿vale?

Me conocía lo suficiente para no volver a insistirme, o le colgaría el teléfono sin miramientos.

—Ray, estoy preocupada por ti.

Se me hizo un nudo en la garganta al oírla. Era la única familia que me quedaba, y me sentía como una mierda la mayoría de los días. Allí arriba tenía mucho tiempo para pensar en todo, no solo en lo que había hecho, sino en lo que iba a ser de mi vida de ahora en adelante. Solo tenía treinta y un años, y mi vida y mi carrera musical estaban acabadas.

—¿Qué voy a hacer ahora Avery? —me eché a llorar porque sí, porque ella siempre había sido mi mejor amiga y mi confidente.

—Ay, Ray. La vida sigue —ya, ya lo sabía— apenas tienes treinta y un años y, toda la vida por delante.

—Soy un monstruo —le recordé— no me merezco nada bueno después de lo que he hecho.

—Eso no es cierto, fue un accidente —me recordó— ni siquiera conducías tú, deja de atormentarte por algo que no ha sido culpa de nadie.

—Pero todos están muertos, mis amigos —hipé antes de continuar y me limpié las lágrimas que me bañaban las mejillas— eran lo único que tenía.

—No es cierto, todo el mundo te quiere. Tienes miles de fans que te mandan miles de cartas de ánimo todos los días.

—Ya sabes cómo son los fans, mañana nadie me recordará.

—No iba a decírtelo todavía —me limpié la cara mojada con la palma de las manos, cansado de pasarme los días llorando— pero la discográfica te quiere hacer una oferta.

Me quedé en shock porque lo último que quería era hablar con ellos en estos momentos, posiblemente también me culpaban por lo sucedido. Al fin y al cabo, era una empresa a la que le dábamos de ganar millones de dólares todos los años, y ahora no tenían nada. Lo último que necesitaba era que me denunciaran por incumplimiento de contrato o algo parecido.

—No quiero saber nada, por favor.

—Vale, vale, cuando estés listo, lo hablamos si quieres.

—No sé si alguna vez podré superar esto, Avery.

—Claro que sí —me animó ella— ha sido un duro golpe, pero ya verás que con el tiempo todo es más llevadero.

—No quiero olvidarme de ellos —le advertí— estarán siempre conmigo.

—Nunca los olvidarás, Ray. Pero el tiempo mitigará un poco ese dolor que tienes ahora mismo por la pérdida y la culpa.

—Eso espero.

—Oye, ¿qué tal con tu vecino el gruñón? ¿Has sabido algo más de él?

Eso de gruñón me hizo reír.

—No, Liam lleva un tiempo sin venir por aquí.

—Bueno, te ha llegado ya la caja de botellas de whisky que me pediste, lo mínimo que deberías hacer es llevarle una en agradecimiento por todas las molestias que le hemos causado.

—Es que eres muy pesada— me gustaba chincharla, porque saltaba a la mínima.

—¿Yo? Si te hubieras comportado como un adulto responsable no habría tenido que molestarlo.

—Bueno, ya sabes cómo soy.

—Sí, un puto grano en el culo es lo que eres.

Nos reímos juntos. Y así todos los días. Qué cansina era y cuánto la quería.

Lo de la botella de whisky me lo estuve pensando un tiempo antes de decidirme a llevársela, porque no soportaba estar solo más tiempo sin poder hablar con nadie, no por otra cosa. No flipéis.

# RAY

Pensé mucho lo de llevarle una botella de whisky. Yo era un tío muy sociable, extrovertido y bastante divertido, bueno, lo era antes del accidente. Ahora no sabía bien lo que era. ¿Se podía echar de menos a una persona que apenas te caía bien?

Pues eso era lo que me estaba pasando con Liam. Supuse que estar aquí solo sin hablar con nadie me empezaba a pasar factura. Me sentía muy vulnerable ante él. Como me había conocido en uno de mis momentos más ridículos, y encima me había gastado una broma, pues eso, que no me gustaba la imagen que podía tener de mí, pero para ser sincero yo no había hecho más que echarlo de mi casa una y otra vez. En fin.

Aproveché un momento en el que no estaba nevando, que eran pocos últimamente porque casi siempre nevaba, para salir y llevarle la botella.  Esperaba poder ver su casa y ya que estábamos, poder acompañarlo para bebernos la botella.

—Ahora te pierdes otra vez, melón.

Estaba tan mal que ya me insultaba a mí mismo, pero no permití que eso me quitara las ganas de salir a respirar un poco de aire y hablar con mi misterioso y guapo vecino.

—Que no has impresionado en ningún momento — metí la botella bajo mi abrigo para no llevar las manos fuera de los bolsillos y me dirigí con paso inestable por la nieve, por el único camino que debía unir nuestras dos casas.

—Debo haber perdido todo mi *sexapil* —mi pelo rubio y mi boca de labios gruesos habían levantado pasiones entre mis fans, tanto de

chicas como de chicos.

—Pero ahora pareces más un muerto viviente que un hombre —me recordé en voz alta.

Bufé a mi yo interior, que hoy estaba que se salía de criticón, y me empeñé en no mojarme mis deportivas limpias entre la nieve y el fango que había por todas partes. Si había un camino que uniera las dos cabañas, estaba tapado por la nieve así que seguí abriéndome camino por donde supuse que debía estar la senda y me cagué en todo lo cagable cuando me cayó encima la nieve acumulada entre los pequeños pinos por los que pasaba. ¡Y eso que quería evitar que me pasase justamente eso!

—¿Por qué mierda estoy haciendo esto por un tío que ni siquiera me cae bien? —dije en voz alta. Me sacudí la nieve que se me había colado por el cuello del abrigo poniéndome la piel de gallina a su paso.

—¿Mierda puta, que fría está!

Empecé a removerme como si llevara hormigas correteando por el cuerpo hasta que llegué ante una cabaña de madera oscura, más pequeña y vieja que la mía. Envidié el montón de troncos que estaban apilados en el porche junto a la entrada principal. Mi montón de leña ya empezaba a acabarse, pero haría lo que fuera necesario para que este hombre no tuviera que hacerme de leñador más veces.

En el corto trayecto entre las dos casas me había quedado congelado, tenía las zapatillas mojadas, y por ende mis pies también. Los bajos del chándal también estaban manchados de barro, y el chaquetón se había mojado por la nieve que no paraba de caer.

Apolo comenzó a ladrar dentro de la casa y se asomó a una ventana que había junto a la puerta.

Oí a mi vecino chistarle. Cuando abrió la puerta para ver quién estaba en su propiedad, el perro salió corriendo a saludarme y se

me subió encima con tanta fuerza, que me resbalé y me caí de espaldas para mi vergüenza y consternación.

—Ay, joder.

—Apolo, vuelve aquí.

El perro aprovechó que estaba tirado en el suelo para subirse encima y ponerse a chuparme la cara.

—Quita, joder, qué asco. No me caes bien, que lo sepas.

Me incorporé cuando se me quitó de encima y mi vecino se quedó mirándome desde la puerta como el pasmarote que era.

—Estoy bien, gracias por preguntar, ¿eh?

—¿Qué ha pasado para que estés en mi puerta con el tiempo que hace?

—¿Qué pasa? ¿Solo puedes venir tú a visitarme, o qué?

Intenté adecentar mi ropa, pero me di por vencido cuando noté el fango pegado a mi pantalón y a mi espalda.

—Eres aún más insociable que yo, así que no adivino qué es tan urgente para que vengas hasta aquí pudiendo haberte perdido por el camino.

Noté la diversión en su voz y eso aplacó un poco mi mal humor y mi vergüenza. Este hombre me había visto en los momentos más bochornosos de toda mi vida, así que ya me daba igual sumar un momento más.

—Me vas a tener que lavar mi chándal favorito, que lo sepas.

—Eres la única persona que conozco que siempre lleva chándal con un clima como este.

Auch, eso me dolió en mi orgullo.

—Este chándal quizás cueste más de lo que tú ganas en un mes —dije todo orgulloso.

—No lo dudo, pero sigue siendo inapropiado para este clima —suspiró con resignación— entra, anda, antes de que te quedes congelado ahí fuera.

Bueno, no había sido tan difícil llegar después de todo, ¿verdad?

# LIAM

No quería reírme, en serio que intenté no hacerlo, pero el pobre tenía completamente embarrada la ropa por detrás, y su famoso chándal, ese que debía costar más que toda mi ropa junta, le pesaba tanto que los pantalones se le bajaban solos por las estrechas caderas, así que se los sujetó con las manos, fulminándome con la mirada por reírme de nuevo de él como solía hacer cada vez que nos encontrábamos. Pero es que era muy cómico de ver.  ¿Es que este hombre no hacía nada en condiciones y todo acababa en situaciones comprometedoras? Que no me quejaba, ojo, con tantas cosas que le pasaban había conseguido arrancarme más de una carcajada, y eso era mucho más de lo que me reía antes de conocerlo a él.

—Ni se te ocurra reírte —me soltó mientras entraba en mi cabaña con los pantalones sujetos.

—Jamás se me ocurriría algo semejante —intenté mantenerme serio, pero su mirada fulminante, aún me hacía más gracia.

—He venido a traerte esto – se sacó una botella de whisky del interior del abrigo. Había sido un milagro que no la rompiese por el camino.

—Vaya —me quedé muy sorprendido por su gesto que no me esperaba para nada— ¿a qué debo el placer de este regalo tan… inesperado?

—Bueno, Avery me ha convencido de que te agradezca lo pesada que ha sido contigo todo este tiempo.

Por un segundo, juré que había visto una especie de emoción en sus ojos, pero se esfumó con rapidez.

—¿Con que Avery, eh?

Lo vi mirar mi casa con curiosidad mientras yo ponía la botella en la isla de mi cocina.

—No sabía que las cabañas eran iguales —dijo él volviendo sus ojos grises a mí, tras revisarlo todo con curiosidad.

—Sí, Anka y su marido construyeron primero esta y luego decidieron construir la tuya, por eso es más nueva y tiene algunas comodidades más que la mía.

La nieve comenzó a caer de nuevo, pero esta vez con bastante más fuerza. De repente el cielo se oscureció y el viento comenzó a soplar con virulencia empujando la nieve como si estuviese enfadado con el mundo.

—Deberías quitarte esa ropa mojada o cogerás una neumonía.

Me miró parpadeando sin entenderme.

—Te dejo algo de ropa, pero quítate ese chándal mojado que tanto adoras.

—Ah, vale.

Me siguió hasta el baño.

—Con la que está cayendo ahora mismo, no vas a poder marcharte en un buen rato, así que puedes ducharte si quieres mientras te traigo una toalla limpia y algo de ropa, que te quedará grande, pero por lo menos estarás seco y caliente.

—Vale —no necesitó que lo animara demasiado. Se quitó las zapatillas chorreando agua mientras abría el grifo del agua caliente como si estuviese en su casa. No parecía ser demasiado remilgado y eso me gustó, no sabía bien por qué.

Con lo poco que parecía que me soportaba, me había extrañado mucho que viniese a mi casa a buscarme, por mucho que su amiga se lo hubiese aconsejado.

No me esperaba cuando llamé a la puerta del baño para entregarle la toalla y la ropa encontrármelo desnudo, como el día que vino al mundo. Me miró, sorprendido, pero no hizo amago de taparse. Tenía la piel como el azúcar moreno, y estaba bastante delgado, pero se marcaban los abdominales y el músculo de los bíceps cuando se movía. Así que parecía haberse cuidado, por lo menos antes del accidente. Estaba completamente depilado y su polla descansaba semi erecta entre sus piernas.

Aparté la vista, turbado porque lo que estaba viendo me gustaba más de lo que debía y estaba seguro de que mi vecino no se alegraría al enterarse de que me había excitado al verlo desnudo. Uno que no es de piedra, y llevaba ya mucho tiempo entendiéndome con mi mano derecha, y echaba de menos un cuerpo de hombre donde calentarme.

—Te dejo la ropa aquí y la toalla.

Odié que mi voz sonara más ronca, pero me aguanté las ganas de carraspear o se daría cuenta de que me había afectado verlo desnudo.

—Vale, gracias. Mis calzoncillos están secos, así que me los volveré a poner, soy muy mío para guardarme mi polla, lo siento.

Negué con la cabeza ante su explicación, y salí del baño antes de volver a echarle una larga mirada, que era lo que de verdad me gustaría hacer.

—Estaré fuera. Voy a preparar algo para comer. Parece que no vas a ir a ningún sitio hasta que no pare el temporal.

—Vale —me gritó tras la puerta cerrada— ¿Qué hay en el menú?

—Espero que no seas de pico fino, porque no soy un restaurante pijo de esos a los que a los celebrities os gustan tanto— dije a la puerta cerrada.

Lo oí reírse y me fui a la cocina a preparar algo para comer, porque ver el cuerpo desnudo de Ray me había dado hambre, aunque de otro tipo.

—Vas a tener que conformarte —me dije a mi mismo.

Apolo me miraba desde delante de la chimenea como si hubiese perdido la cabeza.

—No preguntes. ¡Y no me juzgues!

# RAY

Nunca he sido un hombre pudoroso. Al haber convivido siempre con gente y haber pasado noches enteras de desfases, pierdes el poco recato que puedas tener.

Los integrantes del grupo hemos hecho tríos, e incluso orgías en las fiestas y estamos hartos de vernos el culo y las pollas, así que ya no me asustaba por nada. Soy muy liberal en el sexo, y aunque me considero gay, también he mantenido sexo con algunas tías.

Avery siempre me decía que era un putón verbenero, y reconocía que tenía toda la razón. Nunca nos hemos acostado entre los integrantes del grupo, para evitar luego riñas innecesarias, excepto con Connor, él siempre fue especial para mí, y tenía que reconocer que no era capaz de pensar en lo que le podía pasar a él también. Lo último que sabía de él era que seguía en coma.

Me centré en el agua caliente de la ducha y sonreí al notar el interés que mostraron los ojos de mi vecino cuando me vio desnudo. Cada vez me gustaba más, y además su ropa olía muy bien. Me puse un pantalón cargo de él y una camiseta interior de manga larga… ¿térmica? sabiendo que me iba a quedar grande.

—¡Qué calentita!

Me coloqué una sudadera negra con gorro y olí de nuevo la ropa, no me pude resistir. Olía a suavizante y al olor que impregnaba su cabaña e incluso a él era muy agradable.

—Bien, allá vamos.

Me puse sus calcetines que era azules con globos aerostáticos amarillos.

—Muy discretitos, sí señor.

Me miré los calcetines con una sonrisa y salí descalzo. Había enjuagado las zapatillas bajo la ducha y las llevaba en la mano para ponerlas a secar ante la chimenea.

Allí estaba él, cocinando mientras tarareaba una canción que solo oía él. Apolo levantó la cabeza cuando me vio acercarme a la chimenea para poner allí las zapatillas, y viendo que no interactuaba con él, bajó la cabeza para seguir roncando plácidamente junto al fuego. No se merecía perder tiempo conmigo.

—No las acerques mucho al fuego que se te pueden estropear. ¡Válgame dios que te perdieras esa obra de arte!

Obvié el sarcasmo y me señalé a mí mismo para mostrarle lo ridículo que estaba con su ropa un par de tallas más grande que la mía. Me sonrió a su vez. Intentando tranquilizarme.

—Estás seco que es lo importante. En la pasarela de París desfilas otro día—me indicó la isla de la cocina donde había puesto la mesa para dos— ¿cerveza o vino?

El olor de lo que estuviese cocinando me llevó casi flotando a su lado para meter la nariz y ver qué era eso que olía tan bien.

—¿Es pollo?

O eso parecía. Me desilusioné un poco, pensando que se iba a esmerar más. Yo estaba acostumbrado a ser el centro de atención y a que la gente se desviviera por contentarme. Bienvenido a la realidad.

—Sí, voy a hacer un arroz caldoso para chuparse los dedos —coge una cerveza de la nevera.

Él dio un trago a la suya mientras seguía removiendo el pollo para que no se le quemara.

—Vaya mierda de tiempo —dije, por decir algo mientras bebía un trago de cerveza después de que él me indicara donde tenía el abridor. Yo odiaba la cerveza de lata, y la ropa mojada, y el calor pegajoso, y mil cosas más— ¿cuánto tarda la comida? Me muero de

hambre— solté, yendo de nuevo a olerla como si así pudiese conseguir que se terminase antes.

—Voy a echar el arroz y tardará unos veinte minutos o así. Quita que eres capaz de quemarte —me apartó con la mano y lo vi calcular el arroz a ¿puñados? ¿en serio se hacía así? Y echarlo al guiso. Me ofendí, porque yo me ofendía a la mínima, y me senté en la isla de la cocina enfurruñado. El hambre me ponía de mal humor.

—Toma —cogió una bolsa de patatas y tras ponerlas en un plato la colocó ante nosotros— veo que te ofuscas cuando tienes hambre.

—No es cierto —cogí un puñado de patatas y me las metí en la boca sin demasiado cuidado— yo siempre estoy ofuscado —reconocí en voz baja.

No quería contarle nada sobre mi vida, pero Liam siempre se había encontrado conmigo en momentos comprometidos, y no sé por qué quería darle otra impresión.

—¿Quieres hablar del motivo por el que estás aquí, en este lugar perdido donde está más que claro que no es tu sitio? No sé, podrías estar en un resort de lujo en las Maldivas, o en El Caribe, o en cualquier sitio exótico de esos.

Negué con la cabeza. No quería hablar de ello.

—Allí no me dejarían en paz los paparazzis.

Me estudió unos minutos sin apartar los ojos de mi cara.

—Sé que me suenas de algo y odio no saber de qué. ¿Por qué no empezamos diciéndonos quiénes somos y lo que nos ha pasado para estar aquí solos?

Iba a negarme de nuevo.

—Hablar de nuestras mierdas pueden hacernos sentir mejor, o eso me dijo mi psicólogo— viendo que no me atrevía a hablar continuó él— vale, empiezo yo. Soy cirujano militar, y estuve unos años en la guerra de Irak, antes de derrumbarme y tener que retirarme por shock postraumático. Algo muy común en los soldados que están en zona de guerra.

Estuve pensando en qué horrores habría visto para tener que dejarlo todo y huir a este rincón apartado.

—Soy el solista del grupo Tentations y… hemos tenido un accidente de coche donde murieron casi todos los integrantes del grupo.

Se me quedó mirando unos segundos sin decir nada.

—Vale, ahora te pongo cara —dio otro trago a su cerveza— estás mucho más delgado que la última vez que te vi en la tele, y tienes el pelo bastante más largo.

Antes lo llevaba más corto.

—Ese soy yo.

Y volví a beber cerveza sin saber qué más contar.

# RAY

Hablamos poco después de esas confesiones y nos dedicamos a comer en silencio. Ya no me sentía tan expuesto ni tan vulnerable con él. Hablar de nuestras mierdas nos había acercado un poco más.

—No tengo nada de postre, pero creo que podemos hacer honor a esa botella que has traído.

—Amén – me levanté a recoger la mesa. Se negó a que fregara los platos, menos mal, porque yo era de lavavajillas, aunque fuera para no fregar unos vasos y unos tenedores. No me juzgues.

—Joder, puedes volver a disculparte y traer todas las botellas que quieras —dijo al beberse el primer chupito de golpe.

Yo no era demasiado amante del whisky, pero necesitaba algo fuerte que me ayudase a pasar los días sin sentirme tan destrozado, así que pedí a Avery una caja para tener suficiente durante mi estancia aquí. A mi vecino también le gustaba, así que me sentí estúpidamente feliz.

—Es bueno saberlo.

Estuvimos bebiendo sin hablar de nada en particular toda la sobremesa. Al poco tiempo, se me subió lo suficiente como para no tener vergüenza de preguntarle lo que llevaba días pensando.

—¿Eres sexualmente hetero curioso?

—¿Perdón? —casi se me ahoga con el whisky. Pobre.

—Ya me has oído —me miraba como si de repente me hubiese brotado una segunda cabeza.

—¿Qué me estás preguntando en concreto?

El whisky no parecía haberle subido demasiado, pero no quería perder la valentía que el alcohol me había dado.

—¿Que si eres hetero curioso? —repetí de nuevo.

Sentí que me sonrojaba, pero no le hice caso al rubor. Aguanta.

—¿Me estás preguntando que si soy gay? —una sonrisita canalla bailoteó en sus labios mientras me miraba con atención.

—Bueno, no hace falta ser gay para ser hetero curioso —aclaré sin saber bien lo que le decía— basta con tener curiosidad por mantener relaciones sexuales con otra persona sea del género que sea.

—¿Me estás diciendo que quieres follar conmigo?

Ya que me había lanzado, ahora no me podía echar atrás. Así que asentí y tragué saliva porque de repente se me había quedado la boca seca.

—Sí. ¿Tú quieres?

Me estudió unos minutos sin decirme nada, y me levanté para marcharme casi tropezándome con mis propios pies. ¡Mierda con el whisky!

—Espera, ¿adónde vas? —se levantó de repente y me sujetó evitando que me desplomara sobre el suelo.

—Esto ha sido una idea muy mala.

Evité mirarlo para que no se diera cuenta de la vergüenza que estaba pasando por haberme rechazado. Me dolía mi orgullo. Nunca nadie me había rechazado antes. De hecho, normalmente me tenía que quitar a los amantes de encima.

—Si nos enrollamos no cambiará nada entre nosotros, ¿está claro? No quiero luego mierdas ni compromisos absurdos ni nada por el estilo.

Alcé la vista y lo miré, sobresaltado por su afirmación.

—¿Nosotros? No hay ningún nosotros —aclaré porque no conseguía recordar ni un solo momento en los que nos hubiésemos

llevado bien, excepto hoy.

—Exacto.

Me sujetó la cara y me besó con ferocidad. Se juntaron nuestros labios y chocaron nuestros dientes. Su lengua entró en mi boca y no pude más que gemir por la sorpresa de estar besándonos en este momento. Sentí que me caía y quedé tumbado en el sillón boca arriba con el cuerpo de Liam tumbado sobre mí.

—Mira que eres guapo, cabrón.

Me observó unos segundos mientras sus pupilas se dilataban volviéndose más oscuras todavía. Me pasó el pulgar por los labios mientras me seguía estudiando como si quisiese aprenderse mis rasgos de memoria.

—¿Ese es el único piropo que puedes hacerme? ¡cabrón! —repetí divertido por todo esto. Entre el alcohol y lo feliz que me sentía por tenerlo así, tumbado sobre mí y besándome, no había nada que me molestase demasiado. No pude borrar la sonrisita satisfecha de mi cara.

—Tú no necesitas piropos, ya tienes el ego muy crecidito.

Iba a responderle porque nunca dejaba un comentario sin réplica.

—¿Estás seguro de querer hacer esto? —apretó su pelvis contra la mía para que me diera cuenta de lo excitado que estaba.

Su polla, larga y dura, se me clavaba en el abdomen.

—Un poco más abajo —le pedí soltando un gruñido de frustración porque no ejerciera presión donde lo estaba necesitando.

—Voy a follarte tan duro que no vas a poder sentarte en una semana.

—Ya estás tardando —le solté cachondo perdido.

Volvió a besarme, pero esta vez lo hizo con más suavidad. Su lengua trazó el contorno de mis labios antes de entrar en mi boca de nuevo. Sabía a whisky, olía a hombre y me provocaba un sinfín de sensaciones que creía que nunca volvería a sentir.

Mi cuerpo floreció bajo el suyo, exigiendo caricias que hacía tiempo que no recibía. Gemí en su boca mientras se alineaba mejor para frotar nuestras pollas.

Tenía mí misma estatura, pero era mucho más fuerte que yo. Me gustaba que mis amantes fueran más grandes que yo, me daba mucho morbo sentirme más pequeño que ellos. Llamadme rarito si queréis, pero eso me había gustado siempre.

Mi teléfono comenzó a sonar en el bolsillo de mis vaqueros lo que hizo que Liam alzara la cabeza.

—Qué inoportuno, joder —no pensaba contestar— no te entretengas —le puse la mano en el cuello para obligarlo a que me besara de nuevo. La llamada se cortó y de inmediato comenzó a sonar otra vez.

—Joder.

—Parece importante —Liam se levantó de encima de mí y se sentó en el sillón a mi lado.

—Es Avery —dije sin querer coger la llamada. Ya me llamaría en otro momento.

Saqué el teléfono y le colgué antes de que nos cortara todo el rollo.

—¿Por dónde íbamos?

Iba a comenzar a desnudarme cuando el teléfono se iluminó por la entrada de un mensaje. No pensaba leerlo, pero los ojos van más rápido que la mano y leí las palabras que Avery me mandó.

"*Connor ha muerto. Prefiero que te enteres por mí*"

Y esas palabras me destrozaron por completo.

# LIAM

Días después de haberse marchado de esa manera, no había vuelto a saber nada de mi vecino. Fue una pena que nos interrumpieran cuando por fin había un acercamiento entre nosotros. No iba a mentir diciendo que no había fantaseado con follarme a Ray. Sus ojos azules y su pelo rubio, ese que le llegaba casi por los hombros y que parecía tan suave como luego pude comprobar, había despertado, cuanto menos, mi curiosidad, por no decir que me sentí atraído por él desde el primer momento. Nosotros no habíamos comenzado con buen pie, así que, estaba dejando el tiempo pasar y ya se vería lo que el destino nos tenía reservado. Después de todo ninguno íbamos a irnos a ninguna otra parte ¿verdad?

Desde que me había dicho quién era, había leído todo lo que encontré en internet sobre su grupo de música, el accidente y todo lo que eso había provocado en mi vecino.

Entendía lo que estaba sufriendo, si la pérdida de un familiar era dura, perder a todos los integrantes de tu grupo de música tenía que ser una completa pesadilla.

Ahora entendía la desolación que emanaba de él como un perfume… y no era solo por el dolor de sus heridas, sino por la completa destrucción de su vida hasta el momento. Nunca había visto unos ojos que transmitieran tanto dolor. Aunque era una tontería, yo no dejaba de preguntarme qué iba a hacer con su vida después de esto. ¿Dejaría la música definitivamente?

Ahora entendía el por qué tenía siempre música puesta. Aunque no entendía muy bien por qué lo hacía a ese volumen. ¿Se buscaría otro grupo de música? Había escuchado algunos de sus temas

subidos a YouTube, y tenía que reconocer que su voz era maravillosa, ronca y sexi…

Por más que intentaba quitármelo de la cabeza no podía hacerlo. Al tercer día Avery volvió a llamarme por teléfono. Que me volviese a llamar después de dejarle a él el teléfono, me preocupó. Sabía por las noticias, que el batería del grupo también había muerto después de estar meses en el hospital. Supuse, por la manera de marcharse Ray, que eso fue lo que ella le dijo ese día que estábamos a punto de enrollarnos.

A mis treinta años no me había preocupado nunca tanto de alguien como lo estaba por el idiota de mi vecino.

—¿Avery? ¿va todo bien?

La oí llorar al otro lado del teléfono y mis tripas se encogieron de preocupación.

—Es Ray… —me dijo sollozando. El pánico me dejó congelado en el sitio. No, No, No…

—¿Qué ha pasado?

—Creo que ha podido hacer una tontería —la oí sonarse la nariz al otro lado y coger aire para poder hablar conmigo— no me ha cogido el teléfono desde que le di la noticia de la muerte de Connor. Y hoy me ha mandado un mensaje dándome las gracias por cuidarlo todos estos años y diciéndome que me quería. Se estaba despidiendo de mí, Liam. Tienes que hacer algo, ve a su casa, o algo, por favor, por favor…

Intenté ordenar las ideas de mi cabeza que eran un batiburrillo de imágenes a cuál peores.

Coge el maletín y ve cagando leches hasta su casa. Me dije, poniéndome en marcha mientras todavía tenía el teléfono en la oreja.

—Vale, Avery, intenta calmarte. Voy para allá y te mantendré informada —le dije mientras cogía la llave de repuesto que tenía de su cabaña por si no estaba en condiciones de abrirme la puerta.

—¿Vas a ayudarlo? Por favor, Liam, por favor…

—Escucha voy para allá ahora mismo, ¿vale? Prometo informarte en cuanto llegué a su casa —Respiré hondo intentando calmarme yo también. Mis años de medicina me habían preparado para mantener la calma cuando todo era un caos a mi alrededor— salgo ahora para allá y prometo llamarte cuando llegue. Posiblemente esté borracho y por eso te ha mandado ese mensaje —o eso esperaba yo, pero algo me decía que Ray estaba mucho peor que borracho.

Colgué el teléfono y me arrebujé en mi abrigo cuando abrí la puerta enfrentándome a la ventisca rabiosa que aullaba en el exterior.

—Como estés borracho y me hayas hecho salir con este tiempo te quito la borrachera a hostias

—Apolo…

No necesité decirle nada más para que me siguiera al exterior mientras cerraba bien mi cabaña. No pensaba que fuera a entrar algún animal ni habría nadie fuera con el tiempo que hacía, pero me gustaba ser precavido de todas formas. Saqué el teléfono y lo llamé esperando que quisiera hablar conmigo.

—Venga, cógelo, cógelo…

El viento rugía tan fuerte que tuve que inclinarme para que no me tirara. Agradecí ponerme las gafas de esquiar que siempre llevaba en los bolsillos del abrigo porque sin ellas no podría ni abrir los ojos.

Apolo andaba pegado a mis piernas para no perderme de vista bajo la tormenta de nieve que lo volvía todo blanco. Si se despistaba un poco, luego ninguno podría encontrar al otro. Bueno, yo no podría encontrarlo, él posiblemente se orientaría mucho mejor que yo, pero no me quería arriesgar.

La nieve me llegaba casi por las rodillas y a los pocos minutos de ponerme en camino, ya llevaba los pantalones mojados y las botas empapadas.

—Mierda de tiempo, joder.

Menos mal que su casa estaba muy cerca de la mía y me conocía el camino con los ojos cerrados, de todos modos, hacía tan mal tiempo, que era una completa locura estar bajo la nieve en estos momentos.

—Voy a matarte con mis propias manos, joder.

¿Por qué me tenía que pasar la vida preocupado por este hombre? Pensaba cobrarme el favor de haber tenido que salir con este tiempo y le quitaría la mitad de las botellas de whisky que tuviera en su casa, es lo mínimo que me merecía. Que Apolo saliera corriendo hacia su casa y ladrara desesperado por el camino, me hizo ponerme en lo peor.

—Joder, joder …

Intenté correr, pero el espesor de la nieve apenas me dejaba avanzar. La preocupación que sentía por él me hacía sacar fuerzas de flaqueza e intenté correr por la nieve lo más rápido posible.

Llegué a su cabaña congelado y llamé a la puerta mientras Apolo no dejaba de ladrar, lo que me estaba poniendo mucho más nervioso.

—Ray, abre la puerta, joder. Ray…

Volví a llamarlo por teléfono, pero seguía sin cogerlo, así que saqué la llave que tenía de su casa e intenté abrir la puerta con rapidez.

Me temblaban tanto las manos por el frío que no podía acertar con la cerradura.

—Hostia puta —me sostuve una mano con la otra, para que me dejaran temblar hasta que pude meter la llave y abrir la puerta.

Lo primero que sentí fue el frío que hacía allí dentro porque la chimenea estaba apagada y parecía llevar días así. El terror me recorrió la espalda como patas de insecto y me estremecí, tanto de frío como de preocupación.

No estaba en el salón y corrí hacia la habitación, ya que tampoco se oía el agua de la ducha correr.

—¿Dónde coño estaba?

—Ray, Ray…

El perro llegó a la habitación antes que yo y arañó la puerta con las patas en un intento de poder entrar allí.

Bueno, por lo menos no tendría que buscarlo por el monte con el tiempo que hacía. Abrí la puerta con las manos temblando y cuando encendí la luz me lo encontré tumbado boca arriba en la cama.

Y no estaba dormido…

# LIAM

Para ser médico no puedes ser aprensivo y hay que mantener la sangre fría veas lo que veas y te encuentres en el quirófano lo que te encuentres. Cuando vi a Ray tendido sobre la cama, supe que no estaba dormido y me pregunté de nuevo si había cometido alguna locura. Así que me acerqué con rapidez y le tomé el pulso en primer lugar. Ahí estaba, muy débil, pero latiendo que era lo importante.

El cuarto olía como una destilería de alcohol y supuse que se podía tratar de un coma etílico por el número de botellas vacías que había tiradas por el suelo.

—No te has podido tomar cuatro botellas de whisky.

Mi temor era que hubiera intentado suicidarse tomándose las pastillas que le mandé, que eran lo suficientemente potentes como para acabar con su vida si se tomaba más de la cuenta.

Y entonces las vi…

La tableta que le di estaba a su lado, completamente vacías.

—Mierda, mierda, Ray, ¿qué coño has hecho?

Le di la vuelta en la cama, agradeciendo que pesase tan poco a pesar de ser casi igual de alto que yo.

—Ray, Ray…

Lo sacudí para intentar despertarlo, pero no lo conseguí.

No sabía el tiempo que llevaba así, ni cuantas pastillas se había tomado, o si era o no demasiado tarde para que las vomitase. Desde esa habitación, apenas tenía ningún medio para un lavado de

estómago, así que le metí los dedos en la garganta y le apreté la lengua para obligarlo a vomitar.

—Vamos, vamos… tienes que echarlo todo.

—Ray…vamos despierta.

Nada.

Seguí llamándolo mientras seguía le provocando el vómito, y después de varias arcadas en seco, conseguí que vomitara sobre el suelo un montón de whisky, que al parecer, era lo único que tenía en el estómago.

Se quejó mientras seguía vomitando whisky con jugos gástricos, y entonces, las vi, cinco pastillas a medias de digerir, fue lo último que conseguí que vomitara.

No había despertado ni después de vomitar todo el contenido del estómago, así que decidí sacarlo de ese estado antes de que las pastillas —lo poco que ya se hubiera disuelto— empezaran a hacerle efecto.

—Ahora vamos a ir caminando hacia la ducha, ¿me oyes?

Lo puse en pie y lo sujeté con un brazo bajo las axilas para intentar que colaborara. Era un peso muerto, aunque estaba delgado, pesaba lo suficiente como para hacerme apretar los dientes y sacar fuerzas de donde no tenía, para evitar que los dos cayéramos al suelo.

—Mierda puta, Ray. Despierta de una puta vez y camina, o te llevaré arrastrando de esos pelos de loco que tienes, joder.

Nada, ni se inmutó.

Lo medio arrastré desde la habitación intentando no pisar su propio vómito para meterlo bajo la ducha e intentar así que se despertara.

—Mierda, como pesas —bufé por el esfuerzo. y le grité de nuevo en el oído para intentar que reaccionara— esta me la vas a pagar por gilipollas. ¿Te enteras?

Lo oí gemir y vi que intentaba mover los pies. Un mínimo movimiento que me indicó que no todo estaba perdido.

—Eso es, intenta caminar, vamos o te dejaré en la nieve para que te congeles y te coman los lobos.

—Déjame —susurró en mi oído.

—Ni lo sueñes. Sigue caminando o no tendré piedad contigo.

Diría lo que fuera para que se centrase en mí y no se dejase llevar por todo el alcohol que aún tenía en la sangre y las pastillas…

Eso era sin duda lo que más me preocupaba.

Llegué a la ducha y la regulé para que no saliese congelada, o le podía dar algo por la impresión, pero era lo que este estúpido gilipollas se merecía.

Lo solté en el plato de la ducha y abrí el agua lo suficientemente fría para que la sintiera. Prefería curarle un constipado a que se me muriera en los brazos. Ya había visto suficientes muertos por el resto de mis días. Gracias.

Bufó cuando el agua fría le cayó sobre la cara, y, apiadándome de él, moví el brazo de la ducha para que le cayese sobre el cuerpo y no se ahogase. Era lo que me faltaba, que muriese ahogado cuando intentaba salvarlo.

—Joder —murmuró intentando quitarse el agua fría de encima.

—Te aguantas —dije mientras salía del baño dejándolo a remojo como a la ropa sucia. Lo que iba a prepararle iba a ser peor.

Me fui a la cocina mientras lo oía gruñir desde el baño. No estaba lo suficientemente espabilado para poder levantarse solo, pero el agua fría lo ayudaría a salir de la inconsciencia. Haber vomitado parte del whisky y las pastillas, también, pero no pensaba dejarlo hasta que estuviera más repuesto.

Me fui a la cocina y preparé café bien cargado. Luego empecé a encender la chimenea sin dejar de oír las quejas y gruñidos que provenían del baño.

Apolo gimió, como si sintiese lo que Ray estaba sufriendo ahora mismo.

—Que se aguante por gilipollas —dije al perro, que se removió inquieto y luego se asomó al baño a vigilar a Ray. Gimió desde la puerta y eso consiguió que me apiadara de él.

—Enciendo el fuego y lo saco de allí, lo prometo.

Y eso me quedé haciendo, pensando en lo que iba a pasar con él de ahora en adelante.

# RAY

Bastaron unas palabras en el móvil para destrozarme el corazón por completo. Tenía la triste ilusión de que Connor se recuperara. Lo esperaba, con el terror de saber que si él también moría, ese puto accidente había acabado con mi mundo entero. ¡Qué iluso!

Desde que conocí a mi vecino, esa costumbre tan extraña que teníamos en la que en todos los encuentros, uno de los dos decía algo indebido, me había terminado por gustar.

De hecho, cada vez me gustaba más encontrarlo en los momentos más inesperados.

No necesitaba unos chupitos de whisky para lanzarme a por él, pero aproveché ese momento como excusa. Tras tantos meses sin sexo estaba muy necesitado, así que me lancé sin pensármelo dos veces.

Maldita Avery por ser tan inoportuna, quizás si hubiésemos follado tendría otra imagen en mi mente que no fuera la de Connor, muerto por mi culpa.

No sé cómo llegué a mi casa tras la noticia, no tengo constancia alguna de lo que pasó tras leer el mensaje. Solo sé, que cogí una botella de whisky y me la metí en la cama conmigo hasta que se me olvidara el mundo y el dolor que tenía al respirar. No recuerdo nada más.

Pasaba de la inconsciencia del alcohol al dolor más absoluto. Mi alma clamaba a gritos que la aliviara, y, excepto por el alcohol y la bendita inconsciencia que lo acompañaba, no había nada que me aliviara ese dolor que me atenazaba el corazón roto en mil pedazos.

Solo recordaba ir de vez en cuando por otra botella a la cocina donde las tenía. Me olvidé del teléfono, de comer, y de todo, excepto de mis necesidades fisiológicas. Así que mi cama se convirtió en mi tumba.

No pensaba volver a levantarme jamás de esta cama. Me repudiaba por ser el asesino que había acabado con toda mi familia, porque mi grupo de música eran eso, la familia que escoges en determinados momentos de tu vida y a la que quieres incluso más que a la de sangre.

Si no estaba inconsciente por el alcohol no podía dormir, así que cuando el cuerpo no admitía más alcohol, me tomaba una o dos pastillas de las que me había dado mi vecino para que me dejaran fuera de combate un montón de horas, acallar mi conciencia y poder permanecer tranquilo.

De esos momentos de colocón en los que nada me importaba, despertaba para volver a perderme en el alcohol, y volver a conseguir la bendita oscuridad donde nada ni nadie me dolía. Podía haber acabado con mi vida tomando todas las pastillas de golpe, pero era demasiado cobarde incluso para eso. Me merecía una vida larga y atormentada por mi conciencia. Los asesinos como yo, solo se merecen sufrir. Y así fueron pasando los días.

Cada vez tomaba las pastillas más seguidas y me había dado cuenta de que al tomarlas con el whisky me hacían más efecto todavía. Salí de la inconsciencia cuando comencé a vomitar sin venir a cuento. ¡Joder, qué mal! Yo casi nunca vomitaba, y en las contadas ocasiones en las que lo hacía, me ponía malísimo. No entendía por qué vomitaba de repente, pero ahí estaba.

Entonces lo escuché. Una voz que me obligaba a hacer cosas. Luego se calló. Bendito fuera. Luego alguien me amenazaba y quería… ¿qué quería? Gruñí e intenté volver a mi inconsciencia. Volvieron a amenazarme.

—Déjame —logré soltar en un susurro. Me dolía la garganta y la tenía seca como la arena del desierto. Me quejé mientras me tumbaban en algún sitio. Bendito fuera. ¿Quién había entrado en mi

casa? Estaba tan colocado que se me hacía imposible ordenar dos pensamientos seguidos. En cuanto me relajaba un segundo, la mente se me quedaba en blanco y volvía a la inconsciencia. Por mi parte se podían llevar la cabaña entera que no me importaba.

Un dolor agudo, como agujas clavadas en la piel, me sacó de golpe de la inconsciencia, y alcé la mano para evitar que se me clavaran en la cara. ¿Qué estaba pasando? Esas mismas agujas congeladas se me empezaron a clavar en la piel. ¡Joder, qué dolor!

Me quejé en voz alta.

—Joder.

—¡Te aguantas! —contestó alguien a mi lado.

Entonces reconocí la voz y me obligué a abrir los ojos y ver a Liam con la ducha en la mano. ¿El cabrón me estaba duchando con agua fría? Eso me sacó de mi estado de seminconsciencia. ¡Hijo de puta! Esta se la pensaba guardar.

# RAY

No sabía qué hacía mi vecino en mi casa, pero me daba absolutamente igual. Pensaba volver a coger otra botella de whisky y seguir con mi particular via crucis. No había hecho más que empezar.

La inconsciencia tiraba de mí con fuerza, y no tenía fuerzas ni para incorporarme y salir de la ducha. Gruñí por el frío del agua que me estaba congelado, pero no me podía poner de pie, ni aunque me fuera la vida en ello.

Como no podía levantarme me arrastré fuera de la ducha y me quedé tirado en el suelo, intentando recuperar el aliento por el esfuerzo. La cabeza me daba vueltas y tiritaba tan fuerte, que me dolían los putos dientes por el castañeo que tenía. Mi cuerpo temblaba de frío y de angustia, me sentía tan hecho mierda, que me aovillé en el suelo del baño y me quedé allí, esperando a coger una pulmonía o morirme de frío.  Me daba igual. Todo me daba igual. Pero por supuesto mi vecino no me iba a dejar morir en paz. ¡Maldito fuera!

—Bien, veo que ya estás más espabilado —entró en el baño como si estuviese en su propia casa y olí lo que traía en las manos. ¡Café! Pero no podía abrir los ojos ni para mirarlo.

—¿Qué coño haces en mi casa? —gruñirle esas simples palabras me costaron un enorme esfuerzo por el castañear de mis dientes.

—Salvarte de ti mismo por lo que veo.

Lo sentí más cerca de mí y supe que estaba acuclillado a mi lado. Me obligué a abrir los ojos para fulminarlo con ellos. No puedes

fulminar a nadie si tienes los ojos cerrados ¿verdad?  No se inmutó.

—Lárgate y déjame en paz.

Me miró unos segundos antes de contestarme.

—No, creo que no lo voy a hacer. Hace demasiado mal tiempo para volver a mi cabaña, y además, está claro que eres un peligro para ti mismo. ¿Puedes desnudarte solo o necesitas ayuda? Vas a coger una pulmonía con esa ropa mojada.

—Gracias a ti, se te ha olvidado decir— gruñí sin mirarlo.

—Arriba —me cogió la mano y me tiró de ella para incorporarme — gruñí por el dolor que sentí en mi hombro— vamos a quitarte esta ropa mojada, a ponerte algo seco y a que te tomes el café que he preparado mientras se termina de hacer la sopa. ¿Puedes desvestirte solo?

No conseguía entender lo que me estaba diciendo. ¿Desde cuando hablaba tan rápido este hombre?

—Ya veo. Vamos a sentarte aquí para poder quitarte esta ropa mojada.

Noté que me sentaban en algún sitio y luego comenzar a tirar de… mi ropa… un momento ¿me estaba desnudando?

Me sentí indignado por tomarse ese tipo de libertades.

—Quita…déjame.

Manoteé al aire para que me dejase en paz, y de repente, donde estaba sentado se movió y me sentí caer al vacío…

Me sujetaron antes de golpearme contra el suelo. Menos mal.

—Estate quietecito y déjame quitarte esta ropa mojada.

Volví a quejarme cuando sentí sus manos tirando de la ropa mojada que se me pegaba al cuerpo como si fueran parte de mi piel. Estaba lo suficientemente colocado como para marearme más todavía de moverme tan bruscamente de un lado a otro.

—¡Qué me dejes, joder…lárgate!

—No puedes mantenerte sentado así que tampoco puedes desnudarte solo. No voy a tocarte ni a hacerte nada, solo quiero quitarte la ropa mojada.

Sus palabras me llegaron, por fin, a mi cerebro donde conseguí procesarlas. Supuse que estaría a salvo con él, así que guardé la poca dignidad que me quedaba y me dejé desnudar mientras seguía temblando de frío.

Sentí una toalla mullida sobre mis hombros y agradecí que me secara, aunque más que secarme, parecía que me quería arrancar la piel a restregones.

—Ay… con cuidado, joder. Me estás despellejando vivo.

Me peleé con sus manos para arrebatarle la toalla, y cuando me la cedió con un bufido, me tapé con ella como si fuese una momia de Egipto.

—Voy a traerte ropa seca y dejaré que te vistas tú solo.

—Mmmm —no pude decirle nada más.

Estaba muy agustito tapado con la toalla. Me recreé en su suavidad y en el calor que me ofrecía. Me acurruqué, y gemí de gusto sin abrir ni siquiera los ojos.

—Tómate el café —no iba a hacerle caso, pero el pesado me destapó buscando mi mano y me puso la taza caliente en ella para que la sujetara.

—Pero ¿qué coño pasa contigo? —hasta ahora no me había dado cuenta de su agresividad conmigo. ¿Qué coño le pasaba? ¿Estaba enfadado?

—No quieras saber lo que me pasa —me soltó cuando cogí la taza, y salió del baño para dirigirse a mi habitación, supuse que a por la ropa.

—Venga, ilumíname —le pedí mientras daba un sorbo al café caliente que tenía en las manos.

—No me imaginaba que fueras un puto cobarde.

Me puso la ropa encima de tan malas maneras que estuvo a punto de tirarme del banquito donde estaba sentado junto a la ducha. No conseguía entender lo que me decía.

—¿Nunca has intentado olvidar tus penas con alcohol? —no entendía cuál era el drama.

—Pero nunca he intentado suicidarme —se quedó parado frente a mí, exudando mal humor por todos los poros de su cuerpo. Tenía la mandíbula apretada y los puños cerrados con fuerza, quizás para evitar darme un puñetazo que era lo que de verdad parecía querer hacer— ¿En qué coño estabas pensando? ¿Suicidarte? ¿En serio?

Parpadeé desorientado. Me seguía costando mucho entender lo que me decía, pero… ¿suicidarme? ¿De dónde coño había sacado esa idea?

# LIAM

Es muy extraño cómo nuestra mente nos trae recuerdos en los momentos más inoportunos. Hace cinco años que discutí con mi padre, y cansado de intentar contentarlo sin perderme yo en el intento, decidí alistarme en el ejército y hacer algo útil para los demás. Me destinaron a Irak como médico militar.

Maldita sea la hora en la que pensé que era buena idea irme al otro lado del mundo y meterme de lleno en el infierno, porque todo el que piense que una guerra no es el infierno en la tierra, debería irse un par de días a vivir en primera persona, el terror que se siente al ver las bombas caer, el olor del miedo y la sangre en el aire. Y si encima tienes que ver a los escasos amigos que haces allí morir en tus brazos… el teniente de mi batallón, el hombre que intentó hacerme más llevadero mis días allí, el que se convirtió en mi pareja y en mi paño de lágrimas, murió en mis brazos cuando le explotó una bomba bajo los pies al intentar entrar en un pueblo rodeado por el enemigo. Me lo trajeron minutos después de que explotara, y llegó a mi tienda con el tiempo justo para despedirse de mí y pedirme que me marchara de esa guerra antes de que acabara también conmigo.

Sé feliz —me pidió en un suspiro mientras mis lágrimas le mojaban la cara— y recuerda siempre que la vida es un regalo que hay que cuidar y atesorar hasta el final de nuestros días. Te quiero, Liam, y me encantaría verte feliz lejos de este infierno.

Yo intentaba no pensar en esos años, pero encontrarme a Ray tirado en el suelo sabiendo lo que había intentado hacer con su vida,

me trajo a todos mis demonios de vuelta, y nunca sabía qué hacer con ellos cuando se metían en mi cabeza.

Este hombre era un puto desastre todo el tiempo. No conseguía saber por qué se había venido a este inhóspito lugar, porque si lo que quería era quitarse la vida, no iba a permitírselo. Al menos mientras pudiera evitarlo.

Tenía estrés postraumático desde que volví de Irak, y aunque lo había estado tratando antes de venirme a este rincón olvidado del mundo, la mayoría de las noches despertaba con pesadillas donde volvía a ver morir a mi pareja sin poder hacer nada por él.

La vida era un regalo y, si te lo propones, encuentras un motivo para seguir luchando día a día. Por muy destrozado que estés, por muchos golpes que te hubiese dado la vida, por muy negro que esté tu futuro, siempre había una luz después de un túnel.

Encontrarme a Ray tirado en la cama, así, medio muerto, me puso de un humor negro del que luego me costaba mucho salir. No sabía por qué me preocupaba por él. Era desagradecido, arisco, y necesitaba una puta niñera que le dijera lo que tenía hacer y lo cuidara todos los días. Me ponía de los nervios la mayoría de las veces, pero no podía dejar que se muriera allí, solo, aunque no fuéramos amigos, no podía alejarme de él y dejar de preocuparme. El dolor que sentía y que se reflejaba en sus ojos, ya no solo el físico, sino el emocional, me atraía hacia él como un barco ante un faro en una noche sin luna. No podía desentenderme de él.  Punto.

Se me partía el corazón verlo así, tan destrozado así que preferí mostrarme indiferente ante el evidente dolor que sabía que sufría, antes que abrazarlo y consolarlo, que era lo que de verdad me apetecía hacer.

La muerte de otro integrante de su grupo había roto el hilo mental que lo mantenía a un paso de una depresión en toda regla, y sabía que había sido el detonante para intentar destruirse, como estaba haciendo desde entonces.

—Por encima de mi cadáver —empecé a apilar troncos en la chimenea para asegurarme de que no volviera a apagarse durante un montón de horas. No pensaba marcharme de allí. Ray iba a tener que aguantarse conmigo en su casa, y aunque no me apetecía nada hacerle de niñera, me sentía en deuda con Avery, y no me perdonaría nunca el dolor que sabía que sentiría si se enterara de que a este idiota le había pasado algo.

Me hice un café para mí también en la máquina de cápsulas que tenía el pijo este en la cabaña. Tenía que reconocer que estaban mejor que los que hacía yo en mi cafetera italiana.

Llamé a Avery, aunque supuse que estaría subiéndose por las paredes. Apolo no me quitaba el ojo de encima, quizás notando mi nerviosismo. De vez en cuando miraba hacia el baño, como esperando a que mi vecino saliera de allí para saludarlo.

—Hola, no te preocupes está bien— la oí suspirar al otro lado— no, estaba durmiendo la borrachera —no tenía necesidad de preocuparla más todavía si se enteraba de lo que había estado a punto de pasar— lo he dejado en la ducha…

—Por favor, quédate con él —me pidió en voz baja, como si Ray se pudiera enterar de lo que estábamos hablando— todo esto está siendo muy duro para él y me da miedo que haga un disparate.

—Si tú supieras— pensé para mí.

—Quédate tranquila, me quedaré aquí con él el tiempo que haga falta.

—Te pagaré lo que quieras —me propuso con voz insegura, sin saber muy bien lo que yo podía pensar por su ofrecimiento.

—No lo hago por dinero, Avery, a mí también me preocupa —reconocí a mi pesar.

—¿Puedo hablar con él?

Recordé que apenas se le entendía lo poco que podía hablar por el colocón que llevaba, así que quise evitarles el mal trago a los dos. Ella era capaz de venir a por él en el primer avión que encontrara.

—Lo he dejado en la ducha y creo que tardará un rato en dar señales de vida. Le diré que te llame en cuanto se encuentre más lúcido.

Yo mismo le marcaría el número para que se pudiese quedar tranquila. ¿Por qué trabajaba alguien para este tipo de personas que no suelen dar nada más que problemas? Yo hubiese dimitido a los cinco minutos, o le hubiese roto la cara tan bonita que tenía de un puñetazo. Ganas no me faltaban incluso sin trabajar para mí.

Colgué cuando oí abrirse la puerta del baño.

Ray se había vestido con la ropa que le había dado. Todavía estaba descalzo y le goteaba el pelo. Ni siquiera se lo había secado con la toalla. Se sujetó en el marco de la puerta. Parecía a punto de desplomarse en cualquier momento.

—No he querido suicidarme. Ni siquiera lo he pensado… solo quería huir del dolor.

# RAY

Me sentía medianamente persona cuando me obligué a salir del baño, ya vestido, para aclararle al tocapelotas de mi vecino que no me había intentado suicidar.

¿De dónde coño había sacado esa idea? Que estuviese ahogando mis penas en alcohol, que eran muchas y lo había intentado con ganas, para qué negarlo, no significaba que fuera tan cobarde de intentar acabar con mi vida, pero seguía sin entender por qué había llegado a esa conclusión. Incluso si fuera así, ¿a él qué coño le importaba lo que yo hiciera con mi vida?

Él estaba con el teléfono en la mano, junto a la puerta de la cabaña que era donde mejor cobertura había. No quise saber con quién había hablado…posiblemente con Avery que era muy pesada, aunque en el fondo me remordía la conciencia por no haberle cogido el teléfono ninguna de las muchas veces que me había estado llamando estos días.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

Se acercó a mí en dos zancadas y parecía tan furioso que estuve a punto de dar un paso atrás. Si mis piernas me hubiesen respondido, que no era el caso.

Dejé que mi cuerpo se arrastrara hasta el suelo y me quedé allí sentado, intentando que mi cabeza, que no dejaba de dar vueltas, se asentara un poco. Y mi estómago también, ya puestos a pedir.

—No sé de dónde has sacado esa mierda de idea —le solté, porque veía con claridad que no me estaba creyendo.

—Quizás porque al obligarte a vomitar he encontrado suficientes pastillas de las que te receté en tu estómago, y eso no tiene otra explicación.

Estaba intentando analizar sus palabras, pero seguía con la cabeza llena de niebla y era incapaz de hilar dos pensamientos seguidos. Pero sí entendí algo relacionado con sus pastillas y con vomitar.

—¿Me has obligado a vomitar con lo malo que me pongo? ¿pero a ti qué coño te pasa?

—Te he salvado la vida, gilipollas —se alzó sobre mí como un ángel vengador y esa idea no supe por qué me gustó y luego me horrorizó, casi todo a la vez.

—Y dale, que no me he querido suicidar —cerré los ojos con fuerza, ante el dolor de cabeza tan horroroso que sentí de repente— y no me grites, joder que me duele la cabeza.

—Eres la persona más egoísta e irresponsable que me echado a la cara.

Abrí los ojos por el odio con el que me soltó esa frase. No entendía qué coño le había hecho a este tío. ¿Y yo había pensado que liarme con él podía ser buena idea?

Ese comentario me dolió tanto que conseguí ponerme de pie sujetándome a la pared para poder mantenerme erguido y enfrentarme a él desde su misma altura. Estar sentado en el suelo me dejaba en una posición vulnerable, y no me daba la gana que me riñese como si fuese un crío mientras estaba tumbado en el suelo.

—¿Qué coño sabes tú lo que estoy sufriendo? —le solté perdiendo la paciencia.

Ese último comentario me había dolido, y no iba a permitir que me juzgara sin saber por lo que estaba pasando— he perdido a toda mi familia, joder— Sentí mis ojos llenarse de lágrimas, otra vez. Pensaba que ya había llorado suficiente desde el accidente, pero estaba visto que tenía una capacidad ilimitada para crear lágrimas.

Me las limpié con un manotazo molesto— mi grupo y la música eran toda mi vida, y ahora… —intenté coger aire, pero tenía un nudo en la garganta que no me dejaba respirar, me obligué a decirle lo que pasaba para que supiera de una vez la mierda de vida que estaba llevando desde los últimos meses—… ahora no me queda nada. Por mi culpa todos están muertos, todos… y yo no me merezco seguir viviendo…

—Fue un accidente.

Lo dijo en voz tan baja que me callé de repente, pensando que me lo había imaginado.

—¿Qué?

—Que fue un accidente, Ray, no fue culpa tuya ni de nadie.

—Fue culpa mía —repetí alzando la voz para que me oyera bien y no le quedara ninguna duda— soy un monstruo y no me merezco nada bueno después de lo que hice.

—¿Y por eso has intentado suicidarte? No te pensaba tan cobarde.

Este hombre no se enteraba de nada. ¿Cuántas veces se lo iba a tener que repetir?

—Y dale, que no he intentado nada. Es solo que esas pastillas junto con el alcohol me evadían de la realidad —le solté malhumorado. A él no le importaba una mierda lo que yo hiciera, pero no quería que pensara lo que no era.

—Había cuatro pastillas en tu estómago —me gritó a la cara y yo me sobresalté. Joder con los gritos. Me limpié los mocos en la manga de la camiseta porque apenas podía respirar y me importó una mierda el gesto que hizo con la cara cuando me vio lo que hice —habrías caído en coma si no te llego a hacer un lavado de estómago. ¿Y me estás diciendo que no lo has intentado?

Parpadeé, todavía confuso e intenté pensar en el tiempo que había pasado desde que me había tomado las últimas pastillas. Por supuesto no lo podía recordar.

—Me las tomaba de dos en dos, cada vez que se me pasaba el colocón —dije en voz baja mientras intentaba poner en orden mis pensamientos —debí tomármelas pensando que había pasado más tiempo…

—¿Encima ibas a morir por accidente? —bufó sin saber bien si reírse o no —lo tuyo no tiene nombre, de verdad. Eres increíble.

—Y tú no tienes ni puta idea de lo que se siente cuando lo pierdes todo.

—Mi pareja murió en mis brazos después de pisar una mina antipersonas que casi lo partió por la mitad —me soltó en voz baja. Para mi desgracia eso sí lo oí con claridad, y me dejó totalmente fuera de juego —no me digas a mí lo que se siente al perder a alguien querido.

No supe qué decirle a eso. Mis lágrimas caían por mis mejillas mientras oía la ventisca silbar fuera de la cabaña. Se hizo tal silencio dentro, que oía la leña crepitar en el fuego y a Apolo roncar suavemente junto a la chimenea.

—Lo siento —fue lo único que le pude decir.

Y no supe por qué, pero de repente me encontré abrazándolo con fuerza contra mi pecho, intentando consolarlo yo a él.

Los dos estuvimos llorando así, en silencio y abrazados uno al otro, dándonos un poco de consuelo ante el dolor de haber perdido a las personas queridas. Y ese momento fue nuestro punto de inflexión.

# LIAM

Estaba hecho unos zorros. Ray temblaba entre mis brazos y podía oler el alcohol en su piel. Supuse que llevaba borracho desde que le dieron la noticia de la muerte de su compañero, hacía ya unos días.

Aunque había estado muy enfadado con él por pensar que había intentado suicidarse sin pensar en el dolor que eso provocaría en Avery, sabía que toda esta rabia escondía una honda preocupación por un hombre, que sin saber bien por qué, porque ni siquiera nos caíamos especialmente bien, había conseguido llegarme al corazón y se había asentado en él de donde supuse que me iba a ser muy difícil sacar.

Era el único amigo que tenía ahora. Desde que me fui al ejército, había perdido todo contacto con mi vida anterior. No me hablaba con mi padre, apenas tenía relación con mi madrastra y de mi hermanastra mejor ni hablar. Los pocos amigos que tenía cuando me fui, los dejé de lado y me olvidé de ellos cuando me licencié del ejército y me vine a esta parte del mundo a lamerme mis heridas.

Así que aquí estaba.  Abrazando a un hombre totalmente deshecho por el dolor y la culpa, y no sabía por qué motivo, no podía dejarlo solo.

Me aparté de él para mirarlo a la cara. La tenía congestionada de haber estado llorando. Se tambaleó un poco al perder mi punto de apoyo y se sonrojó, si era posible, por la vergüenza de que lo hubiera visto así.

—No me mires, joder —se intentó volver y dio un traspiés. Lo sujeté antes de que cayera al suelo y lo empujé con firmeza hacia el salón para que se sentara en el sillón mientras preparaba algo de comer.

—¿Has venido hasta aquí con este tiempo?

El viento sonaba aterrador tras la ventana y solo se veían los copos de nieve, desplazados furiosos por la ventisca.

—Bueno, ha empeorado bastante. Cuando salí de casa parecía que la tormenta se estaba tomando un respiro. Voy a preparar algo de comer. Debes tener hambre.

Me sentía extrañamente en paz conmigo mismo. Haber contado mi propio dolor mientras él se derrumbaba en mis brazos me había servido de catarsis para mis propios fantasmas. Saber que no había intentado suicidarse y que nunca pensó en esa opción me dejaba mucho más tranquilo.

Podía marcharme y dejarlo en paz con su duelo. Pero no iba a dejar que siguiera alimentándose de whisky hasta destrozarse la vida.

—No tengo hambre —miró a la encimera donde tenía las botellas de whisky que yo había ocultado antes por seguridad— ¿no queda más whisky?

Entrecerró los ojos para concentrarse. Había estado tan borracho que ni siquiera sabía lo que se había bebido durante estos días. No pensaba decirle nada hasta que desapareciera esta parte autodestructiva que tenía desde la muerte de su compañero.

—Tú sabrás que eres el que se lo ha estado bebiendo —decidí cambiar de tema —voy a hacer pasta. Te asentará el estómago.

Iba a volver a negarse, pero sus tripas gruñeron de manera muy ruidosa y ya no pudo volver a negarse.

—Vale —se quedó callado mirando el fuego de la chimenea. Apolo se le acercó, buscando mimos y le puso la cabeza en la pierna. Siempre me sorprendía lo empático que era. Siempre sabía

cuál era mi estado de ánimo y lo que necesitaba para sentirme mejor.

Ray lo acarició, distraído.

No apartaba sus ojos grises de mí, mientras yo seguía preparando la comida en el fuego.

—¿Te ha llamado Avery?

Lo miré antes de contestarle. Continuaba acariciando la cabeza de Apolo mientras seguía con la mirada mi ir y venir de la nevera a la vitrocerámica, buscando los ingredientes para hacer un plato mínimamente nutritivo.

—Sí. Estaba muy preocupada por ti —no quise callarme lo que pensaba al respecto de ser tan cruel con ella— deberías llamarla en cuanto te sientas mejor.

—Esa mujer es peor que un perro con un hueso —se agachó para hablar con Apolo más de cerca— Sin ánimo de ofender, ¿eh? —le dijo al perro que no levantó la cabeza de su pierna para que siguiera acariciándolo.

—Le pagas para eso, ¿no?

—Ya, pero también le pedí que me dejara un poco de espacio y mira…

Me señaló a mí con la mano y me reí bajito. Tenía razón. Avery era una mamá gallina que necesitaba saber lo que pasaba con su polluelo. En estos momentos hacía bien por preocuparse por Ray, ya que estaba de todo menos bien.

—No sé qué hubiese pasado si no hubiera venido a verte— todavía tenía el susto en el cuerpo.

—Y dale, que no intenté suicidarme, pesado. Solo que me tomé las pastillas demasiado seguidas, pero no lo hice a intento.

Me miró, ofendido por que no me creyese su explicación. Ahora que lo veía con otra perspectiva parecía que lo decía en serio.

—Bueno, pues las pastillas se acabaron —lo tenía más que claro.

—¿Qué? ¿por qué?

No me sorprendía nada su indignación.

—Porque te las receté para que lidiaras con el dolor, no para que te colocaras con ellas —cada vez que lo recordaba, mi genio se encendía como la gresca seca.

—¿Y a ti qué coño te importa? Las necesito y punto.

Bueno, si Avery era una mamá gallina que no cesaba nunca en su empeño, yo podía ser mucho peor.

—Cuando las necesites de verdad, te daré una. Ahora ayúdame a poner la mesa que vamos a comer.

Se levantó gruñendo por lo bajo, pero comenzó a sacar los cubiertos y a ponerlos en la isla de la cocina.

—Todavía estoy borracho, joder —se sentó en el banco alto o mejor, se dejó caer cuando estaba a punto de irse al suelo, y luego me miró como si acabara de darse cuenta— espera, ¿vas a quedarte aquí conmigo?

Su tono de sorpresa y desagrado me hizo reír.

—Justo —le señalé la ventana— por lo menos hasta que se calme la tormenta.

—Aquí siempre está o lloviendo o nevando —refunfuñó de mal humor.

—Qué suerte tienes, ¿no?

—Sí, una suerte loca.

# RAY

A pesar de que la pasta estaba realmente buena y me moría de hambre, apenas pude llevarme a la boca más de tres o cuatro tenedores de pasta, cuando mis nauseas volvieron con más fuerza que antes.

—No puedo —me llevé la mano a la boca— de verdad que no.

—Vale —me tomó la mano para que no me levantara de la isla— intenta respirar con calma y no pienses en eso. Verás como tus nauseas se pasan.

Tragué saliva y cerré los ojos obligándome a respirar como me estaba indicando. Me apetecía volver a vomitar tanto como que me arrancaran las uñas con unas tenacillas.

¡Qué mal me sentía, joder!

Mientras me concentraba en respirar sentía su mano sujetando la mía y me centré en esa sensación. El tacto de sus manos era áspero, por los muchos cayos y durezas que tenía, contra la suavidad de las mías, que indicaban que era un urbanita y que nunca hacía trabajos con ellas. Sus manos también eran más grandes que las mías. Recordé que Avery siempre decía que tenía manos femeninas.

Me vino a la mente también lo que se decía de los hombres con las manos grandes, que su polla también tenía que ser…

Muy mal, Ray, deja de pensar en su polla. Ese comentario echo a mí mismo me hizo sonreír y me di cuenta de que se me habían pasado las náuseas. Él también lo notó.

—¿Estás mejor?

Abrí los ojos y me encontré con sus ojos oscuros mirándome con atención. Me obligué a soltarme de sus manos, avergonzado de que se pudiera dar cuenta de que me había quedado pensando en el tamaño de su…

No se la mires, no se la mires…

Me eché hacia atrás en el banco de la isla y me alejé de él. Menos mal que estaba sentado al otro lado de la isla, así me aseguraba de que mis ojos no se fijaran en nada que estuviese por debajo de su pecho.

Llevaba una camisa de cuadros azules, de leñador, por supuesto, y debajo una camiseta negra y parecía estar encantado con su propio cuerpo.  Yo, por el contrario, me sentía como si me hubiese masticado una vaca y me hubiese escupido después. Me aparté el flequillo mojado de la cara sin querer pensar en las babas de una vaca cuando masticaba. ¡Qué asco!

Asentí, pero alejé el plato en clara indicación de que no pensaba comer nada más. Él se quedó comiendo sin volver a mirarme. Aunque la educación me decía que debía quedarme en la mesa con él hasta que terminara de comer, me levanté y me arrastré hasta el sillón que estaba a menos de tres pasos de distancia, y allí me quedé. Tumbado bocabajo ante el calor de la chimenea. Lo último que sentí antes de dormirme de nuevo, fue a Apolo que se subió al sillón para acurrucarse a mi lado. No tuve fuerzas de decirle que no me gustaba que los perros se subieran al sillón.

***

Me desperté desorientado y con dolor de cuello. No me había movido desde que me tumbé hacía ya un buen rato, por la oscuridad que había en la cabaña.

Apolo seguía roncando, tumbado a mi lado y me había encajado en el fondo de los cojines, donde apenas me podía mover.

—Quita, joder —intenté empujarlo para que se quitara y me dejara moverme, pero nada. El condenado pesaba igual que un muerto. Intenté apoyarme sobre mis brazos y elevar el cuerpo para intentar pasar por encima del perro dormido, pero tenía tan poca fuerza que acabé tumbado encima del perro, que se despertó de golpe y chilló como si lo hubiese atropellado un camión. Intentó levantarse para que me quitase de encima suyo. y como no pudo con el peso de mi cuerpo, volvió a chillar más fuerte todavía. ¿Alguien ha intentado sujetar un pez vivo que no deja de coletear para salvar su vida? Pues así me sentía yo tumbado sobre el perro que se removía como un puto salmón debajo de mí.

—Deja de chillar que no te estoy haciendo nada, joder. —Solo me faltaba que su dueño pensara que estaba maltratando al perro.

Como no podía ser de otra manera, el perro me desequilibró y terminé cayendo al suelo con un fuerte golpe que me sacó el aire de mis pulmones.

—¡Ay, joder! ¿por qué eres así?

—¿Qué hacéis los dos en el sillón? Bueno, ¿qué haces tú en el suelo?

Podía oír la risa de Liam que debía estar viéndonos desde algún lugar.  Conseguí incorporarme hasta quedarme sentado mientras el animal se bajaba de un salto y me miraba con rencor en sus ojos perrunos. Juro por dios que el puto perro me miraba como si lo hubiese agredido físicamente. ¿Por qué me pasaban ese tipo de situaciones continuamente?

Me lo encontré mirando la tele, sentado en el extremo del sillón donde yo acababa de despertarme. Lo miré, todavía adormilado y con la mente nublada por los restos del alcohol.

—¿Qué haces? —no me levanté del suelo. No podía hacerlo, ni aunque me lo propusiera con todas mis fuerzas.

—Ver la tele —me dijo por toda respuesta. Siguió con ello sin pararse a darme más explicaciones.

—¿No te piensas ir a tu casa?

No quería tenerlo aquí pululando todo el día. No sabía por qué, pero su sola presencia me conseguía poner nervioso.

Mis palabras debieron de molestarle, porque se volvió a mirarme. No supe descifrar lo que vi en sus ojos oscuros… ¿dolor, quizás? Fuera lo que fuese, consiguió que me sintiera mal al momento. Lo de hacerme quedar mal con solo una mirada lo estaba convirtiendo en un arte.

—De verdad que me sigue asombrando lo muy borde que eres. Pensaba que ya habíamos dejado eso aclarado.

Me avergoncé, porque era cierto. Ya me lo había dicho antes de morirme en el sillón a mediodía, y aquí estaba yo quejándome de nuevo de que quisiese quedarse conmigo después de lo mal que lo estaba tratando. ¿Se podía ser más miserable?

Me había salvado la vida. Me había cortado leña y me había ayudado infinitas veces sin quejarse demasiado de que yo lo hubiese arrollado como un puto tifón.

Avery solía decirme justo eso. "*Eres un puto tifón, Ray ¡Asolas por donde pasas y nadie te podrá olvidar!*"

Siempre había pensado que era un bonito piropo, pero con este hombre, no lo tenía tan claro.

—Lo siento, de verdad.

Bajé la vista, avergonzado. Él se acercó a mí con solo dar un par de pasos.

—Escucha, sé que no estás pasando por buen momento. Te prometo que no haré nada que te haga sentir mal y que me marcharé en cuanto el tiempo mejore.

Me di cuenta de que no quería quedarme solo. A mi pesar, tuve que reconocer que nunca me había gustado la soledad. Siempre había tenido conmigo o bien a Avery, o bien a un sinfín de personas que trabajaban donde yo estuviese. Incluso estaba siempre rodeado de los integrantes de mi grupo.

Yo tenía un problema con la soledad, de la que nunca me había conseguido hacer amigo. No sabía estar solo y necesitaba la continua aprobación de los demás. Me había venido a este lugar del mundo para intentar encontrarme a mí mismo, y me aterraba colgarme de mi vecino, que no hacía más que intentar cuidar de mí y yo no paraba alejarme.

—No quiero que te vayas —pensé que me iba a ser más difícil confesárselo, pero ahí estaban las palabras que de verdad me costaba reconocer— no me gusta estar solo. Por favor, quédate conmigo.

No dijo nada más. Solo asintió tras estudiarme unos minutos en silencio.

Pues ya estaba todo aclarado. Se quedaba conmigo, y por supuesto. Apolo, también.

# AVERY

No tener a Ray pululando a mi alrededor llenaba mi día a día de un extraño silencio, y tenía que reconocer que lo extrañaba muchísimo.

Ray era como un hermano para mí. Uno muy molesto, pero un hermano después de todo. Nos pasábamos unos pocos años, y saber que estaba sufriendo y viviendo solo, con lo poco que le gustaba estar solo, me daban ganas de dejarlo todo e irme con él a Rumanía.

Como era como el rabo de un lagarto de inquieto, tenía una facilidad pasmosa para meterse en líos de los que yo lo sacaba una vez tras otra.

Era un desastre de persona, pero tenía un corazón gigantesco. Y saber que estaba destrozado tras el accidente me rompía el mío.

Eran todos unas personas maravillosas, jóvenes y llenos de vida con una prometedora carrera musical por delante y había sido una gran putada lo que les había pasado.

Adrien. Tony. Connor. Y por supuesto Ray, mi Ray.

Ray jamás se olvidaría de ellos, y no creía posible que él se recuperara de un golpe así. Cada vez que lo pensaba, me apenaba haber perdido de un plumazo a todo el grupo, y no solo porque era su representante, que también, pero sobre todo por el dolor que sabía que estaba sufriendo Ray, sin dejarse ayudar por nadie.

En fin.

Yo seguía teniendo muchísimo trabajo, porque representaba a muchas más personas. Y aunque pudiera parecer mentira, lo que más trabajo me seguía dando era apagar los fuegos que la prensa se dedicaba a inventar sobre la muerte de los integrantes de Temtations.

Muere el batería del grupo Tentations, Connor.

Lo último sobre el grupo musical revelación del año. Muere el batería Connor, tras pasar un mes en la UCI.

Ray Temples, vocalista del grupo, desolado tras la muerte de su compañero de grupo y sentimental. No te pierdas sus últimas fotos.

Esta noticia llamó poderosamente la atención y abrí el artículo para comprobar que habían publicado unas fotos de archivo de varios años atrás.

—Menuda panda de buitres.

Estaba leyendo todos los artículos y apuntando algunos de ellos para hacer un par de llamadas luego y obligarles a que quitaran el montón de mentiras y trolas que se inventaba la prensa un día sí y al otro también.

Me entró una llamada que para ser sincera conmigo misma llevaba esperando desde el accidente. Me llené de paciencia antes de contestar, porque sabía que no me lo iba a poner fácil.

—Hola Carla.

# LIAM

No sabía qué era lo que me atraía tanto de Ray desde que lo conocí. Ni siquiera era mi instinto protector de médico que me instaba a curar todo lo que viera herido, fuera persona o animal. No era un animalito indefenso de los muchos que me había encontrado de niño y que siempre me había llevado a casa para intentar salvarles la vida. Ya fueran pájaros pequeños caídos de los nidos, a los que casi nunca logré salvar, o erizos bebés que me llevé a mi casa, sin saber lo desagradable que sería buscarle gusanos en la tierra para alimentarlo todos los días. Desde entonces odio los gusanos por encima de todas las cosas, pero salvar a ese animal, al que tuve conmigo durante unos años y al que al final solté en el bosque, fue lo que me animó a ser médico.

Me encontraba a menudo mirando a Ray, cuando estaba distraído, para intentar descifrar los sentimientos tan confusos que me provocaba. No parecía darse cuenta de mi interés, cosa que agradecía, porque no sabía qué podía decirle al respecto.

Era un hombre muy atractivo, de eso no había duda. Rubio con el pelo por los hombros y sus ojos azules, casi grises, junto con la piel clara y casi lampiña, hacía volver la cabeza a todo el que lo mirara. Pero ni siquiera era esa atracción física lo que me atraía como las moscas a la miel. Ni su humor, ese tan borde que entendía muy bien y que me hacía más gracia que otra cosa, porque yo tampoco era el alma de la fiesta ni… yo qué sé.

No lo tenía claro y punto.

Quizás todo el conjunto. O su alma rota, tan a la vista por el dolor que se veía en su mirada. Lo único que sabía era que estaba

dispuesto a averiguarlo, y a conocerlo un poco más.

Estábamos los dos sentados en el sillón, con Apolo echado delante de la chimenea, roncando con suavidad, viendo una serie de asesinatos en Netflix, mientras yo miraba el móvil, más aburrido que otra cosa. De vez en cuando, le echaba algunas miradas a Ray, completamente entregado a la serie, cuando vi las muchas noticias que había en las redes sobre el accidente y la reciente muerte del batería del grupo. ¿Él sabría lo que se estaba contando sobre su grupo? ¿Y todo lo que se decía era verdad? No pude contenerme. Me moría de curiosidad.

—Ray…

—Ummm.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —no quería romper la armonía que habíamos conseguido en las últimas horas, pero quería saber lo que opinaba al respecto. Me miró sin decir nada y supuse que era un sí.

—¿Por qué no te bombardea la prensa con llamadas sobre el accidente? Sé lo muy pesados que se pueden volver para conseguir una noticia jugosa. Y tal como están las redes... —no quise añadir nada más, estaba seguro de que él sabía de lo que le estaba hablando.

—Avery es la que gestiona mi teléfono "público" por así decirlo. Casi nadie tiene mi número privado. Me he venido aquí, intentando dejar de ser el foco de atención. Si no fuera así, tendría a la prensa en la acera de mi casa día y noche, y ahora mismo no podría vivir bajo esa presión.

—Te entiendo. ¿Hace mucho qué conoces a Avery? —Parecía estar receptivo, así que aproveché para saciar mi curiosidad.

—Ella fue nuestra segunda representante y la que ha conseguido que lleguemos a donde estamos ahora. Ya has podido comprobar que es muy protectora —asentí mientras me acomodaba para mirarlo de frente— nuestro anterior representante era un desalmado que nos timó llevándose nuestro dinero y nuestro prestigio con él. A

ella nos la presentó un amigo común cuando ya estábamos decididos a dejar la música, y hasta hoy. Ella ha luchado con nosotros hasta llegar a lo más alto —Su voz se fue apagando a la vez que su rostro comenzó a entristecerse también— sé que representa a más gente y espero que le vaya bien ahora que nosotros ya no estamos.

—Bueno, tú eres músico, ¿no?

Se suponía que uno era músico siempre, y que la música no desaparecía por nuestro estado de ánimo.

—Sí, pero yo no soy nada sin ellos.

—Tonterías —no hice caso de su cara de incomodidad. Era un tema que tendría que decidir en algún momento y quería saber lo que pensaba hacer con su vida a partir de ahora —seguro que puedes cantar en solitario o montar otro grupo, cuando estés listo, claro.

—La música se acabó para mí.

Sentenció con rotundidad y no quise insistir para no romper el buen rollo.

—Bueno, supongo que el tiempo lo dirá.

Lo vi levantarse a la cocina y empezar a rebuscar por todos los armarios. Sabía lo que estaba buscando, el whisky, y la había escondido donde me garantizaba que no lo iba a encontrar.

—¿Dónde coño está? —murmuró por lo bajo sin dejar de abrir y cerrar armarios. La cocina era casi diminuta, así que no tenía mucho donde buscar.

—¿Qué ocurre? —me hice el desentendido.

—Estoy buscando el whisky.

Sabía lo que buscaba, pero preferí hacerme el desentendido.

—Te dije que te habías acabado las botellas.

Me alegraba mucho que no recordara con claridad las que se había bebido o sabría a ciencia cierta que se las había escondido, las

dos que quedaban por lo menos. Seguir bebiendo era lo último que necesitaba, y no iba a permitirle que se volviese un alcohólico por muy hundido que estuviese.

—Es imposible que me haya bebido cuatro botellas de whisky en escasamente una semana.

Me encogí de hombros, haciéndome el desentendido.

—Bueno, viendo la cogorza que llevabas encima, no debe extrañarte tanto. De todos modos, tu hígado te agradecerá que dejes de beber durante un tiempo. —No estaba seguro de si eso lo convencería, por supuesto me equivoqué. No era un hombre que se diera por vencido con tanta facilidad.

—Y una mierda— me soltó —iremos a tu casa por las dos botellas que te di.

# RAY

Desde que había despertado de la pequeña siesta que me había echado en el sillón, me sentía extraño. No solo por la resaca, que era de campeonato y que me merecía por haber estado bañándome en whisky desde hacía ya, ni me acuerdo…sino porque sentía la imperiosa necesidad de volver a beber, de este modo, seguro que me volvía a sentir mejor.

El alcohol y yo éramos amigos desde hacía tiempo, pero Avery, como buena gallina clueca, siempre se encargaba de que las adicciones no se nos fueran de las manos.

Así que ahora que no la tenía cerca, ¡cuánto la echaba de menos!, me había estado bebiendo las botellas casi de dos en dos. A la vista estaba, que parecía que me había bebido cuatro botellas de whisky en cinco días. ¿Era eso posible? No lo tenía demasiado claro, pero mi vecino decía que no quedaba más alcohol, y no tenía motivos para no creerle.

Intenté prestar atención a la serie de Netflix que estábamos viendo, pero mi cabeza no dejaba de pensar en que estaríamos mucho mejor si nos bebíamos una copa. Una sola, no necesitaba beberme muchas más.

Cuando ya no lo soportaba más, decidí buscar por mi cuenta las botellas, esperando encontrarme una que se le hubiese pasado a él por alto. Al fin y al cabo, era yo el que vivía allí y no él, ¿verdad?

Pero por más que busqué, el alcohol no aparecía por ningún sitio.

—¿Dónde coño está? —cuanto más buscaba sin hallarlo, más nervioso me ponía.

—¿Qué ocurre?

Que se hiciera el desentendido no me ayudó demasiado en calmar el nerviosismo que empezaba a sentir por no poder beberme una puta copa en mi puta casa.

—Estoy buscando el whisky —como si no fuera más que evidente.

—Te dije que habías acabado las botellas —no parecía demasiado preocupado por ese hecho, y no supe por qué, pero no me podía creer que me hubiese bebido todo el alcohol.

—Es imposible que me haya bebido cuatro botellas de whisky en escasamente una semana —¿verdad?

—Bueno, viendo la cogorza que llevabas encima, no debe extrañarte tanto. De todos modos, tu hígado te agradecerá que dejes de beber durante un tiempo.

—Y una mierda —recordé que él tenía las botellas que le había dado— iremos a tu casa a por las dos botellas que te di.

Se me quedó mirando como si no supiera bien qué decirme al respecto. Para mi consternación, me señaló la ventana mostrándome la ventisca tan impresionante que hacía fuera.

—Creo que no vamos a poder ir a mi casa durante un tiempo.

Esa idea no me aplacó, al revés, me dieron ganas de salir ahora mismo y que el puto frío consiguiera calmar mis ansias de alcohol, o que por lo menos el mal tiempo me adormeciera el cuerpo que empezaba a picarme por el nerviosismo.

—Tonterías —le solté, haciéndome el duro— no hace tan mal tiempo como para que no podamos salir y andar los escasos trescientos metros que hay hasta tu casa.

Cogí mi plumas del perchero que había junto a la puerta, y me lo puse abriendo la puerta de la calle para ir hasta su casa.

—¿Vienes o qué?

Me volví a mirarlo. No se había movido ni un palmo de donde estaba observándome con atención.

—Ray, no puedes salir ahí fuera.

Que me hablara como si fuese un crío me puso aún de peor humor.

—¿Qué? Lo vas a ver en directo. Ya verás como sí que puedo.

—¿Has oído alguna vez la ley de supervivencia del tres?

Parpadeé, intentando aclarar mi mente para ver si entendía lo que me estaba diciendo. ¿Ley del tres?

—¿De qué coño me hablas?

—No abras la puerta y siéntate que te lo explico.

Se sentó en el sillón y palmeó el cojín para que me sentara a su lado. Lo seguí como si estuviese hipnotizado. Ahora quería saber qué era esa ley de la que nunca había oído hablar.

—Digas lo que digas no me quitarás la idea de ir a por el whisky —avisé para que lo tuviera en cuenta.

—La ley de supervivencia dice que un humano no puede vivir más de tres semanas sin comer, tres días sin beber y sobrevivir más de tres horas en temperaturas extremas.

Me quedé pensando en lo que me estaba contando.

—Bueno, no vamos a tardar tres horas en llegar a tu casa —indiqué con la mano la puerta— está a penas a trescientos metros. Iremos y volveremos en apenas una media hora.

—¿Estás seguro de eso?

No entendía dónde estaba el problema.

—Claro —pero ya no estaba tan seguro. Él llevaba años viviendo aquí, en esta montaña agreste y seguro que sabía mejor que yo cómo sobrevivir aquí. Pero pensaba que tardar tres horas en ir y volver era algo exagerado.

—Bien, vamos fuera que te demuestre lo equivocado que estás.

¿Os he dicho lo que odiaba ese tonito de sabiondo con el que me hablaba algunas veces? Pues eso.

—¿Y tu abrigo?

No pensaría en salir sin ponerse algo encima. Porque eso sí que sería un suicidio.

—No lo voy a necesitar.

Nos dirigimos hacia la puerta que abrió de un tirón, bueno, lo intentó, porque al parecer la madera con la nieve del exterior se había quedado "pegada" o "congelada" así que tuvo que darle varios tirones para que por fin se abriera y entonces, un viento furioso y un frío glaciar nos golpeó en la cara, con tanta fuerza, que estuvo a punto de tirarnos al suelo. La nieve comenzó a entrar en la casa, mientras yo intentaba mantenerme en pie.

—¿Qué coño? Cierra la puerta, joder.

Era mucho más fácil decirlo, que hacerlo. La furia del viento era tal que tuve que ayudar a Liam para poder cerrar la puerta porque él solo no podía.

Terminé congelado, con la cara llena de nieve y cansado de luchar a muerte con el viento para cerrar una puñetera puerta.

—¿Cuánto tiempo pensabas que íbamos a tardar en ir a mi casa y volver?

¿Otra vez ese tonito?

—¡Oh, cállate, joder! Si no vamos a beber, entonces quiero follar.

# LIAM

Con esa petición consiguió dejarme fuera de juego. ¿Tenía los santos cojones de pedirlo como si yo fuese su esclavo y tuviese la obligación de atender todas sus necesidades?

En cualquier otro momento lo hubiese empotrado contra la pared y nos hubiésemos quitado las ganas a base de polvos, pero para mi disgusto, que también me moría por echar un polvo, tuve que negarme porque él no estaba en condiciones de nada, y así se lo expliqué cuando me miró con ganas de asesinarme por negarme a sus deseos.

—No estás tú en condiciones de nada, y mucho menos de follar conmigo.

—¿Y eso quién lo dice?

Se enfrentó a mí con esa mirada lasciva que estaba seguro de que arrasaba con todo aquel a quién mirase. Nunca había visto unos ojos grises tan expresivos como los suyos. Si no fuera porque estaba más pálido que un muerto y que apenas podía mantenerse en pie por la resaca, me hubiese dejado llevar por mis ganas y las suyas, pero no estaba listo para lo que pensaba hacerle cuando por fin lo tuviese en mi cama.

—Lo dices tú que apenas puedes mantenerte en pie —le indiqué por si no se estaba dando cuenta de que se tambaleaba de manera alarmante— y lo digo yo porque no estás listo para follar conmigo.

Para estar "borracho" todavía, tenía las manos más largas de lo que esperaba, porque me agarró la polla por encima del pantalón y apretó, lo suficiente como para provocarme un espasmo entre el

dolor y el placer. Siseé por la impresión y odié la sonrisita engreída que me soltó.

—¿Estás seguro de eso?

Me empujó contra la pared sin soltarme la polla y apretó su cuerpo contra el mío.

—No sé con quién has estado follando todos estos años, pare ya te digo yo que no vas a poder sentarte durante unos días.

Me moría por ver lo que pensaba hacer a continuación y no me sorprendió demasiado cuando se puso pálido y me soltó mientras corría hacia el baño donde lo oí vomitar lo poco que tenía en el estómago.

Y hasta ahí había llegado su intento por llevarme a la cama. ¡Lástima! Porque la verdad era que nos teníamos muchas ganas.

Quería ir a comprobar que se encontraba bien, pero si fuera al revés, yo querría un poco de privacidad. No era agradable vomitar, y mucho menos cuando lo hacías delante de otra persona.

—¿Estás bien?

Tendría que preocuparme desde aquí.

No me contestó con claridad. Dijo algo como "*de puta madre*" y luego lo oí irse hasta la cama, donde supuse que dormiría de nuevo hasta que su cuerpo eliminara parte del exceso de whisky que aún llevaba dentro.

Me acerqué en silencio a la habitación. Estaba tapado hasta el cuello y tenía el pelo rubio desordenado sobre la almohada. Ni siquiera me miró cuando encendí la luz para poder verlo bien. Apolo me siguió y se subió a la cama para acurrucarse junto a él, pero decidí bajarlo. Una cosa es que se subiera a mi cama, y otra que lo hiciese en la suya sin saber si le gustaba o no.

Aún había que poner ciertos límites a nuestra convivencia. Ray era un completo desastre dejándolo todo por el medio y yo era todo lo contrario. Me gustaba el orden y saber dónde estaban mis cosas y sobre todo me gustaba la pulcritud.

Si Ray pensaba que me iba a pasar los días limpiando lo que iba ensuciando y ordenándole la casa, iba a llevarse una gran sorpresa.

Volví a la cocina y me serví un generoso vaso de whisky escondiendo de nuevo la botella para que no la encontrase cuando despertara. Me senté en el sillón con Apolo a mis pies y me dispuse a buscar algo en la tele que me entretuviese.

Me moría por saber cómo sería nuestra convivencia.

# RAY

La puñetera tormenta parecía que nunca iba a amainar. Cuando desperté de la siesta, con la inmensa resaca que tenía, me quedé en la cama oyendo el viento rugir entre los árboles y golpear la casa como si desease echarla abajo. Ahora entendía por qué todos los pronósticos del tiempo habían dicho que se avecinaba una gran tormenta.

Me había venido a esta parte del mundo buscando curar mis heridas, tanto físicas como mentales. Y en principio me daba igual el tiempo que hiciera porque no pensaba salir de la cabaña para nada. Quizás dar paseos por el bosque cercano o ir al pueblo de vez en cuando. Pero nada más.

Aquí no me encontraría la prensa ni esa odiosa periodista con la que Avery contaba para darle nuestras exclusivas. Esa Carla, *comosellame,* conseguía ponerme el pelo de punta. Siempre se interesaba en nuestros secretos más vergonzosos que, aunque estaba claro que cuanto más jugosa fuera la noticia a más público le interesaba, no parecía conocer el límite y más de una vez había discutido con Avery por tener a esa garrapata alimentándose de nosotros y de nuestros trapos sucios. Los que no podíamos esconder, del resto se encargaba Avery.

Oí el murmullo de la tele en el salón y recordé todo lo sucedido a lo largo del día. Gemí y me restregué la cara para intentar espabilarme y quitarme el sueño de encima, parecía que se me había pegado como una segunda piel y amenazaba con llevarme de nuevo al mundo de la inconsciencia.

—¿De verdad le has pedido sexo a tu vecino, Ray? —Negué avergonzado y me obligué a salir de la cama y enfrentarme a mi nueva realidad. Liam y Apolo iban a quedarse a vivir conmigo hasta que pasara la puñetera tormenta. ¡Qué bien todo!

Si mi vecino pensaba que me iba a conformar con su negativa para follar iba listo. Si iba a convivir en mi casa, sería bajo mis condiciones. Ya me encargaría yo de pagarle con la misma moneda. Pensaba volverlo loco, y cuando estuviera cachondo, lo rechazaría, igual que había hecho él. Para empezar, dormiría en el salón.

Aún me dolían las costillas al moverme, pero ya aguantaba mejor el dolor y me removí buscando una postura más cómoda. Que no fuera el momento oportuno, no tenía nada que ver. Nadie me había rechazado antes.

Nunca.

Nadie.

Jamás.

Y esto iba a ser la guerra. ¿No decían que en el amor y en la guerra todo vale? Pues eso.

Estaba seguro de que no podría resistirse a mi *sexapill* sobre todo cuando sacaba todas mis armas de seducción.

Habíamos tenido casi un encuentro sexual, así que la atracción física entre los dos ya existía. Lo único que necesitaba mi odioso vecino era un pequeño empujoncito en la dirección correcta.

¿No quería vivir aquí conmigo? Pues eso.

La pena es que hiciese demasiado frío para pasearme en bolas por la casa. Seguro que así llamaba su atención.

Me reí de mis propias ideas y con todos esos pensamientos en mi cabeza salí de la habitación para enfrentarme a él. Ya veríamos si me seguía ignorando o no.

# LIAM

Lo observé salir de su habitación. Tenía mejor cara y parecía bastante más estable. Por lo menos ya podía andar sin que pareciese que se desplomaría en cualquier momento. Su manera de mirarme cuando llegó a la cocina me indicó que algo estaba tramando. Podía oír su cerebro pensar, pero lo dejé estar. Ya me diría lo que fuese cuando estuviese preparado.

Había hecho café, y como había estado aburrido, también había hecho tostadas francesas. Un recuerdo de los desayunos de los domingos de mi infancia. Me encantaban, y mi madre, que era ascendencia francesa, me enseñó a hacerlas de pequeño. Hacía mucho que no las comía y pensé que a Ray le vendría bien algo de azúcar para combatir los restos de la resaca.

—Hay café y tostadas francesas —le indiqué la bandeja que había en la isla de la cocina— todavía queman, así que ten cuidado. ¿Estás mejor?

Se sirvió café y cerré los ojos para no ver el montón de azúcar que le puso. Luego cogió una torrija y se la zampó en dos bocados.

—Umm, qué rica. ¿Las has hecho tú? —cogió otra y se la trajo hasta el sillón donde estaba sentado con mi taza de café en la mano.

—El cocinero que contraté por horas acaba de marcharse.

—Pues dile que están muy buenas, que mañana las haga para desayunar.

—A sus órdenes. —Ignoró mi sarcasmo.

—¿Qué estás viendo?

Se comió la otra torrija igual de rápido y miró la cocina planteándose si levantarse a por otra, pero pareció ser demasiado trabajoso, y se quedó sentado, dándole pequeños tragos al café.

—No deberías comer así de rápido o volverán a entrarte nauseas.

—Claro, papá —ni puto caso— ah, esta peli ya la he visto. Está a punto de acabar. Si quieres te cuento el final.

—¿Qué? ¡no! —lo mire horrorizado— Llevo aquí casi dos horas para que ahora vengas tú y me la destripes.

Miró la hora en su reloj.

—¿Tanto tiempo he dormido?

—Supongo que tenías demasiado alcohol en el cuerpo y necesitabas dormirlo. Mejor eso que vomitarlo.

Hizo una mueca.

—No me lo recuerdes —se quedó sentado a mi lado esperando a que terminara la película— ¿qué vamos a hacer ahora?

Eso me había estado preguntando yo también. ¿Qué íbamos a hacer los dos en un espacio tan pequeño todo el tiempo que durase la tormenta, que no parecía que fuese a darnos un respiro pronto?

—Ya se nos ocurrirá algo —o eso esperaba.

—Podemos escuchar música —me envaré esperando que no dijese de escuchar la mierda de música que había estado escuchando estos días atrás.

—Pero si escuchamos música, quiero que sea elegida entre los dos —porque me negaba en redondo a oír siempre algo que no me gustara. Entonces caí en la cuenta— ¿la música que has estado escuchando es la de tu grupo? —su rostro se ensombreció en un segundo y maldije mi comentario. ¿Cómo podía tener la boca tan grande?

—No. Nunca escucho mi propia música.

Fue lo único que dijo, pero se envaró y apartó la mirada, incómodo. Era muy raro que un músico no escuchara sus propias

canciones, ¿no? Tan raro como que un escritor no leyera sus libros. Porque si lo escribes es porque te gusta ¿verdad? Yo ni escribía libros ni componía música, así que no lo tenía tan claro.

—¿Por qué no? ¿tan mala es? —no pude evitar pincharlo un poco. Intentaba sacarlo del lugar al que había ido tras mis palabras, pero no lo conseguí.

—Ya sabes por qué —me soltó cuando se levantó con la taza vacía para meterla en el lavavajillas.

—Si es por lo del accidente, déjame que te diga que la música que habéis compuesto entre todos no tiene la culpa de lo sucedido. En este caso debe ser al revés. Tienes algo que recordar con todos —no quise ahondar más en el tema porque parecía a punto de venirse abajo de un momento a otro. Lo que menos necesitaba era que yo lo atormentara con mis preguntas.

—Bueno —soltó un suspiro y sus hombros se relajaron visiblemente —visto así. De todos modos, no estoy preparado para oír nuestras canciones todavía.

Eso lo podía entender.

—Bien. Podemos ver algo más en la tele, si quieres.

Yo no era demasiado fan de ver la tele. Normalmente me pasaba los días fuera de la cabaña, cortando leña, dando paseos por el bosque o incluso leyendo cuando conseguía que me subieran algún libro que era en muy contadas ocasiones. Aunque era un bicho raro, me gustaba leer en papel.

—No, prefiero hacer un juego para conocernos mejor.

Si eso no me puso sobre aviso, la sonrisa lasciva que pintó en su cara sí lo hizo. Algo me decía que eso era en lo que había estado pensando.

—Un juego ¿qué tenemos ahora, quince años?

Le quitó importancia a mis palabras con la mano y se sentó junto a mí.

—Nos servirá para conocernos mejor —me miró con los ojos brillantes de ilusión— normalmente se hace con alcohol, pero como no tenemos…podemos jugar a verdad o atrevimiento, y en vez de beber, nos tenemos que quitar una prenda de ropa.

Algo me decía que todo este montaje tenía relación con mi negativa anterior a follar, pero su ilusión había conseguido animarme a mí también. ¿Por qué no? Podía ser divertido.

# RAY

Lo que empezó como un juego inocente para pasar el rato y calentar un poco a mi vecino, pronto empezó a jugar en mi contra.

Nunca he sido un hombre pudoroso con mi cuerpo. Cuando pasas toda tu vida adulta, delante de miles de personas en los conciertos, sabiendo que tus innumerables fans te adoran, la vergüenza y el pudor quedan olvidados a un lado.

Me había machacado innumerables horas en los gimnasios y con un entrenador personal, porque las giras gastan una energía, tanto física como mental, y tienes que saber mantenerte para no acabar machacado tras meses de estar viajando de acá para allá.

Pero tras mi accidente, verme el cuerpo lleno de cicatrices había mermado mucho mi autoestima y ya no estaba tan crecidito ni me gustaba tanto presumir de mi cuerpo.

Además, Liam era un portento de hombre. Al estar todo el día cortando leña se le habían definido los bíceps y el pecho de tal manera, que se me caía la baba mirándolo, y el gilipollas estaba ahí, mirándome, los dos medio desnudos, sin alterarse lo más mínimo.

Tenía la piel morena, de estar al aire libre, de qué iba a ser, y los abdominales marcados me distraían cada vez que se movía. Es que los estaba oyendo, llamándome. Los dos estábamos solo con los vaquero, yo había perdido ya los calcetines y los zapatos, lo siguiente que me tocaba quitarme eran los pantalones, porque tampoco llevaba ropa interior. ¿Todavía había gente que usaba de eso? Y mi vecino se mantenía impertérrito, es que ni parpadeaba el

tío por tenerme casi desnudo, y yo estaba a punto de tirarme de los pelos por el nerviosismo.  ¿Por qué me salía todo tan mal?

Al final, decidimos cambiar de juego y adaptamos el trivial que siempre llevaba conmigo a todas partes. Con cada error que cometiéramos, nos quitábamos una prenda. Y en esas estábamos. Ganaba el que antes se quedase en pelotas.

—¿Por dónde íbamos?

Él cogió una tarjeta de geografía para leérmela. Yo no era bueno en geografía. Me gustaba la historia y la lengua, sobre todo para chupar pollas, pero la geografía se me daba como el culo. Por supuesto lo que mejor se me daba era la música. De esas no fallaba una.

—¿Qué bandera es esta?

Esa sonrisita me sacaba de quicio. Sabía que iba a perder, porque ¿quién coño conocía esa puta bandera? Seguro que no la conocían ni los de su país.

—¿Estás de coña? ¿eso es una puta bandera?

Sonrió, dejando sus dientes blancos a la vista y un colmillo, una pizca torcido, que no sabía por qué me excitaba tanto, relamiéndose en silencio creyéndose ya ganador.

—Eso parece.

Esa sonrisita…

—Pero si parece un cuadro de verano, con las olas y la puta gaviota.

—La verdad es que es rara.

—¿Rara? —estaba indignado— No he visto esa bandera en mi vida.

—Te voy a dejar tres intentos.

Eso aún me puso de peor humor.

—¿Tú conocías esa bandera?

—No —negó con la cabeza y leyó el país al que pertenecía— de hecho, ni siquiera conozco al país.

Menos mal.

—¿Podemos cambiar de tarjeta? —a lo mejor se apiadaba de mí.

—Te dejo tres intentos —me repitió, y miró mis pantalones sabiendo que me los iba a tener que quitar.

—Pues no llevo ropa interior —ala, ya se lo había dicho.

Me gustó que me mirara perdiendo esa sonrisita divertida que tenía desde hacía rato.

—Bueno, tampoco es la primera polla que voy a ver.

Ahora sonreí yo.

—Ya te digo que no has visto ninguna como la mía.

Me di por vencido y no dije ninguna respuesta para la bandera. De repente me apetecía sorprenderlo y borrarle esa sonrisita de la cara.

—¿Te das por vencido? —se separó de la mesa para no perderse detalle del momento en el que me iba a desnudar.

—Sí, fantasma, disfruta de tu victoria.

No me contestó, pero vi como su sonrisita desaparecía para mirarme con avidez. Por más que intentara disimular, su lenguaje corporal me indicaba que estaba tenso, en espera…

No me lo pensé ni un segundo más. Me quité los pantalones y me quedé desnudo delante de él. Mis cartas estaban echadas y no tenía nada más que ocultar.

—¿Qué coño tienes en la polla?

Ya sabía que se iba a sorprender. No había nadie que no lo hiciera.

Sonreí…

Me encantó la mirada que me dirigió.

# LIAM

El juego se nos fue de las manos casi desde el principio. Como no teníamos alcohol para jugar a ninguno de esos juegos adolescentes de *verdad o atrevimiento* y tonterías de esas, Ray sacó el trivial con el que decía que a veces jugaba solo, todo por no estar sin hacer nada. Al parecer lo llevaba siempre consigo.

Era un hombre que no sabía estar solo, quizás porque nunca lo había estado. Sabía que había mucha gente que le pasaba lo mismo y es que estar contigo mismo sabiendo el tipo de persona que eres, no es nada fácil. Yo era de los que pensaban que aceptarse a ti mismo como persona, con todas nuestras mierdas y defectos, era lo más importante que una persona tenía que hacer. Cuando eres consciente de tus rarezas y de tus paranoillas, que no solían ser pocas, era cuando de verdad podías intentar cambiar tu forma de ser. Necesitábamos conocernos a nosotros mismos para poder avanzar en la vida e intentar no cometer los mismos errores.

Y Ray era una de esas personas que no sabían vivir solas y necesitaba la constante atención de los demás, pero era muy difícil ignorarle por esa personalidad tan arrolladora que brillaba donde quiera que estuviese. Era un hombre divertido al que le gustaba reírse de todo. Aunque estuviese pasando por un mal momento, tenía momentos de esplendor donde sacaba a relucir todo su carisma, aunque ni siquiera parecía darse cuenta.

Jugar al trivial me ayudó a conocerlo mejor. Era un hombre instruido, sobre todo en música, como no podía ser de otra manera, pero también tenía amplios conocimientos en literatura y en biología. Sin embargo, la geografía no era lo suyo.

Llevaba sufriendo desde el principio porque no le estaba saliendo la jugada como esperaba. Quería provocarme, y yo, no podía más que agradecer que no se diera cuenta de lo muy cachondo que me tenía de verlo casi desnudo y comiéndome con la mirada cuando pensaba que no me daba cuenta.

Sabía lo que quería, pero si íbamos a compartir la cabaña, que no era grande precisamente, no podíamos dedicarnos a follar como conejos si luego teníamos que pasar todo el día juntos sin poder movernos de allí.

Pensaba follármelo en todas las posturas inventadas, e incluso podíamos inventar alguna más por el camino, pero cuando fuera el momento, porque ahora estaba sensible y pasando por un muy mal momento. Posiblemente necesitaba un amigo, más que un amante del que no ibas a poder desconectar hasta que pasara la tormenta. Pero mirar era gratis… y era un hombre imposible de ignorar.

Cuando se quitó los pantalones, que encima lo hizo a cámara lenta para generar expectación como si pudiese apartar mis ojos de él, casi se me salen los ojos de las órbitas. ¿Qué coño tenía en la polla?

—¿Es un piercing?

Estaba alucinando de que llevase una bolita cruzándole el prepucio.

Me acerqué para verlo mejor. Estaba tan cerca que bien podía besárselo de camino, o comérmelo directamente. Mi polla terminó de crecer en mis pantalones, tanto que hasta me molestaba el roce con la cremallera.

—Sí, se llama Apadravya y es una barra que cruza el prepucio entero y acaba con una bola a cada lado.

Me encogí solo de pensar en lo que debió de dolerle.

Su polla también estaba erecta, como no, y di un paso atrás cuando me di cuenta de que estaba a punto de tocarle las bolitas, las metálicas, claro.

—¿No te duele?

Como médico y como hombre, intenté informarme lo más posible. Jamás me haría nada así, al menos en mis partes íntimas, y me pregunté por qué haría esto un hombre como él, que parecía tenerlo todo, lo material, por lo menos.

—Solo un poco cuando lo ponen, pero pensaba que iba a doler más. Puedes tocarlo, si quieres.

¿En serio? Ya me costaba mantener las manos y la boca quietas sin necesidad de tocarlo, porque para qué me iba a engañar, me moría por tocarlo, besarlo, lamerlo y hasta morderlo, pero ahora que había visto la polla ribeteada, me encantaría poder jugar un poco con esa puta bolita de la que no podía apartar la mirada. ¡Manda huevos!

—¿Te da más placer?

Era curiosidad médica, lo juro.

—Pues no lo sé, porque me la hice cuando era un crío y casi todas mis experiencias sexuales han sido después de ponérmela. Y si me preguntas si doy más placer con ella… —su sonrisa lasciva me lo decía todo. Tenía una manera de comerme con los ojos que me sentía acalorado, a punto de entrar en combustión espontánea si eso era posible— podemos probarlo cuando quieras.

Esa decisión de mantenernos como amigos hasta que no estuviese tan sensible se tambaleó miserablemente. ¿A quién quería engañar? Me moría por comerle la boca y todo lo demás. Hacía tanto que no echaba un polvo que me obligué a alejarme antes de lanzarme sobre él.

—No estás tú para muchos meneos —le dije sentándome en el sillón y lanzándole su ropa para que se vistiera. Necesitaba apartar mis ojos de ese cuerpo desnudo tan sexi o me abalanzaría sobre él sin que me importara nada más.

Me miró mal mientras daba un paso hacia mi volviendo a tirar la ropa al suelo. Mal asunto.

—Deja que te demuestre lo preparado que estoy para todos los meneos que me quieras dar.

Su teléfono, bendito fuera, sonó en ese momento, rompiendo la tensión sexual que se estaba creando en el ambiente.

—Avery —le dije al mirar la pantalla del teléfono que estaba sobre el sillón, sin poder disimular mi alivio— cógeselo, y no la tengas más tiempo preocupada.

Me llevé mi ropa al baño para dejarlo solo y poder así recuperar la compostura. ¡Joder, qué guapo era y que cachondo me ponía!

—Y tú deja de apuntarlo, que ya sé las ganas que le tienes —le dije a mi polla que seguía erecta en los pantalones como una bandera izada.

Gemí cuando me metí en la ducha y puse el agua todo lo fría que pude aguantar para que se me bajara el calentón. Pero su polla ribeteada, por llamarla de alguna manera, no se me borraba del pensamiento.

¿Cómo iba a poder mirarlo ahora a la cara sabiendo lo que guardaba en los pantalones?

# RAY

Iba a matar a Avery por ser tan inoportuna y a Liam por torearme como lo estaba haciendo.

—¿Qué? —no pude evitarlo. Estaba de mal humor y cachondo perdido, y seguía en bolas. Miré la puerta del baño esperando a que saliera mi vecino a ver la cara que ponía cuando viera que seguía como llegué al mundo. Desnudo y frustrado.

—Hola a ti también. Me alegro de saber que sigues tan agradable como siempre.

Intenté obviar su sarcasmo, pero me sentí culpable de mantenerla apartada tanto tiempo. Estaba claro que estaba preocupada por mí y no me gustaba causarle más estrés del que normalmente tenía.

—Lo siento —me pasé la mano por la cara con frustración sin quitar la vista de la puerta. Cuando oí el agua de la ducha me di por vencido y me senté en el sillón para empezar a vestirme. Me has pillado en mal momento, es todo.

—¿Te pillo en mal momento?  Llevo días… —suspiró al otro lado del teléfono y me apiadé de ella— da igual, dime que estás bien. He estado muy preocupado por ti.

—Lo sé.

—¿Has hablado con Liam? Me dijo que iba para tu casa.

—Nos has interrumpido en un momento… delicado, es todo.

—¿Me estás diciendo que te estás follando a tu vecino? —parecía escandalizada— no puedes hacer eso, se supone que iba a echarte

un ojo para comprobar que estás bien.

—Estoy bien y no, no me estaba follando a Liam.

Porque me has interrumpido, me faltó decirle. Aún veía sus ojos oscuros recorriendo mi cuerpo desnudo y sabía que no iba a seguir ignorándome por mucho más tiempo.

—Menos mal, porque tú no necesitas un amante, Ray, sino un amigo.

Me jodía un montón que supiese lo que necesitaba, pero si era sincero conmigo mismo, tenía razón. Quizás follarme a Liam no era buena idea, como también había intentado advertirme él.

—Bueno, follar siempre me ha ayudado a desviar la atención, y a entretenerme —no podía negar eso. Follar siempre era una buena idea. Te ayudaba a descargar tensiones y todo eso. Me gustaba follar. Mucho. Como todo el mundo, ¿a ti no te gusta follar? Pues eso.

—Ray, ¿Dónde está Liam ahora mismo?

—En la ducha —donde se había escondido como un cobarde.

—¿Se está quedando ahí contigo? —oí remover papeles al otro lado y supe que estaba haciendo más cosas mientras hablaba conmigo. Esta mujer no paraba quieta.

—Sí, pero no porque estemos follando, sino porque hay una ventisca que no nos permite salir de la cabaña. Estamos aquí atrapados por la mierda de tiempo que hace en este país.

—Te recuerdo que querías justamente eso. Desconectar de todo. No liarte con tu vecino en cuanto lo conocieras.

—Para tu tranquilidad te diré que Liam tampoco ha querido follar conmigo.

—¿Ves? —como odiaba ese tonito— él es médico. Sabe lo que se hace, deberías hacerle caso.

—Avery —estuve a punto de echarme a reír por lo dramática que era con todo— es médico militar, no psicólogo y ya te digo yo que también se rasca cuando le pica. Solo que nos has interrumpido.

—Eres muy intenso —como si no lo supiera ya— y follarte a alguien con el que tienes que estar conviviendo dios sabe durante cuánto tiempo, no creo que sea buena idea. Os terminaréis tirando los platos a la cabeza.

—Oye —ahora sí que estaba indignado de verdad, y super ofendido.

—Deja de pensar con la polla de una vez y céntrate en recuperarte de todas tus heridas.

—Las físicas están mucho mejor —aunque me hubiese quitado la medicación, tenía que reconocer que las costillas me dolían menos, y las manchas de los hematomas empezaban a borrarse de mi cuerpo, como una acuarela demasiado tiempo al sol— y respecto a las otras…

—Deja de utilizar a la gente como trozos de carne para tu disfrute y párate un poco a analizar la situación. No me gustaría enterarme de que has matado a un tipo por no poder convivir con él unos días.

—Mira que eres exagerada —y como me encantaba chincharla— y para que lo sepas se ha quedado maravillado con mi polla ribeteada.

—Aggg —me reí bajito— deja de decirme esas cosas, tipo cochino. ¿Te he dado la impresión de que quiera saber cómo tienes la polla?

—Avery —dejé las tonterías a parte mientras me terminaba de vestir, cosa difícil de hacer con una sola mano. Puse el altavoz y dejé el teléfono sobre el asiento del sillón para que me oyera bien— todo está bien. No voy a atacar al vecino con el cuchillo de trinchar la carne. Al menos no hoy.

Liam salió de la ducha con uno de mis chándal que le quedaba algo corto y mucho más ajustado que a mí. Pero ni con la ropa prestada perdía ni pizca de su atractivo. Debió oír mi comentario porque sonrió y se sentó a mi lado en el sillón.

—Es bueno saberlo.

—Yo no me relajaría demasiado —advertí con una sonrisa traviesa y le guiñé el ojo solo porque me gustaba provocarlo.

—Lo tendré en cuenta para no perderte de vista.

—¿Ray…?

Mierda, me había olvidado de ella por completo. Era ver a Liam y todo lo demás se me borraba de la mente.

—Avery, tengo que dejarte. Estoy bien, ¿vale? Deja de preocuparte tanto por mí.

—Vale, pero llámame de vez en cuando y si necesitas hablar…

Estaré aquí para ti, fue lo que no me dijo en voz alta.

—Lo sé, gracias. Hablamos otro día. —Y colgué. Me giré en el sillón para vez a Liam con mi chándal celeste.

Aunque le estaba pequeño, a mí se me hizo la boca agua de verlo con mi ropa puesta. Ese detalle me resultaba mucho más íntimo que tener que compartir la cabaña. ¿Y se suponía que no debía follar con él?

Que mierda todo.

# LIAM

No supe lo que habló con Avery mientras me daba una muy necesitada ducha de agua templada. Con el frío que hacía, ducharse con agua fría estaba descartado, si no quería quedarme convertido en un bloque de hielo. Cuando salí del baño, Ray estaba vestido, y no volvió a hacerme ningún comentario de carácter sexual, cosa que agradecí.

Los siguientes días, convivimos en una rutina bastante tranquila. Con la tensión sexual en segundo plano, nos centramos un poco en conocernos algo más. Al fin y al cabo, convivíamos veinticuatro horas al día sin poder salir de la cabaña así que, en algo teníamos que matar el tiempo.

—Cuéntame tu secreto mejor guardado —me preguntó un día, en esas sesiones que teníamos todos los días en las que nos preguntábamos de todo para conocernos mejor. No esperaba esa pregunta y me obligué a contestar con sinceridad. Habíamos puesto la norma de no mentirnos, y de intentar contestar todas las preguntas. No tenía sentido mentirle ni intentar engañarnos. Estábamos obligados a convivir, y el invierno podía ser muy largo en estas montañas.

—Si te cuento mis secretos posiblemente dejes de verme con buenos ojos —bueno era avisarlo.

—Pues anda que si te cuento yo los míos. Cuenta, anda.

Eso era lo que me gustaba de él. Lo espontáneo que podía ser. No tenía filtros, y decía las cosas según las pensaba, cosa que lo

ponía en algunas situaciones bastante embarazosas. Pero así era él, transparente como el agua de un riachuelo.

—Bien, allá vamos —me giré hacia la chimenea porque me daba vergüenza mirarlo a los ojos. Tragué saliva y le conté lo que nunca había contado a nadie— en mi segundo año en Irak, me trajeron a un iraquí al que habían cogido prisionero. Me enteré de que ese día había muerto uno de los soldados que yo conocía y consideraba un amigo en esa jungla de miseria y desesperación que era la guerra. Al iraquí le habían volado la mano de un tiro y gritaba de dolor cuando llegó a la enfermería donde estaba. Me quedé mirándolo durante unos minutos intentando recordar que había hecho un juramento hipocrático donde aseguré que siempre intentaría curar a la gente, fuese quién fuese el paciente. Pero mirar cara a cara al asesino del que era un amigo en ese lugar tan alejado de todos, y sabiendo que acababa de tener una niña a la que no había podido ni conocer … rompió algo dentro de mí que hoy en día no he conseguido recomponer. Tenía que amputarle los dos últimos dedos que seguían unidos a la mano por unos casi inexistentes tendones y trozos de huesos que podían verse a simple vista. Llevaba toda la mañana curando a soldados de nuestro batallón que habían sido heridos por este hombre y aunque me odié por ello mientras lo hacía, le amputé los dedos que le quedaban sin ponerle anestesia previa. Todavía me atormentan sus gritos mientras duermo —confesé avergonzado.

Se hizo tal silencio, que me obligué a mirarlo para saber si se había levantado y se había marchado asqueado de escuchar lo que le había hecho a un ser humano. Pero Ray me volvió a sorprender cuando me sonrió, intentando quitarle hierro al asunto.

—No puedes culparte por ello —me dijo él. Para mi sorpresa, no parecía horrorizado— siempre me he preguntado como podéis curar a la gente que sabéis que han hecho daño a otras personas. Daños horribles que nadie podrá perdonarles nunca.

—No soy nadie para juzgar a los demás. Mi trabajo consiste en sanar o ayudar a los enfermos. No puedo dejar que mis sentimientos tomen el control, pero ese día… todos los horrores de ese día me

superaron, y perdí de vista el objetivo por el que me hice médico. Después de eso dejé el ejército y me vine aquí huyendo un poco de todo.

—Bueno. ¿Se salvó el hijo de puta?

Sonreí a mi pesar.

—Sí. Pero cada vez que me veía acercarse se acojonaba.

—Bien hecho. Yo lo hubiese torturado todavía más. —Me reí bajito. Este era Ray.

—No estoy orgulloso de ello —confesé en voz baja.

—Porque eres buena persona —con esas palabras consiguió aligerar el peso que llevaba en mi corazón desde ese día.

—Te toca.

—Buf —se rascó la cabeza nervioso— ¿cuál te cuento?

Me reí porque no pensaba que tuviese tantas anécdotas que lo avergonzaran.

—Cuando empezamos en el grupo y la gente comenzó a seguirnos, me follé a una chica que se coló en el hotel y llegó hasta mi habitación. Supuse, o mejor dicho, quise pensar que era mayor de edad, pero en el fondo sabía que no podía tener más de diecisiete o dieciocho años. Por entonces fumaba maría e iba demasiado colocado como para pensar en nada más que en follarme a todo lo que se me ponía por delante.

Lo dijo de seguido, como si así le resultase más fácil contar sus mierdas.

—Supongo que los fans os han dado más de un problema.

—No te creas, después de lo de esa chica, Avery empezó a contratar seguridad en los hoteles para que no nos molestaran en las habitaciones. Nunca más me volvió a pasar eso. Luego Avery puso fin al tema de las drogas y eso nos centró mucho más en la música —me miró unos instantes antes de volver a hablar— Cuéntame cuál fue tu primera vez.

Me atraganté por la preguntita de marras.

—¿Sexual? —¿lo había entendido mal?

—Claro —bufó, divertido— no va a ser como médico.

—Bueno, yo soy bisexual, aunque ahora prefiero relaciones de pareja con hombres, no hago ascos a un buen polvo si la tía me gusta. Así que mi primera vez fue con una chica— la recordé como si la tuviese delante. Pelo dorado y cuerpo delgado y atlético y una boca que sabía hacer cosas que deberían estar prohibidas si no tienes por lo menos veinte años—Tenía dieciséis años, sí ya sé que empecé tarde, pero era muy tímido en esos años, y me gustaba mucho Amanda Clyton, una rubia preciosa, capitana de las animadoras del instituto, todos los chicos revoloteaban a su alrededor y a mí me invitó a su casa directamente cuando no estaban sus padres. Así que follamos en su cama y estaba tan cachondo y nervioso que creo que ni siquiera llegué a metérsela del todo.

Ray se rio, por supuesto que sí y su risa ronca consiguió hacerme reír a mí también de algo que me había avergonzado toda la vida.

—He cogido mucha experiencia después de ese fracaso estrepitoso— solté todo digno.

—Eso espero —ahí estaba su mirada ardiente de nuevo, pero volvió a reírse, y el momento pasó— todos hemos tenido una primera vez desastrosa. Yo me acosté con mi mejor amigo cuando teníamos quince años. Y me estuvo doliendo el culo una semana entera. No usamos ni lubricante ni nada de nada. El tío tenía una anaconda entre las piernas y a mí me ponía muy cachondo cada vez que lo veía en las duchas del instituto. Luego me reconoció que no le gustaba los hombres que solo había querido experimentar porque yo le ponía mucho.

Nos reímos un poco más.

—Mira, ha dejado de nevar.

—¿En serio? ¿podemos salir de aquí?

# RAY

Ver que había dejado de nevar me puso más contento que un día de Navidad.

—¿Podemos salir?

Pregunté a Liam mientras me levantaba del sillón a la carrera y asustaba al perro de camino que se despertó y me soltó un ladrido asustado. Ni caso.

Abrí la puerta y me encontré con un muro de nieve que la bloqueaba casi entera.

—¿Qué coño? —miré sorprendido a Liam que estaba asomado a la ventana escudriñando el cielo— ¿ha nevado todo esto en una semana? —pregunté desconcertado.

¿De verdad había caído tanta nieve en unos días? Liam se acercó a la puerta y empujó la nieve con las manos.

—Hay que quitarla antes de que se congele y liberar la puerta. Apolo necesita salir. ¿Dónde tienes la pala?

Me miró y yo parpadeé, confuso. ¿Tenía una pala para quitar la nieve? ¿Dónde?

—¿Qué pala? —pregunté en voz baja. Algo me decía que debía tener una pala aquí para quitar la nieve, pero yo no tenía ni idea de dónde estaba la susodicha.

—La que tienes para quitar la nieve… —me miró enarcando una ceja. ¡Qué sexi estaba cuando hacía eso! ¿Lo hacía a intento para que viera lo sexi que era? —Ray, no me digas que no has cogido la pala del cobertizo donde están las herramientas.

Me negué a sentirme culpable.

—Te recuerdo que es la primera vez que estoy en esta situación. ¿Qué coño se yo de que hay que tener una pala para quitar la nieve?

—Ray —respiró hondo intentando ¿calmarse? Pues si se enfadaba por eso lo llevaba claro, anda que no metía la pata veces ni nada— es de sentido común tener una herramienta para poder apartar la nieve cuando deja de nevar.

Como no me pensaba sentir culpable me di la vuelta y entré en la cocina buscando algo que sirviera para apartar la nieve de la puerta. Como no tenía ni idea de lo que podía usar me volví de nuevo a la puerta sin darme por vencido. Si no había más remedio lo haría con mis propias manos.

Liam me vio las intenciones.

—¿Qué vas a hacer?

Empujé la nieve con mis propias manos. Y sonreí cuando el montón de encima cayó rodando hacia fuera.

—Voy a apartar la nieve —ni me volví a mirarlo. Ya tenía las mangas mojadas y las manos heladas de frío, pero como era terco como una mula no pensaba darme por vencido— ¿no lo ves?

—¿Con las manos? ¿te has vuelto loco?

Apolo estaba dando vueltas como un loco, y aunque estos días había hecho sus necesidades en un rincón de la cabaña que nos empeñamos en mantener limpio como una patena, estaba claro que el animal necesitaba salir.

—Apolo tiene que salir, y si no puedo quitar la nieve con una puñetera pala la apartaré como pueda. No me entretengas si no vas a ayudarme.

La nieve de la parte de abajo estaba hecha un bloque de hielo, pero la de encima la aparté como buenamente pude. El perro saltó colándose por el hueco que había abierto y salió como una exhalación. Solo había quitado un par de palmos de nieve, la que estaba sin congelar y no había espacio suficiente para que

pudiésemos salir por ahí. Empezaba a tiritar por el frío, ya estaba calado casi entero y apenas me sentía las manos. Miré a Liam que me observaba en silencio y luego volví a mirar el hielo que tapaba la puerta como si fuese un problema matemático. Me senté en el suelo e intenté romper el hielo empujándolo con las piernas, pero el puñetero era un enorme bloque que no iba a ser tan fácil de romper. Me rendí después de un par de intentos.

—¿Tienes alguna idea para romper esto?

Me sentía satisfecho con la nieve que había logrado quitar. El perro por lo menos había podido salir.

—Déjalo y ve a darte una ducha caliente —me tendió la mano para ayudarme a levantarme— vas a coger una pulmonía.

—¿Pero y esto?

Señalé el hielo que parecía estar riéndose de mí.

—No es tan fácil quitarlo cuando está congelado.

—¿Y si le echamos sal?

Me acordé de las máquinas quitanieves y pensé en cuanta sal necesitaba para derretir ese trozo de hielo.

—Mira, empieza a nevar otra vez —desde la ventana podían verse los copos que empezaban a caer con suavidad— no tiene sentido gastar la sal. De todos modos, no habrá suficiente. Esperaremos a que pare de nevar y ya veremos lo que hacemos.

Me rendí, porque estaba claro que no podía luchar contra los elementos. Mientras iba camino de la ducha, me di cuenta de que me alegraba de que Liam no pudiese marcharse todavía.

—Lo siento —me oí decir. No podía ser tan egoísta de alegrarme de que se tuviese que quedar más tiempo conmigo sin saber bien lo que tenía planeado hacer. Quedarse todo el invierno en mi casa no sería su primera opción ¿verdad?

—No puedo culparte por no saber lo de la pala —me dijo con tono resignado.

No era solo por eso, pero preferí que pensase que sí.

Mientras me metía en la ducha lo oí llamando al perro para que volviese a entrar antes que la nieve volviese a bloquear el pequeño hueco que acababa de abrir en la puerta.

# LIAM

Algo había cambiado en el comportamiento de Ray desde que yo empecé a vivir allí. Lo primero que hicimos al día siguiente de no poder salir fue ponernos de acuerdo con la habitación.

—No puedo dormir en el puto sillón todos los días —le repetí no sabía ya cuántas veces— soy más alto y corpulento que tú y me estoy haciendo polvo la espalda todas las noches —me miró impasible mientras se lo explicaba de nuevo. Aunque era su casa, yo estaba en esta situación por intentar ayudarlo y un par de días podía dormir incómodo en el sillón, pero me negaba en redondo a hacerlo durante más tiempo.

—¿Qué propones, entonces? —me sonrió con esa sonrisa canalla que empezaba a reconocer— ¿Qué compartamos la cama?

Respiré hondo para intentar borrar de mi mente la imagen que se me vino de golpe de tener ese cuerpo delgado y esa polla ribeteada pegada a mí por las noches.

Gruñí en voz baja.

—No —me obligué a decir— quiero que nos turnemos para dormir en la cama.

—¿Un día a la semana? —me estudiaba como si quisiese aprenderse mis rasgos de memoria— creo que es un trato más que justo ya que, al fin y al cabo, esta sigue siendo mi cabaña.

—Ni de puta coña —me quejé y esta vez no pensaba darme por vencido— una semana alterna para cada uno.

—¿Y tú haces las tareas de la casa?

Ya me había dado cuenta de que era un puñetero desastre con todo lo que hacía, pero sobre todo en la cocina.

—Ni de coña. Yo cocino y tú haces las tareas de la casa —lo miré con seriedad para que entendiera que lo estaba diciendo en serio— para fregar un cuarto de baño tampoco hay que ser ingeniero.

—Pero tú limpias y recoges las cagadas de tu perro. Que el tío huele como si tuviese las tripas podridas.

—Me parece justo —entre otras cosas porque la primera vez que intentó recoger sus excrementos, con guantes, por supuesto, estuvo a punto de echar la pota— al fin y al cabo, lo hago todos los días.

—Vale, pero como me duela la espalda, que sepas que volveré a mi cama sin importarme una mierda tu petición.

No tenía ninguna duda de que haría justamente eso, sin importarle nada más.

También lo veía reírse de sus propias ocurrencias, pero sobre todo con el perro, con el que jugaba a esconderse por la cabaña como si fuese un palacio en el que hubiese mil escondites.

Su cambio más radical fue cuando comencé a oírlo tararear en voz baja. Sabía que ni siquiera se daba cuenta de que lo hacía de vez en cuando mientras hacía, de manera penosa, las tareas del hogar que le tocaban.

Esas canciones que tarareaba en voz baja me sonaban un montón y cuando él se estaba durmiendo, o se encontraba en otra habitación, buscaba la música en YouTube y comprobaba que eran algunas de las canciones que tocaba con su grupo.

Las noches que despertaba gritando por las pesadillas eran lo peor de todo.

—¡¡¡No, no, no, por favor, por favor, CONNOR!!!!! ¡¡¡CONNOR!!!

No necesitaba que me contase lo que soñaba ya que oírlo gritar ese nombre me decía con claridad los fantasmas que lo visitaban cuando dormía.

—¡Eh, eh…! Ray, Ray…despierta, ¡eh! …estás soñando. Estás soñando…

Esa noche dormía él en el sillón, pero me senté a su lado mientras ponía la cabeza en mis piernas y seguía llorando en silencio toda la pena que le desbordaba un corazón herido y culpable.

Sabía que el sentimiento de la culpabilidad le acompañaba como una losa colgada del cuello que apenas le dejaba respirar. Era muy difícil convencer a alguien que siente que se merece sufrir para pagar su culpa, de que eso por lo que sufre fue un desgraciado accidente.

Esas noches me las pasaba junto a él, en silencio. Acariciándole la cabeza como si fuese un crio pequeño, mientras mis propios fantasmas me atormentaban a mí también por haber sido mal médico y peor persona.

La culpa no entiende de justicia, ni de deber, ni de nada con lo que intentes evitarla. Cuando te atrapa en sus redes, es muy difícil convencerte a ti mismo de que no te mereces sufrir así.

No hay nada peor que una mala conciencia.

La mañana siguiente a esas terribles noches, sus ojos estaban apagados y su humor frío como la nieve tras la ventana. Pero supe que la música, no la que su grupo tocaba, conseguía devolver algo de vida y de luz a sus ojos grises.

Avery seguía llamándolo de vez en cuando y siempre lo conseguía poner de buen humor. A su espalda, ella también me llamaba a mí para enterarse de manera objetiva de cómo seguía su cliente, o su amigo, ya que había demostrado en más de una ocasión que lo consideraba como a un miembro más de su familia.

Ray y yo no habíamos vuelto a hablar de qué haríamos cuando dejase de nevar. Estaba claro que la primera ventisca seria de la temporada, había adelantado el invierno y éste había llegado para quedarse. Ya no importaba que dejase de nevar unos días, porque la nieve acumulada en la puerta no permitía que saliésemos de allí de ninguna manera. Todas las mañanas nos empeñábamos en intentar

quitar la capa de nieve recién caída que todavía estaba sin congelar, para permitirle a Apolo que pudiese salir a hacer sus necesidades y se esparciese un poco. Nos preocupaba que el animal se resintiese de estar encerrado todos los días en la cabaña con dos humanos medio chiflados que se pasaban el día riéndose por tonterías en el móvil o viendo maratonianas series en la tele.

Y así iban pasando los días hasta que nuestra historia cambió para que ninguno de los dos volviésemos a ser los que éramos antes.

# AVERY

*Cinco años antes*

Entré en la cafetería sabiendo que odiaría lo que fuese que mi hermano Clint me iba a pedir. Ni siquiera quiso decírmelo por teléfono, lo que todavía me preocupaba más. Estábamos solos él y yo.

Era mi hermano pequeño, y tenía veintitrés años cuando nuestros padres murieron. Nos quedamos los dos solos. Ni tíos, ni primos, ni abuelos, así que me sentía en la obligación de cuidar de él. Para eso está la familia ¿verdad?

Tras la muerte de nuestros padres, Clint había perdido el norte por completo. Dejó la universidad y se había dedicado a dilapidar el dinero de la herencia de nuestros padres desde entonces. Estaba enganchado a las drogas y, aunque siempre me lo había negado, había detalles que me lo aseguraban con mucha más certeza que las palabras que me pudiese decir.

Nuestros padres no nos habían dejado mucho.  Algunos miles de dólares a repartir entre los dos, y la casa en la que habíamos vivido toda la vida, y en la que actualmente vivía mi hermano. Me negué en redondo a venderla y repartir el dinero, sabiendo que lo gastaría con la misma rapidez con la que se gasta cincuenta euros en un casino. Y todas las veces en las que me propuso venderla, había hecho oídos sordos y al final, parecía que se había dado por vencido.

O tal vez me había pedido reunirnos para volver a insistirme en persona, sabiendo lo mucho que me costaba negarme a nada de lo que me pidiera. No dejaba de culparme por no haber estado más

pendiente de él tras la muerte de mis padres, pero yo también había tenido mis propios problemas.

Hacía poco tiempo que había empezado a representar a los *Tentations*, y aunque todos decían que tenían un futuro prometedor, me daban más quebraderos de cabeza que otra cosa. Me pasaba los días apagando los fuegos que ellos mismos provocaban la mayoría de las veces.

Había tenido que ponerme con mano dura y prohibir terminantemente las drogas, ya que todos los fines de semana salían en la prensa por provocar más de un escándalo. Todos esos problemas, sumado a algunos otros que provocaba el ser representante de niñatos con ínfulas de estrellas, más la tristeza por la pérdida de mis padres, me habían robado la energía que necesitaba para preocuparme también por mi hermano. Siempre le había considerado como sensato y responsable. Pensé que solo era una mala racha debido a la tristeza, pero su mala racha se había ido de madre, y ya no sabía cómo podía ayudarle.

Lo vi sentado en la mesa del fondo mirando el móvil sin hacerle caso a la gente que lo rodeaba.

Lo estudié con atención según me acercaba a la mesa sin que se percatase. Estaba más delgado que la última vez que lo había visto. Llevaba una sudadera sucia y vieja de un color indescifrable, aunque en algún momento podía haber sido gris. Tenía el pelo castaño más largo que nunca, y lo llevaba recogido en una coleta mal hecha que ni siquiera podía disimular lo grasiento que estaba. Pero lo peor de todo, fue ver su cara cuando me iba a sentar frente a él.

—Hola Clint… ¿qué te ha pasado en la cara?

Mi grito horrorizado llamó la atención de la gente que estaba en las mesas más cercanas. Me senté, avergonzada mientras mi hermano levantaba la cabeza y me miraba con el único ojo que podía abrir. El otro estaba inflamado y de un preocupado tono morado intenso, haciendo juego con el resto de los moratones y cortes de su cara. Un labio, una ceja partidos, y un sinfín de golpes

por el resto del rostro. Y eso solo era la parte visible. No quería pensar en cómo estaría el resto de su cuerpo.

Me estudió unos segundos como si se pensase si contármelo o no.

—¿Me invitas a desayunar mientras te lo cuento?

Y eso hice, sabiendo que no me iba a gustar nada lo que me iba a decir.

# RAY

Un grito me despertó de repente. Me quedé mirando a mi alrededor, desconcertado por la oscuridad que me rodeaba. Se oía el viento aullar y sacudir la cabaña que gemía de vez en cuando como un animal herido. No entraba casi nada de luz por la ventana, lo que me indicaba que aún era temprano, o tarde, según como se mirase.

No tenía claro que el grito que me había despertado no fuese de la enorme ventisca que había en el exterior y entonces lo oí de nuevo. Esta vez eran… ¿jadeos?

Me incorporé en la cama sin saber bien lo que pensar. ¿Liam se estaba masturbando en el salón? Yo era muy escrupuloso con los olores y las manchas, tendría que advertírselo, y cuando decidí dejarle privacidad y no interrumpirle, volví a oír un grito ahogado.

Me levanté en el acto, pensando que nadie se masturbaba tan fuerte como para gritar así, ¿no? Abrí la puerta de la habitación sin saber bien lo que podía encontrarme, pero dispuesto a enterarme de lo que estaba pasando.

No esperaba encontrarme a Liam, susurrando en voz baja, mientras se retorcía en el sofá por lo que fuera que estuviera soñando.

Apolo gimoteaba en el suelo, junto al sofá, sintiendo sin duda, el malestar de su amo.

—Tranquilo, solo está soñando. Está bien —el perro me miró y juro que sentí que me pedía que lo aliviara, o que lo despertara. ¿Cómo puede un perro expresar tanto con los ojos?

Yo nunca había tenido perro, pero Apolo me sorprendía todos los días con algo nuevo. Su inteligencia me resultaba preocupante, aprendía palabras nuevas con pasmosa facilidad, e incluso jugaba con él al escondite por la casa, cosa que a Liam le divertía al ver los lugares donde intentaba esconderme para que no me encontrase. Dentro de la bañera era un clásico, pero el perro se lo había aprendido y ahora era el primer lugar donde me buscaba.

La empatía con su dueño y sus estados de ánimo eran otra de las cosas que me habían sorprendido mucho del perro. Liam no lo sabía, pero no dejaría que se lo llevase cuando este tiempo de mierda mejorase. Él ya lo había disfrutado demasiado tiempo.

—Eh, Liam, despierta, tío que estás soñando.

Me senté a su lado en el sillón para que me oyera mejor, pero seguía retorciéndose sin dar señales de haberme oído.

El fuego de la cabaña estaba encendido y esa claridad era la que me permitía verlo sin necesitar encender ninguna lámpara.

Sabiendo lo que le costaba despertarse algunas veces, decidí moverlo un poco.

—¿Liam? Estás soñando, todo está bien. Estás aquí conmigo.

Nada, que no se despertaba.

Lo intenté de nuevo, esta vez moviéndolo más enérgicamente.

—Despierta… estás en casa, todo está bien. ¿Liam?

Terminé casi gritando para intentar despertarlo y esta vez sí funcionó. Abrió los ojos de golpe y se me quedó mirando como si no me conociera. Tenía el pelo y la cara sudados. Y se había destapado mientras dormía, así que su pecho desnudo brillaba bajo la luz de la chimenea. Solo llevaba puesto un pantalón de chándal, mío, por supuesto, y ver su cuerpo desnudo, musculoso y moreno me hizo la boca agua. La tensión sexual que había entre nosotros, habíamos conseguido dejarla en segundo plano, pero por supuesto seguía ahí, latente, esperando que uno de los dos diera por fin el primer paso.

Pero estaba claro que Liam no estaba pensando en follar en ese momento, porque sin decirme nada se abrazó a mis piernas y rompió a llorar en silencio. ¡Mierda, no, no, no…!

Nunca se me había dado bien consolar a nadie, pero recordé que cuando era yo el que lloraba, día sí y día también, él se limitaba a abrazarme y acariciarme el pelo, así que supuse que con eso tendría que bastar.

# LIAM

La pesadilla que hacía tiempo que no me atormentaba de noche, desde que dormía en casa de Ray para ser exactos, volvió una noche más aterradora que nunca. En ella veía a mis compañeros volar por los aires, y luego venían a que yo los tratara para recomponer las partes del cuerpo que les faltaba. Unos venían con muñones ensangrentados donde debían tener las manos, o arrastrándose por el suelo sin piernas que los sostuvieran de pie. Pero lo peor de todo, era Leo, el amante con el que pasaba alguna de las noches allí, en ese infierno en la tierra que era una zona en guerra, con tan solo media cara, habiendo perdido la otra parte de un disparo.

Sentí a Apolo acongojado a mi lado, como hacía siempre que tenía pesadillas, y luego, sentí que alguien me movía para arrancarme del sueño que me estaba haciendo polvo la garganta de gritar. Hasta en sueños me oía gritar del terror tan profundo que sentía.

—Despierta, estás en casa ¡todo está bien!

Me obligué a abrir los ojos y salir de la pesadilla. Miré a Ray que estaba inclinado sobre mí mientras me miraba con preocupación.

—¿Tío estás bien? Llevas un rato gritando. No te podía despertar. Qué chungo debía ser el sueño ¿no?

Se sentó a mi lado cuando vio que no le contesté y yo no pude hacer otra cosa que aferrarme a sus piernas y romperme en mil pedazos. Solo me permitía llorar cuando estaba solo en casa y el maldito sueño me atormentaba. En esos momentos posteriores, era

cuando me dejaba llevar por la pena y el arrepentimiento de no haber podido hacer más por todos.

Ni siquiera me importó que Ray me viese tan hecho polvo. Solo me acariciaba la cabeza mientras yo seguía sollozando como un puto crío. No me importó lo que pudiera pensar de mí. Normalmente era yo quién lo consolaba, pero esta noche necesitaba que él fuera el más fuerte de los dos. Le agradecí que no me dijese palabra alguna de aliento, solo que me tocara el pelo mientras lloraba desconsolado.

—Ey, que el papel de llorón es mío, ¿eh? No vale copiarse.

Mira que era idiota, pero me alivió un poco el peso del corazón al intentar hacerme reír. Se estaba convirtiendo en una constante en mi vida. Ya estaba acostumbrado a su humor sarcástico y a lo diva que era. Solo tenía ropa de marca, y usaba potingues que olían a rayos. Encima le gustaba ir descalzo, solo con los calcetines, y aunque el suelo estaba lleno de gruesas alfombras para aislar el frío de la madera, yo me congelaba solo de verlo andar así por la casa.

Se había ganado a mi perro desde el primer día, y se empeñaba en hacerle comidas con carne a diario. Cómo para no adorarlo. Su arcón congelador estaba bien abastecido, menos mal que la nevada le había cogido a los pocos días de llegar, porque si estuviésemos en mi casa, nos hubiésemos tenido que apretar el cinturón y por supuesto no tendría para darle carne a Apolo todos los días.

Ahora que ya no estaba tan deprimido, se pasaba el día tarareando cuando no ponía la música que yo detestaba, de dar alaridos a todo volumen y que él parecía adorar.

Aun no se había atrevido a escuchar a su propio grupo. Decía que no estaba preparado para oírse cantar y ni hablar de recordar a todos los integrantes de su grupo, Le había dado espacio respecto a ese tema, porque sabía que cada persona tenía una manera distinta de afrontar el duelo.

Cuando se me acabaron las lágrimas, me percaté de que lo tenía atenazado por la cintura, que mi cabeza estaba apoyada en su regazo y me sentí vulnerable en esa postura.

Olía su perfume, ese que siempre se ponía porque decía que era una parte más de su personalidad, presumido que era, qué le íbamos a hacer, y que yo olisqueaba cuando pasaba por mi lado y cuando sabía que no me veía.

Levanté la cabeza y nos miramos. Estaba azorado y nos quedamos mirándonos en silencio. Podía verlo con claridad. Su cara, esa tan bonita que tenía y que cada vez me gustaba más, a tan solo unos centímetros.

—¿Estás mejor?

Solo pude asentir. Algo a lo que no podía poner nombre estaba creciendo en mi corazón y sentía que Ray, este hombre que tenía un montón de capas y que nunca terminaría de conocer bien, había derrumbado los muros de mi corazón y los había hecho pedazos sin ni siquiera proponérselo.

En ese momento me pregunté si alguien se había podido resistir alguna vez a él. Porque yo sabía desde el primer momento en que lo conocí, que nunca tuve una oportunidad. Era como un día de sol, como la belleza de una luna llena y lo efímero de una estrella fugaz. Todo junto.

Aunque era terriblemente egoísta, por eso de ser una superestrella y estar siempre rodeado de gente a su alrededor, era un hombre generoso, divertido, y yo me moría por poder seguir conociéndolo más a fondo y terminar de quitarle todas las capas para ver lo que había escondido debajo. Era un puzzle que quería terminar de hacer y ver el resultado final.

—¿Liam? ¡Tío, dime algo!

No supe por qué lo hice, pero en vez de contestarle le cogí por la camiseta y me lo acerqué para poder besarle. Y fue todavía mejor que las veces anteriores.

Por supuesto me respondió al beso con las mismas ganas que le puse yo… y perdí la cabeza por completo.

# AVERY

*Cinco años antes*

—¿Te has peleado con alguien? —no había otra explicación. Estaba claro que le habían dado una paliza entre más de una persona. Porque era imposible que peleándose con otro terminara con ese aspecto— ¿tienes rota alguna costilla o algo?

Mi hermano suspiró y bebió un trago del café que nos había traído la camarera. Me miró un largo rato antes de decidirse a hablar.

—Tengo una costilla dañada, pero no se me ha roto. Y no, no me he peleado con nadie.

Alcé una ceja, porque no me lo podía creer. ¿No se había peleado y tenía ese aspecto?

—¿Entonces…? No lo entiendo.

Intentaba recordar al chico dulce que siempre defendía a los demás de cualquier injusticia y que se disculpaba con todo el mundo intentando caer bien. Me era muy difícil recordar todo eso viendo el aspecto que tenía en este momento.

—Ha sido un ajuste de cuentas.

Miró hacia su café, como si de repente fuera lo más interesante del mundo.

Como no dije nada alzó la vista y decidió contarme toda la historia.

—Le pedí dinero a unos tipos…

Seguí sin decirle nada esperando a que terminara de hablar. Miedo me daba pensar lo que podía ser.

—Y como no se lo he pagado me han dado un aviso.

—¿Esta paliza es por un aviso? ¿pero tú con qué tipo de personas te juntas?

Aunque no quería saberlo me obligué a escuchar la historia completa.

—Con la que te deja dinero cuando lo necesitas.

—¿Cuánto dinero?

—Doscientos mil…

Estuve a punto de atragantarme con el café.

—¿Has pedido dosc…? — me obligué a bajar la voz cuando me di cuenta de que estaba gritando— ¿para qué coño querías tanto dinero? —porque si era para drogas tenía un problema mucho mayor del que pensaba.

—He estado haciendo algunas apuestas.

Parpadeé, intentando que mi cerebro asimilara toda la historia.

—…que no me salieron bien.

—Obviamente.

Me sonó el teléfono en ese momento y obvié la llamada porque no me atrevía a hablar con nadie en este momento. Pero que me llamaran significaba que se me acababa el tiempo que había sacado para hablar con mi hermano.

—Resumiendo. Has estado apostando un dinero que no tenías, y para pagarlo has pedido dinero a unos tipos a los que no se lo has podido devolver y te han dado una paliza como aviso de lo que te puede pasar si no se lo devuelves.

—Exacto.

Había tenido la gentileza de sonrojarse, avergonzado. Ese sí era un recordatorio del niño dulce que yo conocía.

—¿Y qué esperas que haga yo?

—Tú tienes dinero. Trabajas con un montón de gente. No te lo pediría si no fuera urgente.

Se señaló a sí mismo como si no me percatara de lo grave que había sido el aviso que le habían dado.

—¿Estás loco? No tengo ese dinero. Empleé el que tenía en la señal de la casa que me acabo de comprar.

—Puedes hipotecarla o algo…

—Ya está hipotecada Clint.

—Puedes pedírselo prestado a alguien de los muchos grupos que representas, yo qué sé.

—No voy a pedir dinero a nadie para que tú te lo gastes haciendo apuestas, joder.

Estaba tan enfadada y decepcionada con él que apenas me salían las palabras. ¿Cómo demonios había sido tan inconsciente? ¿De verdad esperaba que tuviera ese dinero para que le pagara a los matones de tres al cuarto que lo habían dejado como un cristo?

—Avery, si no me ayudas van a matarme —Me recordó como si no estuviese más que claro. Podía oler el miedo que desprendía como un perfume.

—Yo no tengo ese dinero.

—Pídeselo a Ray, ¿no te llevabas de puta madre con ese tío? Seguro que si se lo pides te lo dejará. Está forrado, joder.

—No voy a pedirle dinero a nadie— no pensaba hacerlo. Ray me lo dejaría sin dudar, pero ellos empezaban a levantar cabeza y sabía que todos estaban empleando el dinero que empezaban a ganar gracias a que la fama les estaba sonriendo. Ray era tan mano rota que me había dejado a mí al cuidado de sus cuentas.

—¿Vas a dejar que me maten?

Me levanté para marcharme y dejé un billete para pagar los cafés pensando en por qué permitía que mi hermano me metiera en este

tipo de problemas. Porque era mi hermano pequeño, por eso.

Me marché sin volverme de nuevo cuando lo oí llamarme mientras salía por la puerta de la cafetería.

No tenía ni idea de lo que podía hacer. Bueno, en el fondo sí lo sabía, pero no quería hacerlo. ¿Qué coño podía hacer? No tenía el dinero, ni posibilidad alguna de conseguirlo en un corto plazo de tiempo. Pedírselo a la gente que representaba no era una opción. Tenía acceso directo a algunas de las cuentas porque ellos mismos me lo habían dado para que llevara sus finanzas, pero aun así… No tenía idea de cómo solucionarlo.

# RAY

No supe qué había cambiado entre nosotros, pero de repente, de estar consolando a Liam en el sillón, me encontré tumbado de espaldas con él encima de mí, comiéndome la boca como si fuese su plato principal.

¡Joder, por fin! Le devolví el beso con la misma ferocidad y nuestras lenguas se ensalzaron en una pelea en la que no iban a quedar supervivientes.

Mi vecino me sujetaba la cara con las manos para que no pudiese ¿evadirme de su beso? ¿soltarme y perderme este momento con el que llevaba soñando desde que lo conocí el primer día? Flipaba si pensaba que iba a dejarlo escapar sin comerme su polla para desayunar.

Nos separamos para coger aire antes de morir asfixiados y él me siguió besando la cara y el cuello hasta llegar a lamerme la oreja, lo que me hizo gemir en voz alta y levantar la cadera para buscar presión con la suya. Estaba tan cachondo que casi me podía correr así, sin quitarnos la ropa ni nada.

—Liam…

—¿Ummm?

No se molestó en dejar de besarme para contestarme.

—¿Vamos a follar, verdad?

Alzó la cabeza para mirarme. Sus ojos oscuros estaban dilatados por el placer y tenía los labios hinchados y húmedos por nuestros

besos. Sonrió con una sonrisa tan bonita, que me dieron ganas de comérmela entera y quedarme a vivir ahí.

—¿Tú que crees?

Íbamos bien. Me aterraba que quisiese parar ahora y dejarme con el calentón.

—Bien, cómeme la polla y no te entretengas que estoy muy necesitado —no me importaba suplicar cuando era necesario y este momento iba a ser crucial para nosotros.

—¿Por qué no me extraña que seas igual de impaciente para follar también? Y mandón.

Me reí bajito mientras me bajaba el pantalón del pijama que me había puesto a la carrera cuando lo oí antes. Me gustaba dormir desnudo, pero en esta cabaña hacía un frío de mil demonios y los huevos se me ponían como canicas.

—Vas a tener el privilegio de follarte a Ray Orson, el solista de los *Tentations*— estaba tan nervioso que me puse a decir tonterías, como me pasaba siempre.

—Todo un honor —me dijo con una sonrisa, tomándoselo a broma. Me alegré de que no se lo hubiese tomado a mal. No era tan egocéntrico como para sentirme más importante que nadie, solo que estaba nervioso. Punto.

—No vayas a ir luego a la prensa contando nada sobre mi piercing ni nada por el estilo.

Ahora sí alzó la cabeza para mirarme. Ya no sonreía y me maldije de nuevo por ser tan bocazas.

—¿Por quién me has tomado? No necesito ir…

Me incorporé para volver a besarlo, y tras unos momentos de indecisión se dejó llevar y me devolvió el beso con la misma desesperación.

—Soy un idiota, no me hagas caso. Por favor no te distraigas y sigue con lo que estabas haciendo.

—Pero serás mandón.

—Por favor… —lo dicho, no me importaba rogar.

—Ahora vamos a comprobar si esta cosa —tocó el piercing con la lengua arrancándome un escalofrío— da más placer o no.

—Cuando te folle luego me lo dices. Ahora chúpamela de una vez.

Lamió mi polla desde los huevos hasta el glande, haciéndome suspirar. Tenía todos mis nervios centrados en él. Su mano grande apoyada sobre mi abdomen para que no me moviera y su lengua caliente centrada en mi capullo, lamiendo las gotas de líquido preseminal, mientras la otra mano me acariciaba las pelotas me arrancaba pequeños estallidos de placentero dolor.

—¿Por qué será que no me extraña que no tengas pelo ni en las pelotas?

Me reí, mientras él besaba la base de mi polla y luego bajaba hasta mis testículos para meterse uno en la boca y tirar de él con suavidad. Le hizo lo mismo al otro y gruñí porque quería…no sabía bien lo que quería. Pero lloriqueé de frustración.

—Liam…

—Pronto —me prometió sin darse ni una pizca más de prisa— quiero degustarte a conciencia, niño bonito.

Me habían llamado así en la prensa muchas veces, ya que aparentaba muchos menos años de los que de verdad tenía. En su boca, esas palabras sonaban como un piropo y me relajé, pensando que de verdad podía gustarle a Liam por quién era, y no por ser el integrante de un grupo musical famoso.

Ni sabía con cuánta gente me había acostado sabiendo que no se preocupaban por mí, ni siquiera les importaba mi persona, solo el rédito que podían sacar de la experiencia de haber compartido mi cama. Menuda panda de buitres.

—¿Estás listo?

Sus palabras me sacaron de mis sombríos pensamientos y me devolvieron a la realidad.

—¿Listo para qué?

—Para volverte loco de placer.

—¡Oh, créeme que para eso siempre estoy listo!

—Bien.

Se metió mi polla en la boca, hasta el fondo y alcé las caderas en un movimiento involuntario.

—Sí, joder.

Ya no volvió a bajar el ritmo. Me chupó la polla hasta correrme a los pocos minutos y me dejó completamente desmadejado y exhausto sobre el sillón.

Madre. Mía.

# LIAM

Ya no recordaba lo que era sentir a alguien abrazándome o consolándome.

Cuando me vine a vivir aquí, sabía que estaría completamente solo, y eso equivalía a que nadie me vería derrumbarme por las pesadillas de la noche, ni contarle mis mierdas, como el psicólogo al que fui a ver cuando me licencié del ejército, me había recomendado.

*Hablar de lo que viste, de cómo te sientes, hará más llevadero el día a día.*

*¿Llegaré a olvidarlo alguna vez? – y lo más importante— ¿habrá algún día en que duela menos?*

*El estrés post traumático se vive de diferente manera en cada persona. No puedo decirte cuánto tiempo te llevará aprender a vivir con tus fantasmas, solo puedo asegurarte de que el dolor se vuelve más llevadero. Debes darte tiempo y hablarlo con alguien te hará bien.*

Pero aquí no tenía a nadie más que a Anka, que me visitaba una o dos veces al mes, y que no tenía una relación tan estrecha como para contarle mis mierdas. Y ahora estaba mi vecino.

Conocer a Ray había sido…cuando menos una gran sorpresa. Aunque era una diva egocéntrica, presumida y maniática, también era considerado, divertido y totalmente imprevisible, y ya no podía negar más el deseo sexual que llevaba respirando desde que entré en esta cabaña por primera vez.

Me había estado conteniendo porque él estaba destrozado y anímicamente necesitaba a un amigo, antes que nada. Ya no podía seguir esperando.  Haber despertado con él preocupándose por mí y abrazándome mientras lloraba tras mi pesadilla, me había hecho olvidar todos los motivos por los que no nos habíamos follado ya en todas las putas posturas del Kama Sutra.

Ni pude ni quise evitar comerle la boca, esa tan bonita que tenía que me hacía perder la cabeza…y su sonrisa…

Ray estaba tan cachondo como yo, así que le hice una mamada, para ir calentando motores.

El puñetero no se callaba ni debajo del agua, pero me resultaba entrañable que hablara hasta por los codos cuando estaba nervioso.

Saber que estaba cachondo, me hizo perder la cabeza y lo que empezó con la intención de saborearlo poco a poco como el buen whisky, acabó pocos minutos después con su semen en mi boca y con Ray, desmadejado en el sillón con cara de recién follado.

Me deshice de mi ropa y liberé mi polla que me dolía de tan hinchada que estaba. Ray me miraba con ojos hambrientos y tiró de mi para acercarme a su cuerpo.

—Ven, fóllame la boca —me dijo con una sonrisa lasciva— me has dejado tan exprimido que ni siquiera puedo levantarme para ir a por el bote de lubricante —se relamió esos labios todavía hinchados por mis besos y miró mi polla con toda la intención— hago unas mamadas fantásticas.

No necesité nada más. Estaba tan cachondo que me correría de un momento a otro, pero deseaba follarme esa boca malhablada y sabionda, más que cualquier otra cosa. Así que coloqué mis piernas a ambos lados de su cuerpo y le acerqué la polla a la boca para restregársela de un lado a otro.

—¿La quieres, niño bonito?

Gimió y sacó la lengua para poder lamerme mientras se la seguía pasando por la cara. Quería imprimirle mi olor. Como si fuéramos animales.

—¡Joder, sí!

—Bien, abre esa boquita tan bonita que tienes.

Sabía que no le gustaba que le dijeran lo que tenía que hacer, pero me sorprendió que fuese tan obediente en el sexo. Abrió la boca y clavó sus ojos azules en los míos. Eso me gustó mucho más.

Me pellizqué la punta de la polla para no correrme ya. Este hombre me hacía perder la cabeza con una facilidad pasmosa. Se metió mi polla en la boca y suspiré tan alto, que debieron oírlo desde el pueblo que estaba a unos kilómetros de aquí.

—A ver qué sabes hacer con esa boquita.

La tenía caliente y húmeda y me pasaba la lengua cuando se la metí hasta el fondo. Pensaba que le darían arcadas y se la sacaría, pero no hizo nada de eso. Me sujetó el culo con las dos manos para obligarme a quedarme así, con toda mi polla dentro de su boca. Gemí y cerré los ojos buscando un poco de control antes de dejarme llevar. La saqué con lentitud para volver a meterla de nuevo entera en su boca con un golpe lento de cadera. Él gimió. Tenía las lágrimas saltadas, pero no hizo nada por sacarse la polla, ni daba signos de que le molestara, así que seguí meciéndome sobre su boca, en un movimiento que nos sincronizaba a los dos como a un reloj suizo.

—¡Joder, qué bien la chupas!

Seguí moviéndome durante lo que me parecieron horas enteras, pero no debieron ser más que unos segundos cuando el orgasmo me arrasó como una inmensa marejada que me volvía a escupir a la orilla tiempo después.

Hostia.

Puta.

Si esto era el cielo, ya podía morirme feliz, y si era el infierno… seguiría disfrutándolo hasta el final de los días.

# RAY

El amanecer nos pilló en la cama, saciados y abrazados. Yo acostado sobre su hombro, mientras él me acariciaba la espalda con movimientos circulares que me relajaban como un baño de espuma. En algún momento de la noche debimos venir aquí para estar más cómodos y tener algo de privacidad. Hacer guarradas delante de un perro que no te quita el ojo de encima era muy raro.

—No te puedes enamorar de mí.

No supe por qué se lo dejé caer así, sin anestesia ni nada, y él dejó de acariciarme la espalda para inclinarse a mirarme. Yo alcé la cabeza y también lo miré mientras me encogía de hombros, de repente avergonzado por lo que acababa de decir y lo que esas palabras decían de mí.

Se rio bajito.

—No me lo puedo creer. ¿En serio eres tan egocéntrico?

Su risa me molestó, porque no había pillado la intención con que se lo había dicho.

—No es eso, idiota, lo que quiero decir es que en algún momento me iré y lo último que quiero es hacerte daño de alguna manera.

—Bueno, también puedes enamorarte tú, ¿no?

Recordé todo lo que me hacía sentir desde que estaba allí viviendo conmigo, pero en el fondo sabía que mi tiempo aquí tenía fecha de caducidad. En algún momento tendría que volver a mi vida

y tomar decisiones sobre ella. No me podía pasar la vida huyendo de mis sentimientos.

—Qué va, soy demasiado egoísta para enamorarme de nadie, ya lo sabes.

Y esa era la gran verdad de mi vida. Yo me había dejado querer por innumerables hombres que se habían acercado a mí por ser quién era, pero ninguno de ellos me había conocido de verdad. Nadie había visto al hombre que había debajo del personaje.

—Bueno, esto es lo que es —reconoció él— los dos sabemos que te marcharás cuando llegue la hora y yo no quiero compromisos con nadie, así que sí. Puedes quedarte tranquilo sabiendo que no voy a enamorarme de ti.

Sonó un trueno con tanta fuerza, que hasta el suelo de la cabaña pareció temblar.

—¿Aquí hace siempre esta mierda de tiempo?

Él era el que vivía aquí desde hacía años, así que debía estar más informado de cómo eran los inviernos en Rumanía.

—Este año ha empezado a nevar bastante más tarde, así que es posible que también lo haga durante menos tiempo y el tiempo cambie en un par de meses.

—¿Un par de meses? ¿estás de broma? – su comentario consiguió que me incorporara por completo.

—¿Qué esperabas que hiciera en lo alto de unas montañas como estas?

—Pero…nos quedaremos sin comida mucho antes. ¿Cómo vamos…?

Me empezaba a poner histérico de pensar en estar tanto tiempo encerrado. Nunca había estado en el mismo lugar más de una semana completa. Cuando estaba de gira, nos movíamos casi todos los días de un lugar a otro, y cuando estaba de vacaciones tampoco solía pasar quieto demasiado tiempo en el mismo lugar.

—Relájate y respira. Deja de preocuparte de eso ahora. Ya veremos lo que hacemos cuando llegue el momento.

—No pienso comerme a Apolo. Que lo tengas claro.

Ese iba a ser un límite infranqueable para mí. Era mi amigo y a los amigos no se les abandona y mucho menos te los comías.

—Es bueno saberlo.

¿Se estaba riendo?

—No tiene gracia —dije indignado.

—No vamos a comernos a Apolo. ¿Por quién me has tomado? Ven aquí, anda. Tengo cosas mejores que comerme.

No necesité que me lo dijera más veces.

Volví a tumbarme sobre él pero me dio la vuelta en la cama quedándose encima de mí.

—Quita que estás gordo —le dije para molestarlo. Me sonrió mientras me lamía desde la mandíbula hasta el lóbulo de la oreja. ¿Otro asalto? ¡Ummmm!

—Vas a tener que aguantarte.

Y eso hice.

# LIAM

La música atronadora que comenzó a sonar de repente me despertó dando un respingo en la cama. ¿Qué coño? Miré por la ventana comprobando que aún estaba oscuro.

—Voy a matarlo con mis propias manos y a enterrarlo en el bosque, o mejor, dejaré que se lo coman los putos lobos.

Me tapé la cabeza intentando que la música que se oía desde el salón dejara de perforarme los oídos, pero no tuve esa suerte.

Entonces lo oí… A él cantando. Y el mundo se paralizó mientras oía su voz rasgada cantando bajo el murmullo de la gente coreando sus canciones. ¿Ray estaba oyéndose a sí mismo cantar?

El mal humor que me había entrado por despertarme de esa manera se me esfumó como el humo que se lleva el viento para dejarme completamente fascinado al oírlo cantar, pero, sobre todo, por saber lo que eso significaba.

No sabía qué estaba haciendo en el salón, aparte de escuchar la música, pero no quise levantarme por si eso lo hacía sentirse incómodo o cambiar de idea y apagarla o algo…yo qué sé. Solo podía pensar en que por fin se atrevía a dar un paso más y escuchar su propia música.

Sabía, por mi propia experiencia, que superar una pérdida, y en su caso la culpa por lo que pasó, iba a ser muy difícil y podía durarle toda la vida. Pero lo que estaba escuchando ahora mismo era una declaración de intenciones propiamente dicha, así que me levanté para decírselo en persona. No podía quedarme al margen de este momento tan importante en su vida.

Iba a salir así, desnudo, como dormíamos los dos desde que nos habían podido las ganas de ir más allá en nuestra relación vecinal, pero me acordé de Apolo y me volví para ponerme mis, corrijo, sus, calzoncillos, que estaban tirados en el suelo desde anoche.

***

*Joder, ¿no me vas a dejar siquiera que me quite la ropa? Le dije mientras me besaba como si fuese su mejor manjar.*

*Es que eres muy lento y yo tengo mucha hambre.*

*Le señalé mi polla ya erecta cuando la sacó de los calzoncillos dejándolos tirados por el suelo.*

*—Pues ya puedes comenzar a comer.*

*Me la sujetó mientras me tumbaba en la cama y se subía sobre mí.*

*Justo iba a hacer eso. Y se la metió en la boca*

***

Me obligué a no pensar en eso o me tendría que aliviar antes de salir de la habitación, aunque seguramente, Ray tuviera otras intenciones cuando me viera empalmado. Era insaciable y yo no podía estar más contento por eso.

No me lo esperaba sentado en el suelo ante la chimenea con Apolo tumbado a su lado y escribiendo algo mientras tatareaba por lo bajo.

¿Qué estaba escribiendo tan concentrado? O mejor ¿cómo podía escuchar sus propios pensamientos con la música atronando de esa manera?

No pude evitar meterme con él al verlo en el suelo.

—¿Ya no te gusta el sillón?

Dio un respingo por la sorpresa, y se volvió con una sonrisa gigantesca en la cara.

—Buenos días para ti también —me gritó.

Le bajé el sonido a la música y me acerqué a él que siguió escribiendo sin hacerme demasiado caso. No sabía bien cómo sacarle el tema, pero algo me decía que el paso que acababa de dar era más grande de lo que en principio había pensado.

—Veo que por fin escuchas música de calidad.

Me sonrió, agradecido y siguió tarareando y escribiendo en una libreta que nunca le había visto.

—Sí, hoy me he despertado inspirado. Dame diez minutos y nos ponemos con el desayuno, ¿vale?

Entonces lo entendí.

—Espera, espera, ¿estás componiendo música?

Me arrodillé a su lado y me miró con ¿vergüenza en los ojos? ¿o era timidez? Ninguna de las dos opciones eran propias de él. Ray miraba al mundo de frente y aunque seguía echo polvo psicológicamente, su personalidad vibrante y divertida, esa que le gustaba reírse de todo y de todos, comenzaba a asomar la cabeza y a ganar terreno al dolor.

Se despertaba llorando algunas noches, pero en general estaba dando pasos gigantescos en su recuperación, y a mí me gustaba pensar que podía haberle influido algo en su recuperación.

No me quería hacer ilusiones con él. Se iría cuando el tiempo cambiara y pudiéramos salir de aquí. En cuanto se aburriera de mi compañía, porque no nos íbamos a engañar, su mundo no estaba aquí perdido en una montaña olvidada. Estaba hecho para brillar, y ahora que comenzaba a componer de nuevo, se marcharía antes todavía.

—He despertado con una melodía en la cabeza y necesitaba sacármela. Siempre he compuesto escuchando música y sabes que no sé hacerlo que no sea de manera estridente. Siento haberte

despertado —bajó la vista de nuevo a su libreta y le cogí de la barbilla para que me mirara.

—No me importa que me despiertes si es por este motivo. ¿Tengo que felicitarte por esto? —señalé la libreta y se encogió de hombros.

—Todavía no lo sé. Sé lo mandaré a Avery a ver qué le parece, posiblemente sea una mierda y no valga para nada.

—Si lo has escrito tú, será una maravilla como muchas de tus canciones.

—¿Las has escuchado?

Sus ojos se iluminaron antes mis palabras.

—Por supuesto que sí, ahora termina eso mientras hago café.

—Luego prometo encargarme de eso —dijo señalando la erección que tenía bajo los calzoncillos.

—Vale, yo preparo el desayuno y tú te encargas de comerte la salchicha.

Lo hice reír bajito como esperaba.

—Mira que eres idiota.

Lo besé con suavidad en los labios.

—Hago el café. No tardes.

# AVERY

*Ahora*

Quedé con Carla en una cafetería, un día de principios de diciembre, tan ventoso y triste, como me sentía yo desde que pasó el accidente de Ray y los *Tentations*. Hasta que no viera a Ray con mis propios ojos y me asegurara de que estaba bien, no me quedaría tranquila.

Ahora compartía cabaña con Liam, y aunque estaba segura de que ese hombre también tenía sus propios fantasmas, sí, había buscado información sobre él antes de buscarle esa cabaña alejada del mundo como me había pedido, no me juzgues, el no estar solo y saber que era médico me dejaba mucho más tranquila.

Ray podía provocar un enorme desastre en tan solo cinco minutos, quizás eso era de las cosas que más me gustaban de él. Y su humor sarcástico y esa sonrisa infinita que te hacía sonreír a ti también por mucho que quisieses retorcerle el cuello en ese momento… Ray era alguien importantísimo en mi vida y su ausencia me dolía como una herida sin cicatrizar.

Cuando entré en la cafetería, me vestí con la indiferencia con la que me vestía para los negocios y me acerqué a la periodista con paso firme, aunque por dentro me sentía como si me acercase al verdugo que acabaría conmigo tras una sentencia de muerte.

Conocía a Carla, desde hacía algunos años.  Era una carroñera que siempre buscaba la sangre para destrozar a los incautos que se cruzaban en su camino. A mí me tenía cogida por los ovarios, gracias a mi hermano, que años atrás tardó poco en venderme para seguir

viviendo del cuento, que era lo que le gustaba hacer. No me extrañaba que se llevasen tan bien. Las hienas se reconocen entre ellas.

Sabía lo que quería cuando me llamó hacía unos días para concretar una comida, que pasé a café porque no soportaba estar en el mismo sitio que ella más de unos minutos con temor a morir envenenada. Un preso andando hacia el cadalso no se sentiría más mierda que yo sabiendo lo que tenía que hacer. Lo que esta mujer me iba a pedir. Me odiaba a mí misma por haber caído en sus garras años atrás.

A Ray no le gustaba esta mujer, ni las entrevistas que estaba obligado a concederle.

***

*—¿No hay un periodista en el mundo que no sea esta mujer ni la mierda de periódico para el que trabaja?*

*—Si tú supieras.*

*—Venga ya, Ray, ya te dije que era una amiga a la que le debo un gran favor desde hace años y me ha pedido que la ayude, por eso trabajamos con ella.*

*Me avergonzaba tanto del verdadero motivo que ni siquiera podía mirarlo a los ojos cuando hablábamos de esto.*

*—Solo busca nuestras mierdas. Parece que solo le gustan destapar trapos sucios. Qué asco de tía, de verdad. Ya se me ha insinuado un montón de veces. Estoy harto de decirle que no, pero algo me dice que, si accedo a acostarme con ella, no tardará ni un segundo en ir a publicarlo a todo color. Ya veo los titulares. Ray Orson me ha follado contra la pared de la habitación mientras el resto del grupo nos jaleaba*

*Mira que eres tonto —no podía decirle que eso sería justo lo que haría— déjate la polla dentro de los pantalones y no le des carnaza.*

*—Sí, mamá. Hago esto por ti, ya lo sabes*

*Esas palabras me hacían arder de vergüenza por mi traición. Y el secreto que me obligaba a trabajar con esta mujer, también.*

***

Me senté en la mesa frente a ella sin saludarla siquiera. Lo nuestro no era una relación de amistad, ni siquiera laboral. Ella me chantajeaba cuando necesitaba noticias jugosas sobre *Tentations*, y yo, me odiaba a mí misma por tener que entrarle al trapo. Maldito fuera Clint, sus deudas del juego y lo débil que fui por cuidar de él una vez más sacándole las castañas del juego. Si no fuera por todo eso, no estaría ahora en esta mierda de situación.

—¿Qué quieres, Carla?

—Hola para ti también, Avery, estoy bien, gracias por preguntar.

Obvie su sarcasmo.

—Tengo mis cosas que hacer así que ve al grano.

—Ya sabes lo que quiero.

—Te he dicho mil veces que no sé dónde está Ray, y que de todas maneras, no está en condiciones de concederte una entrevista.

Chasqueó la lengua antes de inclinarse en la mesa sobre mí para poder ver sus ojos negros y fríos como los de una puta serpiente. Lo que era, una serpiente con piel de mujer.

—Me importa una mierda cómo esté, quiero que me digas dónde está o si no…

Ya era demasiado tarde para plantearme contarle a Ray lo que pasó años atrás. Después del accidente lo que menos necesitaba era una traición como la mía.

Deseé que Ray supiera vérselas con ella sin salir herido en el proceso.

—Sabes cuánto te odio ¿verdad?

—Dime donde está.

No sabía porque pensé que le podían importar mis sentimientos.

—Está en la montaña de los Cárpatos, en Rumanía.

Se quedó unos segundos en silencio mientras digería la noticia.

—Por eso no lo ha encontrado nadie desde el accidente. Muy hábil, sí señor. Quiero las coordenadas exactas.

—No vas a poder ir allí hasta que no pase el invierno. Están incomunicados por la nieve. —Me di cuenta demasiado tarde de lo que acababa de decir.

—Están… en plural —su sonrisa me dio escalofríos— así que sí hay una noticia después de todo. —Se levantó para marcharse.

—Mándame la dirección exacta.

¡Mierda puta, joder! Acababa de joderlo todo. Ray no me iba a perdonar esto en la vida.

# RAY

De repente, la pesadilla en la que estaba metido se convirtió en un sueño húmedo, muy húmedo. Gemí y alcé las caderas para adentrarme más en la boca que me estaba chupando la polla. Joder, qué placer. En mi sueño no podía verle la cara a la persona que me estaba dando placer, pero no sabía bien por qué intuía que era Liam y eso me puso más cachondo todavía. Intenté acelerar el ritmo de mis caderas. Sentía que mi orgasmo se acercaba y entonces…nada. La frustración fue lo que me arrancó del sueño para gruñir frustrado.

—No, no…joder.

Abrí los ojos y vi a Liam a mi lado cogiendo algo de la mesita de noche.

Ya sabía yo que era su boca la que había estado a punto de hacerme tener un muy placentero despertar.

—¿Me has dejado a la mitad? ¿en serio? ¿pero a ti qué coño te pasa?

Soy un borde cuando me quedo frustrado, ya lo sé. No me juzguéis.

—Buenos días para ti también —soltó en la cama lo que tenía en la mano y me repasó con la mirada de arriba abajo parándose en mi erección. Luego se lamió los labios y ese simple gesto me puso más cachondo todavía.

—Me has dejado así… y —le señalé la polla por si no se había dado cuenta todavía del calentón con el que estaba.

Se apoyó con las manos a ambos lados de mi cabeza para besarme en la boca con fuerza. No era un hombre cariñoso, o no tanto como yo, pero sus besos siempre conseguían hacerme suspirar y enroscar los dedos de los pies. Respondí al beso con sus mismas ganas y lo abracé, intentando que se pegara más a mi cuerpo para poder sentirlo por completo. Siempre estaba calentito, como si tuviese una estufa encendida en su interior, y yo era tan friolero que si pudiese me pasaba el día abrazado a él.

—Buenos días —repitió mientras se separaba de mí.

—Ven aquí y dame otro.

Le puse morritos para hacerlo reír, pero, aunque conseguí arrancarle la sonrisa no me entró al trapo y se incorporó.

—Te he dejado así porque no quería que te corrieras antes de que pudieras follarme.

Miré en la cama y vi el bote de lubricante y condones. ¿cuántos? ¿tres? Se me hizo la boca agua.

—Te has venido muy arriba, ¿no?

Me encantaba chincharlo.

Lo vi coger el lubricante y untarse los dedos para llevárselos a su trasero.

—Ven —pero me incorporé yo para sujetarle la polla y empezar a mover mi mano sobre ella con lentitud.

—Ray…

Gimió y arrancarle ese sonido me hacía sentir poderoso.

Me lo metí en la boca mientras él seguía dilatándose con sus dedos. Lo lamí desde los testículos hasta el glande besándole luego la punta mientras lo miraba desde allí.

—Qué guapo estás mientras me comes la polla, joder.

Qué tonto era. Me reí bajito y seguí lamiendo y mirándolo mientras seguía a lo suyo.

—Listo. Túmbate y déjame cabalgarte.

Mira que era mandón el tío.

—Sí, señor. A sus órdenes señor.

Me tumbé mientras cogía el condón y me lo ponía con rapidez para embadurnarlo luego con el gel lubricante.

Puso sus rodillas a cada lado de mis caderas y luego se dejó caer con cuidado sobre mi erección mientras el sol salía tras la ventana. Me daba igual el tiempo que hiciera fuera. Aquí, dentro de la cabaña siempre era primavera. Habíamos creado una estación propia que nos hacía olvidarnos de todo lo que pasaba fuera de estas paredes.

—He despertado soñando con esto… —me dijo cuando por fin se la metió entera. Se inclinó para besarme de nuevo.

—Y como has despertado cachondo me has masturbado a mí hasta ponerme cachondo perdido —terminé la frase por él.

—No te oigo quejarte.

Oía el placer en el tono de su voz. Sus ojos oscuros estaban dilatados bajo la luz del amanecer y parecían un pozo de secretos y lujuria.

—¿Bromeas? Puedes despertarme así siempre que quieras.

Empezó a moverse sobre mis caderas con un ritmo lento que pronto empezó a acelerar. Yo me dejaba hacer mientras cerraba los ojos y me concentraba en las mil sensaciones que estaba sintiendo. El calor de su interior me aprisionaba la polla entre paredes húmedas y calientes. La mañana que despertaba a la vez que aumentaban nuestros gemidos. La ropa suave de la cama bajo mi espalda.  Pero sobre todo lo sentía a él.

Liam llenaba la habitación con su presencia. Con el olor de su cuerpo, porque, aunque se duchaba con mi gel de baño y se estaba poniendo mi ropa, reconocería su olor en cualquier parte. Estaba enganchado a ese olor y a este hombre como jamás me había enganchado por nadie.

—Mírame —me pidió mientras seguía moviéndose sobre mí — quiero que no apartes tus ojos de mí, niño bonito. Quiero que me

veas a mí cuando te corras. Que sepas que soy yo el que te da el placer.

Como si pudiera pensar en nadie más. Pero eso no se lo podía decir.

—Liam…

Todo empezó a ser demasiado. Las sensaciones comenzaban a desbordarse. Lo sujeté por las caderas con fuerza y lo ayudé a que siguiera el ritmo que yo quería.

—También estoy a punto.

Gimió de nuevo, y ese sonido fue el que me hizo saltar por los aires. El orgasmo me destrozó por completo mientras me vaciaba en su interior a la vez que oía a Liam gemir también. Su semen nos manchó a los dos mientras nuestras respiraciones se acompasaban.

—Buenos días —me dijo de nuevo cuando se incorporó. Mi polla, ya flácida salió de él. Me quitó el condón, lo anuló y lo tiró al suelo.

Luego me besó con suavidad en los labios mientras se acomodaba junto a mí. Yo puse la cabeza sobre su hombro y me acurruqué a su lado. Me encantaban los mimos después del sexo. Le llené el pecho de besitos suaves suspirando con satisfacción. No lo pude remediar.

—Anda, ha dejado de nevar.

Los dos miramos a la ventana desde donde se veía un cielo encapotado, pero sin que cayese nieve. Por lo menos en ese momento.

Liam cogió su móvil y salió corriendo al baño. Me quedé mirando la puerta por la que acababa de salir, desconcertado.

—Buenos días, Liam.

Fue lo único que le pude gritar. ¿Qué estaba haciendo?

# LIAM

Me duché a la carrera y llamé a Anka mientras me secaba el pelo con una toalla.

—Hola, Liam, ¿está todo bien?

—De eso quería hablaros, ¿está Blake por ahí? Necesito hablar con él urgente.

—Iba a salir ahora mismo, espera, a ver si lo pillo, ¡Blake…! —oí ruidos al otro lado del teléfono y la voz agitada de Anka. Me la imaginé corriendo hacia la calle y me supo mal por hacerla correr, pero era verdaderamente importante— toma, es Liam, parece urgente— y luego oí— ¿muchacho estás vivo?

Me gustaba que estos ancianos se preocuparan por mí. La verdad es que,

si no fuese por ellos, esto sería mucho más solitario y triste de lo que en realidad era.

—Necesito que vengas aquí arriba. Estoy atrapado dentro de la cabaña de Ray y tenemos la puerta bloqueada. Necesitamos comida y sobre todo ayuda para desbloquear la puerta y poder salir de aquí. ¿Crees que podrás hacer algo antes de que cambie el tiempo otra vez?

Por Dios que el tiempo aguantase.

No había querido preocupar a Ray, pero nuestra situación comenzaba a ser preocupante. Apenas nos quedaba comida enlatada, y por supuesto nada, de carne ni productos frescos. Y la leña también se nos había acabado la noche anterior.

—Vale, hablaré con Frank que tiene la máquina quitanieves e iremos para allá. Me llevaré ayuda para poder quitar la nieve de la entrada a las casas y le diré a Anka que vaya a comprar comida.

—También necesitaremos leña —recordé sobre la marcha. Mi cabeza iba a cien, aún tenía el cuerpo en off tras el orgasmo, pero me estaba activando por segundos según hablaba— en mi casa no me queda, aunque sé que Ray tiene un montón en el cobertizo pero la tiene sin cortar.

—Vale, tranquilo. Me llevaré a voluntarios que siempre ayudan cuando el pueblo se bloquea.

—Dile a Anka que compre varios sacos de pienso para Apolo por si acaso.

—No te preocupes. Hablaré con la gente e iremos todos para allá en un rato.

—Si el tiempo vuelve a cambiar… —me daba pavor que comenzara a nevar de nuevo y no pudiesen llegar hasta allí.

—El tiempo ha dicho que no nevará de nuevo hasta mañana, pero de todas maneras nos daremos prisa.

—Vale, por favor, tened cuidado.

—No te preocupes, si nos pasa algo tenemos un cirujano muy bueno en el pueblo. Me pongo a avisar a todos, luego te veo.

Colgó y me quedé desnudo, con la toalla en la mano y el teléfono en la otra. Tras la llamada el peso de mis hombros se aligeró, como si hubiese llevado una gran carga sobre ellos.

No esperaba encontrarme con Ray a punto de entrar en el baño. Seguía desnudo, si por él fuera, estaría siempre así. No conocía a nadie que estuviese más a gusto con su cuerpo que él. Estaba recuperando el peso perdido, ya me encargaba yo de que comiera en condiciones. Sus heridas habían curado bien, y ya no tenía los cardenales en el estómago y las costillas, y estaba perdiendo la apariencia de estar famélico que tenía cuando lo conocí. Yo no iba a

quejarme de que se pasease desnudo por la casa y sabía que Apolo era el motivo por el que se ponía ropa la mayor parte del tiempo.

***

*—Tu perro me mira raro —Me dijo unos días atrás cuando apareció desnudo por el salón.*

*—¿Quizás porque llevas tus cosas colgando? —no podía evitar meterme con él, nos encantaba chincharnos uno al otro.*

*—No puedo follar si está mirándome fijamente.*

*Él no le quitaba ojo al perro temiendo que lo atacara en cualquier momento. Se tapó el pene con la mano lo que me hizo reír bajito.*

*—Deja de reírte y vamos al cuarto que quiero que me comas el rabo.*

*No pude más que seguirlo mientras le miraba el culo sin disimulo.*

*—Sé que me estás mirando el culo.*

*—Hasta eso tienes bonito, puñetero*

***

—¿Qué pasa?

—Viene la caballería, así que vístete.

Bufó, pero me siguió para vestirse a la misma vez que lo hacía yo.

—¿Cómo van a poder llegar hasta aquí?

—Tienen un camión quitanieves y Blake, el marido de Anka, va a pedir voluntarios para que nos quiten el hielo de la puerta.

—¿Van a traernos carne? —me miró tan esperanzado que estuve a punto de llamar a Anka de nuevo para que nos la consiguiera como fuese. Pero era una mujer de recursos así que estaba seguro de que nos traerían un buen suministro para que nos aguantara durante mucho tiempo por si nos volvíamos a quedar aislados aquí arriba.

—Sí, y leña que a mí no me quedaba apenas en mi casa y evidentemente no he podido ir a buscarla estos días.

—En mi cobertizo hay un montón de leña, quizás pueda cortarla, no lo he hecho nunca pero no puede ser tan difícil ¿no?

Le cogí del cuello para acercármelo y besarlo. Abrió la boca, sorprendido, y aproveché para profundizar el beso y saborearlo a conciencia.

—Ya me encargo yo de la leña, no te quiero cerca de una motosierra ni de un hacha.

La voz me salió más ronca de lo que esperaba.

—Oye, que no soy tan torpe.

Le señalé la mano que llevaba vendada porque se cortó con el cuchillo pelando patatas.

—Bueno, esto fue un descuido —la ocultó tras él avergonzado. Sus mejillas se sonrojaron haciéndolo aún más adorable de lo que ya era — es que me distraes.

Me reí de que tuviera las narices de echarme la culpa a mí después de todo. Oí el ruido de varios coches acercándose y me até las botas de montaña antes de salir corriendo de la habitación.

—Ya están aquí.

# RAY

Había estado tan acostumbrado al silencio del bosque, que de repente, tanto ruido de motosierras, coches y hombres hablando al otro lado de la puerta, me molestaba.

Yo quería seguir con Liam como estábamos. Solos. Atrapados aquí. Conociéndonos día tras día y ahora de repente, ¿qué' ¿se marcharía cuando limpiaran el bloque del hielo de la puerta? ¿y qué iba a pasar con nosotros? ¿cada uno se iría a su casa y ya está? No quería reconocer que me daba pavor que se marchara y me dejara solo de nuevo. No me gustaba estar solo. Me gustaba estar con él.

—¿Por qué tienen que hacer tanto ruido? —no pude mantenerme más tiempo callado. Liam me miró, sin decirme nada, aunque ya era la segunda vez que me quejaba del ruido que estaban haciendo.

—Bueno, posiblemente estén celebrando que por fin han podido salir de casa. El invierno en esta zona es muy duro para todo el mundo.

—Cualquiera diría que están en una fiesta.

Ahora habían añadido música, posiblemente de los coches que traían.

Liam volvió a mirarme y yo me agaché a acariciar al perro, que también parecía haberse contagiado de la actividad de los que habían venido a socorrernos porque no dejaba de gemir y dar vueltas inquieto.

—Ray…

Simulé no haberlo oído y no quise mirarlo por si podía ver en mi cara el verdadero motivo de quejarme tanto.

—¿Estás seguro de que nos han traído carne y helado? No pueden haberse olvidado del helado, es lo más importante.

—Solo tú comes helado cuando estamos rodeados de nieve por todas partes.

Bufé porque seguía sin entenderlo. El helado no tenía nada que ver con el tiempo que hiciera fuera. Era como comer hamburguesas o pizzas. No tenía nada que ver con el tiempo.

—Mira cómo lo están poniendo todo.

Desde que habían llegado y se habían puesto a quitar el hielo que bloqueaba la puerta de entrada, había empezado a filtrarse agua por debajo de la puerta. Al parecer habían echado ingentes cantidades de sal para derretir el hielo, y aunque lo sabía, no pude quedarme callado.

Date una puntadita en la lengua si no quieres que se dé cuenta de lo que de verdad te pasa. ¿Podía notar que no quería que se marchase a su casa y me dejase solo? Me gustaba tener aquí tanto a Liam como al perro. Los dos me habían ayudado mucho a sobrellevar este tiempo tan horrible. Posiblemente, si me hubiese quedado solo, me hubiese muerto congelado, o de hambre, o me hubiese metido fuego a mí mismo en un descuido de los míos.

Liam me tomó una mano y tiró de mí para que lo mirase. Estábamos sentados en el sillón, esperando a que terminasen de quitar el hielo de la puerta para poder salir por fin y al parecer, ya no me iba a dejar estar más tiempo sin decirle lo que me pasaba. Pero me daba vergüenza decírselo. ¿Y si se reía de mí por no querer estar solo? Apenas nos conocíamos y entendía que quisiese volver a su casa y a su vida. Yo era un intenso, siempre lo había sido, y para él, que llevaba como un ermitaño unos pocos de años, seguro que estaba deseando marcharse a su casa y olvidarse de mí.

—Habla conmigo —me pidió bajito.

Rehuí su mirada.

—No sé lo que quieres decir.

—Dime porque estás tan molesto con la ayuda —me cortó antes de que me inventase cualquier motivo— y no me digas que es que son muy ruidosos ni nada por el estilo. Quiero que me digas la verdad. Nos lo contamos todo ¿recuerdas? Sin mentiras.

Habíamos acordado que lo que nos contásemos fuese cierto. Podíamos guardarnos información personal, al fin y al cabo, no éramos nada ni nos debíamos nada, pero nos habíamos pedido sinceridad, ante todo.

—No quiero quedarme solo —murmuré en voz baja, demasiado avergonzado como para reconocerlo en voz alta.,

—¿Piensas que cuando terminen me marcharé y daré lo nuestro por terminado? ¿es eso?

Asentí con la cabeza sin querer mirar la burla en sus ojos.

No me gustaba reconocer que lo necesitaba en mi vida. Había encontrado un amigo al que contarle cualquier cosa que se me pasaba por la cabeza y se me pasaban mil tonterías al cabo del día.

—¿De verdad piensas que quiero marcharme y olvidarme de ti como si nunca te hubiese conocido?

—No serías el primero que lo hace —ni seguramente el único tampoco.

Unos golpes en la puerta nos interrumpieron.

Liam se levantó para abrir.

—No hemos quitado todo el hielo, pero ya podéis entrar y salir. Toma—

El hombre mayor le tendió una pala— no sé cómo se os ha olvidado lo más importante en un sitio como este. Pareces nuevo.

Agradecí a Liam que no aclarase que el olvido había sido cosa mía.

Liam dejó la pala junto a la chimenea y llamó a Apolo para que saliera con él. El perro saltó el trozo de hielo que quedaba en la

puerta y ladró mientras salía corriendo por la nieve.

Ya lo eché de menos. Me pregunté cuándo volvería a verlo.

Al final no había acordado nada con Liam sobre lo que iba a pasar a partir de ahora.

—Toma —Liam me llamó para entregarme las cajas de provisiones.

La dejé encima de la isla de la cocina y busqué el helado entre los víveres para meterlos en el congelador antes de que se descongelase, pero seguían entregándome una caja tras otra y me entretuve poniéndolas apiladas para colocarlo todo en cuanto tuviera un momento libre. Y luego trajeron enormes sacos de comida para perros con las que no me quise hacer ilusiones, pero mi corazón comenzó a latir como una locomotora.

—Me gusta tu nuevo look —oí que le decían a Liam en la puerta. Me ofendí porque llevaba puesto uno de mis chándales favoritos, que le quedaba corto y más ajustado de lo que debería, porque Liam tenía una talla o dos más que yo.

—Sin comentarios —le oí decir.

—Ray —me llamó a mí— hay que ir a por leña, sal y haz el favor de ayudarnos.

Salí a enfrentarme con todos los que habían llegado en nuestro auxilio. Algunos de los hombres me conocieron y me saludaron encantados mientras yo les agradecía la ayuda.

—Este es Blake, el marido de Anka, la dueña de nuestras cabañas. Ellos se encargan del mantenimiento y de traernos los suministros necesarios.

—Así que tú eres el famoso que ha tenido a mi mujer tan preocupada durante todo este tiempo. Tu ayudante nos ha llamado un montón de veces preocupada por ti.

¿En serio Avery?

—Siento las molestias —me obligué a decir— es demasiado protectora.

—Deberías estar agradecido de tener a alguien así en tu vida —Blake miró el cielo— bueno, nosotros nos vamos que va a empezar a llover de un momento a otro —nos miró a Liam y a mí— os aconsejo que metáis la leña dentro.

—Sí, Ray se encarga —dijo mi vecino, mientras se alejaba a donde supuse que era su cabaña— bajad con cuidado y muchas gracias, Blake.

¿Ray se encarga de la leña? ¿A dónde coño iba?

Los hombres se repartieron entre la máquina quitanieves que habían traído y los otros coches y se marcharon con la misma rapidez con la que habían llegado.

—¿A dónde vas?

Liam se volvió y me guiñó un ojo.

—A por mi ropa y mis cosas de aseo. ¿no pensarás que voy a seguir poniéndome tus calzoncillos y tu ropa?

—¿Vas a volver? —no quería que mi voz sonara tan ilusionada como sabía que lo hacía.

—No vas a deshacerte tan rápidamente de mí, vecino. Ve a acarrear leña mientras vuelvo, anda.

—No tardes, por favor.

# AVERY

*Cinco años antes*

Desde que había hablado con mi hermano en la cafetería, me había negado a cogerle el teléfono, pero no se me quitaba de la cabeza cómo tenía la cara y lo asustado que estaba. ¿Cómo podía dejarlo de lado sabiendo que podían matarlo?

Los tipos a los que les había pedido el dinero le habían dejado claro que no se podía jugar con ellos, así que le había dicho a mi hermano que les pidiera una semana más mientras yo decidía bien cómo lo iba a hacer.

Por más que me repugnaba pedir dinero, no tenía otra opción. Yo cobraba una comisión de los grupos a los que representaba. Cuanto más cobraran ellos, más alto era mi porcentaje, pero de todos modos no poseía esa cantidad de efectivo en ese momento. Algunos de mis representados, gente del espectáculo, sobre todo, y algunos deportistas de élite que empezaban a despuntar y que todavía tardarían un tiempo en cobrar importantes sumas de dinero, estaban en periodos vacacionales. Los bolos y los conciertos se hacían principalmente en verano, y encima, los cobros eran a los sesenta y noventa días, por lo que todavía tardarían un tiempo en cobrar las comisiones, así que solo me quedaba Ray, el único del que tenía acceso a su cuenta.

Habíamos empezado con mal pie. Los *Tentations* se estaban labrando un nombre ahora, y me había tenido que poner seria con ellos, porque se les había subido la fama a la cabeza, y habían empezado a hacer tonterías después de los conciertos. Llenar titulares de la prensa del corazón por escándalos en fiestas

desmadradas con fotos de mujeres menores de edad, haciendo toples en las piscinas y algunos temas de drogas. La última fiesta había terminado cuando apareció la policía.

Les había dado un ultimátum, y parecía que la cosa se había suavizado bastante. Ray era un buen tipo, siempre era el alma de la fiesta, no solo por su carácter abierto y divertido sino también porque a todo el mundo le caía bien. De hecho, él era el portavoz del grupo, sin que nadie lo hubiese elegido, pero todos confiaban en él y él confiaba en mí. Y yo iba a hacer lo peor que se podía hacer en este caso.

Tenía abierta la cuenta de Ray en el ordenador mirando su saldo. Tenía más que suficiente para pagar lo de mi hermano y además, se lo pensaba devolver en cuanto pudiera. Ni siquiera se tenía que enterar de lo que pensaba hacerle.

Me daba mucha vergüenza pedírselo y que se enterara de lo que pasaba en mi familia. Así que llevaba días dándole vueltas al tema sin tener claro qué debía hacer.

Si se lo cogía de su cuenta y se enteraba…posiblemente perdería no solo al cliente, sino al grupo entero y los Tentations iban a ser unas estrellas cuando pasara un poco más de tiempo.

Me entró un WhatsApp de mi hermano.

*Acaban de estar en mi casa y tengo de plazo hasta hoy a mediodía. Por favor…*

Y eso fue lo que me decidió a transferir el dinero a su cuenta. Le había dicho a mi hermano días atrás que lo conseguiría. Algo se rompió en ese momento. Ese lazo de unión que tenía con mi hermano pequeño se acababa de romper, y dudaba que este daño emocional que acababa de infringirle a nuestra relación pudiese sanar por muchos años que pasasen. Y porque no sabía toda la mierda que me iba a venir encima por esta acción.

# RAY

Por supuesto que comenzó a nevar de nuevo, incluso antes de que Liam volviese a la cabaña con una bolsa de deporte llena de lo que supuse era su ropa y sus artículos de aseo.

—Vaya mierda de tiempo hace otra vez —se sacudió los pies, llenos de nieve, en la puerta y Apolo, que se había ido con él, se me tiró encima cuando me vio agachado intentando encender la chimenea. Con toda la fuerza que tenía me tiró al suelo, como no, pero estaba tan feliz por saber que Liam había vuelto para quedarse conmigo que aproveché y echamos una pelea a muerte, patas y colmillos contra manos y dientes.

Casi muero.

—Quita, ya —le dije cuando perdí el aliento— que me has pisado los huevos y eso es trampa.

—Apolo, déjalo, que para una vez que está trabajando…

No me ofendí porque oí la diversión en su voz. Además, era cierto que yo era un principito, como le gustaba llamarme, porque no sabía hacer nada y no me molestaba reconocerlo. Para qué.

—¿Qué has traído? —La curiosidad me podía. Me levanté e intenté quitarle la bolsa de deporte para ver lo que había. Parecía pesar demasiado para ser solo ropa.

—Estate quieto y ve a tapar la leña de fuera. He traído una lona para dejarla a resguardo antes de que apriete la ventisca que se está formando.

Lo vi sacar de la bolsa dos botellas de whisky, las que le llevé yo meses atrás.

—Anda…

Fui a cogerlas y pensé en las copas que me tomaría después de comer, mientras estábamos sentados delante de la chimenea…

—Deja eso y tapa la leña mientras enciendo la chimenea, que vamos a quedarnos helados aquí dentro.

—Siempre puedo calentarte —alcé las cejas repetidas veces hasta hacerlo reír.

Soltó la bolsa en el sillón y me sujetó por la ropa para acercarme a él. Era un poco más alto que yo y bastante más musculoso, por lo que me abarcaba por completo cuando me abrazaba y me encantaba sentirme así. Me besó con suavidad en los labios.

—Si empezamos ahora no te soltaré en todo el día —me dijo apoyando su frente con la mía mientras respiraba con suavidad.

Ese simple gesto hacía que las mariposas de mi estómago revolotearan nerviosas.

—No tenemos nada mejor que hacer en todo el invierno.

Miró la isla de la cocina y el montón de bolsas que había por el suelo con los alimentos que nos habían traído.

—Hay que colocar todo eso si no queremos que Apolo se zampe toda la carne y el pescado que hay por ahí. Y luego cuando se encienda la chimenea que sigues sin saber hacer bien —me dio un toque juguetón en la nariz— vamos a hacer a la brasa unos enormes chuletones que le pedí a Anka.

—¿Chuletones? —empecé a salivar solo de pensarlo.

—Chuletones. Así que date prisa y tapa bien la leña mientras enciendo el fuego. Luego haremos el resto.

Ninguno de los dos hicimos por soltarnos. Me sentía increíble allí abrazado a Liam, que me importaría quedarme así para siempre. Allí, en ese pequeño rincón del mundo donde nadie me conocía, ni se esperaba que hiciera nada más que vivir día a día sin presiones.

—Ray —separó la cabeza para poder mirarme a los ojos— si no me sueltas no podemos hacer nada.

Lo abracé un poco más antes de soltarlo.

—Me gusta estar así —reconocí con sencillez. Me asustaba lo mucho que me gustaba estar así con él.

—A mí también.

Y me abrazó con fuerza de nuevo. Si fuese un gato me hubiese puesto a ronronear.

—¿Cómo tengo que tapar la leña? —nunca había hecho nada parecido, así que quería hacerlo bien. No me importaba pedir ayuda cuando no sabía hacer algo. No me avergonzaba de que Liam supiese que era un inútil para la supervivencia y otras muchas cosas que se tenían que hacer en ese paraje olvidado, ya no, por lo menos.

Se rio bajito y me soltó mientras negaba con la cabeza, divertido.

—¿Sabes qué? Ponte mejor a guardar y ordenar la comida mientras yo me encargo de la leña. Tengo que asegurarme de que no se moja. No te ofendas, pero prefiero hacerlo yo.

—No me ofendo —tampoco me apetecía nada salir ahora que estaba empezando a nevar otra vez. Aunque la chimenea estaba apagada y hacía frío, nada que ver con el que hacía en el exterior que te congelaba las pestañas antes de parpadear dos veces.

Me di cuenta de que él se había cambiado de ropa y se había puesto una camisa y un forro polar gris oscuro encima. Llevaba sus pantalones cargo lleno de bolsillos y unas botas de montaña rozadas por el uso que parecían cómodas. Nada de zapatillas deportivas como me había traído yo. Nunca me había puesto unas botas de montaña, con eso lo decía todo.

—¿Y mi chándal favorito? ¡No me digas que te lo has dejado en tu casa!

Había dejado que se lo pusiera porque era él, pero me gustaba tenerlo conmigo. Me puse nervioso solo de pensar que no lo traía

consigo.

—Está en el macuto y las deportivas esas pijas también. Que, por cierto, no valen para este clima porque se mojan a la mínima…

—Ya, ya me sé la cantinela —no quería oírlo otra vez, aunque sabía que era verdad.

—En cuanto podamos, vamos a ir al pueblo a comprarte unas de estas —se señaló las botas.

—Ni muerto —Con eso lo decía todo. Se fue a tapar la leña riéndose a carcajadas. Tuve que sonreír a mi pesar.

# LIAM

Estábamos tumbados en el sillón, cada uno con un vaso con varios dedos de whisky, mirando el fuego después de una suculenta comida. Habíamos cogido la costumbre de hacernos preguntas después de comer, tanto para pasar el rato como para aprovechar y conocernos mejor.

Me daba miedo preguntarle a Ray lo que pensaba hacer en los próximos meses. No era tan iluso de suponer que querría pasar aquí más tiempo del necesario. A quién iba a engañar. Se había venido huyendo de sí mismo tras el accidente, pero su alma rota estaba empezando a sanar, y eso equivalía a tener que volver, y enfrentarse a la situación que había dejado aparcada tras el accidente. Su vida estaba en pausa, pero no iba a seguir así para siempre.

A mi pesar me había acostumbrado a tenerlo conmigo. Era un conversador incansable, y se pasaba el día contándome anécdotas sobre sus viajes y sus conciertos. Pero a mí me gustaba escucharlo. Había estado tanto tiempo solo, que ni siquiera me había dado cuenta de que echaba de menos conversar con alguien y, sobre todo, el contacto humano.

Yo no era un hombre excesivamente pegajoso, pero Ray parecía un gato mimoso, así que podíamos pasarnos el día abrazados solo piel con piel, ni siquiera necesitábamos más.

Ray había empezado a componer de nuevo. Era un gran paso en su recuperación y desde entonces, podía pasarse horas enteras escuchando música y componiendo en una libreta que ya comenzaba a llenarse. Decía que todavía no estaba listo para mandársela a Avery, pero en algún momento, desearía volver a su

vida y abrirse un nuevo camino en la música, ahora posiblemente como solista. Tenía una voz impresionante, y sabía, incluso antes que él, que la música era su mundo y que volvería a brillar sobre los escenarios, así que lo nuestro, lo que quiera que fuese, tenía fecha de caducidad, aunque ninguno quisiésemos decirlo en voz alta.

—¿Eres creyente?

Yo había dejado de creer desde que estuve en la guerra. Demasiado horror para pensar que había un Dios que hacía la vista gorda ante esas matanzas injustificadas.

—De pequeño iba a la iglesia con mis padres, pero desde que empecé en la música no tuve tiempo de creer en nada más.

—¿Tienes algún deseo por cumplir? —últimamente pensaba en mi vida también, en lo que iba a hacer cuando Ray se marchase. Quedarme allí solo e incomunicado en la nieve todos los inviernos, había perdido su significado. Ahora me empezaba a apetecer hacer cosas. Viajar, por ejemplo, y conocer mundo, o quizás volver a ejercer en un hospital, en fin, hacer algo más con mi vida en vez de verla pasar. Incluso empezaba a pensar en recuperar la relación con mi padre.

Dio un sorbo al vaso mientras me miraba divertido. Esa sonrisa canalla que ponía me decía que iba a soltar una tontería de las suyas.

—¿Sexual? —¿veis lo que decía?

—Dudo mucho que tengas deseos sexuales sin cumplir con la vida que has tenido que llevar. Digo a nivel personal.

Se quedó unos segundos pensando, mirando al fuego como si él pusiese darle una idea de lo que decir.

—Bueno, me hubiera gustado mucho cantar con algunos grandes cantantes que ya no están.

—¿Cómo quién?

—No sé… —se rascó la nuca pensando, lo hacía a menudo cuando tenía que buscar una respuesta— Michel Jackson por

ejemplo o John Lennon, no sé, ese tipo de cantantes.

—Habría ido a veros si hubieses cantado con cualquiera de esa gente.

—Habría sido fantástico. ¿y tú, tienes sueños por cumplir?

La idea me vino de repente, ni siquiera me había molestado en pensarlo con detenimiento.

—Quizás volver a trabajar en un hospital, pero nada de volver a ninguna zona de guerra.

—La vida más tranquila, ¿no?

—Sí, no estoy hecho para seguir órdenes ni ver miembros destrozados —me estremecí al recordar algunos de los casos que había tenido de tratar— me empiezo a hacer mayor para tanta sangre y tantas desgracias sin sentido.

—Se me hace difícil verte en el ejército —se rio de lo que fuera que estuviese pensando— te imagino dándole un puñetazo a un superior por mandarte algo con lo que no estuvieses de acuerdo.

Sonreí ante la imagen que había evocado.

—No, la vida militar no es para mí. ¿Qué te ves haciendo dentro de...— no quise decirle un corto periodo de tiempo porque quería que pensase en un futuro más lejano—… no sé un año? ¿cinco?

Suspiró y se quedó callado.

—No lo sé. Me da miedo volver a la música. Quizás ya nadie se acuerde de mí. Odio a los paparazzis por encima de todo, y hay una periodista a la que odio aún más. No estoy listo para contestar preguntas personales, ¿sabes? Aquí me encuentro a salvo —me miró con sus ojos azules brillantes por el fuego— no quiero plantearme nada todavía.

—Pero tu mundo es la música —me atreví a decirle— no vas a quedarte aquí eternamente.

—¿Ya quieres echarme?

Aunque se rio intentando quitarle importancia, los dos sabíamos que tenía razón y los dos, por diferentes motivos, decidimos cambiar de tema.

—No —le quité el vaso de las manos y lo puse en el suelo junto al mío. Lo besé con suavidad mientras me tendía sobre su cuerpo en el sillón— me gusta tenerte aquí.

Y lo besé con más intensidad, dispuesto a aprovechar el tiempo que nos quedara juntos.

Algo me decía que estábamos en tiempo de descuento. Ray estaba listo para volver a su vida, pero yo no estaba listo para dejarlo marchar todavía. Nunca estaría listo para eso.

# AVERY

*Cinco años antes*

Cuando cogí el dinero de la cuenta de Ray sin decírselo, algo se rompió dentro de mí que hasta el día de hoy no he conseguido recomponer.

Cuando has tenido por bandera la honestidad, y no has sido nunca capaz de robar ni un miserable paquete de chicles cuando era una niña… esa regla moral autoimpuesta se rompió. Desde ese día pensaba que Ray lo sabía y me miraba esperando a que tuviera las narices de contárselo. Si solo lo hubiese hecho una vez, podría haberlo solucionado con rapidez ya que cobraba por comisión y los meses siguientes a mi "robo" mis representantes se multiplicaron me hicieron ganar el dinero suficiente como devolverlo.

Lo que sucedió es que cuando un vividor tiene acceso a un filón de oro como lo era yo con mi hermano, nunca iba a parar. ¿Por qué debería hacerlo si me tenía cogido por los ovarios y no pensaba soltarme? Era mucho más fácil pringarme a mí que ponerse a trabajar.

No había sabido nada de él desde que le saqué las castañas del fuego hacía ya un par de meses, y cuando lo vi entrar en mi oficina supe que quería más, porque por supuesto no venía a darme los buenos días.

No me equivoqué.

—¿Qué haces aquí?

Cerró la puerta de mi despacho y se sentó ante mi mesa con toda la tranquilidad del mundo. ¡Tendría poca vergüenza!

Mi corazón se aceleró y mis manos comenzaron a sudarme. No lo quería aquí. No lo quería cerca de mí, ni por supuesto quería tener nada más que ver con él por el resto de mis días.

—Buenos días para ti también, hermanita.

Me sonrió con esa sonrisa taimada que me decía que no me iba a gustar lo que tenía que decirme.

—No sé a qué has venido, pero no me interesa, así que, por favor, lárgate.

—Qué maleducada —chistó con la boca en un gesto molesto— solo he venido a ver a mi hermanita. No esperaba que me recibieras así.

—Ya me has visto, buenos días y adiós.

Le señalé la puerta sabiendo que no se iría hasta que me dijera lo que había venido a decirme, pero se iba a llevar una gran sorpresa.

—No puedo irme hasta decirte que vuelvo a necesitar dinero, ya sabes…

—No me importa una mierda lo que tú necesites, quiero que te vayas y te olvides de mí.

Estaba tan furiosa que me entraban ganas de darle un puñetazo en la cara y eso que yo odiaba la violencia física por encima de todo.

—No puedo hacerlo, necesito…

—Me importa una mierda —repetí sin dejarlo hablar.

Me sorprendió su rapidez, se levantó y me cogió una mano tirando de mí para acercarme a él por encima de la mesa. Ahogué un gemido, tanto por la sorpresa como por lo fuerte que me sujetaba la muñeca.

—Escúchame y déjame hablar, joder —me quedé callada, estupefacta por su agresividad. Me pregunté qué había pasado con el niño tan dulce que era. Me miraba con tanta frialdad que no reconocía en él al niño que yo adoraba. ¿Qué le había pasado estos años para convertirse en este monstruo sin corazón?

—Quiero doscientos mil y los necesito para antes del viernes. ¿me oyes?

—No pienso darte una mierda.

—¡Oh, ya lo creo que sí! —su sonrisa me dio escalofríos. ¿Dónde me había metido por intentar ayudarlo? Estaba dispuesta a hablar con Ray si hiciera falta, pero no pensaba dejar que me chantajeara de nuevo— ¿qué crees que pensará tu cantante favorito cuando se entere de lo que le has hecho? ¿crees que seguirá confiando en ti?

—Se lo diré yo misma si hace falta. No voy a permitirlo de nuevo, ¿me oyes? Búscate a otro tonto que te pague tus putos vicios.

—¿Y si fuera a la prensa con la historia?

Eso sí que me dejó helada. Era un farol. No podía pensar en hacerme eso. No tiraría mi carrera por la borda. Ni siquiera él era tan desalmado.

—No lo harás —o en el fondo de mi alma, eso esperaba, porque un escándalo así me destruiría por completo. Nadie más me contrataría y aunque se lo hubiese hecho a uno solo de mis representantes, los demás pensarían si también les había estado robando con las comisiones.

—¿Estás segura? Tengo una reunión con una periodista bastante hija de puta, por lo que he oído, que estará encantada de pagarme lo que le pida por la noticia de que la representante de los *Tentations* roba dinero al grupo. ¿Qué imagen de ti daría eso? ¿lo has pensado?

Me quedé sin habla.

Cuando me soltó me quedé sentada en el sillón con sus palabras en mi cabeza. No tenía fuerzas para mantenerme de pie, ni siquiera podía respirar ni mucho menos defenderme. Estaba acabada. Por mi propio hermano. Por mi familia. ¿Era capaz de vender la historia a una periodista?

—Si no me crees, esta tarde a más tardar tendrás noticias de ella.

Y se marchó sin mirar atrás, sin importarle que mi vida se hubiese ido a la mierda directamente.

¿Cómo iba a salir ahora de esto sin que el escándalo salpicara mi carrera? ¿Y Ray? ¡Dios mío, Ray!

# RAY

Me había despertado al amanecer, con el viento susurrándome una melodía con la que había estado soñando, y que oía sobre el tejado y el temblor de las ventanas.

Me levanté, dejando a Liam dormido bocabajo en la cama, y lo tapé con cuidado de no despertarlo.

Total, tenía que poner música mientras la escribía antes de que se me fueses de la cabeza, y sabía que Liam despertaría gruñendo por tener la música tan alta. Ya me encargaría de compensárselo.

Mientras iba al baño y me vestía, pensé en lo en paz que me sentía desde hacía unos días. Las pesadillas habían dejado de atormentarme todas las noches, ya apenas las tenía más que de vez en cuando. Supuse que mi subconsciente se encargaba de recordarme lo sucedido para que no se me olvidara. Como si algo así pudiese pasar.

Por más que me costara admitirlo, era todo gracias a Liam. El cuidaba de mí sin tener la necesidad de hacerlo. Se preocupaba de que comiera cuando me enfrascaba tanto en mi música que me olvidaba de alimentarme, encendía la chimenea y ahora que podíamos salir de la casa todos los días que el tiempo nos dejaba, pocas veces, se encargaba de mantenernos abastecidos de leña y de que no se congelase otra vez la puerta de la casa. Todo el trabajo físico lo hacía él, porque no se fiaba de que no me cortase una pierna con el hacha y cosas así. Era un buen hombre, aunque habíamos empezado con muy mal pie y tenía una idea preconcebida sobre mí… bueno, que iba a ser preconcebida, era realista. Yo soy un negado para la supervivencia, un principito mimado como le

gustaba llamarme, pero encima, ahora al que le gustaba mimarme era él. Así no iba a espabilar nunca, pero no iba a quejarme.

—Buenos días, dormilón.

Apolo se desperezó con lentitud. Estiró una pata después de otra mientras yo abría la puerta de la casa para que saliese a hacer sus necesidades. El viento aulló como si se quejase en voz alta y me azotó la cara con fuerza y sin manos.

—Tú a tu ritmo, ¿eh? No te vayas a estresar.

Dejé al perro remoloneando por el salón pidiéndome mimos, mientras encendía la cafetera y me ponía a apilar leña en la chimenea como me había dicho mil veces Liam que hiciera. Se apagaría la muy desgraciada solo por dejarme en mal lugar. Nunca había pensado que encender una chimenea pudiese ser casi un invento de ingeniería, pero a mí se me daba fatal.

—Vete ya a mear que como te mees aquí te cortó esos dos cataplines colgando que tienes. Arreando.

Mientras Apolo salía, por fin, y la chimenea se pensaba si encenderse o no, me serví el primer café del día y busqué una playlist que sonara mientras me sentaba a escribir la melodía que no dejaba de oír en mi cabeza.

Cuando me quise dar cuenta, estaba componiendo la letra también. Una balada que hablaba de curarse las heridas y de encontrar un amigo en el momento en que más lo necesitas.

No oí a Liam levantarse ni ponerse a hacer el desayuno. Solo estábamos en esa mesa y en ese salón, la música de mi cabeza y yo. Y los sentimientos que plasmaba en el papel sin darme cuenta siquiera. Había sido como si ellos mismos quisiesen salir de mi interior y formar una preciosa balada que supe al instante, que era una de mis canciones más bonitas, más emotivas y personales de toda mi carrera profesional.

—Deja eso un momento y desayuna algo. No puedes pasarte la mañana con un mísero café.

Asentí sin oírlo siquiera mientras escribía con rapidez el estribillo y tarareaba para mí como debía sonar.

—La chimenea está apagada —le oí decir mientras seguía distraído sin hacerle caso— demasiados troncos grandes y poca yesca debajo para que puedan prender. ¿Cuántas veces te lo he…? Vale, déjalo, porque no te estás enterando de nada ¿verdad?

—¿Qué?

Alcé la vista y vi a Liam mirándome con una sonrisa en la cara. ¿Cuándo se había levantado?

Vi el plato con tortitas y chocolate caliente por encima y mis tripas rugieron como un león hambriento.

—Tortitas… gracias. ¿Qué decías de la chimenea?

La miré y me di cuenta de que estaba apagada y había llenado la cabaña de humo, pero sin prenderse la llama.

—La había encendido, lo juro. Pero me odia a muerte. —la miré ofendido por volver a dejarme en mal lugar— Esa puta chimenea me odia.

Se rio bajito y volvió a por su plato para sentarse a desayunar conmigo en la mesa.

—Vamos a morir asfixiados con tanto humo —me picaba la garganta y tosí para aclarármela.

—¿Y de quién es la culpa?

—De ella que me odia —lo tenía clarísimo— tu perro ha salido ya —le indiqué cuando vi la puerta cerrada y al susodicho animal comiendo tranquilamente en su cuenco pasando de nosotros.

—Lo sé, pero te habías dejado la puerta abierta y en vez de esperar a que volviese para cerrarla, la has dejado así y hace un frío que pela aquí dentro porque la chimenea…

—Está apagada, ya lo sé —me metí un tenedor enorme con varias tortitas, estaba famélico— ¿quieres que te caliente?

—Quiero… —se pasó las manos por el pelo, como hacía siempre que estaba frustrado— déjalo. Cuando te pones a componer te olvidas del mundo. Ya estoy acostumbrado. ¿has compuesto mucho?

Siempre se preocupaba por mi trabajo, aunque este me engullera por completo y me olvidara del resto del mundo como me pasaba siempre.

—He escrito una balada preciosa, con letra y todo —le dije muy emocionado.

—Bien, me alegro mucho. Y ahora come, te he servido otro café, que el de antes estaba frío y ni siquiera lo habías probado.

—Vale, gracias.

Y seguí a lo mío.

# LIAM

Vi salir a Ray de la habitación vestido con innumerables capas de ropa y con mis botas de montaña puestas, con lo que las odiaba y algo me dijo que pensaba salir con el frío que hacía.

—¿Vas a algún sitio?

No pensaba que fuera tan inconsciente. Además, era terriblemente friolero así que no sabía qué era lo que se proponía.

—Voy a salir a dar un paseo.

Se acercó para darme un rápido beso en la boca con sonido y todo, y se encasquetó mi gorro de lana y mis guantes porque sí, porque podía.

Miré por la ventana, y aunque no nevaba en ese momento, había salido antes para meter leña y hacía un frío de mil demonios. No entendía qué le había picado para querer salir sin necesidad.

—¿Estás de coña? ¿Has visto el frío que hace ahí fuera?

Ni siquiera miró por la ventana, al parecer lo tenía más que claro.

—¿Qué mosca te ha picado para querer salir hoy?

Se encogió de hombros sin contestarme y eso me empezó a poner de mal humor. Era terriblemente irresponsable y no era capaz de darse cuenta de cuándo se ponía en peligro. Yo odiaba hacerle ver las cosas, quizás porque no me gustaba que nadie me dijera lo que tenía que hacer, pero es que él era tan inconsciente…

—Ray…

—¿Qué? —empezaba a perder la paciencia. Bien, yo también.

—¿A dónde quieres ir con el tiempo que hace?

Abrió la puerta de un fuerte tirón y me miró desde allí.

—Estoy harto de estar encerrado, necesito salir y tomar el aire fresco.

Lo entendía, pero como yo me encargaba de salir casi todos los días para cortar y acarrear la leña, hacía algo de ejercicio, en cambio él se pasaba el día componiendo música y bebiendo café. Para un culo inquieto como él debía ser duro pasar tanto tiempo con una vida tan sedentaria.

—No es buena idea…

—¿Quieres dejar de decirme lo que puedo hacer? —me replicó enfurruñado.

—Solo intento ayudarte —a la mierda mi paciencia también— no hace un día para salir a pasear como si estuvieses en las playas de Malibú o en Central Park, salir aquí, con tu instinto nulo de supervivencia, es ponerte en peligro. No puedes ser tan inconsciente, joder.

—¿Qué no? Lo vas a ver en persona.

Y cerró la puerta de un portazo.

—¡¡Como se te ocurra perderte dejaré que te coman los putos lobos!! —le grité para que me oyera.

—Pues que les aproveche— me gritó de vuelta.

No pensaba ir a por él.

El tiempo iba a cambiar de un momento a otro, y si no volvía rápido, lo pillaría fuera y se perdería como la ventisca fuera intensa. ¡Qué mierda! Aunque hiciera un sol espléndido y lo acompañara Apolo, que sabía volver a casa desde cualquier parte, se iba a perder.

—Mierda de vida, joder. No pienso preocuparme por ti, principito mimado e inconsciente.

A quién iba a engañar. No había salido por la puerta y ya estaba pensando en el montón de problemas en los que podía meterse simplemente por perderlo de vista unos instantes. Caerse por la ladera de la montaña. Sentarse y quedarse congelado. Que se lo comieran los lobos, ese pequeñajo al que le dio la leche sería el primero en darle el primer bocado. Caerse y romperse una pierna y quedarse tirado en la nieve…

—Mierda puta, joder.

Cogí mi chaquetón y maldije a Ray, otra vez, por llevarse mis guantes y mi gorro de lana. Saldría a buscarlo, y lo acompañaría a donde quisiese ir. No iba a quedarme tranquilo sabiendo el montón de cosas que podían pasarle en un momento.

—No me mires con esa cara y no me juzgues —le dije Apolo mientras me abrochaba el abrigo y me ponía el gorro, antes de coger las llaves para salir tras mi …vecino, eso es lo que era. Un vecino molesto, quejica y tan inconsciente como un crío de cinco años— haría lo mismo por cualquier otra persona. No es que él me importe más que nadie. No es eso.

Claro que no, tú sigue mintiéndote a ti mismo que se te da genial.

Cerré la puerta al salir, tras asegurarme de que no había peligro de que se cayesen troncos de la chimenea y saliese la casa ardiendo.

Fuera hacía mucho más frío del que me suponía. Aunque no nevaba todavía, el cielo lleno de nubes oscuras preñadas de nieve, prometía que la tarde iba a ser un infierno, así que tenía que encontrar a Ray antes de que se alejara demasiado. Miré el reloj comprobando la hora que era y el tiempo que hacía que había salido de la casa. Menos de media hora. No podía haberse alejado mucho en ese tiempo. ¿verdad?

# RAY

Salí de la casa tan enfadado, que iba dando pisotones intentando alargar las zancadas como un niño enfadado con su madre. Bueno, lo de dando pisotones es un decir, porque según me iba alejando de la casa y adentrándome en el bosque, la nieve caída me enterraba casi hasta las rodillas, así que cada vez me costaba más avanzar.

Odiaba al maldito tiempo, la nieve me estaba congelando los pies, incluso con las botas horrorosas de Liam, y no quise pensar en cómo hubiera sido si me hubiese traído mis deportivas monísimas y tan inadecuadas para esta mierda de terreno. Odiaba a Avery por no haberme prohibido venir aquí y sobre todo odiaba a Liam, bueno a él no demasiado, me odiaba a mí y a mi fantástica idea de salir a dar una vuelta para ver… ¿el qué? ¿Qué coño quería ver aquí fuera aparte de nieve, árboles llenos de nieve y más nieve que empezaba a caer tímidamente entre los árboles como si les pidiera permiso para pasar entre ellos? ¿Ahora se ponía a nevar otra vez? ¡Qué mierda de vida joder!

Estaba tan frustrado que le di una patada a un árbol que se cruzó en mi camino, con tan mala suerte que me cayó encima un montón de nieve que tenía acumulada que casi me cubrió por entero.

—¡Mierda puta, joder! —grité en alto sin importarme nada si alguien me podía oír o no— ¡me cago en la nieve en el frío y en el Conde Drácula!

Empecé a quitarme la nieve de encima que me había mojado la cara y se me había colado por dentro del cuello del chaquetón, y comencé a bailotear intentando que no me diera la sensación de frío

por la espalda. No hubo manera. Me hubiese puesto a llorar por la frustración tan tonta que tenía encima. ¿Por qué no le había hecho caso a Liam?

—Porque es un idiota prepotente y nadie me dice lo que puedo o no hacer. ¡Ja! ¡Que no iba a salir de casa! Pues aquí estoy —quería gritarle.  En medio de un bosque cubierto de nieve donde no había nada ni nadie, ni animales correteando entre los árboles ni siquiera se oía pájaros piar.

—¿Dónde estaba todo el mundo? ¿Los bosques no deben estar llenos de vida? —me dije.

Estaba enfadado conmigo mismo, frustrado y congelado, y cuando me puse a mirar por donde había ido, me di cuenta de que me había alejado más de lo que pretendía y que no tenía ni idea de donde me encontraba. ¡Perfecto!

—Piérdete también que es lo único que te faltaba hoy, gilipollas.

Lo de insultarme a mí mismo se me estaba empezando a ir de las manos. Miré a mi alrededor intentando averiguar por donde había venido para poder volver. No quería pensar que me había perdido en un bosque al lado de mi casa. No quería ser tan patético y no pensaba darle a Liam el placer de decirme "te lo advertí" Pero empezaba a ponerme nervioso y me maldije por no haberme traído a Apolo por lo menos.

—Los exploradores siguen las huellas en la arena —me recordé en voz alta— así que no debe ser tan difícil ver las mías en la nieve.

Y eso hice, buscarlas. Al caerme la nieve del árbol encima había tapado mis huellas allí, pero pude verlas un poco más adelante.

—Ahora solo tengo que seguirlas —miré la cuesta por donde se veían mis pisadas y suspiré, deseando llegar y darme un baño muy caliente porque me estaba quedando congelado.

—Encima hay que subir esta puta cuesta con la nieve por las rodillas —iba sin aliento. Estaba claro que estaba en baja forma, así que me maldije por ser tan tonto de seguir mis impulsos y salir con el tiempo que hacía.

—Aquí no para de nevar nunca ¿o qué?

Entonces lo oí, entre los árboles. Unos pasos de animal que parecían seguirme, Suspiré aliviado pensando que era Apolo. Él me indicaría el camino a casa.

—¿Apolo?

No se acercó, pero los pasos se detuvieron y que el perro no viniera conmigo me indicó que no me estaba siguiendo quién yo pensaba. Oí más pasos por el otro lado y un aullido en la distancia. ¡Lobos!

—Ay mi madre, lo que me faltaba ya. ¿Pero no son animales nocturnos?

Intenté acelerar el paso mientras los pasos se reanudaban a mi alrededor y mi corazón comenzó a bombear con fuerza.

—No tienen por qué ser lobos, pueden ser conejos o cualquier otra cosa.

Otro aullido contestó, mucho más cerca que el anterior.

—Estos cabrones se están comunicando que soy una presa fácil.

Empecé a buscar un palo para defenderme en caso necesario. Comencé a apartar la nieve del suelo buscando algo con lo que poder defenderme. Volví a oír lobos y muchos más pasos a mi alrededor y comencé a trepar casi a cuatro patas por una cuesta muy empinada. Estaba casi hiperventilando, tanto por el esfuerzo, como por el miedo esperando que un montón de lobos se abalanzaran sobre mí de un momento a otro.

—Joder, joder.

Entonces vi un trozo de madera sobresaliendo de la nieve y tiré de él pensando que me podría valer. Tiré y no pude sacarlo. Debía ser un trozo de raíz o algo, pero era perfecto para defenderme. No demasiado grueso ni delgado, por lo que no quise darme por vencido. Necesitaba algo para defenderme y sentirme más seguro en el caso de que algún animal me atacara. No quería estar indefenso, así que tiré con todas mis fuerzas.

El trozo de madera se soltó de donde estaba sujeto y con la inercia que llevaba, perdí el equilibrio. Manoteé buscando algo a lo que aferrarme, pero por supuesto, no había nada, así que caí hacia atrás y bajé rodando por la cuesta por encima de la nieve, clavándome por todas partes lo que había en el suelo del bosque.

Sentí un intenso dolor en un tobillo cuando uno de los árboles por fin paró mi vergonzoso descenso por la montaña y cuando choqué con la parte trasera de la cabeza. Oí que alguien me llamaba en la distancia, pero todo me daba vueltas y sentía dolor por mil sitios distintos. Al final me comerán los putos lobos fue lo último que pensé antes de desmayarme.

# LIAM

Cuando escuché a los lobos aullar, mis tripas se retorcieron de manera dolorosa.

—Ray —fue lo único que pensé.

Encontrarlo se convirtió en algo primordial. Tenía el presentimiento de que algo malo le había pasado, aunque apenas hacía media hora o así que había salido de la cabaña. Los lobos no solían acercarse a la cabaña y solía oírlos principalmente por la noche, pero con el tiempo tan malo que había hecho estas semanas atrás, no me extrañaba nada que estuviesen cazando por el bosque. ¿A Ray?

—Busca a Ray, busca… —le pedí a Apolo, que no se había alejado de mi lado, pero que miraba hacia los árboles como esperando que algo saliera de allí de un momento a otro. Incluso gimoteaba nervioso. Ante mi petición echó a correr y desapareció cuesta abajo.

—¿Qué coño?

Eché a correr tras él, o por lo menos lo intenté, porque la nieve me llegaba casi a la rodilla y era muy difícil intentar correr en esas circunstancias. Para empeorarlo todo, había empezado a nevar de nuevo y temía que las huellas que había en la nieve y que podía seguir con relativa facilidad, ya que el perro había desaparecido de mi vista, se borraran como hacía el mar con las huellas en la orilla.

—¡¡¡Ray!!!

No podía haberse alejado mucho, ¿verdad? Era un negado para los deportes, cualquiera de ellos, así que en el tiempo transcurrido

desde que había salido hasta ahora no podía estar muy lejos. Me extrañó que no me contestara. Aunque siguiese enfadado conmigo por… el motivo que fuera no sería tan tonto de alejarse de la cabaña cuando había empezado a nevar otra vez.

—Contesta, joder…¡¡¡Ray!!!

Cada minuto que seguía sin que me contestara hacía que mi corazón latiese más deprisa por el miedo. No quería imaginarme a los lobos comiéndoselo, pero su cuerpo tirado en la nieve manchada de sangre se clavó en mi mente como un recuerdo grabado a fuego.

Los lobos comenzaron a aullar de nuevo y yo intenté darme más prisa cosa que la nieve no quería permitirme.

Oí ladrar a Apolo y esperaba que eso significase que lo había encontrado. Lo llamé de nuevo y seguí sin oír su respuesta. El perro no parecía estar demasiado lejos así que supuse que Ray me debería estar oyendo y que no me contestase me hizo volver a pensar en lo peor.

—Joder, Ray… voy a retorcerte el pescuezo por ser tan irresponsable —maldije que se llevase mis botas ya que las zapatillas que llevaba puestas se habían calado en el primer momento que pisé la nieve y tenía los pies congelados. Y las manos por haberse llevado mis guantes también— maldito Ray— aunque me alegraba que estuviese bien protegido por el frio, porque en el fondo, sabía que le había sucedido algo y por eso no me contestaba.

Apolo volvió a ladrar de manera furiosa y desesperada, así que intenté correr con la nieve maldiciendo que no pudiese avanzar con más rapidez.

Cuando empecé a bajar una cuesta bastante empinada lo vi. Tirado en el suelo con el cuerpo desmadejado contra un árbol que parecía haber frenado su caída, según las huellas que había en el suelo. El corazón me dio un brinco y bajé la cuesta todo lo rápido que pude, rezando para que no estuviese muerto. Apolo hacía guardia junto a su cuerpo, mientras me esperaba a que llegara hasta ellos. Los lobos volvieron a aullar cada vez más cerca.

—¡Hostia puta!

# RAY

Sentí que alguien me hablaba mientras me toqueteaba por todo el cuerpo. Gemí al moverme la cabeza. ¡Joder, qué dolor!

—Ray… Ray, háblame joder. Di algo.

Me obligué a abrir los ojos y a centrarme en quién tenía ante mí. ¿Era Avery? Una oleada de nostalgia me invadió y deseé tenerla conmigo y abrazarla.  Cuanto la quería joder. Pero cuando centré la vista, a quién tenía inclinado sobre mí era a Liam, que me miraba con sus ojos negros llenos de preocupación. No pude evitarlo.

—¿Quién eres tú? ¿te conozco?

Abrió tanto los ojos por la sorpresa, que temí que se le salieran de sus órbitas y no pude evitar echarme a reír, aunque eso me hizo gemir de dolor por cien lugares distintos.

—Eres el tío más gilipollas que conozco —¡qué indignado estaba! Me reí más fuerte.

—Lo siento, lo siento, no me hagas reír que me duele todo. Deberías haberte visto la cara.

—Te mereces que te deje aquí tirado para que te coman los lobos.

Uno aulló como si estuviese de acuerdo con sus palabras. Eso me hizo ponerme alerta. Fueron los putos aullidos de los lobos por lo que me había caído montaña abajo.

—No seas malo y ayúdame a levantarme —pedí mirando a nuestro alrededor esperando encontrarme a los lobos en cualquier momento.

No quería morir aquí, en medio de ninguna parte, y eso hizo que intentara ponerme de pie con más rapidez, incluso con todos los dolores que tenía. Gemí al poner un pie en el suelo.

—Vale —se agachó para mirarme el tobillo y me lo estuvo moviendo para comprobar si podía estar roto— tienes un esguince, no está roto.

Volví a gemir cuando lo intenté poner de nuevo en el suelo. El instinto me decía que teníamos que movernos y volver a la cabaña cuanto antes. Me toqué la parte trasera de la cabeza al notar que algo caliente me resbalaba por el cuello y me miré los dedos, extrañado de encontrármelos llenos de sangre.

—¿Es sangre?

—Te has golpeado la cabeza contra el árbol, te la curaré cuando lleguemos a casa.

Los lobos volvieron a aullar y miré detrás de mí esperando verlos allí.

—Eso ha sonado muy cerca —dije en alto.

—Y oler la sangre los va a poner más nerviosos todavía, hay que volver, ya. Dime que puedes andar.

Me ayudó a incorporarme y me sujetó por debajo de los hombros para ayudarme a caminar. No podía apoyar el pie, pero quedarnos allí con los lobos tan cerca no era buena idea. Miré la pendiente por donde me había caído antes y gemí al entender que iba a ser muy difícil subirla antes de que los lobos llegaran.

—Mi pie…

Aunque me dolía a rabiar, no iba a ralentizar la subida. Estábamos en verdadero peligro. Apolo comenzó a gruñir mirando detrás de nosotros.

—El perro los huele o los ve… —dijo temiendo que los lobos lo atacaran a él primero.

—Apolo, aquí. Vamos —el perro lo miró unos segundos y volvió a mirar entre los árboles— no pienso perderlo hoy —me dijo en voz

baja. Odié habernos puesto a todos en esta situación— Apolo, vamos.

El perro por fin se vino con nosotros y empezamos a subir la pendiente todo lo rápido que podíamos. Veía las estrellas cada vez que apoyaba el pie, pero Liam no iba a poder subirla cargando con mi peso, así que me mordí la lengua y seguí subiendo mientras la mirada se me nublaba y sentía que se me iba la cabeza.

—Ray, no te desmayes ahora ¿me oyes? Sigue subiendo, vamos.

Sus palabras me trajeron de vuelta, aunque la cabeza cada vez me dolía más. Aunque tenía la ropa mojada y estaba congelado, empecé a sudar por el esfuerzo de subir la puta montaña con el dolor de mi pie, y de obligarme a mantenerme consciente. Me aferré a los troncos que encontraba para impulsarme y poder subir más rápidamente. mientras Liam me sujetaba tan fuerte que tendría moratones en las costillas cuando me soltara. Me alegré de que estuviese allí conmigo en ese momento. Había un hueco en mi pecho, junto a mi corazón que se llenaba poco a poco de los sentimientos que este hombre provocaba en mí. Si moríamos allí, comidos por los lobos no me lo iba a perdonar nunca.

—Lo siento —balbuceé sin aliento. Era importante que lo supiera.

—Ahora no, guarda las fuerzas hasta llegar a la cabaña. Ya casi estamos.

Volví a marearme, pero esta vez sentí que caía y que la nieve venía a mi encuentro.

Luego sentí que me izaban y me apretaba contra un cuerpo fuerte y su olor, ese olor que solo él tenía, fue lo último que olí y sus palabras las que me acompañaron hasta la oscuridad.

—Quédate conmigo, Ray…

# AVERY

*5 años antes*

Desde que mi hermano me amenazó con contarlo todo a la prensa y arruinar mi carrera, he vivido aterrada, esperando que la consecuencia del único acto reprochable que he hecho en mi vida se cerniera sobre mí para destrozarme la vida.

Me merezco todo lo que me pase por miserable. Apenas puedo mirar a Ray, que me observa como si fuese un rompecabezas que tiene que unir y que ya me ha preguntado varias veces qué es lo que me pasa. Si hubiese tenido el valor de contárselo todo, no me encontraría en esta situación.

Él me despediría y aunque me dolería el corazón por apartarse de mi lado porque lo quiero como a un hermano, lo entendería. Pero ahora, que mi futuro pende de que mi hermano mantenga la boca cerrada, tampoco he encontrado el valor de contarle lo que hice.

—Oiga, no puede entrar ahí.

Las palabras de mi secretaria me sacan de mis pensamientos y me preparo para lo que vaya a entrar por la puerta. Creo que ha llegado el momento. Después de todo mi hermano si me ha traicionado. ¡Hijo de puta!

—Estoy segura de que tu jefa se alegrará de verme.

Conozco a la mujer que acaba de entrar por la puerta. Carla Sinclair entró en mi despacho como si fuese la dueña y al verla, supe que mi hermano ya se lo había contado.

Esa misma noche recibí un WhatsApp de Clint avisándome de que se marchaba de la ciudad porque la periodista a la que le había contado la historia le había pagado lo suficiente como para empezar de nuevo en otro lugar.

*Siento el problema en el que te he metido, pero necesitaba el dinero*

# RAY

Varias cosas me trajeron de vuelta de la oscuridad. La voz de Liam pidiéndome que despertara y los tambores que redoblaban en mi cabeza. Deseé morirme otra vez.

—¿Ya me he muerto?

—Sí, y estás en el infierno.

Intenté centrar mi mirada en Liam, que intentaba darme la vuelta en… ¿dónde coño estaba? ¡Ah, en mi sillón!

—Deja de moverme tanto que me mareo, joder.

—Quédate tumbado así boca abajo que te tengo que mirar la herida de la cabeza que no deja de sangrar.

Recordé de repente el accidente y a los lobos. ¡Coño, los lobos!

—¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿Y los lobos? No se habrán comido a Apolo ¿verdad?

—De veras que no sé cómo puedes hacer tantas preguntas de temas tan dispersos en un segundo —oí la diversión en su voz— Pero te las contestaré a todas si dejas de moverte.

Sentí que me apartaba el pelo de la cabeza y me obligué a quedarme quieto mientras sentía que todo me daba vueltas.

—Estoy mareado, Liam…—me sentía tan mal que agradecía que estuviese allí conmigo.

—Te has golpeado esa cabeza de chorlito que tienes, y para tu información los lobos no se han comido a Apolo, ni a nosotros, ya puestos.

—¿Me has traído tú hasta aquí? —No sabía bien cómo de lejos estaba de la cabaña cuando tuve el accidente, así que no tenía claro cuánta distancia había recorrido conmigo en brazos, pero no habíamos terminado de subir la cuesta cuando me desmayé— ¿Liam?

—Era eso o dejarte allí tirado para que te comieran los lobos, y mira que ganas no me faltaron.

—Gracias —era lo menos que le podía decir si me había salvado otra vez.

—Sí, sí, ya hablaremos de esos arranques espontáneos tuyos que siempre te ponen en peligro, pero ahora intenta no moverte.

Sentí sus dedos entre mi pelo y cerré los ojos intentando que la cabaña dejara de girar a mi alrededor.

—Esta herida va a necesitar puntos Ray, y tienes un esguince en el tobillo, por suerte no te lo rompiste.

—Sí, estoy de contento.

Intentaba bromear para quitarle hierro al asunto. Sabía que Liam se preocupaba demasiado por mi bienestar, y encima estaba enfadado conmigo por ser tan inconsciente. ¡Si es que todo me salía mal, joder! Cada vez que tenía una brillante idea, terminaba salvado por Liam y con el orgullo maltrecho. Hoy las cosas podían haber acabado peor si él no llega a salir a por mí.

—Oí un ruido que al principio no conseguí ubicar y luego me di cuenta de que me estaba cortando el pelo. Mi precioso pelo.

—Espera, ¿qué estás haciendo?

Intenté volverme para verlo, pero me lo impidió de nuevo poniendo una mano entre mis omoplatos.

—Estate quieto si no quieres que te rebane una oreja.

—Dime que no me estás cortando el pelo…— me sentí patético por el lloriqueo con el que se lo dije.

—No te estoy cortando el pelo —me dijo tan fresco, pero lo sentí de nuevo en mi cabeza.

—¡Liam! ¡mi pelo!

—No puedo darte puntos sin cortarte el pelo de los alrededores, ni siquiera se te notará, además el pelo crece.

—No quiero ir por ahí con una calva en la cabeza. ¿qué dirá la gente?

—¿Qué gente? ¿Apolo y yo? ¿o los lobos del bosque?

Caí en que tenía razón, nadie me iba a ver por aquí arriba, excepto que bajara al pueblo, y de momento, con el tiempo que hacía no iba a ser posible. Pero mi pelo era algo que cuidaba todos los días con muchísimo mimo. Aunque casi siempre lo había llevado mucho más corto, me lo había cuidado mucho y ahora que lo tenía largo mucho más.

—Bueno, quién sea.

—Te prometo que solo será un poco de alrededor de la herida y apenas se notará. Ahora no te muevas que te lo voy a curar para darte los puntos. ¿Quieres anestesia?

—¿Cuántos puntos vas a darme? —me imaginé con media cabeza abierta y los sesos asomando…me mareé solo de pensarlo, más de lo que ya estaba.

—Pocos, creo que con tres o cuatro vas listo.

—¿Me dolerá? —no soportaba el dolor. Tenía un límite bajísimo, así que cualquier tontería me dolía a rabiar, y encima, no sabía sufrir en silencio.

—Un poco sí, pero si no te mueves, te prometo que lo haré lo más rápido posible.

Respiré hondo para intentar encontrar valor en alguna parte, en el fondo de mis pulmones por ejemplo. Apolo vino a saludarme como si presintiera que necesitaba mimos en esos momentos.

—¿Puedo darle un trago al whisky por lo menos? —eso me daría fuerzas, ¿verdad?

—Tienes un traumatismo cráneo encefálico y sintiéndote tan mal, lo que menos necesitas es alcohol en tu cuerpo.

—Pues entonces date prisa, y que sepas que voy a gritar como me duela, avisado estás.

Y vaya si grité. Hasta hacerme polvo la garganta. Maldito bosque de mierda y maldito todo, joder. ¡Qué dolor!

# LIAM

Para ser médico hay que tener mucha sangre fría, porque no es fácil saber que le estás haciendo daño a alguien, y si encima era alguien importante para ti, la cosa empeoraba. Por eso los médicos no podíamos operar a nuestra propia familia por la enorme carga psicológica que ello conllevaba.

Haber sido médico militar y haber visto los peores destrozos que se le pueden hacer a un cuerpo humano, me habían anestesiado, o eso pensaba. Pero oír a Ray gritar me había provocado un pellizco en el corazón que nunca había sentido antes. Deseé abrazarlo y consolarlo, pero como no lo podía hacer me dediqué a coserle los puntos lo más rápido que podía. Eso sí podía hacerlo.

Tenía que revisarle con atención el pie para descartar que tuviera algo roto y también vigilar los síntomas de su golpe en la cabeza, que era sin duda lo más grave. ¡Una cosa detrás de otra, Liam!

Ray era sin duda la persona más escandalosa y quejica que había tratado nunca, y eso me arrancó una sonrisa a mi pesar, mira que era pupas, por dios, pero incluso así, me dediqué a tranquilizarlo un poco.

—Ya casi está, no seas tan llorica que no te puede doler tanto.

Clavar la aguja, pasar el hilo, coser, anudar y otro más. Sin pausa.

—Que me duele mucho, joder —lloriqueó en voz alta— ponme anestesia o algo.

—Ya estoy terminando.

—Que siento pasar el hilo y me está dando mucho repelús.

Eso me hizo reír bajito para que no me oyera. Tarde.

—¿Te estás riendo de mí? —me dijo indignado— te estás vengando por haber tenido que ir a buscarme, y cargarme en brazos hasta aquí y ponernos en peligro…

—Si quisiese vengarme por todas las tonterías de hoy necesitaría operarte a corazón abierto.

Que estuviese quejándose lo entretenía un poco para que no notase los puntos, que era lo que quería. Me estaban doliendo estos puntos más que a él, y no sabía bien lo que eso significase.

—Dame la botella de whisky o algo…

—Luego —no quería perder la concentración, ya estaba terminando.

—Voy a vomitar, déjame.

Eso sí me sorprendió, algunas personas se desmayaban a la mínima y otras en cambio se mareaban y vomitaban sin llegar a perder el conocimiento, al parecer, Ray era de estas últimas.

Le bastó inclinarse un poco para vomitar en el suelo delante del sillón.

—Lo siento, lo siento, no me encuentro bien.

—Apolo —reñí al perro para que no acercara a comerse el vómito, porque sabía que lo haría si lo dejaba— te prometo que este es el último punto que te doy, no te muevas.

—Me estoy muriendo —gimió en voz baja.

—No seas exagerado —terminé el último punto y le puse un apósito pequeño para que no se le pegara en el pelo o iba a querer morirse si se lo tenía que cortar para despegárselo— ya te puedes dar la vuelta.

Lo ayudé y comprobé que estaba pálido como un muerto. Tenía la cara sudada y los ojos cerrados así que me preocupé porque no sabía bien si su malestar era por los puntos, o por el golpe en la cabeza.

—Voy a traerte agua y a recoger esto, ¿vale? No te muevas.

—Y dame el whisky, también.

—Con el estómago vacío, no. Vas a beber agua y en cuanto te recuperes voy a prepárate un sándwich para que te tomes unos

calmantes para el dolor.

Le lleve el agua mientras limpiaba el suelo. Bebió con avidez y empezó a recuperar el color.

—Quiero cepillarme los dientes —intentó incorporarse para ir al baño sin acordarse de su tobillo y gritó al poner el pie en el suelo— mierda, joder.

—Deja que te ayude, anda —va a necesitar una muleta, me dije a mí mismo— aprovecha para darte una ducha y quitarte la ropa mojada o cogerás una pulmonía— yo me estremecí porque la mía también estaba mojada, pero al estar entretenido con su cabeza, ni siquiera me había acordado.

—Estás tan mojado como yo —ya lo sabía— también necesitas un baño.

—Vale, hacemos una cosa —lo llevaba sujeto por la axila para que me usara como una muleta y fue dando saltitos hasta el baño— lleno la bañera mientras te cepillas los dientes y nos bañamos los dos. Luego te curo el tobillo y comemos ¿vale?

Se quedó de pie delante del lavabo mientras yo preparaba la bañera en la que cabíamos los dos si nos apretujábamos uno encima del otro, como hacíamos normalmente, nada nuevo.

—Siento darte tantos problemas, Liam.

Le sonreí para tranquilizarlo. Era adorable. Un torbellino de energía que había puesto mi mundo del revés desde que lo conocí, pero que había llenado mi vida de risas y amor. No podía negarlo más. Estaba enamorado de Ray Orson.

—Nada que no haga todos los días, después de todo.

Sonrió, apenas una leve inclinación de labios, pero ahí estaba, y me sentí victorioso de sacarle esa tímida sonrisa que iluminó mi vida entera.

—Bueno, es verdad. Qué tontería.

# CARLA

Haber estado extorsionando a Avery para conseguir información privilegiada sobre el grupo del momento los *Tentations*, me había granjeado convertirme en la reportera del momento. Pero todo el mundo sabe que la fama es muy efímera, y yo necesitaba volver al candelero ya que mi jefe me estaba presionando para que diese con otro filón de oro como había sido Ray Orson y su grupo de música.

Desde el accidente se había hablado del grupo hasta la extenuación. Estudiado a todos los integrantes, sus vidas anteriores, su trayectoria musical, sus vidas privadas y todos los escándalos que habían provocado. Con el tema de sus muertes habían ganado mucho más protagonismo, bien le gustaba a la gente el drama, pero como ya hacía unos meses desde la desgracia, poco más jugo se le podía sacar a ese drama.

—Escúchame de una vez —mi jefe no era el rey de la paciencia y ya se estaba cansando de que yo quisiera seguir suponiendo lo que Ray haría con su vida una vez pasara el duelo y dejara de esconderse en Los Cárpatos de los cojones— no vamos a seguir haciendo cábalas, Carla. Ese grupo está muerto y enterrado y no quiero seguir hablando de este tema. Búscate una noticia de actualidad.

—¿Y si voy a buscarlo y le damos un empujoncito para sacarlo de nuevo a la palestra?

—¿Sabes el clima que hace allí? —me recordó de nuevo.

Por supuesto que lo sabía, había estado mirando el tiempo todos los días, esperando a que pasase un poco la ola de frío que hacía

para poder ir a enterarme de primera mano de los planes que tenía nuestro superviviente para su futuro próximo. No podía pasarse la vida allí escondido ¿verdad?

Además, por las palabras de Avery, algo me decía que a lo mejor no estaba solo allí escondido y eso sí que sería una gran noticia.

—Ya, bueno, no va a estar nevando indefinidamente. Podemos aprovechar unos días para ir con una unidad móvil.

Colt, mi jefe, me miró detrás de sus gafas de culo de botella. Cada vez era más orondo y ahora su barriga lo obligaba a estar casi reclinado en la silla porque no se podía sentar erguido.

No me gustaba que no me diera carta blanca para trabajar a mi aire, después de llevar años aguantando el tipo y dando todas las exclusivas de los *Tentations*, pensaba que me lo había ganado con creces, pero al parecer estabas muy bien mirada mientras dieras exclusivas, si no dejabas de ser relevante. Asco de trabajo, de verdad.

Por unos instantes pensé en romper el contrato de confidencialidad que Avery me había obligado a firmar sobre lo del dinero entregado a su hermano, gracias a Ray que seguía sin saber nada, por supuesto, y que, además, sabía que ya había devuelto, así que ir a Rumanía y destapar su ubicación y a la persona con la que estuviese era la única solución que tenía.

—Voy a ir en cuanto mejore el tiempo unos días, no me atrevo a esperar más y que la competencia se entere de su ubicación y nos revienten la exclusiva.

—Haz lo que quieras, de verdad. Pero consigue que merezca la pena.

# RAY

Para mí, meterme en una bañera de agua muy caliente, como me gustaba, era el mejor momento del día. Así que, cuando me introduje en el agua para sentarme entre las piernas de Liam, porque no cabíamos de otra manera, solté un suspiro de alivio como si todos mis problemas se hubiesen solucionado por arte de magia. ¡Qué a gustito, por Dios!

—Tienes toda la espalda llena de arañazos —me dijo Liam ayudándome a acomodarme entre sus piernas— ven —me senté y me dejé caer sobre su ancha espalda— estás hecho un cristo —me besó el hombro con suavidad— no sé qué hubiese pasado si no se me hubiese ocurrido salir en tu búsqueda.

—No seas dramas —mira quién fue a hablar— lo tenía todo controlado.

Quería que se relajara y que se olvidara del susto que supuse que se había llevado. Yo era un puto desastre, siempre lo había sido, y al parecer, no había aprendido la lección todavía.

—Que morro tienes —pero se rio bajito que era lo que buscaba.

—Aquí dentro no se está del todo mal —susurré relajando mis doloridos músculos por los golpes que me dolían como si me hubiese atropellado un camión.

—No vayas a dormirte —me movió un poco para evitar justo eso.

—No te aseguro nada —volvió a moverme y me quejé por la punzada que me dio la cabeza como si me la atravesaran con un punzón— ay, pero ¿qué pasa contigo? ¡Estás tonto! Mi cabeza, joder.

—Por ese mismo motivo no puedes dormirte, tienes una conmoción por el golpe y…

—Ya, ya, ya me sé la cantinela.

Mi teléfono comenzó a sonar y lo cogí de encima de la tapa del váter donde lo había puesto cuando me desnudé. Parpadeé confundido al ver el nombre de la persona que llamaba.

—¿Qué coño? —sacudí la cabeza con cuidado pensando que el golpe me había jugado una mala pasada y estaba viendo que me llamaba la periodista a la que más odiaba de todo el universo.

—¿Qué ocurre?

—No puede estar llamándome esta mujer —dije en voz alta— nadie tiene mi teléfono personal excepto Avery y mis allegados—que ya nunca más iban a volver a llamarme. Me entristecí al recordarlo. ¡Qué mierda todo joder!

—¿Una periodista? ¿No decías que no tenían tu teléfono?

Le enseñé la pantalla para que lo comprobara él mismo. No teníamos secretos, o por lo menos yo no los tenía. Habíamos estado consolándonos mutuamente desde que nos conocíamos.

—¿Y cómo ha conseguido tu teléfono?

Eso me preguntaba yo también.

—Ni idea. Pero esa tía es el demonio en persona, no me extraña que consiga todo lo que quiere, me da escalofríos solo de pensarlo.

Le quité la voz al móvil para que dejara de sonar. Si no se lo cogía se cansaría de llamar, ¿verdad?

—¿Por qué trabaja Avery con una periodista así? —antes de que le contestara añadió— bueno, los escándalos es lo que más le gusta a la gente. Pero tú no estás listo para hablar del accidente ni nada de eso ¿verdad?

—No voy a dar entrevistas de lo que ha pasado ni de cómo me siento ni nada de eso ¿por quién coño me han tomado? ¿de veras piensa esa mujer que voy a hablar de mi grupo? Están muertos, joder. Y fue por mi culpa y…

Intenté ponerme de pie porque sentado no me llegaba el aire a los pulmones. Estaba tan rabioso que sentía deseos de golpear algo, repetidas veces. Muchas veces.

—Ray… —intenté zafarme de sus manos, pero no me dejó levantarme. Mis pulmones seguían bloqueados y me resultaba imposible llenarlos de aire. Me asusté, el pánico empezó a dominarme y gemí como un animal indefenso apartado de su madre. ¿Qué estaba pasando? — Ray, respira, ¿vale? Solo tienes que respirar.

Respirar, sí, eso era. Tenía que respirar. Pero, aunque me relajé de nuevo, o lo intenté sobre su pecho, no conseguí respirar y jadeé, presa del pánico. Me moría, me iba a morir allí en esa bañera y le iba a joder el día a Liam…

—Ray, respira conmigo ¿vale? Puedes hacerlo, estás teniendo un ataque de ansiedad, tienes que respirar despacio, respira conmigo…

Cuando intenté relajarme dejándome llevar por su voz tranquila y suave, pude, por fin, coger algo de aire, y entonces su tono de voz pausado y en calma como las aguas de un lago, me ayudaron a que mis pulmones se relajaran.

No era el primer ataque que me daba. Cuando empecé en el mundo de la música, me pasaba a menudo cuando me tocaba salir a cantar. Luego ya empecé a relajarme un poco más, pero tenía una facilidad pasmosa de que me dieran ataques con los que parecía que iba a palmarla por falta de oxígeno. Es curioso cómo algo que hacemos sin pensar, como es respirar, puede convertirse en toda una odisea cuando te da uno de esos malditos ataques.

—¿Estás mejor?

¿Lo estaba? Mi corazón seguía latiendo desbocado, como las alas de un colibrí, pero por lo menos estaba respirando.

—Sí.

—Tu reacción dice muy claro que no estás listo para hablar de lo sucedido y si Avery está detrás de esto, también deberías decírselo.

— Avery no va a darle mi teléfono a esa arpía, nunca me haría eso, pero lo que me asusta es que esta mujer pagaría lo que fuera por saber dónde estoy, y a veces el dinero es muy mal consejero.

Liam se rio por la nariz.

—Es bueno saberlo. Resulta que puedes ser una mina de oro después de todo, ¿no?

—No lo sabes bien. Soy un partidazo aquí donde me ves —o lo era, antes de todo lo que había pasado. Ahora ni siquiera sabía quién era, ni lo que iba a hacer con su vida.

—Sí que lo eres. Ahora déjame enjabonarte bien para que podamos salir de aquí y puedas comer algo para tomarte las pastillas.

# LIAM

Como médico militar había tratado muchos ataques de pánico. Cuando los soldados, algunos no eran más que muchachos que soñaban con ser héroes y salvar a su país como en las películas de Hollywood, se enfrentaban cara a cara con la muerte, se daban cuenta que el horror que había en ese campo de batalla, nada tenía que ver con lo que pensaban, así que bloquearse, tener ataques de pánico, vomitar y mearse encima eran solo algunas de las manifestaciones que tenía el cerebro de digerir el miedo.

Aunque Ray había evolucionado mucho, hablar del tema y enfrentarse al mundo o a sus seguidores, era algo para lo que difícilmente estaba preparado.

Si él se culpaba de lo sucedido, aunque empezaba a mentalizarse de que había sido un accidente fruto de la mala suerte, por supuesto esperaba que los demás también lo culparan, y por eso no quería volver. Tendría que enfrentarse a todos sus miedos cuando se sintiese preparado para ello, pero todavía no era el momento. Tenía un montón de dudas existenciales y era normal.

Había perdido a los integrantes de su grupo musical con los que llevaba trabajando casi diez años, y la música era lo único que sabía hacer, como él mismo me había confesado.

Y aunque podía ser compositor y vender sus letras a otros grupos o intentar su carrera en solitario, estaba claro que pensar en su futuro cercano le aterraba, y la llamada de Carla, me indicaba que empezaba a quedarse sin tiempo.

Si se enteraba de dónde estaba, la tranquilidad que había venido a buscar se acabaría y tendría que volver a su vida, y yo me quedaría allí solo de nuevo.

Porque ¿qué éramos? ¿amigos? ¿novios? Eso no, por Dios que palabra más fea cuando tienes ya cierta edad, ¿amantes? Tuviera el nombre que tuviera se acabaría cuando Ray volviera a su mundo.

No habíamos hablado de ese futuro que ya se empezaba a insinuar en la distancia. Quizás, porque lo nuestro había sido completamente circunstancial fruto de la coincidencia y del aislamiento en esa montaña perdida, y aunque me doliera perderlo, no parecía haber nada más allá del aquí y el ahora. Por eso pensaba vivir a tope los días que nos quedaran juntos.

—Me quedo en el sillón —dijo después de que se acabara nuestro baño y lo ayudara a ponerse ropa cómoda. Tenía un rictus de dolor en su boca y eso me indicaba que necesitaba medicarse cuanto antes y prefería que estuviese en la cama calentito y cómodo porque las pastillas lo iban a dejar fuera de circulación.

—Mejor vete a la cama que estarás más cómodo. Yo voy a preparar la comida para que te tomes las pastillas.

—¿Vas a darme esas pastillas que me borran todos los problemas de la mente? —me dijo con una sonrisa divertida.

—Sí, pero solo mientras estés tan dolorido, luego ya veremos.

—Oye, que estoy muy malito. Me voy al sillón mejor —y se colgó de mi cuello para que le hiciese de muleta mientras iba dando saltitos hasta el sillón donde se tumbó. No antes de bajar a Apolo que dormitaba allí como le gustaba hacer cuando no había nadie sentado.

La chimenea estaba a punto de apagarse, así que le di el mando de la tele a Ray, le eché algunos troncos y palos pequeños para reavivarla antes de irme a la cocina a preparar algo rápido para comer.

—Haré sándwiches que son más rápidos —le dije a Ray que buscaba algo que ver en la tele.

—Vale el mío doble de queso, por favor.

No conocía a nadie a quien le gustasen los sándwiches de queso más que a él, o el queso, ya puestos. Podía alimentarse solo de lácteos. Yo le obligaba a comer ensaladas y a cocinar verduras que se comía refunfuñando, pero como era un negado en la cocina, no le quedaba más remedio si se quería llevar algo a la boca.

—¿Qué tal la cabeza?

Me preocupaba que tuviera una conmoción más grave de lo que en principio parecía. Pero no había tenido visión doble ni ningún síntoma más preocupante así que lo vigilaría las próximas horas. Bueno, como hacía siempre. Este hombre despertaba mi instinto médico porque tenía una facilidad pasmosa de tener accidentes. Pero pasmosa de verdad. Y luego me sonreía con esa sonrisa avergonzada que siempre hacía que mi corazón trastabillara en mi pecho… y deseara abrazarlo para no soltarlo nunca. Era adorable. Divertido. Sensible. Cariñoso. Y ya no podía negar que era el amor de mi vida. Estaba irremediablemente enamorado de él, y también me aterraba el momento en el que nos tuviéramos que separar. Había llenado mi mundo de luz, cuando ni siquiera me había dado cuenta de que vivía en tinieblas y de risas, cuando ya había olvidado lo saludable que era reír a carcajadas. Y lo perdería todo el día que se fuera.

—Están tocando todos los tambores a la vez. Es como una mala resaca, pero peor, mucho peor. Así que dame ya mi medicina que me he portado muy bien.

La sonrisa que me dedicó no era tan deslumbrante como solía, pero incluso así, no pude evitar acercarme, sentarme a su lado y sujetarle las mejillas para besarlo con suavidad en la boca. Me devolvió el beso con ganas hasta hacerme gemir en su boca. Me obligué a apartarme porque necesitaba descansar por encima de todo.

—¿Y esto por qué? —susurró contra mis labios mientras me perdía en el maravilloso gris de sus ojos.

—Porque sí —me volví a la cocina a por los sándwiches.

—Me gusta porque sí – se acomodó mejor en el sillón mientras esperaba a que regresase con la comida.

—A mí también. Ahora a comer.

# RAY

Yo no era buen enfermo. Que soy un culo inquieto, lo sabía todo el que me conocía, y si no que le preguntaran a Avery que decía que la ponía nerviosa cuando estaba más de media hora en mi compañía, así que, cuando Liam se dedicó a despertarme cada dos horas o así para comprobar no sé qué de mi cabeza, salió a pasear mi mal humor y no estoy orgulloso del montón de calificativos que le solté, ninguno bueno, no os vayáis a creer. Tenía que reconocer que era muy original soltando maldiciones y tacos, pero si algo me jodía más que estar sin poder moverme a mi antojo por el esguince de tobillo y el dolor de cabeza, que no se me había quitado del todo, era que me despertaran por el motivo que fuera.

Si Liam no se había marchado esos días en los que estuve convaleciente después de insultarlo en un montón de idiomas, era porque le importaba más de lo que debería preocuparse por un simple vecino, ¿no?

Se había convertido, sin esperarlo siquiera, en el pilar inamovible de mi vida. Ese que me sostenía cada vez que mi mundo se tambaleaba, que era bastante a menudo. Ya no era capaz de imaginar mi futuro inmediato sin él.

—Déjame dormir o te cortaré las pelotas y se las echaré a Apolo para el desayuno.

Él se limitaba a reírse, ¡a reírse!, sin hacerme ni puñetero caso, y me abrazaba de nuevo para acurrucarse contra mi espalda hasta que me volvía a quedar dormido entre sus brazos.

No se me quitaba de la cabeza, la sensación de catástrofe que sentía en las tripas cada vez que recordaba la llamada de la periodista. Algo me decía que mi tiempo en esta montaña se me acababa y yo necesitaba más tiempo para poder aclarar mis sentimientos por Liam.

Sabía que le importaba, pero ninguno de los dos nos habíamos atrevido a hablar con claridad. Yo le quería proponer que se viniese conmigo a Estados Unidos, podía volver a trabajar como médico o podía simplemente acompañarme en mis giras y darme fuerzas. Me aterraba lo que me esperaba a mi vuelta y todo sería mucho más fácil si lo hacía con él.

¿Le importaba lo suficiente como para querer acompañarme?

¿Dejaría su tranquilidad aquí para venirse conmigo a vivir siempre rodeados de paparazzis estudiando mi vida con lupa para desgranarla luego en los programas del corazón?

¿Era capaz de hacerle eso?

¿Era la vida que yo quería?

¿De verdad quería volver a esa vida?

Últimamente me llamaba la idea de cantar en solitario. Entre las canciones que había empezado a componer, había algunas que sabía que eran buenas. Yo siempre había compuesto nuestras canciones, además, a la discográfica le gustaban, y aunque las canciones que componía ahora eran distintas, se ajustaban muy bien al estilo que quería al cantar en solitario. La pregunta era si habría alguna discográfica que quisiera darme una oportunidad para lanzar mi nueva carrera.

Todas estas dudas me daban vueltas y vueltas en la cabeza y era incapaz de borrarlas.  Era un tío muy resolutivo y tan impaciente, que no me gustaba esperar por ningún motivo. Cuando quería algo, lo quería para ya, y no entendía la necesidad de esperar un momento adecuado. ¿Esperar para qué? ¿Cuándo era el momento de volver a coger las riendas de mi vida? ¿Quién decidía el mejor momento?

—Duérmete y deja de darle vueltas a la cabeza —me dijo Liam al oído.

—Te recuerdo que me has desvelado tú —le recriminé sin demasiada acritud.

Aunque me molestaba que me despertara, sabía que lo hacía por mi bien, bajo prescripción médica, podíamos decir, así que no le podía echar en cara que se preocupara por mí.

Sentir su cuerpo desnudo pegado a mi espalda y su voz en mi oído, me provocó un escalofrío seguido de una erección que creció en un suspiro. Mi apetito sexual era difícil de aplacar, pero Liam estaba a la altura, vaya si lo estaba. Cogí su mano, que descansaba en mi vientre, y la bajé más abajo para que sintiera que había despertado a la bestia.

—¿Esto te lo he provocado yo? —preguntó en mi oído mientras me sujetaba la polla con la mano y comenzaba a moverla de arriba abajo con lentitud.

—Sí —contesté con voz ronca mientras movía mis caderas para provocar más fricción con su mano— ¿Qué piensas hacer al respecto?

Él se río a mi espalda y me soltó la polla para colocarme boca arriba en la cama y comenzar a bajar por mi cuerpo mientras lamía y mordía por donde iba pasando.

—Bueno… ya que es culpa mía, creo que es justo que lo solucione —me dijo mordisqueando mis abdominales sin tener prisa en bajar hasta donde lo quería tener.

—Más abajo —le pedí mientras intentaba empujar su cabeza con las manos.

—Mira que eres impaciente —se rio mientras bajaba hasta mis caderas y me besó la punta de la polla.

Ahí quería tenerlo, joder. Tenía una boca mágica, y que me comiera la polla era una de las cosas que más me gustaba que me hiciera. Entre otras muchas guarradas, claro.

—Justo ahí —indiqué elevando mis caderas de nuevo.

Se la metió en la boca mientras me acariciaba los testículos con las manos. Gemí en voz alta y elevé las caderas para que se la metiera más adentro. Le sujeté la cabeza porque me gustaba ser el que le follara la boca. Él se dejaba hacer mientras comenzaba a moverme con más velocidad. Era algo tan placentero que apenas duraba nada, pero luego se lo compensaría. Le dejaría que me follara hasta la extenuación. No era mal plan. Seguí follándome su boca hasta que me corrí minutos después.

# AVERY

Necesitaba hablar con Ray y enterarme de si Carla se había puesto en contacto con él. Esa buitre me había obligado a darle su número de teléfono, cosa que siempre había evitado, pero esta vez no había podido usar los métodos habituales. Siempre concertaba una entrevista entre ellos para dar a conocer sus nuevos temas o alguna noticia relevante. Al fin y al cabo, Ray solía estar siempre accesible y esas entrevistas habían bastado para mantenerla contenta.

Evidentemente, desde el accidente las cosas habían cambiado, y ella estaba desesperada por tener alguna primicia de la nueva vida de Ray, y también de lo que pensaba hacer con su futuro.

Odiaba verme en esta situación, pero ya era demasiado tarde para ponerle solución. Aunque le contara la verdad a Ray, cosa que había pensado mil veces, si ella hablaba de lo sucedido, mi ética profesional estaría en entredicho, y ese tipo de manchas en mi currículum no se borrarían nunca.

—Hola Avery.

Sonó contento y eso me alegraba de verdad.

—Anda que me llamas, tío capullo.

Se rio bajito y eso me hizo reír a mí también. Me gustaba mucho oír al Ray de antes. Había estado muy preocupada por él. De hecho, no pensaba que hubiese sido buena idea lo de emigrar a una montaña perdida en Rumanía, pero era tozudo como una mula vieja, así que no me había quedado otra que dejarlo hacer las cosas a su manera.

—¿Hace cuánto que hablamos? ¿dos días, tres?

—Los que haga —tres días para ser exactos, pero necesitaba tener noticias de si había hablado con Carla y lo que le había podido pedir— me gusta hablar contigo. Punto.

—Vale, mamá —suspiró resignado— por aquí todo bien. Sigue haciendo un tiempo de mierda y Liam está en modo médico capullo.

No oí lo que le dijo Liam, pero Ray se rio de nuevo. Entonces entendí lo que me había dicho.

—Espera, espera… ¿Has dicho en modo médico? —me lo imaginé quemado en un accidente de cocina o medio comido por lobos, u osos, o los bichos salvajes que habría por allí— ¿Qué te ha pasado ahora? ¿estás bien?

—Sí, sí. No te vuelvas loca. Tuve una estúpida caída en el bosque y me golpeé en la cabeza, pero estoy bien.

Recordé lo peligrosos que podían ser los golpes en la cabeza y eso me hizo sentir taquicardias.

—¿Estás seguro? Mira que los golpes en la cabeza pueden ser muy peligrosos y…

—Estoy bien. Liam es médico, ¿recuerdas? —eso era verdad. Él debía saber bien si era peligroso, ¿verdad? —cirujano militar —aclaró, como si eso fuese un nivel superior en medicina o algo así— el capullo me ha estado controlando el sueño por si se me ha fundido alguna neurona o vete a saber el qué.

—Tenías que haberme avisado. ¿Habéis ido a un hospital? ¿Te han hecho algún tipo de prueba?

—¿Hospital, Avery? —bufó desde el otro lado— sí, claro, vino un helicóptero a sacarme de aquí. Que estamos rodeados de nieve por todas partes—me recordó— pero estoy bien. Ahora solo tengo que recuperarme del puñetero tobillo que también me lo torcí y me tiene de lo más frustrado. No puedo ir a ningún sitio sin que Liam me tenga que hacer de muleta ¿te lo crees?

Me los imaginé a los dos abrazados moviéndose de un lado a otro por la cabaña. Estaba deseando conocer a Liam. Algo me decía que lo de ellos podía ser algo más que un romance de invierno. No me pude resistir a cotillear un poco.

—Hablando de Liam, ¿qué tal? sigue viviendo contigo ¿no?

—Sí, claro. Volvemos a estar incomunicados con el pueblo. Él puede irse a su cabaña siempre que quiera, pero parece ser que prefiere quedarse aquí conmigo —bajó la voz como si me estuviese contando un secreto, aunque yo sabía que estaba a su lado oyéndolo todo. Al fin y al cabo la cabaña no era un palacio para poder cambiar de habitación y buscar privacidad.

—¿Habéis hablado ya de lo que vais a hacer cuando pase el invierno?

—Me voy a la habitación —dijo en voz alta, supuse que para avisar a Liam— Sí, dando saltitos, ¿no me ves? —Lo oí reírse y algunos otros ruidos que al parecer hacía mientras daba saltos para alejarse de Liam. Que no quisiera que se supiese nuestra conversación me decía que podía ser más importante de lo que parecía— ahora no me oye. ¿qué me habías dicho?

—Que si habéis hablado del futuro fuera de esas montañas.

—Sí, bueno, no exactamente. No hemos hablado de sentimientos ni de planes de futuro si es lo que estás preguntando.

—¿Por qué no? —esperaba que esta relación que parecía hacerle tanto bien se prolongase en el tiempo.

—No lo sé. Me da miedo saber que solo le intereso mientras esté aquí con él.

—Pero él te gusta ¿no?

—Sí, claro. Pero sabes lo que es mi vida en Nueva York. Días enteros de grabaciones y viajes interminables de gira. ¿Quién en su sano juicio querría vivir así? Y en Miami es peor todavía.

—No lo sabrás hasta que no se lo preguntes —y me atreví a preguntarle lo que sabía era lo más difícil para él— ¿Ya sabes lo que

vas a hacer cuando vuelvas?

—Sí, quiero probar suerte cantando en solitario.

Me alegré tanto como si me hubiese tocado la lotería.

—¿En serio? ¡Eso es fantástico, Ray…!

—Espera, espera, no te alegres tanto. No tengo ni idea de si alguna discográfica estará interesada…

—Pásame las canciones que tengas y déjame que les eche un vistazo antes de mover algunos hilos.

—¿Cómo sabes que tengo canciones nuevas?

—Porque te conozco, Ray. Y eres músico por encima de todo lo demás. Mándame esas canciones y déjame el trabajo a mí. Te diré algo en cuanto me contesten —respiré hondo antes de hacerle la pregunta del millón— pero ¿estás listo para volver?

—Sí, o por lo menos eso creo.

—Entonces habla con Liam y dile lo que sientes por él. No sabrás lo que piensa hasta que no se lo preguntes.

—Ya.

—Mándame las canciones cuanto antes, anda. Me acabas de hacer muy feliz —estaba dando vueltas por la oficina como si oyera una música que me hacía girar sin parar. Por fin las cosas parecían que volvían a la normalidad. Me moría por ver a Ray resucitar de las cenizas como un puto ave fénix.

—No cantes victoria todavía. A lo mejor son una mierda.

—Los dos sabemos que no lo serán. Habla con Liam.

Y cuando colgué recordé que lo había llamado para hablar de Carla. ¡A la mierda! ¡Qué se jodiera!

# RAY

Liam me estaba esperando cuando salí del baño. Eso de estar dando saltos de acá para allá no era lo mío, y él, que ya me conocía como a la palma de su mano, se apresuró a cogerme por debajo de la axila para hacerme de muleta.

—Deja que te ayude. No queremos que dejes tus preciosos dientes en el suelo, ¿verdad?

No me podía quitar de la cabeza las palabras de Avery. ¿Tenía que hablarle de mis sentimientos? Yo nunca había tenido la necesidad de hacerlo, entre otras cosas porque nunca había tenido una relación larga con nadie como para decirle que era importante para mí. Excepto Connor, pero lo nuestro no era amor. Follábamos a menudo, pero porque éramos amigos y nos pasábamos casi todo el año juntos. Era un buen amigo con derechos y nada más. No había tenido en mis treinta y tres años ninguna relación seria. Era un picaflor, como le gustaba tanto a Avery recordarme. Relaciones esporádicas con un montón de gente sin nombre e incluso sin cara. Ser famoso tenía muchas cosas buenas, pero las relaciones personales sinceras no eran una de ellas. La mayoría de la gente se acercaba a ti buscando fama y dinero. Solo les importaba el personaje famoso, no la persona.

¿Qué era Liam en mi vida? ¿De verdad me importaba tanto como para ofrecerle la oportunidad de que se viniese a vivir conmigo? Lo miré, intentando ver en su cara la respuesta a mi pregunta mientras nos sentábamos los dos en el sillón frente a la chimenea encendida. Apolo vino a lamerme la mano, como si hiciese años que no me veía.  Adoraba a este perro.

Liam alzó las cejas.

—Uy, que cara. ¿Malas noticias?

—No, al revés.

No sabía bien como planteárselo. ¿Querría Liam dejarlo todo para venirse conmigo?

—No sé si me gusta tu manera de mirarme. ¿Vas a contarme lo que te pasa?

Me armé de valor. Solo había una manera de decírselo y no sabría la respuesta hasta que se lo preguntara abiertamente.

—Le he contado a Avery que estoy componiendo nuevas canciones —no sé por qué empecé con esa parte de la conversación en vez de ir directo al grano. Pero también quería saber su opinión sobre mi futuro.

—Eso es bueno, —su sonrisa bailó en su boca unos segundos hasta que se borró— ¿no?

Me leía como a un libro abierto. Al parecer me conocía mucho más de lo que pensaba.

—Me ha asegurado que la discográfica estará encantada de sacar mi disco en solitario.

Sonrió feliz y le salieron unas arruguitas alrededor de los ojos. ¡Qué monas! ¡Céntrate, joder! deja de mirarle las arruguitas y el color oscuro de sus ojos que no llegaba a ser negro, pero casi, eran de un marrón muy oscuro.

—Ya te lo dije. Yo no entiendo mucho de música, pero sé lo que me gusta, y esa canción que tarareas a todas horas es una pasada.

—Que te acuestes conmigo te hace incondicional —me reí para ocultar los nervios que todo esto me estaba provocando.

—No, Ray, no te equivoques. Que me acueste contigo no impide que te diga que eres un idiota la mitad de las veces.

Era cierto, nunca había tenido pelos en la lengua para decirme lo que pensaba de mí, y en el fondo eso era lo que más me gustaba de

él.  Veía al hombre que había en mí, en vez de al artista que era en el que todo el mundo se fijaba. Él me veía a mí. Y yo lo adoraba por ello.

—Ahí estás tú subiéndome la moral —me reí porque, como había dicho bien claro, no tenía pelos en la lengua para hacerme ver lo idiota que era algunas veces.

—Tu ego está ya bastante crecidito, no necesitas que te regale los oídos.

—¿Sabes que eso es lo que más me gusta de ti? —¿qué estaba haciendo? Eso no era lo que tenía pensado decirle— que no te importa darme un baño de realidad de vez en cuando.

—Un placer —se acercó a besarme la punta de la nariz con suavidad y se quedó así, mirándome de cerca, por supuesto sabía que había algo más detrás de todo esto— ¿me cuentas ahora lo que de verdad te preocupa?

—Si la discográfica acepta mis canciones, tendré que volver —y ese era el quid de la cuestión.

Respiró hondo y se alejó un poco sin apartar sus ojos oscuros de mí.

—Entiendo. ¿Tienes idea de cuándo sería?

—No, no quiero que sea pronto, Liam, pero está claro que es hora de que empiece a tomar algunas decisiones.

—Bueno, ya sabíamos que no ibas a quedarte aquí para siempre.

No quise darle más vueltas.

—Quería preguntarte si te vendrías conmigo —hala, ya se lo había dicho. Respiré hondo y erguí la espalda como si me hubiese quitado un gran peso de encima.

—¿Irnos a dónde?

—Mi casa está en Nueva York, pero la discográfica está en Miami, donde también tengo una casa. Estaríamos allí mientras grabo el disco, podías venirte conmigo y buscar trabajo de médico en algún

hospital o no hace falta que trabajes, tengo dinero más que suficiente para…

Se separó de mí y estiró los brazos como si temiera que me lanzara contra él.

—Vale, vale, stop que te embalas —me dijo sonriendo. Yo cogí aire sin darme cuenta de que había estado hablando de corrido y ni siquiera había respirado— no voy a irme contigo para que me mantengas, que lo tengas claro.

Me desinflé como explota una pompa de jabón, ¡pop!

Pero si no se venía a vivir conmigo no sabía cómo podríamos seguir juntos. De repente la idea de volver a mi vida sin él empezó a agobiarme y me obligué a cerrar los ojos y a respirar despacio.

—Vale, lo entiendo —¿por qué había pensado que le importaba a este hombre lo suficiente como para que dejara su vida aquí y se viniera conmigo? El sexo era alucinante, pero sabía que le pedía demasiado. Qué iluso. Pero mi corazón se rompió, y lo miré pensando que había tenido que oír el crujido.

—Ni siquiera me has dicho lo que sientes por mí. ¿Para qué quieres que me vaya contigo? ¿Qué es esto que tenemos Ray? ¿Qué soy para ti?

¿En serio me estaba preguntando eso? ¿No se había dado cuenta de lo mucho que me gustaba?

—Me gustas mucho —dije en voz baja, algo avergonzado por tener que reconocerlo de esta manera— pensé que te había quedado claro después de este tiempo. No ha sido solo sexo, aunque reconozco que me gusta mucho follar contigo. Además, la chupas mejor que…

Se acercó a y me alzó la barbilla con uno de sus dedos.

—Calla ya. Nunca des los sentimientos por sentado —me confesó — tú también me gustas mucho, es justo que lo sepas y para mí tampoco ha sido solo sexo.

Eso me tranquilizó un poco. ¡Menos mal! Ya me sentía lo suficientemente violentado como para que me dijera que solo había sido un polvo placentero o una cama caliente en esta montaña tan inhóspita.

—¿Y ahora qué? ¿has pensado alguna vez en qué haríamos cuándo me fuera? ¿Qué será de lo nuestro? Yo no puedo quedarme aquí indefinidamente. Lo sabes ¿no?

—Sí —se acercó de nuevo y me besó con suavidad en los labios — pero ya veremos cómo lo solucionamos cuando tengas que irte.

—Vale —asentí sujetándole de la nuca para acercármelo más a mí— ahora fóllame como solo tú sabes.

Se rio divertido, pero me acercó a su cuerpo todo lo que podía.

—Tan romántico como siempre —Y me tumbó en el sillón mientras se tumbaba sobre mí para notar su ya creciente erección— mira cómo me tienes ya.

—Bien —me relamí los labios y lo acerqué de nuevo para poder besarlo más— esa era la idea.

# CARLA

Llegar al pueblo, por llamarlo de alguna manera ya que eran cinco casas mal contadas, nos costó, al cámara y a mí, mucho más de lo que esperaba, porque esto parecía Siberia. Había nieve por todas partes y para empeorarlo todo más, seguía nevando y el cielo estaba casi completamente negro, aunque no eran más que las doce de la mañana, presagiando que no iba a mejorar en las próximas horas.

Avery me había dicho que una vez en el pueblo hablara con una tal Anka y a su casa me dirigía en cuanto pregunté donde vivía.

Las personas que estaban en el bar de la pensión, el único del pueblo, nos miraron como si fuésemos extraterrestres. Supuse que no esperaban viajeros con este tiempo, pero esta panda de paletos no sabía que yo no me achantaba ante nada. Necesitaba pillar a Ray Orson desprevenido con él o la amante que tuviera. Esa noticia iba a ser todo un bombazo, y por supuesto yo sería la que diera esta exclusiva.

Tener que caminar por la calle llegándome la nieve por la rodilla era mucho más farragoso de lo que pensaba, y hacía tantísimo frío que temía que se me congelaran las pestañas. ¿Cómo coño vivía gente en este clima tan horroroso? Yo llevaba aquí poco más de unas horas y ya estaba pensando en una playa de arenas blancas tomando el sol con un cóctel en la mano. Necesitaba unas putas vacaciones. No recordaba el tiempo que hacía que no me tomaba unos días de relax, y después de esta noticia, me las habría ganado a pulso.

—No te quedes rezagado —le dije a Hugh, mi cámara, que me seguía como una sombra. Ya no recordaba el tiempo que hacía que trabajábamos juntos.

Llevaba la cámara consigo porque no sabíamos donde encontraríamos a Ray y no podíamos desaprovechar la ocasión de pillarlo desprevenido. Llamamos a la que se suponía que era la casa de la tal Anka mientras nos sacudíamos la nieve de las botas para intentar que se no se nos mojaran los pies. Demasiado tarde.

—¿Sí? —dijo una mujer mayor mirándonos con curiosidad.

—Hola, ¿Anka? —la mujer asintió con la cabeza y podía leerle la mente preguntándose qué podíamos querer dos desconocidos, uno con una cámara al hombro, en su casa, con el tiempo que hacía, que no invitaba a estar paseando precisamente— me manda Avery —no sabía lo que la representante le había podido contar sobre nosotros. Si no nos cerró la puerta en la cara era porque no parecía haberla llamado para pedirle que nos pegara un tiro a cada uno.

—¿Avery?, ¿la chica de Ray? – la mujer sonrió y yo respiré aliviada. Iba a ser pan comido.

—Justo, ¿podemos pasar un momento?

# LIAM

No podía quitarme de la cabeza nuestra conversación. ¿De verdad me había pedido que me fuera con él? Mientras lo besaba hasta perder el sentido de la realidad, me preguntaba si de verdad le gustaba tanto a un hombre como él, que podía aspirar a tener a cualquier otro. ¿Se había enamorado de un cirujano militar con síndrome de estrés postraumático?

Cuando nos quitamos la ropa en una carrera para ver quién podía tocarle la piel desnuda antes al otro, me seguí preguntando si podíamos tener un futuro fuera de estas montañas. Él tenía su vida marcada y aunque su futuro siguiera siendo incierto, volvería a intentar seguir con el mundo de la música, lo que equivalía a interminables viajes de giras y a vivir a caballo entre Nueva York y Miami para la grabación del disco. ¿Qué haría yo mientras tanto? ¿Dónde podía vivir o trabajar?

—Déjame follarte ese culo maravilloso que tienes —me pidió entre jadeos mientras le hacía una felación.

De repente deseaba tenerlo entre mis brazos a cada momento y no soltarlo nunca. Su futuro estaba llamando a la puerta, y teníamos un montón de cosas que organizar para cuando llegara el momento.

No podía apartar ni mis manos ni mi boca de su cuerpo. Me tan rápido saqué su polla de la boca, que saltó y golpeó su abdomen, tan erecta como el astil de una bandera. Ni siquiera fuimos a por el lubricante. Perder un tiempo precioso no entraba en mis planes. Se chupó sus propios dedos para lubricarlos antes de trabajar mi culo para prepararlo. Gemí cuando empezó a colar un dedo tras otro

mientras yo me removía como si tuviese el cuerpo lleno de hormigas.

—Ya está, ya está. Si sigues así voy a correrme y quiero sentirte en mi interior.

No necesitó que lo animara más.

—¿Te pones a cuatro patas? —sus ojos brillaban lujuriosos bajo el reflejo de las llamas de la chimenea.

—No, túmbate —le pedí empujando su cuerpo sobre el sillón— te recuerdo que tienes un esguince en el tobillo, así que no te conviene estar de pie mucho tiempo.

No me puso ninguna excusa. Se tumbó y yo me senté a horcajadas sobre sus caderas. Cogí su polla y la coloqué en mi entrada hasta dejarme caer sobre ella con suavidad. La sentí entrar en mi cuerpo centímetro a centímetro. Gruñí cuando entró por completo y llenó mi cuerpo con una sensación tan placentera, que me obligué a pensar en otra cosa para no correrme ya.

—Liam… —gimió intentando alzar las caderas, pero yo era bastante más grande que él y no consiguió moverme. Gruñó, frustrado— muévete, joder.

—Estoy intentando no correrme —le confesé con los dientes apretados, casi sufriendo.

—Córrete cuando quieras que yo no voy a aguantar mucho.

Comencé a subir y a bajar mis caderas y su polla dio contra mi próstata casi en el momento, cosa que me hizo poner los ojos en blanco y gemir en voz alta.

—Ray, ahí, justo ahí —supliqué buscando el ángulo justo que me hacía encorvar los dedos de los pies.

Me alzó las caderas para poder bombear en mi interior buscando ese placer sofocante que amenazaba con llevarme al orgasmo de inmediato.

—Liam, voy a correrme.

Siguió bombeando en mi interior sin perder el ritmo. Yo me sujeté mi polla y comencé a masturbarme con movimientos bruscos buscando mi propia liberación.

—Yo también, joder.

Ray bombeó varias veces más, y me empujó sobre su cuerpo sujetándome por las caderas mientras gemía con fuerza mientras eyaculaba dentro de mí. Yo me corrí a la vez que él. Sobre mi mano. Salpicando mi vientre y el suyo. Nos puse perdidos a los dos. No sabía cómo podía seguir fabricando tanto semen después de las maratonianas sesiones de sexo que estábamos teniendo.

Me dejé caer contra su cuerpo mientras los dos recuperábamos el aliento. Todavía estaba dentro de mí y esta conexión que teníamos fue la que me ayudó a tomar la decisión definitiva de marcharme con él. Ya encontraríamos la manera. Solo sabía que no quería perderlo. Sacarlo de mi vida no era una opción.

# RAY

Era todo tan perfecto que no podía ser verdad. Estaba más que acostumbrado a que todo el mundo que se acercaba a mí viniera con segundas intenciones. Creo que el ser famoso viene con ese problema añadido. Nunca había tenido ninguna relación seria por ese mismo motivo. Me había llevado más de un chasco, pero en el fondo, pensaba que Liam era diferente. Si ni siquiera me había reconocido las primeras veces que nos vimos. No le encontraba sentido.

Pensaba que por fin alguien me veía por mí mismo, y no por el personaje famoso que había detrás, pero, por supuesto, también me equivoqué y esta vez su traición me rompió el corazón por lo inesperado.

Todo comenzó cuando escuchamos el motor lejano de un vehículo. Por supuesto lo escuchó él primero. Estar viviendo años ya en el silencio de la montaña te hacía desarrollar un oído mucho más fino que al resto de los mortales.

Inclinó la cabeza y me sorprendió que Apolo, a sus pies, la inclinaba exactamente igual, como si estuviesen sincronizados.

—¿Qué? ¿qué pasa? —cómo no esperábamos visitas me comencé a poner nervioso.

—Viene alguien.

Yo no escuchaba nada, pero también era cierto que yo hacía más ruido siempre que un elefante en una chatarrería. No sabía ser silencioso, qué íbamos a hacer. Ruidoso que es uno.

—¿Aquí? —pregunté mirando a donde miraban ellos, por si así podía oír lo que fuera que estuviesen escuchando.

—Es la máquina quitanieves del amigo de Blake —sentenció Liam.

Alucino oye, yo seguía sin oír nada. Ah, sí, ahora lo oía. El ruido lejano de una máquina. Pero con el tiempo que hacía, no entendía qué hacía la máquina quitanieves aquí arriba.

—¿Los has llamado tú?

Miré fuera para comprobar que en este momento no estaba nevando, pero el cielo presagiaba que volvería a hacerlo en cualquier momento.

—¿Yo? —me miró confundido— no, ¿para qué iba a llamarlo yo?

Me encogí de hombros. No entendía nada. Pero a simple vista, Liam se veía tenso, como si presagiara problemas. Me dejaba llevar por sus instintos de superviviente o lo que fueran, porque estaba claro que estaban mucho más desarrollados que los míos. Nos vestimos a la carrera y salimos al porche para ver al vehículo llegar.

—¿Vienen hacia aquí?

No tenía ni idea de si el camino seguía más adelante, aunque pensaba que no. Tras la casa empezaba el bosque y en él, a pocos metros estaba la pendiente de la montaña, por lo que el camión solo podía venir a nuestras cabañas.

—El camino acaba aquí —lo que yo pensaba— así que sí, tienen que venir aquí o a mi casa, pero Anka sabe que estamos los dos aquí, así que no creo que nadie vaya a mi casa.

—Quizás vengan a traernos comestibles —aventuré, situándome a su lado en la puerta con Apolo a nuestros pies, gimoteando nervioso al camión que se acercaba despejando el camino de nieve a los lados.

—No creo, me habría avisado por teléfono.

Me miró impaciente, pidiéndome que dejase de hacerle tantas preguntas. Me volví a encoger de hombros. Tanto misterio me

estaba poniendo nervioso y cuando me ponía nervioso hablaba sin pensar.

La máquina se paró a unos metros de la cabaña y nos quedamos los dos esperando a que alguien bajara y ver quién era. Las personas que iban en la cabina, había varias, bajaron y se nos quedaron mirando. Iban con ropa de nieve, como era normal y apenas se les veía la cara. Nos quedamos sorprendidos cuando alguien bajó una cámara y se acercó mientras parecía que… ¿nos estaban grabando con una cámara de televisión?

—¿Qué coño? —dije, sorprendido.

¿Quién había venido hasta aquí para grabarnos? Y la pregunta era ¿cómo se habían enterado de que estaba aquí? La otra persona, que era bastante más pequeña que el de la cámara, se acercó más a nosotros, aunque con tanta ropa puesta, el gorro de nieve, la capucha del anorak y las gafas, era completamente imposible reconocerla. Hasta que se acercó más, con el cámara a su lado sin dejar de grabarnos, y se quitó el gorro y las gafas. ¿Esa era Carla? ¿Cómo coño me había encontrado?

—Hola, hermanito.

Espera, espera… ¿qué? …o sea ¿qué?

# LIAM

*20 años antes*

Cuando tienes diez años y has visto a tu madre morir tras una larga enfermedad, lo último que esperas es que tu padre vuelva a casarse apenas un año después. Pero ahí estaba yo, sentado en el salón de nuestra casa, esperando a que mi padre entrase con su nueva y flamante esposa, como había oído que llamaban a las recién casadas en las novelas que veía mi abuela en la tele.

Me sentía triste y decepcionado con mi padre. Pensaba que los dos formábamos un buen equipo, ahora que la muerte de mi madre ya no nos hacía llorar a los dos ante su mera mención. Los dos contra el mundo. Qué ingenuo era.

—No lo entiendo.

Mi abuela suspiró, cansada de discutir este mismo tema hasta la saciedad, pero me resultaba muy difícil asimilar que mi padre hubiese vuelto a casarse. No quería una nueva mamá. Quería que volviese la mía.

—Liam, ya lo hemos hablado —mi abuela se sentó a mi lado y me abrazó. Yo escondí mi cara en su cuello y aspiré su aroma. Olía a galletas recién hechas y a hogar. Me había quedado con mis abuelos mientras mi padre se iba a no sabía dónde a casarse con su nueva mujer. ¡Menuda mierda!

—Pero es que es muy injusto —No quería a nadie en la cama de mi madre, ni tocando sus cosas, ni viviendo en nuestra casa— a mamá no le gustaría que otra tocase sus cosas.

—Liam, cariño, a tu madre le hubiese gustado estar con vosotros toda la vida, pero la vida es así, y las personas que queremos se tienen que morir en algún momento. Tu padre tiene que seguir adelante, y a tu madre ya no le puede hacer daño nada de lo que hagáis, pero seguro que querría que siguierais con vuestras vidas, y volvieseis a ser felices.

Mi abuelo paseaba inquieto por el salón sin decir nada. Quería pensar que tampoco le gustaba que su yerno se casara con otra mujer cuando hacía tan poco que habían enterrado a su hija. Se paró junto a mí, como si fuese a decirme algo, pero la llegada de un coche que aparcó en la puerta le hizo cambiar de opinión.

—Esos deben ser ellos —se acercó a mi abuela que lo peinó con los dedos como solía hacer siempre— todo irá bien —dijo a nadie en concreto.

Pero se equivocaba.  La llegada de Sofía con su hija Carla solo fue el principio de un sinfín de problemas que hizo que la relación familiar nunca volviese a ser la misma. Maldita niñata.

Mi padre volcó su vida en los negocios y se convirtió en un hombre frío y desapasionado. No quedó nada del hombre que conocía.

# LIAM

Supe que, el que Carla hubiese dicho en voz alta nuestro parentesco no me iba a traer más que problemas. Me lamenté no habérselo confesado a Ray la primera vez que me habló de ella. Mira que era mala suerte que, entre todas las periodistas del mundo, fuese mi hermanastra la que hiciese todas las entrevistas a los *Tentations*. Maldita. Puta. Suerte. La sujeté del brazo y la obligué a que me siguiera para mantener una charla privada con ella.

—¿Qué coño haces? ¿Liam…? Deja de empujarme joder.

Mala suerte.

No la solté.

—Camina, quiero decirte un par de cositas —o retorcerle el pescuezo, no lo tenía claro.

—No puedo creérmelo —oí que susurraba Ray a mis espaldas.

Sí, bueno, yo tampoco. ¿Se podía ser más inoportuna?

—Ahora vuelvo contigo —le dije sin mirarlo, ese fue mi gran error. ¿Por qué no me quedé con él aclarando el tema en vez de hablar primero con la serpiente de mi hermanastra? — solo tardaré unos minutos. No te muevas de ahí.

—No dejes de grabarlo —dijo mi hermana al cámara —sentí pena por Ray. ¿Por qué sabía Carla donde encontrarlo?

No era fácil andar por la nieve cuando te llegaba por la rodilla. A Carla se le enterraba las botitas de tacón, muy propio de ella no quitarse los tacones ni para dormir, y la llevaba casi a rastras. Me hubiese reído si no estuviese tan enfadado. Iba a solucionar el tema

del acoso de Carla a Ray en este puto momento. No iba a permitir que se siguiera alimentando de él como la garrapata de un perro sarnoso.

—Para de una vez —tiró con tanta fuerza que consiguió soltarse de mi sujeción con tanto ímpetu, que cayó en la nieve hundiéndose casi entera. Me reí mientras se levantaba toda digna y me fulminaba con la mirada.

Miré atrás para comprobar que Ray no nos podía ver, ni oír, desde la puerta de la cabaña.

—¿Qué coño haces aquí?

Saltaba a la vista que no nos caíamos bien. Siempre había sido déspota, violenta y mala persona, pero desde que comenzó a trabajar en la televisión, su personalidad había empeorado, si eso era posible, y se había transformado en una mala pécora sin sentimientos ni remordimiento alguno por lo que podía hacerle a la gente. Destriparlos sentimentalmente y exponerlos al escarnio público era lo que al parecer más satisfacción le producía, y que me mataran si iba a dejar que se lo hiciese a Ray una vez más.

—Trabajar. ¿Qué te crees que estoy haciendo? Pasear por esta mierda de sitio ya te digo yo que no.

—Bueno, pues vas a marcharte por donde mismo has venido, y te vas a olvidar de Ray.

—¿Y eso por qué? —me miró entrecerrando sus fríos ojos, imaginando lo que podía haber entre Ray y yo.

—Porque te lo digo yo —podía ponerme violento con ella, pero no podía obligarla a que mantuviera la boca cerrada respecto a Ray y ella lo sabía.

—¿O qué? No puedes obligarme, y ya te digo que, que seas mi hermanito no te va a ayudar lo más mínimo. ¿Por cierto? ¿Qué haces tú con él? —sus ojos se abrieron al comprenderlo— ¿eres el nuevo amante de Ray? Eso sí que es una noticia. No puedes pedirme que me olvide de una noticia como esta. No, no lo haré.

—Te recuerdo que se cosas sobre ti que hará que nadie más quiera contratarte, lo recuerdas, ¿verdad?

—No te atreverás —había palidecido y su piel, de por sí pálida, ahora parecía macilenta. Al parecer, le preocupaba que su secretito saliera a la luz pública.

—Ya lo creo que sí. Ponme a prueba.

—Siempre puedo decir la ubicación de Ray sin hablar de ti. Mantendré tu nombre en secreto, si…

—No, no lo has entendido. Quiero que dejes de hablar de Ray para siempre. Olvídate de él, como si nunca lo hubieses conocido.

—No puedo hacer eso —parecía estar pensando en alguna alternativa— mi jefe sabe que he venido aquí a por Ray y no va a creerse que no lo he encontrado. Me juego mi puesto si no vuelvo con una historia jugosa.

—¿Y si te doy una noticia para contentarlo sin que tengas que hablar de Ray? Di que ya se había marchado o lo que sea.

—¿De qué noticia estamos hablando? —podía ver cómo su cerebro se ponía a trabajar.

—Te lo contaré todo. Te daré una noticia que contente a tu jefe, pero a cambio, me dirás quién te ha dado el chivatazo sobre su localización. Y si no dejas a Ray en paz ya sabes lo que haré con ese secretito que tanto te empeñas en ocultarle a todo el mundo.

—Vale, vas a alucinar cuando te cuente quién lo ha estado vendiendo todo este tiempo.

# RAY

Si me hubiesen dado una patada en los huevos me hubiese dolido menos que la traición del que pensaba que era mi… ¿qué era Liam para mí? No lo sabía, pero lo que no podía imaginar es que fuera una puta rata traidora.

¿Y Carla era su hermana y no me lo había dicho? ¿en serio? Estaba tan sumamente enfadado, que cuando se marchó con ella entré en la casa dando tal portazo, que las paredes de madera se estremecieron, pero eso no acabó con mi mal humor, de hecho, se acrecentó y deseé golpear al traidor con saña, por conseguir que me enamorara de él para luego apuñalarme por la espalda.

¿Por qué? ¿por qué coño lo había hecho? ¿por qué no me lo había dicho? Habíamos hablado de mi relación con la prensa innumerables veces, y nunca había dicho absolutamente nada de que la conocía, de que era su puta hermana.

—Mierda, joder, joder —pateé las sillas y la mesa mandándolas al otro lado de la cabaña, y a punto estuve de patear el sillón. Pero en el último segundo, me di cuenta de que solo conseguiría romperme un pie, y era lo último que necesitaba en ese momento.

—Tengo que marcharme antes de que vuelva. No voy a darles el gusto a ninguno de los dos de que me vean destrozado por su… ese sucio campesino traidor…

Solo me faltaba echar espumarajos por la boca de lo enfadado que estaba. Mi pecho me dolía tanto que me lo masajeé pensando que ahora entendía lo que se sentía al tener el corazón roto.

—Es que soy gilipollas, joder. ¿Sigo sin aprender que no hay nadie que no quiera sacar tajada del idiota de Ray Orson?

Entré en la habitación y me puse a meter la ropa en la maleta de cualquier manera. No pensaba quedarme allí ni un segundo más de la cuenta. Le pediría al tío de la quitanieves que me llevara al pueblo y desde allí buscaría a alguien que viniese a por mí y me llevase al aeropuerto. Ya mandaría Avery a alguien a por el coche, como si lo quería dejar allí para siempre. Como si me importara.

—Es que... Me cago en la puta… no aprenderé nunca, joder.

Mientras salía de la habitación arrastrando la maleta, oí un coche marcharse.

—No, no, no…mierda – al abrir la puerta de la cabaña me choqué de frente con el idiota de la cámara de televisión, estuvimos a punto de irnos los dos al suelo— quítame esto de la cara o te la destrozo —ya no me acordaba de que Avery siempre me decía que tenía que guardar las formas ante los periodistas.  A la mierda se podían ir todos.

—Vale, ya la apago, tranquilo.

El tipo dio algunos pasos atrás y apagó la cámara mientras miraba el lugar por donde Carla había desaparecido con Liam.

Miré como mi medio de transporte se alejaba por el camino que conducía al pueblo.

—Joder, ¿y ahora qué?

No quería seguir allí ni un momento más. Miré el todoterreno esperando que, por un milagro, pudiese desplazarse por la nieve, pero estaba casi cubierto de ella por todas partes, lo que me indicaba que sería imposible marcharme en él.

Me planteé marcharme andando, pero en cuanto salí del porche de la cabaña me hundía casi hasta las rodillas, mojándome los zapatos y el chándal que llevaba puestos, en el acto. ¡Mierda de nieve! Piensa, piensa, Ray, ¿cómo podemos irnos de aquí? Y entonces lo recordé.

¿Había una moto de nieve en el cobertizo? Volví a entrar en la cabaña y busqué las llaves del cobertizo, saliendo con ellas de la cabaña como una exhalación con la maleta en alto para que no se me enterrara en la nieve.

—¿Adónde vas? – me preguntó el cámara con curiosidad, viéndome correr de un  lado a otro como pollo sin cabeza.

—Me largo de esta montaña del demonio.

Sabía que no me iba a poder seguir, así que aligeré el paso y llegué al cobertizo sin resuello y con los pies congelados.

—Aquí estás —había una llave en el llavero del cobertizo y supuse que era de la moto de nieve. Nunca, jamás me había montado en una, pero no podía ser tan difícil. Miré los esquís delanteros y la oruga que tenía en la rueda trasera y me subí sin darle mayor importancia. Total, si me caía de ella, la nieve amortiguaría el golpe.

Me subí mientras el tío de la cámara me miraba desde la puerta con ojos como platos. Coloqué la maleta detrás de mí, aunque tampoco me importaba demasiado que se perdiera por el camino, total, siempre podía comprarme ropa igual a la que tenía allí dentro.

—Si te marchas, Avery se va a enfadar mucho.

Como si me importara.

El hombre se llevó el teléfono a la oreja y supe de inmediato que estaba llamando a la arpía rubia y si no me daba prisa, Liam y ella llegarían antes de que me hubiese marchado. Giré la llave en el contacto esperando oírlo rugir… y no hizo absolutamente nada.

—Mierda.

Lo intenté de nuevo con el mismo resultado.

—Vamos, vamos.

—¿Has comprobado que tenga gasolina?

Parpadeé varias veces asimilando sus palabras. ¡Claro! Posiblemente estaba sin gasolina, pero un momento…

—¿Este cacharro lleva gasolina o gasoil?

—Gasolina, creo.

¿Lo había preguntado en voz alta?

Me bajé de la moto buscando algo con que poder echarle combustible, y vi sobre la mesa que había en un rincón, una garrafa de esas de las gasolineras con las que se compra gasolina para los coches que se quedan tirados en la carretera.

La cogí, comprobando que estaba llena y con cuidado de no derramármela encima, y le eché el combustible lo más rápido que pude.

—Ahora debería arrancar. Ese cacharro parece nuevo.

Así era, la moto de nieve, de color rojo sangre, aparte del polvo que tenía de estar allí encerrado… recordé las palabras de Avery sobre un regalito que me iba a encantar. Volví a subirme y decidí dejar la maleta allí, ya que no me cabía en el portaequipaje que tenía la moto a mi espalda.

—Mejor no —miré la puerta esperando encontrarme a Liam y a Carla allí fuera. Al no ver a nadie me animé a abrir la maleta y comenzar a meter las cosas que me quería llevar de cualquier manera. Algo de ropa interior, mi chándal y mis zapatillas favoritas. Me puse el pluma para no pasar frío y dejé allí tirada, junto con mi corazón, la maleta y el resto de las cosas que no me iba a llevar.

Arranqué la moto, que ahora sí que rugió tan furiosa como mi humor, y salí de allí a punto de atropellar al cámara que se apartó de mi camino en el último momento.

—¡Eh, cuidado!

No tenía ni idea de dónde estaba el pueblo, así que seguí las rodadas de lo que supuse era la máquina quitanieves.  No miré atrás ni una sola vez. Aunque mi corazón se quedó en esas montañas nevadas.

# LIAM

—¿Entonces volverás a casa con papá?

—Sí —aunque no quería hacerlo, sabía que tenía que volver en algún momento y la petición de Ray de irnos juntos me había hecho reflexionar sobre mi futuro inmediato. Me fui a la guerra huyendo de mi padre y del futuro que tenía preparado para mí desde que nací, y me vine aquí huyendo de la guerra, pero ya era hora de dejar de huir de todo. Volvería a casa, aclararía las cosas con mi padre y me mudaría donde Ray quisiera. Podía buscar trabajo en cualquier hospital— solo tengo que hablar con Ray y explicarle por qué estás tú aquí —la miré ofuscado, esperaba que no me hubiese jodido mi relación con Ray— mira que eres inoportuna, joder.

—¿Oyes eso? —me preguntó Carla mirando hacia donde se suponía que venía el ruido— ¿qué es?

Entonces lo oí yo también. Era… ¿la máquina quitanieves que se marchaba?

—¿Eso es la máquina quitanieves? —me sentí ruin por alegrarme de que le jodieran la vida a ella por una vez. Había perdió la cuenta del montón de gente que la odiaba por sacar sus miserias a la luz pública— ¡no se irán sin nosotros!

Le cambió la cara al pensarlo y se giró dispuesta a volver por donde mismo había venido. Pero reconocí el sonido.

—No es la máquina quitanieves —dije con el pánico atenazándome las costillas— eso que suena es una moto de nieve.

Ray… Fue lo único que pensé antes de echar a correr por la nieve.

—No, no, no, joder.

—¿Qué? ¿qué pasa?

Mi hermana intentó seguirme por la nieve, pero, aunque tenía las piernas largas, no podía moverse con la ligereza con la que lo hacía yo, y eso que me hundía casi hasta las rodillas. ¡mierda de nieve, joder!

Cuando llegué a la casa de Ray lo vi pasar como una exhalación sin mirar atrás. ¿Se estaba marchando sin decirme nada?

—¿Ese es Ray? —Carla miró al cámara que venía hacia nosotros — ¿has dejado que se vaya?

—Intenta pararlo tú —le contestó de malos modos— menudo carácter de mierda tiene. Ha estado a punto de romperme la cámara.

Saqué el móvil para llamarlo. Podía ver, en la puerta del cobertizo, una maleta abierta con ropa dentro, supuse que Ray la había abandonado al comprobar que en la moto no le cabía toda su ropa.

¿Por qué se había ido sin decirme nada? ¿De verdad había pensado que había sido yo el que había llamado a mi hermana? Aunque, poniéndome en su piel, esa parecía ser la única posibilidad. Él no sabía que Avery estaba detrás de todo, y ahora me tocaba a mí ser el que le diese la noticia.

—Vamos, cógelo, cógelo…

Nada, las llamadas se acabaron sin cogérmelo.

—Si piensas que me voy a dar por vencido vas listo.

Volví a llamarlo.

Una vez.

Y otra.

Y otra.

Y no obtuve respuesta.

Al final me llegó un mensaje.

—Eres despreciable. No vuelvas a ponerte en contacto conmigo, puto traidor.

Miré a mi hermana con ganas de arrancarle la cabeza. Me obligué a respirar hondo para intentar calmarme antes de hacer una tontería. ¿Cómo coño iba a poder hablar nada con él si no me cogía el teléfono? ¿De verdad iba a acabar así nuestra historia de amor? Gruñí por la frustración.

—No es por incordiarte, Liam, pero ¿puedes llamar al de la máquina quitanieves para que venga a recogernos? Aquí no pintamos nada ya y hace un frío de dos pares de cojones.

Iba a mandarla a la mierda y a dejar que se buscase la vida, pero prefería lamer mis heridas en silencio. Me ofuscaba con solo verla, así que prefería tenerla cuanto más lejos mejor.

—Lo llamo para que venga a por vosotros —eso hice.

—¿Tú que vas a hacer? ¿te vienes también?

—Tengo algunos asuntos que arreglar antes de poder marcharme.

Mil cosas que hacer. No sabía si volvería aquí, así que tenía que hablar con Anka y solucionar mil y un detalles.

—Te recuerdo lo que me has prometido.

Como si pudiera olvidarlo.

—Dame una semana y tendrás la exclusiva que te prometí.

Pero antes tenía que solucionar el problema que tenía con Ray.

# AVERY

No podía dejar de pensar en Ray y en lo que podía haber pasado desde que le di a la maldita periodista las indicaciones para llegar hasta él. También de lo que se encontraría allí cuando los descubriese, porque si algo tenía claro de esa víbora con cuerpo de mujer, era que no dejaría escapar la noticia de haber encontrado a Ray cuando hacía tiempo que estaba desaparecido de los medios.

La culpa me carcomía.  Ahora que parecía que había encontrado la paz mental que tanta falta le hacía… iba ella y se lo jodía, otra vez. Al parecer, ese tal Liam lo hacía feliz y si él era feliz, por supuesto que yo también lo era.

Vivía pendiente del teléfono a cada segundo y repasaba las noticias del corazón esperando ver el bombazo de haber encontrado el escondite de Ray.

—No me va a perdonar. Esta vez no.

Había llegado a mi oficina antes del alba, ni siquiera podía dormir bien. Pensaba que una vez allí, podía centrarme en la discográfica que estaba revisando las canciones que Ray me había mandado. Sabía que eran buenas, muy buenas. Como todo lo que él había escrito durante todos sus años en el grupo, pero necesitaba que se lo corroboraran. Que Ray hubiese vuelto a escribir era una señal inequívoca de su estado de ánimo. Se fue hecho una pena, herido y roto y le habían bastado unos cuantos meses en un lugar apartado con un hombre… no sabía bien cómo era ese hombre, pero saltaba a la vista que le había hecho mucho bien.

Y ahora iba ella y lo estropeaba todo.

Salté al oír el estridente sonido de una llamada entrante y cuando vio el nombre de Ray en el teléfono lo supo.  Lo había estropeado todo. No sabía qué hora era en Rumanía, pero que él la llamase cuando hacía apenas unas horas que había hablado con él por última vez solo podía significar malas noticias. No se equivocó.

—¿Ray?

—Búscame un vuelo urgente para cualquier sitio que salga hoy de Rumanía ¿me oyes? A cualquier sitio lo antes posible.

No iba a preguntarle por qué quería marcharse con tantas prisas. Lo que más había temido acababa de suceder.

—Claro. Dalo por hecho —me obligué a preguntárselo de todas formas. Me importaba tanto que no podía dejar de preocuparme por él— ¿va todo bien?

No quería saber la respuesta. En el fondo sí, pero tampoco me extrañó lo que me confesó.

—No, todo se ha ido a tomar por culo. Soy un puto gilipollas.

—Tú no —dije cuando colgó el teléfono— pero yo sí lo soy. Por dejar que esto haya llegado tan lejos.

# RAY

Siempre me sorprendía de la magia que Avery era capaz de hacer. Me había conseguido un vuelo a Nueva York con escala en Madrid apenas unas horas después de haberle pedido que me sacara de Rumanía. Apagué el teléfono cuando llegué al aeropuerto, cansado de las llamadas de Liam.

Una tras otra tras otra. No fui capaz de cogerlo ni de leer ninguno de los mensajes que me había estado mandando. No tenía excusa ninguna para haberme traicionado como lo había hecho, así que me negaba a hablar con él y escuchar sus mentiras.

Estaba acostumbrado a que la gente se acercara a mí por mi dinero o por ser un personaje conocido, pero pensaba que Liam era distinto. Parecía un hombre noble y sincero. Cirujano nada menos. ¿Los cirujanos no eran buenas personas? Se dedicaban a salvar a los demás, así que tenían que serlo a la fuerza, o al menos eso pensaba yo de él. Lo tenía en un pedestal. Desde que lo conocía no había tenido más que buenas acciones conmigo. Me había cuidado, escuchado, mimado y amado tanto, que el pedestal en el que lo había aupado era de granito. Irrompible y tan grande como el puto universo. E incluso ese material había estallado en mil pedazos tras su traición. Le había mandado un mensaje antes de bloquearlo y apagar el teléfono.

*No voy a perdonar tu traición, así que borra mi teléfono y nunca más vuelvas a ponerte en contacto conmigo. Eres una puta rata traidora.*

Miré el trasiego de gente yendo y viniendo en un aeropuerto un día normal y corriente. Hombres con trajes y maletines con paso

apresurado, familias enteras corriendo porque se les escapaba el avión, madres desesperadas con críos llorones en brazos y hombres con cara de haberse arrepentido hacía mucho de haber querido tener hijos, o mujeres con caros abrigos acompañados de hombres mayores mirándolas con caras de adoración.

*¿Qué he hecho para merecerme una diosa como esta*? parecían pensar mientras le miraban el culo sin pizca alguna de arrepentimiento.

Ya les decía yo a esos ingenuos lo que esas mujeres habían visto en ellos, lo abultado de sus carteras, ¿qué otra cosa iban a ver pibonazos de treinta años con viejos de setenta? ¡Mierda de vida, coño! Joder, cómo me dolía el corazón.

No podía apartarme de la cabeza la cara de sorpresa de Liam al ver a su hermana. ¿Sorprendido de que hubiese podido llegar hasta nosotros? ¿Que pensaba? ¿que estábamos aislados en el culo del mundo? ¿Quizás esperaba habérmelo podido decir antes para prepararme?

¿Qué su hermana era la periodista con la que nosotros trabajábamos siempre? ¿Cómo pude pensar que él era diferente? Si quería ser sincero conmigo mismo tenía que reconocer que me gustaba mucho. Creía que era un hombre íntegro, sencillo y sin demasiadas aspiraciones. La guerra lo había marcado, como habría hecho con todo el que haya estado en una y haya sobrevivido para contarlo, y ahora vivía como un ermitaño viendo pasar la vida sin ganas de subirse a ella. O eso era lo que yo pensaba de él.

¿Lo había conocido en realidad? ¿O solo había visto la faceta que me había querido enseñar? ¿De verdad se había dedicado a enamorarme para…qué? ¿para traicionarme luego de esa manera? ¿Atraer a su hermana hasta nosotros para darle una exclusiva con la que ganar mucho dinero? ¿A eso se reducía todo? Qué asco todo.

Ahora solo deseaba volver a mi antigua vida y empezar a pensar en mi nueva carrera musical. Este descanso me había servido para recuperar las fuerzas.

La tragedia que había vivido con la muerte de mi grupo siempre me arañaría el corazón, como una herida sin cerrar, pero me había dado cuenta de que la vida seguía y no se paraba a esperar a nadie, así que yo pensaba subirme y volver a triunfar como había hecho siempre.

Trabajar, trabajar y trabajar, y no pensaba dedicarle ni un segundo de mis pensamientos a ese hombre solitario y arisco que había conseguido en solo varios meses, sacarme de una profunda depresión y devolverme las ganas de comerme el mundo.

—Gracias y adiós —dije en voz alta.

Un hombre que esperaba su vuelo sentado a mi lado, mirando el móvil muy entretenido, me miró de soslayo, evaluando si ya que estaba hablando solo, podía ser peligroso.

—Cosas mías, no se preocupe y siga leyendo —le indiqué con la cabeza a su teléfono y el muy idiota se levantó y se cambió de sitio sin volver a mirarme por si me volvía agresivo por su desplante o algo.

—Menudo imbécil.

La megafonía del aeropuerto avisó del embarque de mi vuelo, así que me levanté para subirme al avión y dejar atrás un pasado que por más que me pesara, me había cambiado la vida.

No volvería a pensar en Liam nunca más.

Ni una sola vez.

No se lo merecía. Era un traidor.

No pensaría en él.

¿Qué estaría haciendo ahora mismo?

# AVERY

El aeropuerto de La Guardia, en Nueva York, era un puto caos a cualquier hora del día o de la noche, así que me senté en la sala de llegadas con un café de la máquina en la mano para calentármelas, mientras esperaba a que llegara Ray y poder darle un abrazo. Estaba deseando y temiendo verlo, a partes iguales.

Ya no podía seguir ocultándole lo que había pasado. Quizás lo supiera ya, aunque por lo poco que Ray me había contado, pensaba que era Liam el que había avisado a su … ¿hermana nada menos? Cuando se decía que el mundo era un pañuelo, a veces era mucho menos que eso. ¿Con tantos periodistas como había en el mundo, Carla tenía que ser hermana o hermanastra, como fuera, de Liam?

Ya no podía tirar más de la cuerda, me tocaba contárselo todo a Ray y rezar para que pudiese perdonarme en algún momento. Ya le había pagado el dinero que le cogí prestado, de hecho, hacía mucho que se lo había pagado, porque lo de menos era el haber cogido dinero en sí, sino el hecho de ser capaz de vender a mis representantes por salvarme el culo. Había sido una persona desleal y eso era lo peor que le podía pasar a un famoso, que su representante fuera un viva la virgen y antepusiera sus prioridades a las de la persona que representaba.

El avión que venía de Madrid traía retraso, menuda novedad. Miré por las puertas de cristales la nevada que empezaba a caer, otra vez y suspiré, deseando que no empeorara el tiempo nos fuésemos a quedar sin poder salir de allí.

Eran las siete de la mañana, apenas estaba amaneciendo y deseé, no por primera vez, haberme quedado en la cama calentita y

haber mandado a nuestro chófer a que lo recogiera, en vez de estar aquí congelándome el culo y los pensamientos.

Mi teléfono me vibró en el bolsillo con la entrada de un mensaje.

—Hola, ¿ha llegado ya?

¡Liam! Me moría por saber lo que había pasado entre ellos para poder tener toda la información antes de enfrentarme a Ray

—¿Avery?

—Hola, Liam. No ha llegado todavía, su avión trae retraso. Estoy en el aeropuerto esperándolo.

—Vale.

—¿Puedes decirme lo que ha pasado?

Lo oí suspirar al otro lado. No conocía personalmente a este hombre, pero las veces que había hablado con él, me había parecido sensato, algo seco y malhumorado, pero sensato al fin y al cabo, nada que ver con el cabeza loca de Ray.

—Ha pensado que he avisado a Carla para dar una entrevista o algo por el estilo. Sinceramente no he podido hablar con él todavía, pero ese es el motivo que creo que tuvo para marcharse de esa manera, sin dejarme explicarle nada. Hasta los putos condenados a muerte pueden hablar para defenderse, hostias.

—Te entiendo, es muy típico de Ray. Ya se le pasará. Intentaré hablar con él.

—No le he contado lo tuyo, si es lo que te preocupa.

Ahora la que me quedé en silencio fui yo.

—¿Por qué no? Cualquier otra persona lo haría para defenderse.

—Bueno, me gusta pensar que no soy como los demás.

Me quedé pensando en lo que me estaba diciendo.

—¿Quién te lo ha contado? —qué tontería, no se lo había podido contar nadie más que ella.

—Carla, ya me he encargado de que deje de hacerte chantaje, pero de verdad espero que se lo cuentes todo a Ray.

—También puedes decírselo tú y que se dé cuenta del error que ha cometido. ¡Este hombre tan impulsivo como siempre! ¡No cambiará nunca joder!

—Aunque quisiese hablar conmigo, nunca le contaría algo así. Se va a quedar destrozado, pero es mejor que se lo cuentes tú a que se entere por otros medios. Yo jamás le podría hacer más daño del que ya le han hecho.

—Eres buena persona, y me gustas mucho para mi Ray.

Lo oí reírse al otro lado.

—Sí, bueno, la cosa se ha torcido un poco en las últimas horas.

Me di cuenta de golpe de lo que me había dicho antes.

—Espera, espera, ¿qué quieres decir con que ya no volverá a hacerme chantaje? ¿qué has hecho?

—Nada. Digamos que también tengo que enfrentarme a mi pasado y dejar de huir de él.

—¿Qué has hecho? —Me moría de curiosidad.

—Solo dile a Ray que vea las noticias en los próximos días. Ahora tengo que dejarte. Cuídale. ¿vale? Es increíble que haya podido llegar a los treinta años de una pieza.

Sí que lo conocía bien sí.

—Cuídate tú también. Estoy segura de que lo vuestro se arreglará, ya verás.

—Adiós, Avery.

Su tono resignado me rompía el corazón.

—Adiós… y gracias.

Le debía mucho a ese hombre, toda la ayuda para que pudiese solucionar el malentendido con Ray. Si lo había ayudado a salir de la depresión como parecía, merecía una oportunidad para ser feliz. Y dios sabía lo mucho que Ray necesitaba a alguien que lo quisiera por

quién era, olvidándose del personaje público que todos veían primero. No había ninguna duda de que era un cantante maravilloso, pero el que se quedaba solo en conocer su exterior se perdía al hombre generoso y divertido que había debajo.

Liam lo había visto. y yo estaba dispuesta a hacer lo que hiciese falta para que esta pareja no se rompiera.

# RAY

¿También estaba nevando aquí? Me restregué los ojos para intentar quitarme el sueño y el cansancio que mantenía mi cabeza tan pesada que no me dejaba hilvanar dos ideas seguidas.

—No es posible que me venga de un sitio congelado para aterrizar en otro igual, mierda de vida, joder —susurré en voz alta mientras me levantaba y me disponía a salir del avión, sin apartar los ojos de la ventanilla que me mostraba el paraje invernal que había al otro lado.

—Bienvenido a Nueva York.

Miré al tipo gordo y casi calvo que me miraba con cara divertida mientras pasaba por mi lado para bajarse antes que yo.

Odiaba a la gente que empujaba a los demás por tal de salir del avión primeros. ¿A qué venía tanta prisa? Si luego había que esperar a las maletas. No lo entendía, la verdad.

—Sí, ya —no tenía sentido decirle que llevaba viviendo aquí toda mi vida.

Me sentía ridículo con la ropa que llevaba de Liam. Todo había pasado tan rápido, que no me había molestado ni en cambiarme de ropa antes de marcharme de Rumanía. Como en el portamaletas de la moto de nieve, no me había cabido nada de mi ropa, la había dejado abandonada allí mismo, en el cobertizo, así que salí del avión con los pantalones cargo de Liam, sus botas de montaña que me estaban un par de números grandes, y una sudadera gigantesca que había perdido el color de tanto lavarla, pero por lo menos era muy calentita. Me coloqué el abrigo encima, me puse el gorro sin

preocuparme de que me pudiesen reconocer allí y me hiciesen fotos con estas pintas. A Avery le podía dar algo si salía así en las noticias de todo el país.

Me reía mientras cogía mi exiguo equipaje que cabía en una mochila y salía de allí alegrándome en el fondo de no haber facturado nada. Pasaría por el control de inmigración, que esperaba que fuesen rápidos, al ser las horas de la madrugada que eran, y me iría a mi ático a dormir una semana entera.

Le dije a Avery que no hacía falta que viniera, pero conociéndola, sabía que como mínimo me habría mandado al chófer para que no tuviera que esperar un taxi con el mal tiempo que hacía fuera.

No me esperaba que fuera ella la que estuviese en la sala de llegadas del aeropuerto, pero tuve que reconocer que me alegré muchísimo de verla.

—Madre mía, que alegría me da tenerte de vuelta.

Me abrazó con tanta fuerza apretujándome las costillas que me dieron un latigazo de dolor. Aún me dolían cuando me apretaba en la zona, pero no pensaba quejarme. La abracé a mi vez y olí su cabello con su olor a flores tan característico. Había cosas que nunca cambiaban., Cuanto me alegraba de estar aquí con ella. Aunque había esperado que Liam me acompañara, me obligué a apartar esa idea de mi cabeza. ¿Qué estaría haciendo? ¿Me echaría de menos?

—Yo también me alegro de estar de vuelta, no te imaginas cuánto.

Se apartó de mi para darme un repaso exhaustivo con la mirada.

—Madre mía que guapo estás. Has metido casi todo el peso que habías perdido con el accidente.

—Sí, bueno —me removí incómodo. Todo había sido cosa de Liam que se había empeñado en que comiera sano y me había estado cebando con sus comidas caseras— he tenido mucho tiempo para descansar.

No iba a hablarle de Liam. No estaba listo para contarle nada todavía. Pensar en él me hacía sangrar el corazón, así que le sonreí e intenté cambiar de tema.

—Tienes que contarme lo que ha pasado para que te volvieras así de esta manera.

—No quiero hablar de ello —ni hoy ni posiblemente nunca— solo quiero llegar a mi casa y dormir en mi cama ¿has conducido tú con este tiempo? —sabía que odiaba conducir, decía que el tráfico de Nueva York era lo peor, así que me sorprendía mucho que se hubiese atrevido a venir con esta mierda de tiempo.

—Sí, bueno —se encogió de hombros para quitarle importancia— cuando salí no nevaba y quería ser la primera en verte y darte un achuchón.

—Vale, vale —me reí cuando me abrazó de nuevo— ya vale de tantos arrumacos, me doy por abrazado y por saludado. ¿Podemos irnos ya? Y en cuanto duerma una semana entera nos vamos a Miami, así que ve haciendo las maletas —miré fuera para ver la tormenta que empezaba a gestarse en el exterior— vámonos antes de que nos quedemos atrapados aquí, que es lo que me faltaba después de dos días viajando sin poder dormir.

La insté a que se moviera. Conociéndola, podía seguir allí, abrazándome una semana entera. Cuánto la quería joder. Era bueno saber que tenía a alguien que jamás me había fallado.

Y de nuevo se me vino a la cabeza la imagen de Liam y de los abrazos que me daba. Era de las personas que te abrazaban con el cuerpo entero, no solo con los brazos, y yo me sentía allí, protegido y mimado como nunca lo había estado antes.  ¡Qué desengaño, joder! Con lo que me gustaba ese hombre.

# LIAM

*Una semana más tarde*

Cuando has estado dos años en una solitaria montaña perdida de la mano de dios, volver a la ajetreada vida de una gran ciudad no es fácil. Aunque pueda parecer mentira, no lo echaba de menos en absoluto, de hecho, si no fuera porque las circunstancias se habían precipitado hasta este momento concreto, seguiría aquí, viviendo la vida sin preocupaciones ni dolores de cabeza. Saber a lo que me tocaba enfrentarme me secaba la boca y me subía el estómago hasta la garganta.

Mi padre. El poderoso magnate hotelero August Sinclair. El padre con el que hacía varios años que no me hablaba. Desde que intentó obligarme a que ocupara su lugar en la empresa, sin importarle que nunca hubiese estado interesado en sus negocios ni en su dinero. Nunca me había escuchado. Que yo estudiase medicina, algo tan opuesto a lo que él quería que estudiase, debería haberle dejado clara mi decisión de que NO quería trabajar en su imperio. Ni las interminables reuniones a las que les dedicaba todo el tiempo, ni a las larguísimas llamadas telefónicas que lo mantenían alejado de su familia, aunque estuviese físicamente presente, eran para mí, y no tenía ningún interés en heredar todo eso. Sin embargo, un día decidió que ya me había dejado jugar a los médicos el tiempo suficiente como para que lo dejara aparcado y tomara las riendas del que, para él, era mi futuro, y me nombró director adjunto de su empresa sin ni siquiera consultarlo conmigo.

Él hizo eso por su cuenta y riesgo, y tras una terrible discusión, me alisté en el ejército y me fui a Irak. Desde entonces no hemos

vuelto a mantener relación alguna. Ni una miserable llamada telefónica por ninguno de los dos.

August era un padre orgulloso y un implacable hombre de negocios que no dudaba un ápice en acabar con quien se cruzaba en su camino. Y aquí estaba yo, volviendo a casa para verme las caras con él, solo porque mi hermanastra dejara a Ray en paz y no le acosara. Le había propuesto cambiar una noticia por otra, un hueso por otra. Algo que una carroñera como ella sabría valorar, y mucho más, perteneciendo a la familia Sinclair. Mi vuelta a casa iba a ser una noticia tan jugosa que hasta mi hermana había decidido hincarme el diente a mí antes de soltar a Ray.

No sabía nada de mi padre ni de sus negocios ni de su estado de salud. Siempre me había mantenido al margen y me había negado a leer nada sobre él en internet. Tenía ya casi setenta años y seguía al pie del cañón. No podía negar que me impresionaba encontrarme con él tanto como cuando era niño.

—¿Tienes claro lo que vas a hacer?

Me estaba despidiendo de Blake y Anka, los que habían sido mis únicos amigos, en esta montaña alejada de todo. En los años que llevaba aquí, cuando llegaba el verano y dejaba de estar aislado por la nieve, viajaba por todo el país, que basaba su turismo en el emblemático personaje de Vlad el Empalador, personaje literario que ha rellenado las páginas de mil libros de fantasía, incluido uno titulado *El Esclavo del Rey*, que da una vuelta de tuerca a las historias de vampiros inspiradas en ese personaje literario. (La escritora que es un poco rara, guiño, guiño.) Hoteles, restaurantes y un sinfín de souvenirs podías encontrar en el país dedicados al vampiro más conocido de la historia. Drácula.

—Bueno —le di un trago a mi café mientras estiraba las piernas para que el fuego, que ardía en la chimenea del salón del matrimonio que me había ayudado en estos años, me calentara los pies helados— es hora de volver a casa y ver al viejo. Hace mucho que no lo veo y ya es hora de volver a la ciudad.

—¿Qué ha pasado con el chico ese que se fue a la carrera? ¿sabes si volverá? No he querido llamar a la chica que le organizaba la vida esperando a ver lo que pasaba con él. Habían pagado la cabaña por seis meses, así que todavía le quedan tres, por si decide volver.

Sabía que Anka no perdería la oportunidad de preguntarme por Ray. Él había provocado un pequeño escándalo apareciendo por aquí de repente. Y luego estaba el tema de que lo habían reconocido como alguien famoso. Y si todo eso no era suficiente, se había marchado a la carrera y había tenido que pedir ayuda para que lo llevaran al aeropuerto. Eso lo sabía por Blake que me mandó un mensaje avisándome de que se marchaba. Todos sabían que habíamos vivido juntos en los últimos meses, así que no había que ser demasiado listo para sumar dos más dos.

—No lo sé con exactitud. Quizás debas llamar a Avery y que te confirme lo que piensa hacer con la cabaña. Aunque dudo mucho que vaya a volver —y menos sabiendo que yo estoy aquí.

Había esperado a que se pusiese en contacto conmigo. Eso contando con que Avery le hubiese contado la verdad sobre la llegada de Carla, pero al parecer no había hablado con él todavía, o lo que era aún peor, podía habérselo contado y que a él no le importase yo lo más mínimo y hubiese seguido con su vida sin mirar atrás. Al fin y al cabo, era muy típico de los famosos ¿no? Te uso mientras estamos en el mismo lugar y luego me largo sin mirar atrás, y si te he visto no me acuerdo.

No quería pensar mal de Ray. Pensaba que en el fondo no era así, pero estaba cansado de mirar el móvil esperando que hubiese intentado ponerse en contacto conmigo. Podía entender que pensara que yo lo había traicionado, porque poniéndome en su lugar, nadie más sabía dónde estábamos para que pudiese avisar a la prensa, pero debía haber confiado en mí y haberme preguntado a la cara si lo había traicionado, aunque todas las pruebas dijeran que yo era el único culpable. Pensaba que me conocía mejor para no pensar que sería capaz de traicionarlo de esa manera tan rastrera.

—Bien —Anka puso su taza de café vacía sobre la mesa y miró por la ventana, quizás para comprobar que seguía sin nevar. El tiempo por fin parecía que nos estaba dando un respiro y llevaba varios días en calma— ¿qué quieres que hagamos con tu cabaña entonces?

Yo había quedado con ellos justo para concretar ese tema. Ahora que me marchaba y no sabía las decisiones que tendría que tomar en los próximos meses, necesitaba dejar cerrado todos los cabos aquí, el lugar donde había vivido los últimos años.

—¿Puedo dejártela pagada los siguientes seis meses? No sé si volveré, pero me gustaría pensar que tengo un sitio aquí si necesito escapar de la ciudad.

—Por supuesto. Te la mantendré en perfecto estado de revista para cuando quieras regresar.

Menudo alivio. Ya podía marcharme tranquilo o mi hermana vendría de nuevo a por mí y esta vez no podría quitármela de encima con tanta facilidad. Asco de familia, oye.

# RAY

Agradecí volver a Miami, donde no hacía el frío tan horrendo de Nueva York, ni por supuesto el que hacía en Rumanía. Acordarme de esas montañas nevadas me llevaba inexorablemente de vuelta a mis meses allí y a él. A Liam y a pensar, otra vez, qué estaría haciendo en esos momentos. No había mirado el cambio horario que había entre Miami y Los Cárpatos, era demasiado vago como para molestarme en mirarlo y demasiado egoísta como para que me importara. Si hubiese querido hablar con él, que no era el caso, lo habría llamado sin importarme la hora que fuera. Total, allí no había nada más que hacer que cortar leña cuando se acabara, y ver la nieve caer sentado ante la chimenea si no querías pelarte el culo de frío.

—¿Vas a llamarlo en algún momento?

¿Cómo no iba a saber Avery lo que pensaba cuando me veía mirando el teléfono?

Desde mi vuelta de Rumanía y mi llegada a Miami, todo había sido un sinfín de reuniones con la discográfica hasta dejar firmado mi nuevo contrato como solista. Íbamos a sacar un disco con los temas que había compuesto en mi retiro. Al parecer les habían encantado y estaban deseando que empezar a grabar. Así que lo primero era hacer una entrevista para dar la noticia a todo el mundo.

***

*—¿Y cómo sabes que ha sido él el que ha avisado a su hermana de dónde estabas? —me preguntó cuando acabé de narrarle mi aventura de haber sobrevivido en una montaña tan inhóspita.*

*Parpadeé, sorprendido por esa pregunta. ¿Es que no me había oído cuándo hablaba?*

*—No lo sabía nadie más —le recordé. Ella cerró los ojos con pesar— ¿qué? —le pregunté extrañado— ¿qué ocurre?*

*—Que sí había más gente que lo sabía —se removió en el sillón en el que estaba sentada a mi lado mientras veíamos la tele.*

*—Ya, bueno. La gente del pueblo supongo que también lo sabía, pero me juego la cabeza a que ni ninguno sabía dónde llamar para ponerse en contacto con Carla, ¿no crees?*

*—Ray, también lo sabía yo…*

*Bufé sin importarme interrumpirla.*

*—No seas ridícula ¿Su hermano estaba allí conmigo y ella aparece de buenas a primeras y tengo que pensar que no ha sido él el que la ha llamado para darle la exclusiva? ¡Venga ya, Avery! Ya sabes cómo funciona esto.*

*A veces me arrepentía de ser tan impulsivo, bueno, para ser sincero, me solía arrepentir siempre de dejarme llevar por mi estado de ánimo, pero ella no necesitaba más artillería que luego usaba contra mí sin ningún tipo de arrepentimiento.*

*—Ray, habla con él. No puedes…*

*—Déjalo, ¿quieres? Es demasiado tarde para cambiar las cosas. No voy a perdonarle lo que ha hecho, me cuente lo que me cuente.*

*Y así se zanjó esa conversación. Desde entonces no habíamos vuelto a sacar el tema, hasta este momento.*

***

—Por favor, no vuelvas otra vez con lo mismo, ¿quieres? Ya lo hemos hablado.

—Piensa en algo —me cogió una mano y se giró hacia mí para mirarme de frente— quiero que esa cabecita loca que tienes piense bien en lo que voy a decirte.

Respiré hondo para intentar buscar la poca paciencia que tenía para hablar de Liam otra vez, pero cuando Avery se ponía en este plan no podía zafarme de lo que quisiera decirme, menuda era.

—Venga, termina de una vez que van a echar la entrevista y quiero verla.

—A veces eres odioso, que lo sepas.

—Sí, sí, venga ya, cansina.

—Si tan importante era que su hermana os encontrara para hacer un reportaje sobre el hombre más buscado del momento, ese eras tú —me apretó la mano para dar énfasis a sus palabras— ¿por qué no ha salido nada al respecto todavía? Ni una mísera foto en ninguna parte, ni una palabra, *nothing,* ¿no te resulta extraño?

No iba a decirle que me pasaba las horas libres que tenía mirando el móvil buscando las putas noticias que debían estar en todos los periódicos del mundo y sin embargo no salía mi nombre en ninguna parte.

—Ya, bueno —no pensaba dar mi brazo a torcer— seguramente se esté gestando la entrevista del año y la sacarán cuando puedan destripar absolutamente todo lo sucedido entre nosotros desde el primer momento en el que puse mis pies allí.

—Han pasado casi dos semanas ya. Tiempo más que suficiente para publicar mil artículos distintos sobre ti y sobre él. Quizás la falta de noticias te indique que puede que estés equivocado con él y la llegada de su hermana no fuera culpa suya.

—¿Entonces para qué fue allí? —estaba ya hasta los cojones de toda esta historia. De Liam, de Rumanía y hasta del puto Drácula. El no saber nada de él, y que no se hubiese publicado nada sobre nosotros me estaba volviendo loco— si no fue para darle una exclusiva sobre nosotros o sobre mi ubicación, cuando tanto se me

buscaba, ¿para qué fue su hermana allí exactamente? No lo entiendo.

Y en ese momento comenzó en la tele el programa de entrevistas que estábamos esperando.

—Calla y dale voz que ya empieza.

Pero no fue mi entrevista ni mi cara la que salió en la pantalla.

Si no la de Liam.

Vestido con un elegante traje que le quedaba como un guante y con sus ojos oscuros que me miraban desde la pantalla como si me hablara a mí directamente. El hombre más buscado desde hacía años. Liam Sinclair, el hijo pródigo del magnate August Sinclair había vuelto a casa. ¡Hostia puta! ¿Qué coño era esto?

# CARLA

*En la televisión*

—Buenos días a todos. Como pueden ver, hoy estoy acompañada de uno de los hombres más buscados de los últimos años. Para quién no haya seguido las noticias, os diré que él es Liam Sinclair, hijo de August Sinclair, magnate de la cadena hotelera del mismo nombre. Hola, Liam.

—Hola, buenos días.

—Las preguntas que todo el mundo se ha hecho durante todo este tiempo en el que no hemos sabido nada de ti, es, sin lugar a duda ¿dónde has estado metido y qué has estado haciendo?

—Bueno, soy cirujano y estuve destinado en Irak durante unos años.

—¿Y luego? Cuéntanos qué has estado haciendo luego.

—La guerra no es para mí, supongo que no es para nadie, para ser sincero, así que me licencié del ejército y he estado descansando en un pequeño pueblo de Rumanía.

—Todo el mundo sabe que tuviste un encontronazo con tu padre. ¿Fue ese el motivo por el que te marchaste al ejército?

—Bueno, fue uno de ellos. No estaba listo para asumir la función que mi padre quería que tomara, así que decidí desaparecer durante un tiempo hasta poner mis asuntos en orden.

—¿Significa eso que has vuelto para asumir la dirección de las empresas Sinclair?

—Tengo que reunirme con mi padre todavía, así que no puedo adelantar nada.

—¿Desde cuándo no ves a tu padre?

—Desde que me fui a Irak.

—¿No te has puesto en contacto con él desde entonces?

—Hemos mantenido contacto telefónico, por supuesto. Pero poco más.

—Una última pregunta. ¿estás saliendo con alguien actualmente?

—No exactamente.

—¿Pero tienes el corazón ocupado o podemos darles esperanzas a nuestros telespectadores?

—Hay alguien, si es lo que me estás preguntando pero no voy a hablar de él si es lo que me estás preguntando.

—¿Podemos saber su nombre?

—No.

—Venga ya. Dinos por lo menos si es o no conocido.

—No voy a hablar de él en la televisión ni en ningún otro sitio.

—Bueno, ese él nos indica que es un hombre.

—No voy a negar ni a esconder mi orientación sexual a estas alturas de mi vida. Soy gay.

—Bueno, estaremos esperando todas las noticias que puedas irnos contando respecto a esa reunión con tu padre y sobre ese hombre misterioso. Gracias por mantener esta entretenida charla, Liam.

—Gracias a ti, Carla.

—Aquí nos despedimos de nuestro invitado de hoy, Liam Sinclair. Seguiremos ampliando noticias en las próximas semanas.

# RAY

Cuando eres un personaje público, vives infinidad de momentos surrealistas y tenía que reconocer que pocos me habían sorprendido tanto como esta entrevista que acabábamos de ver. ¿Liam era hijo de un magnate hotelero? ¿Por qué yo no sabía nada de eso?

No podía borrar de mi mente la imagen de él, vestido con ese traje gris que contrastaba tanto con la imagen del hombre que yo había conocido estos meses atrás y que solo llevaba botas de montaña y pantalones cargo. Nunca hubiese podido imaginar que proviniese de una familia pudiente. Joder, si en sus hoteles se quedaban la gente más exquisita de la sociedad. Incluso yo me había quedado en algunos de sus hoteles.

No flipes, Liam, que no eres nada exquisito, así que no tienen el listón tan alto después de todo. ¿Quién era ese hombre que no tenía nada que ver con el que yo conocía? ¿O es que no había conocido a Liam en absoluto? ¿Y por qué no me había mencionado? Estaba claro que la persona de la que hablaba era yo ¿verdad? ¿entonces por qué no había sacado nuestra relación a la luz? Para eso había ido su hermana a Rumanía ¿no?

—¿Ray?

No entendía absolutamente nada.

—¿Ray?

Si no había ido allí por mí…

—¿Me estás escuchando?

Me sobresalté cuando me gritó para que le hiciese caso.

—¿Qué? ¡Qué sí, joder! Te estoy escuchando.

—¿Tú sabías todo esto? —señaló la tele para enfatizar lo que acabábamos de escuchar.

—Qué voy a saber. Este Liam no es el que yo conozco. Ni siquiera conocía su apellido.

—¿Estás viviendo varios meses con un hombre y ni siquiera saber cómo se llama? —obvié su tono acusador.

—No suponía que fuera tan conocido. Pensaba…

—Que era un don nadie ¿no? —terminó mi frase y sus palabras me hicieron sentir mal por primera vez.

¿Lo había tratado como a un leñador, como me gustaba llamarlo, sin que me sacara de mi error diciéndome quién era?

—Sabía que era cirujano, ¿vale? Él mismo me lo dijo, pero se cuidó muy mucho de decirme nada más sobre su familia y su pasado. Solo sabía que había estado en Irak, pero ni una palabra de su padre ni de su familia y mucho menos de aclararme quién era su hermanastra.

—¿Sigues pensando que la avisó él para que sacara a la luz vuestra relación?

—No lo sé, ahora mismo no sé nada de nada.

—Podía haberte mencionado hoy y no lo ha hecho, de hecho, no se ha hablado de ti desde que has vuelto en ningún periódico. Eso te indica…

—Avery, por favor, déjalo estar. Ahora mismo necesito digerir todo lo que acabo de descubrir sobre Liam.

Me levanté dispuesto a salir a la calle para que me diera el aire porque sentía que me ahogaba metido en ese salón.

—¿A dónde vas? La entrevista va a empezar.

No me importaba nada en este momento. No me sentía con fuerzas de quedarme allí viendo la tele. Quería irme a buscar a Liam para que me explicara todo lo que no me había dicho sobre su vida.

¿Por qué no me lo había contado? ¿Tan poca confianza tenía en mí como para que no me contara los problemas que parecía haber tenido con su progenitor? Nos habíamos contado un montón de secretos y anécdotas sobre nuestras vidas, pero estaba claro que se había guardado para sí todo lo referente a su padre y a sus negocios.

—Voy a tomar el aire. Necesito salir un rato.

Me observó unos segundos antes de asentir.

—Vale. Como sé que le vas a dar mil vueltas a esa cabecita tuya, piensa también en que ese hombre no ha querido traicionarte en ningún momento, de hecho, si me preguntas mi opinión, que te voy a dar, aunque no quieras saberla, te diré que este paso que ha dado ha sido para proteger tu intimidad. Dale una vuelta.

—Nos vemos luego, no sé si vendré a comer.

Y me marché sin decirle nada más.

Necesitaba tomar el aire urgentemente y pensar bien en lo que había pasado. Porque si Liam no había avisado a su hermana, como parecía que no había hecho, entonces me surgía la pregunta de ¿quién la había avisado? ¿Alguien del pueblo que me había reconocido? Pero ¿por qué vino Carla donde estábamos nosotros? Y lo más urgente de todo era intentar hablar con Liam y disculparme.

No me gustaba pedir perdón, joder, pero tenía que reconocer que me había pasado un huevo con él, y lo mínimo que se merecía era que me disculpara. Esperaba que me perdonara, yo soy un cagaprisas que actúo antes de pensar, pero eso ya lo sabía él. Hablar y disculparme era lo principal.

—Bien, Ray eso puedes hacerlo.

Me paseé, nervioso como nunca por Ocean Drive, lleno, como siempre, de personas patinando o en bicicleta, aparte de los que corrían o paseaban disfrutando de las maravillosas temperaturas que estaba haciendo en Miami este mes de febrero. Cuerpos esculturales tomaban el sol en coloridas toallas, o jugaban al vóley playa en partidos improvisados entre risas y el graznido de las gaviotas que

formaban, junto con el murmullo del mar, una inconfundible melodía estival que me ayudó a tranquilizarme mientras marcaba su número.

—Venga, cógelo, cógelo.

¿Qué iba a decirle cuando lo cogiera? Ni idea, ya improvisaría algo. No tuve que hacerlo, porque las llamadas se acabaron sin que me lo cogiera. Bien, ¿y ahora qué?

# LIAM

No esperaba que me sintiese tan vulnerable y nervioso el día que, por fin, había quedado con mi padre para comer. Encontrarme de nuevo con él después de casi tres años sin vernos me recordaba a mi niñez, a lo mucho que siempre me había impresionado y a lo incómodo que siempre había estado en su presencia.

Con él no tuve ni siquiera una conversación sobre mi orientación sexual. No hizo falta. Me pilló un día besando a un compañero de instituto y su cara de desagrado y asco me dejó muy claro lo que pensaba al respecto.

Jamás hablamos de ello, pero su mirada siempre había dicho más que su boca. Hay personas que tienen esa habilidad, la de decirte sin palabras lo que se piensa de ti. Bueno. Ya no era ese niño asustado.  Había vuelto… ¿Por qué había vuelto exactamente? ¿Por mi padre? No lo echaba de menos, ni un poquito siquiera, pero era lo suficientemente mayor para querer retomar la relación con él antes de que muriera. Desde que estuve en la guerra, me prometí no dejar ningún asunto pendiente.

Para mí era importante decirle a los demás lo que pensaba de ellos, hablar de nuestros sentimientos no debería ser tan difícil. ¿Verdad? ¿Dar un abrazo a un amigo? Y cientos si hacía falta. Me había dado cuenta de lo importante que era el contacto físico. Un abrazo, una palmada en la espalda, un simple beso en la mejilla o un apretón de manos. ¿Decir un te quiero, o un te necesito o te extraño? Para mí, no era problema alguno.

Por ejemplo, la reunión que tuve en la montaña con mi hermanastra, con la que nunca me había llevado bien porque no

soportaba su forma de ser, ni el trabajo que hacía, me ayudó a limar asperezas. Éramos familia después de todo y su madre, la mujer de mi padre me caía genial. A ella sé que le entristecía que nosotros no nos lleváramos bien, así que tras una larga charla y pasar dos días juntos por culpa del mal tiempo, nos había acercado lo suficiente como para enterrar el hacha de guerra.

Que hubiese cumplido la parte del trato que hicimos de no hablar nada de Ray, me demostró que parecía valorar nuestra nueva situación. Y así volvía de nuevo a Ray y a mis sentimientos por él. Lo echaba tanto de menos que me dolía el corazón. ¿Se podía morir de amor?

No lo tenía claro, pero lo que sí sabía es que él se había llevado mi corazón con él cuando se marchó. Extrañaba todo de él.

Sus tonterías cuando se proponía hacerme reír y no le importaba hacer mil payasadas.

Su sonrisa, esa que iluminaba la cabaña entera y todo mi mundo.

Sus besos me hacían sentir que todo estaba bien. Que el mundo era más bonito y tenía más colores.

Su voz cuando me cantaba al oído mientras me hacía el amor con lentitud por la mañana.

Y sus manos… Esos dedos largos y delicados que tocaban mi cuerpo como un instrumento musical hasta hacerme vibrar de pasión.

Dios, cuanto lo echaba de menos. Que se marchase sin hablar conmigo era una espinita que no me había podido quitar todavía. Sabía que la llegada de mi hermana a la montaña me hacía parecer el único sospechoso. No se podía imaginar nunca lo que Avery había hecho durante todos estos años, pero incluso así.

¿De verdad me conocía tan poco como para meterme en el mismo saco donde estaban las personas que lo habían traicionado con anterioridad? Esperaba que Avery le contase la verdad en algún momento Ray quisiese hablar conmigo.

¿Y qué haría yo entonces?

Ni idea.

Sabía que nuestra historia no estaba terminada. Avery insistía con ello continuamente.

*Conozco a Ray, y puedo decirte que no dirá adiós a lo vuestro con tanta facilidad. Dale tiempo y verás como vuelve. Pero yo de ti, lo haría arrastrarse un poco antes de perdonarlo.*

¿Lo haría sufrir un poco como mi hermana me aconsejaba también? Me daba pavor pensar en lo que pasaría cuando Ray descubriese lo que le había hecho Avery. No tenía claro que soportara una traición como la de ella.  Demasiadas pérdidas en su vida. Demasiadas traiciones.

¿Cuánto tardaría Ray en querer hablar conmigo? Y cuando lo hiciera ¿querría solo disculparse por el malentendido o querría retomar nuestra relación? ¿Era él el motivo por el que de verdad había vuelto?

Que Ray me llamara cundo estaba llegando al restaurante me puso más nervioso todavía.

—Ahora no, Ray. Lo siento —murmuré con pesar.

Lo dejé sonar hasta que la llamada se cortó y entonces entré en el restaurante para comer con mi padre con la cabeza bien alta. Había llegado el momento de solucionar mis temas pendientes.

# RAY

—Deja de moverte, pareces el rabo de una lagartija y me estás poniendo nerviosa.

Fulminé a Avery con la mirada y seguí dando vueltas por la sala de descanso que tenía la discográfica. Había venido a grabar el Opening Track de mi nuevo disco en solitario y, como no, Avery había venido a acompañarme.

*Pareces un perrito abandonado desde que volviste* —me dijo unos días atrás.

No me extrañaba en absoluto, como no tenía noticia alguna de Liam, porque no me cogía el teléfono, ni respondía mis mensajes, me sentía como un pollo sin cabeza. Suponía que disculparme con él por no haberlo dejado explicarse, no iba a ser tan fácil como esperaba.

Iluso de mí, pensaba que estaría pendiente de una llamada mía y que me estaría echando tanto de menos como yo a él. Pero a la vista estaba que había continuado con su vida, olvidándose de mí por completo. De hecho, había visto su cara infinidad de veces porque no paraba de salir en mil noticias distintas. La vuelta del hijo pródigo había dado infinidad de titulares, como no, todos a cargo de la gilipollas de su hermanastra.

—Como la odio, joder.

—Oye…

Miré a Avery, que me observaba con expresión dolida, y entonces me di cuenta de que había hablado en voz alta.

—A ti no. —Y seguí dando vueltas por la sala bajo la atenta mirada de mi representante, que no me perdía de vista.

—¿No tienes llamadas que coger o correos que contestar? —le solté cansado de su escrutinio— me estás poniendo nervioso.

—¿Yo? —exclamó indignada— hay que joderse. ¿Quieres una tila?

El retintín de su tono no pasó inadvertido, sobre todo porque sabía que odiaba los tés y las hierbas esas con todo mi corazón.

—No tiene gracia, ¿sabes? Estoy muy preocupado —me senté en la silla vacía junto a ella.

La sala de descanso en la que estábamos consistía en una sala de tamaño medio, con una pared acristalada con vistas al mar. En el centro había una enorme mesa de cristal, donde había emparedados, cafés, y todo lo que alguien podía querer comer a la temprana hora de las nueve de la mañana, que era a la que me habían citado allí para grabar.

—Lo sé. Puedo ver en tus ojos lo triste que estás desde que volviste, sé que Liam es más importante para ti de lo que me has dejado entrever.

—¿Tan transparente soy? —no me hacía especialmente feliz que pudiese ver mis sentimientos con tanta facilidad.

—Te fuiste a Rumanía con una gran depresión, y en estos meses que estuviste allí, fui notando la alegría y la ilusión en tu voz cada vez que hablábamos. Estamos aquí, empezando una nueva etapa de tu vida que estará llena de éxitos —me tomó las manos y me las apretó con cariño. Avery era como yo, muy tocona. Necesitábamos contacto personal con aquellos que nos importaban— así que sé que tienes el corazón roto, pero algo me dice que tu historia con Liam no está acabada todavía.

—¿Y si no quiere perdonarme por lo que le hice? —esa idea me atormentaba desde que volví, o mejor dicho, desde que entendí que lo había juzgado mal y que iba a ser muy difícil que Liam me perdonase. Pero yo era terco como una mula y no pensaba darme

por vencido. No pensaba desistir de intentar ponerme en contacto con él.

—Pues si él te importa tanto como dices, vas a tener que buscar la manera. No eres demasiado orgulloso, así que arrastrarte un poco no te supondrá demasiado esfuerzo.

—Si así consigo que me perdone, haré lo que sea.

Llamaron a la puerta y mi productor asomó la cabeza instantes después.

—¿Listo?

Respiré hondo y asentí.

—Nací preparado, ya lo sabes.

Y cuando iba a salir por la puerta se me ocurrió una idea.

—Ya lo tengo, llama a esa periodista odiosa amiga tuya y pregúntale donde estará Liam estos días. Ella debe de saberlo porque no parece que se despegué de su lado últimamente.

Una enorme sonrisa se pintó en su cara.

—Estaba esperando que me lo pidieras. Vete a grabar que te tendré la información lista para cuando regreses.

—Bien.

Y me fui a retomar mi carrera musical con una enorme sonrisa en la cara. Avery lo arreglaría. Al fin y al cabo, había cuidado de mi durante todos estos años.

Era capaz de conseguir lo que se propusiera, además, ellas dos parecían ser amigas. Avery siempre se había encargado de que fuera ella la que nos hiciese las entrevistas. Yo la odiaba a muerte, pero si me facilitaba información sobre Liam, haría de tripas corazón y le debería un inmenso favor.

Lo que fuera por volver a ver al hombre que se había colado en mi corazón sin proponérselo siquiera.

# LIAM

Mi padre había cambiado mucho en los años que hacía que no lo veía. Después de mi enfrentamiento con él, había mantenido el contacto con Anne, su mujer y la madre de Carla. Aunque nuestra relación no era demasiado cercana, ella no tenía la culpa de que mi padre fuese tan estricto y dictatorial como un general del ejército.

Estaba claro que debía ser despiadado en los negocios y en casa era igual de frío que en la oficina. Así que, tras la muerte de mi madre que era todo besos y abrazos, me encontré en un hogar desangelado y estricto donde me pasaba los días intentando ganarme el reconocimiento de mi padre, cosa que casi nunca conseguía. Cuando decidí estudiar medicina, sabía que mi padre pondría el grito en el cielo, pero para mi sorpresa, se dedicó a hacerme el vacío y a no dirigirse a mí más que cuando era estrictamente necesario.

Hasta que por fin nos enfrentamos, cuando decidió que ya había esperado los años suficientes para que me dejase de tonterías y ocupara el puesto en su empresa, que, según él, era el que debía tomar y dejarme de jugar a los médicos y enfermeras.

Del tema de ser gay nunca volvió a decirme nada, pero yo sabía que esperaba que se me pasase la tontería, como si ser gay fuese una decisión que tomabas un día para cambiarla al siguiente.

Ya no me daba miedo enfrentarme a mi padre. Sabía lo que quería, y aunque deseaba retomar la relación con él, no iba a permitir que dirigiese mi vida ni me impusiese ninguna de sus arcaicas decisiones.

Mientras me acercaba a la mesa donde estaba sentado mirando el móvil con gesto concentrado, observé lo cambiado que estaba. Ni August Sinclair era inmune al paso del tiempo. Siempre había sido delgado, entre otras cosas porque decía que el ser humano debía comer lo estrictamente necesario para sobrevivir, así que siempre había comido como un pajarito. Ahora, su espalda, esa que siempre mantenía derecha como una vela, estaba encorvada, y el traje que llevaba puesto, de un gris oscuro, que seguramente costaba más que el alquiler de mi cabaña en Los Cárpatos el año entero, le quedaba grande de los hombros. Su pelo, antes salpicado de canas, era ahora completamente blanco y lo llevaba, como siempre, peinado hacia atrás. Me vino a la mente la idea de que por lo menos no me quedaría calvo con la edad. El perder el pelo era genético, ¿no?

Me reí por lo absurdo del pensamiento y ese sonido fue lo que lo hizo levantar la vista del móvil y clavar sus ojos, oscuros como los míos, en mí, para evaluarme como un carroñero a su presa. Se levantó con trabajo de la silla para saludarme y de repente me encontré sin saber bien lo que hacer. ¿Lo abrazaba? Darle la mano me resultaba demasiado frio, pero no pude evitar que me impresionase tanto como lo hacía cuando era pequeño. Fue él el que dio el primer paso.

—¿No vas a darme un abrazo? —su voz sonaba cascada y apagada, nada que ver con el tono autoritario que había usado siempre.

—Claro —al abrazarlo sentí su espalda huesuda y me di cuenta de que estaba más delgado de lo que parecía a simple vista —me alegro de verte, papá.

—El hijo pródigo ha vuelto —dijo cuando nos separamos y me indicó la silla que estaba frente a él en la mesa— siéntate y dime por qué has vuelto tan de repente.

Ahí estaba el hombre que yo conocía. Directo al grano. Nada de conversaciones tribales sobre el tiempo, la salud, o interesarse por lo que había sido de mi vida en estos años que no nos habíamos visto.

A él solo le importaba el motivo por el que había vuelto y qué ventaja obtendría de ello.

¿Qué podía decirle? ¿Que había vuelto porque me había enamorado de un cantante y quería estar cerca de él, y no en la otra parte del mundo? ¿Le importarían los motivos? Iba a enterarse de todas formas, porque cuando dejase solucionado este tema, iba a buscar a Ray, donde quiera que estuviese, e iba a explicarle todos los motivos por los que yo jamás le traicionaría.

Aunque me dolía como me había tratado, podía entender que pensase que yo también le había traicionado, como habían hecho tantas personas antes que yo. Y sabía que la traición que más le iba a doler era la de Avery. Como no había salido la noticia en ninguna parte, supuse que todavía no le había contado nada. Y quería estar con él cuando se enterara.

—He estado un tiempo en Rumanía, curándome de las heridas de la guerra— no iba a contarle nada más— y he pensado que era hora de que enterráramos el hacha de guerra.

—¿Significa eso que has venido para ocupar tu puesto en la presidencia de la empresa, como te pedí que hicieras antes de que te escondieses de esa forma tan vergonzosa?

¡Será cabrito el tío!

—Esconderme de esa manera vergonzosa, como dices tú, salvó a un montón de soldados en una guerra que no compartían y de la que ni siquiera querían formar parte.

—Como sea —hizo un gesto desdeñoso con la mano para quitarle importancia y avisó al camarero para que nos tomara nota de la comida.

¿Cómo era posible que lo hubiese echado de menos? Era el mismo egoísta de siempre al que solo le importaba él, él y después otra vez él.

—¿Han pensado lo que van a tomar?

—Yo lo mismo de siempre, y trae una botella de agua con gas —me miró a mí— ¿tú qué vas a comer?

Estaba deseando irme de allí, así que me obligué a tranquilizarme pensando que debería dejar zanjado este tema para poder dedicarme a reconquistar a mi novio, que era lo que de verdad me apetecía y el motivo real por el que había vuelto.

—Yo quiero una cerveza muy fría y el chuletón de ternera más grande que tengas —a la mierda. No me apetecía nada comer, pero con la carne me aseguraba de molestarlo, porque él nunca había entendido que una sola persona pudiese comer tanto. Yo nunca hacía ascos a un buen chuletón.

Obvié la mirada de disgusto que me echó mientras el camarero se marchaba. ¡Jódete, que las cosas las voy a hacer a mi manera!

—Bien, he vuelto con la intención de aceptar la dirección de la empresa, pero tengo mis condiciones…

—No hay condiciones que valgan —me soltó sin dejarme terminar de hablar— todo se hará según los términos que estipulamos hace años.

—Te equivocas, si me quieres aquí estas son mis condiciones.

Y se las enumeré sin darle opción a quejarse.

# RAY

¿Os he dicho ya lo mucho que odiaba a Carla? Avery me concertó una cita con ella, donde por supuesto intentó sacar tajada de que fuera yo el que, por una vez, fuese quien la necesitara, pero se podía ir a mierda.

Así que aquí estaba yo, en un edificio gigantesco donde estaban las oficinas de Hoteles Sinclair en Los Ángeles, en una sala de espera de mármol blanco y cristales, todo frío e inmaculado, y una secretaría guapísima, delgadísima y tontísima que me hizo esperar para anunciarme.

—El presidente está muy ocupado esta semana. Posiblemente no pueda atenderlo —me dijo sin conocerme a simple vista— su nombre es…

—Ray Orson.

Parpadeó repetidas veces, lo que me indicó que el nombre sí lo conocía y me miró de nuevo con una cara de sorpresa que en otro momento me hubiese hecho reír, pero había sido tan desagradable mirándome como si hubiese pisado una mierda y hubiese pisoteado su inmaculado suelo de mármol, que no me dio la gana ser amable con ella.

—¿*Ese* Ray Orson? —preguntó perpleja.

—Sí, ese Ray Orson. Él me conoce y me está esperando —mentira, pero en el fondo esperaba que fuera verdad que me hubiese echado tanto de menos que no pudiera vivir sin mí. Qué iluso. Por la manera de mirarme de la secretaria, asistenta o lo que

fuera, sabía lo que venía ahora, ya que me pasaba con todas las personas que me reconocían en cualquier sitio.

—¿Me puede firmar un autógrafo? —le faltaba dar saltitos en el suelo por la ilusión, pero se iba a llevar una sorpresa.

No estaba de humor. Si trataba con esa frialdad y ese desprecio a las personas que llegaban allí, no podía esperar que luego fuesen amables con ella.

—Lo siento, ya he gastado el cupo por hoy.

—¿Rose?

El hombre que llamó a la recepcionista no necesitaba presentación, era Liam con treinta años más, y por su manera de mirarme, supe que me había reconocido y que no se alegraba de verme.

¿Era posible que su hijo le hubiese hablado de mí? Bien, eso esperaba, aunque conociendo a Liam, dudaba mucho de que le contase nada a su padre. Por lo que había entendido de sus entrevistas en la televisión, Liam se había dado a la fuga cuando su padre le quiso ceder la presidencia años atrás, y había dado la cara ahora… ¿por qué exactamente? ¿Porque tenía asuntos pendientes? ¿Yo era su asunto pendiente? ¡Ojalá! De hecho, había venido a buscarlo por ese mismo motivo, porque teníamos una deuda que saldar, y yo una disculpa que dar e intentar dejarle claro que quería una vida con él. No me importaba ni el dónde ni el cómo si era con Liam.  Soñar era gratis, ¿verdad? ¿Vosotros no soñáis despiertos con deseos que tenéis por cumplir? Esos son los asuntos pendientes que todo el mundo tiene.

—Ah, señor Sinclair, el señor Orson pregunta por su hijo. Ya le he dicho que está muy ocupado esta semana, pero insiste en verlo.

—Mi hijo no puede ser interrumpido en estos momentos. Le ruego vuelva otro día.

Y una mierda.

—Esperaré —no tenía intención de irme a ninguna parte— tengo todo el tiempo del mundo.

—¿Le importaría acompañarme un momento?

Que el viejo quisiese hablarme en privado no me daba buena espina, pero de todos modos quería enterarme de lo quisiera decirme que ya suponía que no iba a ser nada bueno. Desearme una feliz relación con su hijo seguro que no. Asco de vida.

—Claro.

Lo seguí hasta una sala completamente de cristal. Con una enorme mesa, también de cristal, como no, de reuniones para más de veinte personas. La pared frontal tenía unas vistas impresionantes del U.S Bank Tower y sus setenta y tres metros de altura. Cerró la puerta tras sí y me invitó a sentarme con un gesto de la mano.

—Prefiero estar de pie.

—Como quiera —el hombre me estudió con detenimiento y supe lo que estaba viendo. Yo llevaba vaqueros rotos y sudadera grande con una gorra que me tapaba media cara para intentar pasar inadvertido. Desde que salió a la luz mi vuelta a los escenarios, la prensa no me dejaba ni a sol ni a sombra. No era mi mejor atuendo, lo reconozco, pero no esperaba una entrevista privada con el que esperaba fuera mi suegro. Sabía que al Liam que yo conocía no le importaría nada mi vestuario, pero en esta oficina, destacaba como un pordiosero en el salón real— mire, sé lo que tuvo con mi hijo, pero eso se acabó, ¿sabe? —ni siquiera me dejó responderle. Supuse que Carla se lo debió de contar porque dudaba mucho que lo hubiese hecho Liam— no quiero que se acerque más a mi hijo.

Pues mala suerte porque eso no iba a pasar excepto que fuese Liam el que me lo pidiera.

—Escuche…señor…

—Sinclair.

—Vale, señor Sinclair. He venido a hablar con su hijo y nada de lo que me diga me hará cambiar de opinión.

—Pero es que mi hijo no quiere hablar con usted, ¿no lo entiende?

—Bueno, pues entonces que venga y me lo diga él mismo.

Como vio que no me iba a dar por vencido, su semblante se ensombreció y supe que este hombre no estaba acostumbrado a que le dijeran que no. Bueno, yo tampoco.

—No lo quiero en mi empresa —el tipo me miro con tal cara de asco que consiguió hacerme dudar de si venir a buscarlo había sido buena idea, después de todo.

—Ya, bueno, me marcharé en cuanto haya hablado con él.

—No, se va a marchar ahora si no quiere que llame a seguridad y lo echen a empujones de aquí.

Menuda mierda. Lo último que me faltaba era salir en la prensa cuando me echaban de la empresa de Liam como a un vulgar delincuente. Tenía que aceptar mi derrota. No podía ponerme a buscar a Liam como un loco si no quería montar un numerito, así que decidí darme por vencido, por ahora. Aunque la idea de ponerme a llamarlo a gritos se me pasó por la cabeza, pero decidí no ser tan imprudente y montar un escándalo para que su padre me odiara aún más. Ya buscaría la manera de ponerme en contacto con él.

—No hace ninguna falta, ya me marcho, pero le interesará saber que no pienso darme por vencido hasta que hable con su hijo en persona.

—Buena suerte con eso. Ahora por favor, márchese de aquí antes de que llame a seguridad.

# LIAM

Reunirme con los hombres más importantes de la empresa no estaba siendo tarea fácil. Como era de esperar, ninguno se fiaba de mí y de que no volviese a escaparme cuando me sintiera sobrepasado por todo. No entendía por qué mi padre había salido de la reunión dejándome solo para que me enfrentara a las bestias de Mordor sin nada que me respaldase. Me entraban ganas de volver a marcharme a Rumanía y a la mierda con todo. Pero había vuelto para hablar cara a cara con Ray y aclarar nuestra relación. Me había estado llamando y mandando mensajes sin parar, pero había decidido dejarlo sufriendo un poco más. Al fin y al cabo, pensaba ir a buscarlo en cuanto acabara con las interminables reuniones que estaba teniendo desde que decidí asumir la presidencia.

Había apagado el teléfono cuando entré en la sala de reuniones porque sentía la imperiosa necesidad de mirar sus mensajes o cualquier otra cosa que me distrajera de las soporíferas reuniones que estaba teniendo. ¿Es que nadie tenía una anécdota graciosa o una manera más divertida de dar las estadísticas? Me moría de aburrimiento y por eso había apagado el móvil y no fue, hasta que terminó la reunión y lo volví a encender, a eso del mediodía, cuando no vi su mensaje.

*Estoy en la puerta de tu edificio.*

Volví a mirar el teléfono, confundido. Debía haber leído mal el remitente porque era imposible que Ray hubiese estado aquí y no me lo hubiesen dicho. Miré la hora a la que me lo había mandado. Las 9:45 horas. Y eran ya más de las doce de la mañana.  Mierda.

Salí corriendo para intentar pillar un ascensor que no estuviese lleno, pero a estas horas era casi imposible porque todo el mundo salía o volvía de comer, y era casi imposible pillar uno que no se parara en las más de cien plantas que tenía el edificio.

Intenté llamar a Ray para preguntarle dónde estaba, pero dentro del ascensor no tenía cobertura. Así que tuve que esperar a que el ascensor bajara hasta la planta baja. Cuando lo llamé me salió apagado o fuera de cobertura y colgué. Mierda. No quería dejarle un mensaje, quería verlo de una vez y me maldije por no haber querido hablar con él en las muchas veces que había intentado ponerse en contacto conmigo. Me aterraba que de repente se hubiese dado por vencido.

—¿Dónde estás? —le mandé un mensaje esperando que recuperara la cobertura en ese momento y me pudiese responder. Mientras tanto me puse a andar por la calle esperando ver un pelo rubio y el cuerpo delgado que tan bien conocía. ¡Dios, como lo echaba de menos!

Después de estar más de media hora buscándolo por las calles, como el que busca a su perro cuando se le escapa, me di por vencido y decidí anular todas mis reuniones de hoy y los siguientes días para encontrarme con él donde quiera que estuviese.

Mi padre iba a poner el grito en el cielo, como si lo estuviese escuchando, pero ya era hora de dar el paso definitivo y buscar a Ray antes de que pensase que no quería volver a saber nada de él. Y sabía quién era la persona perfecta para que me ayudara a encontrar a Ray.

—Vaya, hola, forastero.

—Avery…

—Si querías hacer sufrir a Ray, creo que lo has conseguido. Dejarlo esperando en la puerta del edificio es algo rastrero —me removí inquieto por la regañina porque tenía toda la razón— y lo de tu padre no tiene nombre.

¡Espera, espera! ¿Mi padre? ¿qué tenía que ver en esto?

Entonces entendí la cara de satisfacción que trajo cuando volvió de donde quiera que hubiera estado.

—¿Me estás diciendo que mi padre ha hablado con Ray? ¿Ha estado en mi oficina y nadie me ha dicho nada?

Podía retorcerle el cuello a mi padre en ese momento. ¡Oh, joder! Ray pensaría que no quería saber nada de él.

—¿No sabías nada al respecto?

—Si piensas que he mandado a mi padre a que despachara a Ray y lo echara de la oficina, es que no me conoces. Para tu información, te diré que he estado reunido toda la mañana y no me he enterado de la visita de Ray hasta mediodía, cuando ya se había marchado. Y de hecho, lo he llamado en cuanto he leído su mensaje, pero su teléfono me daba fuera de cobertura.

—Se ha marchado. Vuelve a Miami.

—¡Oh, joder! —me pasé las manos por la cara con frustración. Me arrancaría el pelo con gusto si así conseguía apartar la sensación catastrofista que me embargaba en ese momento.

—Avery, te he llamado porque necesito tu ayuda.

—Si no es para conquistar a mi hombrecito, paso.

—Si. Es justamente para eso.

—Entonces soy toda oídos. Pero debes saber que este fin de semana empieza con el primer concierto. A partir de ahora va a ser muy complicado que podáis cuadrar vuestras agendas.

Eso me dejó fuera de juego. Si él empezaba a recorrerse medio mundo con las giras, me iba a ser muy difícil poner en marcha mi plan.

—Bien, ante todo mándame su agenda para saber dónde va a estar las próximas semanas y te diré lo que tengo pensado.

—Soy toda oídos. Apunta.

# CARLA

Me había pasado la vida intentando contentar a mi padrastro, pero August Sinclair no era hombre fácil de contentar. Pero aquí seguía, intentando hacer algo a su gusto para llevarme una palmadita en la cabeza como si fuese una simple mascota.

—Bien, con tus contactos quiero que busques a Liam y le jodas ese encaprichamiento que tiene con esa maricona rubia que solo sabe dar berridos.

¡Podre Liam! Le había prometido no meter las narices en su relación, pero mi padre me había prometido, no con palabras claro estaba, que si le mostraba lo comprometida que estaba con él, quizás me diera ese puesto que Liam no parecía querer en absoluto, y yo me moría por tener.

Si me convertía en la presidenta de las empresas Sinclair, podía dejar, por fin, de meterme en la vida de los demás y descubrir sus miserias. Tantos años al pie del cañón destrozándole la vida a todo el que tenía algo que tapar, y que fuera lo suficiente jugoso para dar un escándalo, me había granjeado más de un enemigo y no quería seguir en esta mierda de trabajo.

No tenía claro que August no me estuviese utilizando. ¡Qué ingenua era! Por supuesto que me estaba utilizando para traer a su hijo al redil, pero ¿qué otra cosa podía hacer yo?

—Vale. No me será difícil averiguar dónde comienza la gira de Ray Orson. Tengo una noticia guardada que sé que no ha salido a la luz y que hará que lo último en lo que piense Ray sea en mi hermano.

—¿Estás segura de que conseguirás romper lo que quiera que tengan?

Me lo pensé unos segundos. Avery no le había contado todavía su metida de patas, porque si no, algo se habría filtrado, sin lugar a duda. Aunque Liam no tenía nada que ver con esa noticia, ya me encargaría yo de que supiese que mi hermano estaba al tanto y no se lo había contado. Me daban pena los dos. Hacían una pareja bastante mona. Pero tenía muchas ganas de echarle el guante a esa presidencia, y haría lo que fuera por conseguirla.

—¿Si consigo que rompan, me harás presidencia de la empresa?

Con mi padre había que tenerlo todo atado y bien atado. E incluso así, era muy difícil presionarlo para que hiciera algo que no quería.

—Tú consigue que vuelva a casa y ya veré lo que hago contigo.

Esa respuesta no me convencía demasiado porque no se comprometía a nada en absoluto, pero así era mi padre.

—Cuenta con ello.

# RAY

*Hola.*

*Aunque considero que soy un hombre que no se da fácilmente por vencido, después de estar dos meses intentando hablar contigo de todas las formas posibles y no conseguirlo, tu mensaje me ha llegado alto y claro.*

*Después de hoy no volveré a molestarte. Pero de todos modos quería decirte que siento mucho haber dudado de ti y haberme ido sin darte la oportunidad de explicarte. Me arrepentiré de mi alocada decisión por el resto de mi vida.*

*No quiero que pienses que no eres importante en mi vida ya que solo tú has conseguido derretir mi corazón. Me he pasado años ocultándoselo a los demás para que no me hirieran, después de cientos de desengaños. Solo tú me has visto como realmente soy. Para una vez que encuentro a alguien que me importa de verdad voy y lo estropeo.*

*Tú eres la luz de mis días, y la música de mis canciones y me arrepentiré toda la vida de no haber sabido cuidarte y valorarte cuando más lo necesitabas.*

*Me hubiese gustado pasar el resto de mi vida contigo, pero está claro que no va a poder ser.*

*Recuerda que siempre te llevaré en mi corazón y si algún día me perdonas te estaré esperando.*

*Sé feliz Liam.*

# RAY

Un comienzo de gira siempre era una completa locura. Hoy estábamos en Manchester, y ya habíamos estado en Londres y en Edimburgo. Después de los conciertos en Reino Unido nos pasábamos a París dentro de una semana, y estaríamos en Europa de gira casi un mes entero. Nos quedaba Roma, Múnich, Barcelona, Madrid y Viena. Luego volvíamos a Estados Unidos a empezar la gira americana.

Habíamos apostado fuerte con mi vuelta a los escenarios, y tenía que reconocer que en todas partes me habían dado una acogida apoteósica. Tanto cariño me abrumaba, y en cada concierto cantaba algún tema de mi antiguo grupo, cosa que hacía a mi corazón encogerse de dolor y de nostalgia.  ¡Cuánto los añoraba, joder! Los echaba tanto de menos que me dolía el corazón.

Entre volver a los escenarios, que me recordaba a lo que había pasado meses atrás, y la pérdida de Liam, sí, ya me había dado por vencido al no haber tenido respuesta alguna después de meses intentando ponerme en contacto con él, me sentía triste y superado por las emociones que intentaba manejar como buenamente podía.

Avery se había empeñado en añadir al equipo que me acompañaba a todas partes, un psicólogo con el que tenía que hablar antes y después de cada concierto. Aunque nunca lo reconocería en voz alta para que Avery no se creciera todavía más de lo que ya lo estaba, tenía que reconocer que había sido una buena idea ya que las charlas diarias evitaban que cayera de nuevo en la depresión de la que apenas acababa de salir.

Así que aquí estábamos, en el campo de fútbol del Manchester, donde terminaba la gira por Reino Unido, con el equipo de sonido, iluminación, etc. mientras Avery hacía magia con el teléfono en la oreja solucionando un problema con no sé qué hotel que había surgido a última hora. Lo que esta mujer hacía en el teléfono era magia pura. Sea lo que sea que quieras, Avery te lo conseguía con solo unas llamadas de teléfono.

El estadio estaba a reventar. El murmullo de miles de personas juntas era ambrosía para mis sentidos. Sentía una sensación de euforia que no me permitía estarme quieto. Movía las piernas como si me pasearan mil hormigas por ellas. Que Avery se paseara arriba y abajo no me ayudaba demasiado a calmarme y la fulminé con la mirada cuando me coloqué delante de ella para que parase de una vez y me empujó, literalmente, para sortearme y seguir con su incansable caminata de un lado a otro.

—Para ya que me estás poniendo de los nervios —le gruñí con mal humor.

Tapó el micro del auricular que llevaba en la oreja y me estudió con ojo clínico. Me removí inquieto en el sitio.

—¿Qué? —¿Por qué me miraba así?

—Estás guapísimo.

Y siguió con sus paseos. Qué rara estaba desde hacía unos días.

Nos habíamos adueñado del vestuario del campo donde estábamos esperando la hora para empezar el concierto. Desde allí dentro se oía a la gente gritar entusiasmada y supe que había llegado el momento. Nick, nuestro enlace con la discográfica entró con paso nervioso. Otro que no sabía estar tranquilo.

—Es la hora. ¿Estás listo?

Era un hombre pequeño y delgado como un palo de escoba. Tenía el pelo de un naranja encendido y la cara llena de pecas. Sus ojos azules eran amables y sonreía continuamente. Teníamos una muy buena conexión desde que empecé a grabar con ellos. No se habían rendido conmigo, y habían esperado a que me recuperara

tras el accidente tanto física, como mentalmente. Habían sabido, junto con Avery, que la música era mi vida y que no podía dejarla de lado demasiado tiempo.

—Vamos allá.

No me permití pensar en nada más que en la tarea que tenía entre manos, así que salí del vestuario con paso firme, y saludé a los miles de espectadores que gritaron entusiasmados al verme en el campo.

—¡Hola, Manchester! —grité en el micrófono.

Y los gritos de la gente al contestarme aliviaron un poco el dolor de mi corazón.

# CARLA

Llevaba años siguiendo a los Tentations por todo el mundo, y aunque el rock no era mi música favorita, tenía que reconocer que habían sacado temas muy buenos. Por eso habían triunfado durante tanto tiempo, y la voz de Ray era sencillamente maravillosa.

Aunque ser la mala de la historia nunca me había importado demasiado, era mi trabajo, y me había dado una vida de lujos de la que no me quejaba, lo que iba a hacer esta noche me dejaba mal sabor de boca.

Ray era un hombre sensible. Pensaba que para componer canciones, escribir poesía, pintar o dedicarte a cualquier tipo de arte, había que tener una sensibilidad distinta al resto de los mortales, si no, todos seríamos compositores o escritores, ¿no?

Darle la noticia que pensaba darle, lo iba a destrozar. Aunque eso no garantizara que fuera a dejar a mi hermano, que ya había visto que también estaba aquí esta noche con Avery. Si hacía las cosas bien, podía conseguir que tras informarle de la traición de su representante y amiga durante todos estos años, e incluir a mi hermano en conspirar a sus espaldas por no contarle que lo sabía, podía hacer que su romántico reencuentro se derrumbase por completo.

Tenía un acuerdo con Liam e incluso con Avery de no contarlo, pero la petición de mi padre de intentar dinamitar esa relación fuese como fuese, justificaba que me lo saltase todo y me centrase solo en hacer daño.

Oía a la gente volverse loca con Ray cuando cantó la balada que le había dedicado a mi hermano y que le había abierto la puerta de nuevo al mundo de la música esta vez en solitario.  Pobre. No se imaginaba lo que se le venía encima.

Esperé a que terminara y me colé, gracias a mi carné de prensa, en el vestuario, no sin pagar a los guardias de seguridad encargados de la protección de Ray para que hiciesen la vista gorda.

Me senté en uno de los bancos y me dediqué a esperar a que Ray volviese cuando terminase el concierto. Esperaba que Avery o mi hermano no viniesen aquí antes de que yo pudiese verlo a solas. Solo esperaba que las consecuencias por destrozar hoy tres vidas, mereciera la pena. ¿Os he dicho ya que no tengo corazón cuando se trata de negocios? Pues eso.

# LIAM

Quise hablar con Ray en cuanto pisé, por fin, en un vuelo que llegó con casi dos horas de retraso, Manchester. Me moría por abrazarlo de nuevo. Por pasar mis manos por ese pelo sedoso que llevaba bastante más largo que cuando estábamos en Rumanía. Y por poder besar esa boca lasciva que tanto placer me había dado en el tiempo que habíamos pasado juntos.

Pero, como me suponía, llegué tan tarde al estadio que ya había comenzado el concierto. De hecho, estaba a punto de terminar. Me hubiese encantado verlo, pero no podía pelearme con el tráfico aéreo.

Me moría de cansancio. Los últimos días habían sido una locura de reuniones, carreras por los aeropuertos, y un sin fin de llamadas telefónicas de mi padre.

Me había tomado una semana de vacaciones y no se lo había tomado demasiado bien, y mucho menos cuando se enteró de que dejaba Estados Unidos para venirme a la tierra de la reina madre, que ya no vivía la pobre. Pero aquí estaba yo, buscando a Avery entre la gente para poder entrar al concierto. Mi padre que me volvió a llamar. Estaba a punto de bloquearlo. ¡Qué pesado era, joder! Sonreí cuando pensé en la cara que pondría si se daba cuenta de que lo había bloqueado. Joder, su furia no tendría parangón.

—Vamos, vamos, Avery —susurré mientras la esperaba en la puerta que me había indicado ella. Me paseaba nervioso de un lado a otro en mi impaciencia por reencontrarme de nuevo con mi rubio favorito sin que el guardia de seguridad me quitara la vista de encima. ¿Qué cara pondría?

Oí al público rugir y aplaudir con tanto ímpetu, que parecía que el suelo, e incluso el aire, vibraba con sus gritos. Sonreí orgulloso de lo que estaba consiguiendo. Me prometí a mí mismo que no me perdería su próximo concierto por nada del mundo. Bueno, para ser sincero, no pensaba separarme de él lo menos posible siempre que el trabajo me lo permitiese.

—Estás aquí —Avery llegó casi corriendo, me abrazó en un visto y no visto y se volvió tirando de mi mano libre. Me sujeté la mochila con las pocas pertenencias que había cogido para no tener que cargar con una maleta durante el viaje, ya me compraría algo de ropa en cuanto pudiera, aunque esperaba no necesitar llevar nada puesto en los próximos días. Soñar era gratis.

Había venido justamente hoy, porque sabía que después de este concierto tenía una semana libre hasta cantar de nuevo en París. Tiempo que pensaba pasar con él sin salir de una cama si podía elegir.

—Siento la tardanza. Había un problema de no sé qué en el aeropuerto y hemos salido casi con dos horas de retraso.

—El concierto está a punto de acabar —no perdió paso y avanzó entre la gente que había en los pasillos del estadio como Moisés abriendo las aguas— podemos ir al vestuario si quieres o bien…

—Quiero verlo cantar —decidí mientras miraba al escenario a lo lejos. Y allí encima, como un rey ante sus súbditos, estaba Ray, cantando esa balada que me encogía el corazón y me emocionaba cada vez que la oía. Aunque no lo dijese, sabía que me la había dedicado a mí.

Hablaba de dos personas que se encontraban cuando la noche era más oscura, que se reconfortaban y abrían sus corazones rotos para sanarlos entre llantos y risas. Hablaba de esperanza, de nuevos comienzos, de perdonar y saber soltar el pasado cuando dolía tanto que no te dejaba avanzar.

Cada vez que la oía, y me había pasado noches enteras oyéndola en bucle mientras intentaba quedarme dormido en mi cama solitaria,

me recordaba a nuestros días en la cabaña. A nuestros llantos compartidos, comidas quemadas, a él, siempre a él en nuestras tardes de risas. A nuestras interminables charlas sobre cualquier tema y a nuestras confesiones bajo las mantas.

Era un hombre herido y esas heridas, tanto físicas como mentales, las llevaría siempre consigo. Pero era admirable cómo se había levantado y juntado sus trozos rotos para empezar de nuevo y triunfar como estaba haciendo. Era digno de admiración. Y de amor. Ese que había despertado en mí y por el que estaba dispuesto a llegar a donde hiciera falta por mantenerlo conmigo.

Ray se despidió del público que lo aclamaba con un rugido ensordecedor, y sonreí pensando en lo bien que le sentaría todo esto.

Parpadeé, porque de repente me había parecido ver a Carla entre la gente. Estaba obsesionado con ella y ya veía alucinaciones. A veces soñaba que hablaba con Ray y le contaba mil mentiras para romper nuestra relación. El miedo me reptó por la espalda como hormigas por un tronco de árbol.

—¿Sabes si Carla está aquí cubriendo el concierto? —me acerqué a Avery para hablarle al oído, porque el ambiente era ensordecedor.

—Quita, quita, ya solo nos faltaba eso.

Iba a decirle que me había parecido verla entre el gentío, pero cuando la busqué con la mirada ya no la veía por ninguna parte.

—Quería agradecerte que hayas accedido a estar presente cuando le dé la noticia a Ray.

Había hablado conmigo para pedirme que por favor estuviese con ellos cuando le contara su traición y todo lo sucedido después y no pude negarme. Habíamos quedado en que uno de estos días nos reuniríamos los tres para hablarlo con calma. Pero ninguno nos imaginábamos lo que estaba a punto de suceder.

# RAY

Ya no me acordaba de lo bien que sentaba un baño de multitudes y el cariño con el que el público podía recibirte. Mi mayor temor era que el público me acusara a mí de lo sucedido a los Temtations.

Soñaba a menudo con que en un concierto la gente me señalaba con el dedo y me llamaban asesino. Siempre despertaba llorando y con el ánimo por los suelos. Aunque había hablado con Gustavo, mi psicólogo a tiempo completo, del sueño, él me había asegurado que todo era producto de mi sentimiento de culpa. Hasta que no reconociera que fue un accidente y que no fui culpable de que Connor se quedase dormido al volante, no cesarían las pesadillas.

El recibimiento que estaba teniendo en los primeros conciertos de mi gira mundial, estaba curando mi corazón roto mucho más rápido que todas las charlas con mi loquero. Mira que le molestaba al tío que lo llamase así. Pero yo era un tocapelotas, y mi sentido del humor estaba volviendo a ratos, como le gustaba decirme Avery.

Saludé al público una vez más y accedí a cantar otra canción antes de bajarme del escenario por hoy para irme al hotel y dormir una semana entera. Cuando por fin pensé que el público se apiadaría de mí y me dejaría marcharme sin que volviesen a aclamarme, me dirigí al vestuario sin ver a Avery por ningún sitio.

¡Qué raro! Ella siempre estaba junto al escenario esperando a que acabara para acompañarme por los pasillos y evitar que nadie me molestara. Era más territorial que un Rottweiler. No quise esperarla, ni siquiera la busqué entre el público. Ya vendría ella al

vestuario cuando acabara de echarle la bronca a alguien. Como si la estuviese viendo.

Estaba todo sudado y mi corazón galopaba desbocado por la adrenalina. Me sentía tan feliz porque la vida por fin comenzaba a sonreírme de nuevo, que podía levitar directamente.

Me faltaba Liam. Y ese pellizco en el corazón que sentía cada vez que lo recordaba me hizo volver a la realidad de golpe. Maldito cabezota. Había decidido olvidarme de él, pero no me estaba resultando tan sencillo. Ese que decía que la distancia hacía el olvido, no había intentado nunca olvidarse de alguien ni arreglar un corazón roto. Estaba tan distraído pensando en Liam que no me había dado cuenta de que Nick me seguía por el pasillo como un perrito faldero.

—Ha sido fantástico, Ray. Está claro que la gente te quiere. ¿Ves cómo todos esos temores de los primeros días eran infundados?

Tenía que darle la razón, tanto a él como a Avery, y agradecerle a la discográfica su apoyo incondicional para conmigo. Ellos habían creído en mí incluso cuando yo no lo hacía.

—Gracias Nick. De verdad.

—Nada —quitó importancia con la mano y se colocó a mi lado sin perder la sonrisa.

—Oye, ¿has visto a Avery?

—Eh…no desde hace un rato. Había ido a la puerta a esperar a…

Los dos nos quedamos de piedra cuando al entrar en el vestuario me encontré cara a cara con Carla que miraba el móvil, distraída.

No tenía constancia de que Avery hubiese hablado con ella, pero esta mujer estaba siempre detrás de mí, como un carroñero buscando un cadáver. Como me había ayudado semanas atrás cuando fui a buscar a Liam, me obligué a ser educado con ella en vez de mandarla a la mierda, que era lo que me apetecía en ese momento.

—Hola, Ray. Menudo concierto, ¿eh? Está visto que el público te quiere.

Estaba tan desconcertado de que estuviese allí que miré a Nick preguntándole con la mirada si era cosa suya. Negó con lentitud dejándome claro que no tenía nada que ver.

—¿Qué haces aquí, Carla?

Ir directo al grano era lo que me apetecía y acabar con lo que se trajese entre manos lo antes posible.

—Bueno, tengo que hablar contigo de un tema importante —se levantó, y pude observar que estaba tan impresionante como siempre con un traje pantalón morado que resaltaba su estilizada figura. Me dolieron los pies al verle los taconazos que llevaba. ¿Cómo podían las mujeres andar con esos zapatos? Recordé que nunca había visto a Avery sin sus tacones, pero ella medía un escaso metro sesenta, y entendía que quisiese ganar altura para sentirse quizás más segura de sí misma. Pero Carla medía un cacho más que Avery, y me apostaba el cuello a que seguridad en sí misma no le faltaba.

—Bien, di lo que tengas que decir y márchate. Estoy esperando a Avery para poder marcharnos. De ante mano te digo que tengo cero ganas de escuchar lo que me quieras decir y cero interés también.

No se dio por aludida, de hecho, sonrió disfrutando con lo que pensaba decirme.

—Estoy segura de que esta noticia te va a encantar, pero creo que será mejor que estés solo. No te va a gustar que precisamente él se entere de lo que te tengo que decir.

Miró a Nick levantando una ceja perfectamente depilada y este reaccionó con tanta rapidez que le faltó patinar en la puerta al salir.

—Os espero fuera. Voy a ver si encuentro a Avery, Ray, ahora te veo.

Cuando salió por la puerta me volví a ella de nuevo.

—Bien, dime de una vez eso tan importante que tienes que decirme.

—Quizás sea mejor que esperemos a que llegue Avery.

—No metas a Avery en esto —le solté comenzando a perder la paciencia. ¿Qué coño quería ahora esta mujer?

—Oh, verás —se acercó más a mí como si quisiese contarme el secreto al oído— es que resulta que la noticia que te tengo que dar es sobre Avery y su muy discutible manera de gestionar tu dinero.

No entendía a dónde quería ir a parar, pero de todas formas no era cosa suya.

—Mi relación con Avery es cosa mía.

—Y de la prensa cuando se enteren de que hace años que te birla dinero de la cuenta para pagar sus caprichos. ¿Apostamos algo a que es *trending topic* mañana en todas las plataformas digitales y en los noticiarios de este país?

Parpadeé mientras intentaba encontrarle sentido a lo que me estaba contando. Tenía plena confianza con ella desde el primer día y se había encargado de gestionar mi cuenta, porque yo soy un puto desastre para el dinero. No tenía constancia de nada de lo que me estaba contando ¿qué has hecho Avery? No sabía bien por qué, pero algo en mi interior me decía que esto que me estaba contando era cierto.

—Aunque así fuera no es asunto tuyo —lo aclararía con ella. Estaba seguro de que tenía una explicación. Ella no me habría traicionado con algo tan efímero como el dinero. Además, tenía carta blanca desde el primer día para disponer de él como quisiese, y siempre había sido escrupulosamente concienzuda y sincera en mostrarme los gastos con facturas y explicaciones detalladas. No tenía ningún sentido que me estafara dinero. ¿Qué mierda estaba pasando?

—Bueno, la prensa siempre está más que dispuesta a desvelar un escándalo como este. Una de las representantes más reconocidas

del mundo musical *despluma a sus representados*. Cuando todo esto se sepa la carrera de Avery estará acabada.

—Bueno, pues de todos modos lárgate. Ya me has informado.

—Y que conste que lo he hecho porque pensaba que tanto ella como mi hermanito, que también estaba al tanto, ya te lo habían contado.

—¿De qué estás hablando? ¿qué tiene que ver Liam en todo esto?

Cada vez entendía menos. Pero que intentara mezclar a su hermano en sus mierdas me dieron ganas de arrancarle la cabeza. ¡Nadie se metía con Liam en mi presencia, joder!

—Que yo se lo conté a mi hermano y esperaba que él te lo hubiese confiado a ti, pero está claro que se ha guardado muy mucho de contarte la estafa de tu representante. ¿De verdad pensabas que le importabas a mi hermano? —se rio con esa risa de bruja mala de Disney que tanto odiaba— ¿Cuántas cosas más te ha ocultado? ¿sabías acaso que era el heredero de los Hoteles Sinclair? Se ha estado riendo de ti todo este tiempo. No has sido más que su juguetito para pasar el tiempo en Los Cárpatos. Nada más.

Sentí mi corazón estrujarse y romperse en mil pedazos. Me apreté el pecho para intentar calmar el dolor, pero fue inútil. Escuchar a su hermana decirme todo lo que en el fondo ya sabía y no había querido aceptar, me abrió los ojos de golpe. Todos los datos habían estado siempre ahí y yo no los había querido ver. Sentí un nudo en la garganta y temí ponerme a llorar delante de esta arpía. Me sentía traicionado de nuevo, y esta vez, por las dos personas que más me importaban en este momento. ¿Es que no tenía a nadie a mi lado que de verdad le importase? ¿Tan mala persona era para que todos me trataran así?

—No te creo —no era capaz de aceptarlo.

—¿No? Pues pregúntaselo a él cuando lo veas —miró su reloj de oro y se dirigió a la puerta— ahora tengo que irme que he tardado mucho más de lo que esperaba con este tema.

—¿Por qué haces esto? —no entendía que hubiese venido hasta aquí solo para contarme esto y destruir la inexistente relación que había entre su hermano y yo— pensé que habías acercado postura con tu hermano —habían hecho un sinfín de entrevistas juntos, eso debía significar algo ¿no?

Por unos segundos vi dolor en sus ojos, pero fue solo un segundo, al instante siguiente volvían a estar tan fríos como siempre.

—Bueno, la vida y los negocios son así de duros. Dale recuerdos a Avery de mi parte.

Se marchó taconeando por el pasillo como un redoble de tambores que acompañan a los soldados a la batalla. Y me dejó allí, con el corazón roto en mil pedazos.

# LIAM

—¿Esa no es…?

Miré dónde Avery señalaba, y mi corazón se saltó un latido al reconocer a mi hermana, que se alejaba de los vestuarios con paso firme, contoneándose como si desfilara en un pase de modelos. Así era mi hermana. La diva del lugar en el que entraba.

Temí que hubiese hablado con Ray, que se suponía que estaba en el vestuario esperando a Avery para marcharse juntos, como hacían siempre. Me embargó la sensación de que estaba a punto de ocurrir una catástrofe. ¡No habrá sido capaz de contarle nada a Ray!

—Sí —no fui capaz de decir nada más. De repente tuve la necesidad de llegar cuanto antes al vestuario y comprobar que Ray estuviese bien.

—¿Qué hace aquí?

Eso mismo me preguntaba yo.

—¿Por casualidad no habrás concertado con ella una entrevista por la vuelta de Ray a los escenarios?

—¿Qué? No, no… Ni siquiera he caído en eso. Siempre se pone en contacto conmigo antes. No entiendo… —se calló un momento en el que pareció llegar a la misma conclusión a la que estaba llegando yo— ¿crees que le ha contado algo a Ray?

—Espero que no —porque la mataría con mis propias manos— acordé con ella darle las entrevistas sobre mi vuelta a casa para que dejara a Ray en paz de una vez.

—¿Y crees que ha cumplido su palabra?

—Eso espero.

Iba pensando en los motivos que podía tener mi hermana para estar precisamente aquí en los túneles del vestuario cuando encontramos a Nick paseando nervioso por la puerta.

—¿Qué ha pasado?

El hombre se volvió sorprendido y miró a Avery preocupado.

—La periodista me pidió hablar a solas con Ray —se oyeron golpes y gruñidos dentro— no he querido entrar. No sé lo que ha pasado ahí dentro Avery, pero ha debido ser muy malo porque no he podido calmar a Ray desde entonces. Lleva dando golpes y gritos desde entonces.

—Joder.

No necesité más para entrar y buscarlo. Estaba pateando los bancos donde se sentaban los jugadores y había arrancado varias puertas de las taquillas. Se volvió a mirarme cuando me escuchó entrar y se me partió el corazón al verlo llorando. ¡Mierda, mierda! ¿qué has hecho, Carla?

—Mira, el que faltaba.

Ni en mis peores pesadillas me hubiese imaginado que mi reencuentro con él iba a ser en estas condiciones.

—Ray…

Avery se paró a mi lado sin atreverse a acercarse más a él. Irradiaba tanto dolor que Avery comenzó a llorar en el acto.

—Dime que no es cierto.

—Déjame que te lo explique, por favor —se le escapó un sollozo y dio un paso para acercarse más a él que estiró una mano para indicarle que no se le acercara más.

—No quiero que me expliques nada, sino que me digas que es mentira lo que me ha dicho Carla.

—No sé qué te ha dicho ella…

—Algo que tú me tenías que haber dicho hace tiempo —le gritó— ¿Por qué?

—¿Por qué? —preguntó ella sin dejar de llorar.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué me has traicionado tú también?

—No, no… yo nunca…

—Ray, deja que te lo explique, por favor. Las cosas…

—¿Tú lo sabías?

¿Qué iba a decirle? Me miraba con tanto dolor en sus ojos azules, hinchados y enrojecidos de llorar, que estuve a punto de mentirle. Pero Ray no necesitaba que nadie más le mintiera, así que bajé la cara, arrepintiéndome de no haber hablado antes con él. Miré a Avery para reprocharle lo que estaba pasando. ¿Ves lo que has conseguido? Pero estaba tan hecha polvo que lo último que necesitaba era que yo también la culpase de no habérselo contado antes.

—Sí… pero…

—No quiero tus excusas. Has tenido meses para contármelo y en cambio te has estado riendo de mí a mis espaldas. ¿Os habéis confabulado? Qué bien lo habéis pasado a mi costa, ¿no?

—¿Qué? No, no…Ray eso no es cierto. Déjame…

—Estás despedida Avery, no quiero volver a saber nada más de ti.

La sujeté cuando estuvo a punto de caerse al suelo. Me senté con ella cuando su llanto se intensificó y comenzó a tener un ataque de pánico.

—Eh, Avery —le sujeté la cara con las manos para que se centrase en mí y poder sacarla de la espiral de dolor en la que estaba cayendo— Avery…mírame. Mírame, ¿vale?

Vi como Ray se secaba la cara a manotazos antes de dirigirse hacia la puerta. ¿Iba a marcharse y dejarnos así? No decía en serio lo de despedir a Avery. Tenía que ser un arrebato.

—Ray, espera, joder y escúchame.

—Tarde. Llegas demasiado tarde. A ti tampoco quiero volver a verte.

Y se marchó sin mirar atrás mientras yo me encargaba de intentar tranquilizar a Avery. Menudo reencuentro de mierda. Iba a matar a mi hermana cuando la viera.

# LIAM

Avery estaba desolada y era normal. A parte de ser su representante también era su amiga más íntima.

—¿Y si no quiere volver a saber nada de mí? ¿Qué voy a hacer?

La acompañé al hotel donde iban a quedarse esa noche y en la recepción nos dijeron que Ray no había estado allí. Todas sus cosas seguían en su habitación, pero ¿dónde se había metido él?

Como no dejaba de llorar, pedí al servicio de habitaciones que nos subieran una botella de whisky para mí, y una tetera de tila para ella para ver si podía calmarla un poco. Llorar tanto debía de haberla dejado agotada.

—Se calmará un poco, no te preocupes —eso espero, porque yo también me maldecía por haberme visto implicado en este tema y no haber hablado con Ray cuando me enteré. Pero pensaba que era justo que fuera ella quién se lo contara ya que no era asunto mío.

—¿Dónde ha podido meterse? Tiene conciertos programados en una semana y no tengo ni idea de lo que hará al respecto. Puede echar toda su carrera musical por la borda si no cumple los contratos que tiene hecho ¡Ay, Dios mío! Más llanto.

—Avery, Avery, cálmate —me dirigí a la puerta cuando llamó el servicio de habitaciones para recoger el pedido, y volví con Avery que estaba tumbada en la cama, aovillada en posición fetal como si quisiese hacerse pequeñita. Parecía tan vulnerable, que sentí pena por ella, aunque todo este lio fuese cosa suya. Me había ayudado a contactar con Ray cuando lo había necesitado, y sabía que iba a muerte con que nosotros arreglásemos lo nuestro. Cosa que ahora

mismo dudaba mucho poder conseguir— no será tan idiota como para abandonar su carrera ahora que está despegando de nuevo.

Fui al baño y le traje la caja de toallitas que había en el lavabo para que se sonase y se limpiase la cara llena de churretes negros, como un crio comiendo chocolate, por el rímel corrido de tanto llorar.

—No sé qué pensar. Está muy dolido y lo comprendo. ¿Por qué no se lo conté todo cuando tuve la oportunidad? ¡Joder, qué tonta fui! Y anda que tu hermana…

—Escucha —ya cogería a mi hermana por mi cuenta en cuanto solucionase todo este lío— ya no vale de nada lamentarse. Lo más importante ahora es intentar encontrar a Ray para poder hablar con él y explicarle lo sucedido. Y respecto a Carla —la odiaba ahora mismo con todas mis fuerzas, y eso que había acercado postura con ella desde que volví a casa— no podemos elegir a la familia Avery, solo a los amigos.

—Eres un buen hombre, Liam. Siento mucho haberte metido en esto…

—Avery, ya está bien —no quería oírla más o me pondría a llorar yo también. Le serví la tila y yo llené el vaso con el whisky de manera generosa— vamos a pensar en positivo. Lo más importante es encontrarlo. Luego ya veremos lo que hacemos.

—Voy a darme una ducha —se bebió la tila de un trago y se dirigió a la puerta del baño— ¿estarás bien?

—Sí. Voy a cogerme una habitación en el hotel y mañana por la mañana trazamos un plan si no ha vuelto. ¿vale?

—Vale. No voy a bajar a cenar —me lo suponía— nos vemos por la mañana.

Yo tampoco tenía hambre. Sentía las tripas revueltas y el estómago encogido por la preocupación ¿Dónde podía haber ido? Una idea me estaba dando vueltas en la cabeza y quería confirmar lo que empezaba a suponer.

—De acuerdo. Mañana te veo en el desayuno. ¿A las ocho y media o así?

—Vale. Buenas noches, Liam.

—Descansa y deja de darle vueltas, seguro que aparecerá, ya verás.

Bajé a la recepción, cogí una habitación frente a la de Avery y mandé un mensaje a mi hermana mientras abría el grifo de la ducha. Sentía el ardor del alcohol calentándome las tripas y un dolor sordo en el corazón por la preocupación.

—¿Por qué lo has hecho?

No conseguía comprender a mi hermana. No tenía ningún sentido que hiciera esto precisamente ahora.

—Pregúntale a tu padre —fue lo que me contestó.

Entonces lo entendí todo.

# RAY

¿Alguna vez os ha pasado, llegar a un sitio sin saber que era allí donde querías ir sin apenas pensarlo? ¿No? Pues entonces yo soy el hombre más raro del mundo, porque cuando mi cabeza dejó de darle vueltas a todo lo sucedido tras la revelación de Carla, estaba subido a un avión rumbo a Rumanía.

Ni siquiera lo pensé, pero ahora que estaba a punto de llegar, me di cuenta de que, desde que me había marchado, huyendo de lo que supuse era una gran traición por el hombre al que amaba, me di cuenta de que en este lugar había conseguido encontrar una paz para mi espíritu que no esperaba hallar en ninguna otra parte.

El infinito paisaje nevado de las majestuosas montañas, el susurro del viento entre los árboles, la soledad, e incluso ese frío que te cortaba el aliento y te hacía sentir vivo. Allí habían sanado mis heridas, tanto físicas como mentales. Me había vuelto a encontrar a mí mismo, y había renacido de las cenizas y de las tinieblas en las que se había convertido mi vida tras el accidente. Allí me había enamorado por primera vez.

—Serás imbécil.

Me había comprado ropa térmica en un centro comercial antes de embarcarme en este viaje huyendo de nuevo de la traición de Avery y de Liam. ¿Por qué no me lo habían dicho? Joder, ella era como una hermana para mí y yo se lo había contado todo. Siempre. Y ella me había estado estafando el dinero. ¿En serio? ¿Y Liam tampoco me lo había contado? Bueno, de ese traidor no esperaba otra cosa. No me había dicho más que mentiras, o lo que era aún

peor, se había callado información crucial para mí, y eso me dolía tanto como que me hubiese traicionado él mismo.

Conduje con el GPS puesto hasta el pequeño pueblo donde estaba ubicada la cabaña. Esperaba poder llegar hasta ella sin ningún tipo de contratiempo. Estaba acabando el invierno, y aunque todo seguía nevado, se podía conducir sin riesgo de despeñarte por los caminos sinuosos que llevaba, hasta las cabañas.

Llevaba la llave siempre conmigo, como un amuleto de la suerte, y entre otras cosas, porque era tan imprevisible que nunca sabía dónde iba a dormir esa noche. Lo mismo estaba en Las Vegas, que en un segundo decidía irme a Nueva York o a cualquier otro lugar del mundo. Yo era así, un culo inquieto que tanto Avery como Liam conocían de sobra.

—¿Cómo estará Avery? —no podía dejar de pensar en ella y en sus lágrimas cuando supo que me había enterado de su traición— No me importa el dinero —dije en voz alta, ya sabéis que hablo solo a menudo, qué le voy a hacer, rarito que soy— si me lo hubiese pedido, se lo habría regalado todo. Éramos amigos, joder, y los amigos están para ayudarse cuando lo necesitan.

No podía con la curiosidad que tenía por saber lo que había pasado y por qué Liam no me lo había contado. Bueno, podía entender que no me lo hubiese dicho esperando a que lo hiciese ella, pero eso no quitaba el dolor que me habían provocado ambos.

—A la mierda los dos.

No pensaba volver a pensar en ellos.

Tenía una semana por delante para pensar en qué iba a hacer con mi vida de  ahora en adelante. En algo menos de una semana tenía nuevos conciertos, y para entonces tenía que haber buscado un nuevo representante.

—Joder, Avery. Sabes lo rencoroso que soy. No voy a poder olvidar esto tan fácilmente.

Me sentía perdido sin ella. Había sido mis manos y mis pies desde hacía años, y por más que me pesara, no sabría salir adelante

solo. Se me partía el corazón cada vez que pensaba en sus lágrimas.

—Ya basta, joder.

Abrí la cabaña sin querer pensar en nada más. Me iba a dedicar a comer… mierda. Tenía que hablar con Anka para que me consiguiera víveres. En eso no había pensado. Cogí el teléfono para llamarla. Menos mal que guardé su número.

# AVERY

Recibí un mensaje de Liam al día siguiente.

*Está en Rumanía. Ya he sacado dos pasajes de avión. Te recojo en una hora. Cómprate ropa de abrigo.*

# RAY

Me despertó el sonido… ¿Qué coño era eso? Me levanté, me vestí a la carrera y me puse las botas de montaña que me estaban haciendo polvos los pies ¿Quién coño usaba estas mierdas todos los días? Echaba de menos mis Armani, mis zapatillas preferidas, mi chándal favorito y mis perfumes. Salí al frío de la mañana para ver quién estaba haciendo…ese ruido infernal. Venía del cobertizo y me extrañó que alguien estuviese allí haciendo… ¿qué exactamente? Me quedé de piedra cuando vi a Liam cortando leña con una motosierra, que era la que causaba ese sonido terrorífico, y a Avery apilando la leña y cargarla luego para

Dirigirse

A

Mi

Cabaña.

—Buenos días, Ray.

Estaba tan sorprendido que si me pinchaban en ese momento no me saldría sangre.

—Hola —fue lo único que pude decir.

Ella pasó por mi lado y entró en la cabaña para salir segundos después con los brazos vacíos.

—Suelta eso, no vayas a cortarte.

Le dije a Liam que seguía cortando leña sin mirarme siquiera. Seguía perplejo de encontrarme a los dos aquí, en mi cobertizo como si nada hubiese pasado. Liam no parecía haberme visto ya que

estaba de espaldas a mí, y con el ruido de la motosierra no me había oído tampoco. Lo rodeé y me puse delante de él. Esta vez sí me miró.

—Ah, hola. ¿Te he despertado?

Estaba vestido con su ropa de leñador, como siempre le decía, esa que tan bien conocía y no supe si me gustaba más así, que con su pulcro traje de tres piezas con el que lo había visto en la televisión en las últimas semanas.

—Sabes que sí, no te hagas el inocente conmigo. Apaga eso —lo hizo mientras me observaba como si quisiese comerme en el menú del día. Conocía sus miradas, todas ellas, o por lo menos las que me dirigía a mí y me hablaban sin necesidad de decirme nada— ¿qué haces aquí, Liam?

—¿Aquí, aquí? ¿en tu cobertizo o en Rumanía?

—En los dos sitios —¿Se estaba quedando conmigo?— no tiene ni puta gracia —le dije para borrar su sonrisita de la boca— ¿Y dónde has dejado a Apolo?

—He venido a recuperar lo que es mío, y estoy aquí porque sé que si no corto leña, tú no vas a hacerlo, y no pienso permitir que te mueras de frío. Ya sabemos lo inútil que eres para valerte por ti mismo y Apolo está en mi casa de Los Ángeles. Mandaré a alguien a por él en cuanto solucionemos nuestros asuntos.

—Si intentas que te perdone, con esas palabras no lo vas a conseguir.

—Los dos sabemos que es cierto, además yo te quiero así.

Sus palabras me hicieron saltar un latido del corazón que galopaba desbocado desde que lo había visto.

—¿Y ella?

—Ella tiene una explicación que darte, y cuando le des la oportunidad de hablar se marchará si es lo que quieres que haga.

—¿Y si no quiero hablar con ninguno de vosotros?

—Esperaremos. Tenemos toda la vida para aclarar las cosas y los tres sabemos que eres lo suficientemente curioso como para no poder resistirte.

Avery se colocó junto a Liam, formando un frente unido. Si habían venido hasta aquí, lo menos que se merecían era que les diera la oportunidad de aclararlo todo.

—Iré haciendo café. Tú te vienes a hacer las tostadas le indiqué a ella y tú —lo señalé a él— termina con esa leña y cárgala en casa. No tardes que me muero de hambre.

# AVERY

Aunque conocía a Ray desde hacía un montón de años, en estos momentos me impresionaba como si fuese la primera vez que lo veía. Ya no tenía ante mí a ese niñato que se reía hasta de su sombra y no se tomaba nada en serio. Menos la música. Tenía que reconocer que había sido y seguía siendo lo único que de verdad parecía tomarse en serio. Ya no quedaba nada de ese niñato larguirucho y desgarbado que me pidió por favor que le ayudase a triunfar en la música.

***

*Si nos ayudas a ser famosos, te daré lo que me pidas y siempre estaré en deuda contigo.*

***

Tenía ante mí a ese hombre desgarbado al que había cuidado y querido como si fuese mi propio hijo. Yo le pasaba por unos años, cinco para ser exactos, pero había acogido a ese muchacho con hambre de comerse el mundo bajo mi ala, y estaba muy orgullosa de todo lo que había conseguido. Me arrepentía mil veces de no haber hablado con él cuando mi hermano me pidió ayuda. En mi defensa, solo podía argumentar que entonces apenas nos conocíamos, y que su carrera musical estaba empezando a despegar. Si hubiese sabido por aquel entonces lo poco que le importaba el dinero no había dudado un segundo en haber hecho las cosas de otra manera.

—Que sepáis que, aunque hayáis venido hasta aquí, no os voy a perdonar tan fácilmente —miró a Liam que iba a contestarle— y contigo ya hablaré luego, a solas.

Liam asintió y se llevó su café en la taza grande que Ray le puso en las manos, y todos nos fuimos al sillón, ante la chimenea encendida que chisporroteaba alegremente, quizás intentando animar el humor que se respiraba en la cabaña.

—Bien, ¿quién empieza? —Ray me miró a mí y asentí. Respiré hondo y pensé en el discurso que había pensado mil veces en mi cabeza, por si en algún momento tenía la oportunidad de hablar con él y aclarar las cosas— ¿Avery?

—Ante todo, quiero decirte que he estado mil veces a punto de contarte lo que pasó, y siempre me ha frenado la idea de no hacerte daño.

—Lo que no sabes no te duele, ¿no? —me miró con esos ojos azules llenos de dolor— ¿Durante todo este tiempo me has estado mangando dinero?

—¿Qué? ¿No? Por supuesto que no —¿Eso era lo que pensaba de mí?

—Ray, déjala explicarse —agradecí a Liam que saliese en mi defensa. Había sido un gran apoyo durante estos últimos días. Su tranquilidad para afrontar los problemas me había mantenido cuerda, y había evitado que me hundiese más en la miseria en la que estaba metida.

—Vale, vale, lo siento. Continúa, por favor.

—Tengo un hermano, Clint y hace unos años vino a mí pidiéndome dinero. Había pedido dinero a unos tíos por unas deudas de juego y no podía devolverlo. Yo por aquel entonces acababa de comprarme la casa y no tenía de dinero para ayudarlo. Él fue el que me dio la idea de pedírtelo a ti, que ahora sé que era lo que debía haber hecho —me removí inquieta en el sillón y le di un trago al café sin darme cuenta de lo caliente que estaba hasta que me quemé la lengua— joder, ¿dónde has calentado esto?

—Te recuerdo que el café te gusta muy caliente —me recordó él con una sonrisa— *siempre me ponen el café frío, ¿tanto cuesta calentar la leche?* —simuló mi tono de voz y me sacó una sonrisa— eso es lo que me dices siempre así que no he querido que me acuses de ser mal anfitrión, no es culpa mía que no lo pruebes antes.

Era cierto y no pude más que sonreír con él. Que se hubiese reído era buena señal ¿verdad? Me moría por hacer las paces con él. No me importaba mi trabajo, me merecía todo lo que me pasara, pero me importaba él. Jamás me perdonaría si no conseguía volver a recuperar a mi mejor amigo.

—Avery…

Miré a Liam que me indicó que continuase contando lo sucedido.

—Es mi único hermano y no podía dejarlo en la estacada. Ya tenía acceso a tu cuenta y decidí cogerlo y devolverlo sin que ni siquiera te dieses cuenta. Iba a ser la única vez y de hecho lo fue. Jamás he vuelto a cogerte dinero. Al poco tiempo mi hermano volvió a pedirme dinero y esta segunda vez me negué. Como necesitaba el dinero con urgencia no se le ocurrió otra cosa que ir a contarle a la prensa que me dedicaba a estafar dinero de mis representantes.

—Y es cuando entra en escena nuestra hermosa y despiadada Carla— adivinó él.

—Sí. Se lo contó a ella, que le pagó por la exclusiva, y desde entonces Carla me chantajea con sacar ese desliz a la luz. Si la gente se enteraba, mi carrera como representante musical se iba a la mierda, así que dejé que Carla se encargara de dar todas nuestras exclusivas —había mantenido la cabeza baja mientras le narraba mi vergonzosa actitud, cuando levanté la vista para mirarlo no pude ocultar las lágrimas— nunca más he vuelto a coger nada ni de tu cuenta ni de la de nadie, Ray. He intentado contártelo mil veces, pero sé el daño que te han hecho todos estos años la gente que se ha acercado a ti por interés. No quería que pensaras que era otra aprovechada más —no pude seguir hablando. Comencé a sollozar librándome por fin de ese peso que llevaba en el corazón.

¿Por qué no se lo conté cuando tuve la oportunidad? ¿por qué?

—Vale, vale, no llores. Te creo ¿vale? —Él dejó su taza en el suelo y me quitó la mía de las manos para poder abrazarme— no soporto verte llorar. Ya pasó y siento mucho lo que te dije, estaba muy dolido.

—Lo sé…y lo siento, por favor perdóname. Perdóname…

—Te perdono, por supuesto que te perdono. ¿Qué voy a hacer yo sin ti?

Me reí entre hipidos y lo abracé tan fuerte que debía de dolerle, pero él me abrazaba con la misma fuerza, así que me quedé allí, abrazada a mi mejor amigo, sorbiéndome los mocos para intentar no mancharlo.

—No me estarás manchando de mocos, ¿verdad?

Me tuve que reír y me separé de él. Liam me tendió una servilleta de papel para que me pudiese sonar y limpiar las lágrimas.

—Eres el mismo escrupuloso de siempre —le dije riéndome— gracias.

—¿Y tú tienes algo que contarme? A ella la perdono porque entre otras cosas necesito un representante urgentemente y nadie que no me conozca me va a aguantar. Pero a ti sí que te tengo ganas

Qué cara más dura tenía y cuanto lo quería, joder.

—Bien, soy culpable de no haberte contado que Carla, nuestra querida periodista sin corazón es mi hermanastra. Pero en el fondo tampoco pensaba que fuera importante. Cuando nos conocimos no esperaba que nuestra relación fuese a ir más allá. Una aventura de invierno hasta que te marcharas y no nos volviéramos a ver y entonces todo comenzó a cambiar. Tú me preguntaste si podíamos seguir viéndonos y antes de poder aclararlo todo, llegó Carla a estropeó todo.

—La avisé yo. Lo siento —reconocí de nuevo en voz baja. No iba a permitir que Liam pagase por algo que no había sido culpa suya.

—Entonces te enteraste de que era mi hermana y me condenaste sin dejarme darte una mísera explicación.

—Lo siento, de verdad —reconoció Ray.

—Entiendo que llegases a esa explicación. No sabías lo de Avery y no había otra explicación, excepto que pensaba que me conocías mejor y que no sería capaz de traicionarte de esa manera.

—No puedo hacer más que disculparme. Pero ¿qué querías que pensase cuando me habías mentido en todo? Estoy harto de que todo el mundo me mienta y me utilice a su antojo, ¿qué hubieses pensado tú si hubiese sido al revés?

Decidí que era el momento de marcharme y dejarlos solos. Tenían que arreglar sus diferencias y no necesitaba estar presente. Tenía algunas llamadas que hacer ahora que volvía a ser su representante, así que me llevé la taza de café, todavía llena y salí a respirar el aire limpio y contemplar la belleza de la naturaleza en todo su esplendor. El sitio era realmente bonito. No me extrañaba que Ray viniese aquí cuando quería estar solo.

—Chicos… estaré…da igual.

Ni siquiera me miraron cuando me marché con una sonrisa en los labios. Algo me decía que Liam conseguiría que Ray lo entendiese. No pensaba darse por vencido y yo no podía ser más feliz por ellos dos. Hacían una pareja maravillosa.

# LIAM

¡Dios, cuánto lo había echado de menos! Tenerlo allí, sentado junto a mí me daban ganas de abrazarlo y no soltarlo nunca más. Pero antes tenía que aclararlo todo de una vez por todas.

Ni siquiera me di cuenta de que Avery había salido de la cabaña. Echaba de menos a Apolo que siempre me acompañaba a todas partes, pero en este viaje decidí dejarlo en casa.

—Lo sé y lo entiendo. Me dolió mucho que no me dejases explicarme, pero en el fondo entiendo tu postura.

—Claro, la entendiste muy bien cuando no me has contestado un puto mensaje en todos estos meses —me echó en cara comenzando a enfadarse. Tenía la mecha muy corta y se enfadaba por nada, pero esa pasión era la que me había hecho enamorarme de él— me quedó claro clarísimo que te importaba una mierda.

—Ray, RAY… —le tomé de la mano cuando intentó levantarse para alejarse de mí, pero no lo dejaría irse hasta que no le explicase todo —por favor, siéntate y déjame acabar, ¿vale?

Miró nuestras manos unidas y se sentó de nuevo, bufando como un toro bravo. No pude menos que sonreír.

—¿Te estás riendo?

—Para nada —me obligué a borrar la sonrisa de mi cara o era capaz de marcharse y dejarme allí sin opción a explicarme— no te contesté a tus mensajes, primero porque estaba muy dolido por marcharte y segundo, había acordado con mi hermana que te dejase en paz si aceptaba hacer la exclusiva de mi vuelta a casa. Todos estos meses he estado o de entrevistas o en reuniones de mierda

con mi padre. He aceptado ser el presidente de los Hoteles Sinclair por el mero hecho de poder estar cerca de ti, Ray —se me quedó mirando sin decir nada. Este era mi momento de ponerle mi corazón en una bandeja y decirle lo mucho que me importaba— me moría por hablar contigo. Por volver a verte y besarte, pero si lo hacía antes de solucionar los problemas con mi padre, nunca más lo haría. No tengo intención de volver a dejarte solo. Si me aceptas Ray, soy tuyo para siempre.

—¿Hiciste eso por mí? ¿Volver a casa para que Carla no volviera a molestarme?

Le acaricié el dorso de la mano con el pulgar.

—Haría lo que fuera por ti. Siento haber tardado tanto en hablar contigo, de verdad…

—Estuve en tu oficina…

—Lo sé, me enteré horas después. Siento lo que te dijo mi padre.

—Tu padre me puede comer la polla.

—Joder, Ray… no necesitaba tener esa imagen en mi cabeza.

Nos reímos los dos mientras se rompía un poco esa tensión que había en el ambiente.

—Tu padre no nos lo va a poner fácil, lo sabes, ¿verdad?

—A la mierda mi padre. De hecho, fue el responsable de que Carla fuese al concierto y te contara algo que en un principio me había prometido respetar. Pero en cuanto volvamos a casa me encargaré de los dos.

—No quiero que os separéis por mi culpa.

—Ray, tú dime que me perdonas por todo y yo me encargaré de mi padre.

Tiró de mí para que me acercara más a él.

—Espera, espera —dejé las tazas de café en el suelo. Para lo que tenía pensado hacer no las íbamos a necesitar— me tumbé sobre él y le sujeté la cara maravillándome de lo guapísimo que era. Tenía el

pelo rubio más largo, se lo coloqué detrás de la oreja para poder besarlo con suavidad— dios, cuanto te he echado de menos.

—¿En serio? Pues ya puedes comenzar a demostrármelo.

—¿Hemos solucionado todos nuestros asuntos pendientes? —pregunté antes de besarlo de nuevo, esta vez con más fuerza.

—Todo solucionado. Pero me debes dos meses de besos, así que ya puedes comenzar a pagar.

—Será todo un placer.

Y me puse a ello.

# LIAM

Había pensado mil veces lo que iba a hacer, y no me arrepentía absolutamente de nada. Había quedado con mi hermana y mi padre en las oficinas centrales de Hoteles Sinclair para poder cerrar este capítulo de mi vida.

—¿Estás seguro de esto?

Ray me apretó la mano antes de salir del coche y adentrarnos en el edificio de acero y cristal. Él me acompañó a mi reunión "para darme apoyo moral", como me había dicho y no podía más que agradecérselo. Habían terminado sus conciertos en Europa y ahora comenzaba su recorrido por Estados Unidos. Desde que hablamos en Los Cárpatos y aclaramos nuestros problemas, no habíamos vuelto a separarnos. Iba a dar un paso importante para nuestro futuro. Mi padre me había demostrado que no se detendría ante nada para intentar mantenerme controlado, como le gustaba decirme a menudo y yo le iba a demostrar que a mis treinta y cinco años no permitiría que nada, ni su empresa, ni él, me controlase. A partir de hoy solo respondería ante mí mismo. Y ante Ray cuando fuese necesario, ante nadie más.

—No voy a entrar en esa pecera —aclaró cuando llegamos donde estaba mi nueva oficina y había quedado con los dos miembros de mi familia. Se sentó en las sillas de la sala de espera— estaré aquí, pero si me necesitas pega un grito, o algo— y me guiñó un ojo con una sonrisa divertida.

—Allá vamos —me dije para darme valor.

—Señor Sinclair, lo están esperando en la sala de juntas.

—Gracias.

Me dirigí hacia allí con paso firme. Mi padre era un tiburón y no dudaría en hacerme trizas si le mostraba signos de flaqueza. Si algún día tenía hijos, me dedicaría cada día a demostrarles que los quería y que eran lo más importante de mi vida. ¿En qué momento pensó mi padre que una familia se manejaba igual que con los negocios?

—Aquí estás —me recorrió con la mirada sin ocultar su desprecio — un presidente no puede venir en vaqueros— me soltó disgustado.

Yo había elegido mi ropa a conciencia. Tenía un mensaje que dar y hasta la ropa elegida debía ayudar a dejarlo claro.

—Cierto, un presidente no —miré a mi hermana y al abogado de la empresa— pero como hoy mismo dejo de serlo, pues ya no importa la ropa que me ponga. ¿Has traído los papeles que te pedí?

El abogado miró a mi padre con temor, pero aún así me acercó unos papeles que me apresuré a apartar de mi padre que hizo el intento de cogerlos.

—¿Qué cojones es eso? ¿Qué está pasando? ¿Liam? —miró hacia fuera y gruñó, gruñó, al ver a Ray sentado allí esperando— ¿Qué coño hace ese aquí? Le aclaré que no lo quería en mi empresa, joder.

—Ese que tú dices es mi pareja —le aclaré cuando fue a replicarme. Cogí un bolígrafo y firmé las hojas sin mirarlas siquiera y luego se las pasé a mi hermana a la que apenas había mirado hasta ese momento— ¿estás lista? —le pasé las hojas— y esto que estamos firmando es mi cese y el nuevo nombramiento de la nueva directora de Hoteles Sinclair.

—¿QUÉ? – los gritos de mi padre podían oírse hasta en la calle, pero ya no me impresionaban. Iba a dejar de estar bajo su yugo de una vez por todas— ¿te has vuelto loco? No puedes hacer eso.

—Ya está hecho —me dirigí a la puerta y me volví para mirar a Carla una vez más— y a ti que no vuelva a verte cerca de nosotros sin estar invitada ¿Te queda claro?

—Como el agua. Mucha suerte, y gracias.

—Acabaré contigo —me gritó mi padre fuera de sí— nadie te contratará en ninguna parte ¿me oyes?

—Bueno, si ocurre eso, siempre puedo vivir de mi novio. Es un cantante de éxito, ¿no lo sabías?

Salí de allí y tomé la mano de Ray, que me acompañó hasta el ascensor con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Vivir de tu pareja? Me gusta —me sonrió con esa sonrisa que alumbraba todo mi mundo.

—¿Necesitas a un  médico a jornada completa?

—Si no fuera porque sé que empiezas el lunes en el hospital de Nueva York te tomaría la palabra. No me importaría tenerte todo el día conmigo como mi médico personal.

—¿En serio? —le sonreí siguiéndole la broma mientras entrábamos en el ascensor— ¿dónde te duele ahora?

—Aquí —me señaló los labios— quizás con un beso se me alivie.

Le besé con suavidad y lo abracé contra mí.

—También me duele la polla —me soltó conteniendo la risa— ¿me la besarás también para que se me alivie?

—Cuando lleguemos a casa veremos qué puedo hacer.

Su sonrisa se amplió aún más mientras se reacomodaba los vaqueros para tapar su creciente erección.

—Te tomaré la palabra.

**FIN**

***MURCIA FEBRERO 2026***

AGRADECIMIENTOS

Todos sabéis lo que me cuesta escribir esto y esta novela ha sido muy especial por varios motivos.

Llevo casi un año con un bloqueo de escritor y he tenido muchas dudas con este manuscrito. Lo he dejado parado a medias durante varios meses sin saber qué hacer con él porque no conseguía que la historia me llenara ni sabía bien cómo la acabaría. De repente, todo volvió a su cauce y la retomé teniendo muy claro como terminaría la historia de Ray y Liam. Mis hombres con el corazón roto. Qué bonitos son.

Y que la editorial Culmen me la quisiera publicar cuando ni siquiera estaba acabada me dio el chute de energía que me faltaba.

Gracias por confiar en mí.

Y gracias a vosotros, lectores que me seguís leyendo escriba lo que escriba.

Espero que esta novela os guste tanto como a mí.

Os dejo mis redes sociales para que me contéis vuestras impresiones, sabéis que siempre contesto.

@lola_toro_

@lolatoro_alexiablue

Y por supuesto déjame tu valoración en Amazon para seguir creciendo.